

araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 32- 1985



Director: Volodia Teitelboim. **Secretario de redacción:** Carlos Orellana. **Comité de redacción:** Luis Bocaz, Leonardo Cáceres, Armando Cisternas, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla y Alberto Martínez. **Diseño gráfico:** Fernando Orellana. **Gerencia y administración** (correspondencia, suscripciones y ventas, recepción de valores): Ediciones Michay.

EDICIONES MICHAY
Arlabán, 7 - of. 49 Teléfono 232 47 58 - 28014 Madrid, España.

ISBN: 84-85594.
ISSN: 0210-4717.
Depósito Legal: M. 20 111-1978
Catálogo de la Biblioteca del Congreso de Washington: Nº 80-642682
Impresores:
Graficino, S. A.
Eduardo Torroja, 8.
Fuenlabrada. Madrid.

A los lectores	5
De los lectores	6
Los fusilados del General de la Muerte (Martín Ruiz)	11
La Deuda Externa y la Segunda Independencia (Patricio Hales)	14

cartas de Chile

Añor a la poesía y a la vida (Inés Moreno)	18
--	----

calas en la historia de Chile

Fernando Casanueva: <i>A propósito de un bicentenario: José Miguel Carrera (1785-1985)</i>	21
--	----

exámenes

Hernán Villablanca: <i>Estructura de clases en Chile (en la segunda mitad del siglo XIX)</i> ..	39
Miguel Lawner: <i>Un terremoto indiscreto</i> ...	57

nuestro tiempo

Miguel Littin: <i>El ojo en el corazón de Chile (Notas de una filmación clandestina)</i>	71
Rescatar la memoria popular (Jacqueline Mouesca)	80
Humberto Ríos: <i>El renacimiento del cine argentino</i>	83
Del cine necesario al cine posible (Oscar Zambrano), p. 90 / La historia oficial (Sol Aymará)	93

la historia vivida

Mario Boero: <i>Memoria del martirio en Chile (Aproximación biográfica de Joan Alsina)</i> ..	97
Tres razones para luchar por la paz (Roberto Parada)	107

temas

Armando Uribe Arce: <i>Funerales. Q.e.p.n.d. (Recuerdo de Gabriela Mistral)</i>	111
Volodia Teitelboim: <i>Nuevo viaje a Ulises</i> ...	121

José Miguel Varas: <i>Neruda y Neruda (Conversación de Praga)</i>	135
Miguel Rojas Mix: <i>Huidobro y el arte abstracto</i>	147
Jornadas de Alicante: Voces indias en España (Andrea Morales), pág. 152 / Herzog y la balada de las buenas conciencias (O. Z.) .	154

conversaciones

Oswaldo Rodríguez: <i>Una memoria creadora (Conversación con Fernando Alegria)</i>	159
--	-----

textos

Augusto Monterroso: <i>Fragmentos de un diario</i>	167
Humberto Díaz Casanueva: <i>El niño de Robben Island</i>	181
Miguel Otero Silva (Virginia Vidal - Luis Rubilar)	188

los libros

Violeta Parra: <i>testimonio de un patrimonio mayor</i> (Ruth González - Pía Rajevic)	193
---	-----

crónica

<i>Ejercicio del regreso: (Retorno y muerte de Héctor Cuevas</i> (Luis Alberto Mansilla) p. 200 / " <i>Las Mil y Una Horas</i> " de Miguel (V. T.), p. 202 / <i>Varia intención</i> (Recuerdo de Thiago de Melo - Erotismo al paso - 50 años de teatro de Ana González - Breves)	205
--	-----

notas de lectura

Miedo en Chile - Gringo viejo - Solo en la compañía - El tren no viene - Los Derechos Humanos y la Iglesia chilena - El derrumbe de Occidente - Pie del efímero - Jaula de papel	212
--	-----

Las portadas e ilustraciones corresponden a pinturas y dibujos de HUMBERTO LOREDO, pintor chileno (nacido en 1922 en Valparaíso), que vive en París en el exilio.



En nuestro número 28 dijimos: "1985 no empieza fácilmente; el pueblo chileno vive duros momentos". Así fue, efectivamente, y en los primeros meses el estado de sitio pesó duramente sobre el país, asordinando el espíritu de protesta, creando una suerte de suspenso cauto, de pausa o compás de espera. Hacia fines de marzo se produjo el horrendo asesinato de Manuel Guerrero, José Manuel Parada y Santiago Nattino. El objetivo era manifiesto: paralizar al país por el miedo. No lo consiguieron, porque la dictadura había ido demasiado lejos. La indignación y el repudio alcanzaron tal envergadura que la justicia se vio obligada a actuar, por primera vez en estos doce años, haciendo honor a sus obligaciones.

A partir de entonces el clima político y social del país ha empezado a ser diferente. Los síntomas del cambio se han hecho todavía más notorios después que se derogó el estado de sitio: una audacia cada vez mayor en la denuncia de los crímenes y arbitrariedades de la dictadura, y una fuerza y coherencia crecientes en los movimientos populares de protesta. Algunas fechas claves: 4 de septiembre, 5, 6 y 21 de noviembre; y algunos hechos sobresalientes: las huelgas de los portuarios, de los obreros del carbón, de Chuquicamata, y los magníficos resultados de las elecciones estudiantiles universitarias.

Finaliza 1985, así, con un signo distinto del que tenía en sus comienzos. Pinochet se está quedando más y más solo, y en la base popular el acuerdo para luchar por su derrocamiento y restablecer la democracia, es una realidad que no tiene en cuenta sectarismos ni exclusiones abusivas: se expresa en el combate concreto, se gesta y desarrolla allí donde las energías y el tiempo se emplean en golpear a quien debe golpearse. ¿Terminarán por entenderlo quienes se obstinan en levantar barreras al pleno entendimiento de la oposición antifascista? Que así sea es el mejor voto que pueda formularse en el nuevo año que ahora empieza.

de los lectores

Por fin de vuelta en este nuestro país tan convulsionado, tan a mal traer y tan querido y soñado por nosotros. Les deseo que se encuentren bien, y que tengan la fuerza necesaria para que sigan adelante con tan necesaria revista; y sepan que aquí el tiempo no pasa en vano. A mi vuelta me encontré con un país nuevamente en acción, con la gente en la calle, los ánimos más arriba y las organizaciones cada vez más consolidadas. Somos mejores, por eso vamos a ganar.

Cristina González (Santiago, Chile)

Lamentablemente, por aquí hace más de un año que no llega *Araucaria*, aunque yo he sido afortunado porque tengo amigos que me la envían desde Holanda. No quiero repetir lo que dicen todos aquellos que les escriben. Agregaré solamente que es un placer tener en la mano cada nuevo número.

Sé poquísimo de poesía, aun cuando me gusta mucho la lectura de buenos poemas. Les adjunto dos, y ustedes dirán si tienen algún valor literario. Son de doña Sara Sandoval Matus, chilena del sur, de la región de La Frontera, y madre del poeta Jorge Teillier. Parece que siempre escribió versos para su deleite personal. Ahora debe bordear los setenta años. Salió de Chile a fines de 1973 acompañando a su esposo Fernando Teillier Morin, ex-gobernador de Lautaro, cuya cabeza estaba a precio. Inició un largo peregrinar que aún no acaba. Ella puede volver a Chile, su marido no. Estuvieron primero en Perú, un año, y de allí pasaron a Rumanía, país que abandonaron en 1981 para instalarse en Mozambique. Hace pocas semanas acaban de partir a Suecia para fijar nueva residencia. Antes de irse, en un gesto de amistad, nos dejó a mi mujer y a mí estos dos breves poemas.

¡Felices singladuras para *Araucaria* y tengamos confianza en una feliz y pronta arribada a "Puerto Chile"!

Mario Galetovic (Maputo, Mozambique)

Quiero un hogar

Quiero un hogar,
quiero que mi mano
toque, golpee esa
puerta,
que se abra
como antes;
con confianza,
con alegría,
sin secretos.
Quiero un hogar mío
tan mío.

O fue un sueño

esa seguridad,
esa quietud?
¡Quiero un hogar!
Quiero sentir
como se siente
en los pies desnudos
esa tierra suave;
como sentimos
en la piel la lluvia.
El aire de la espesa
niebla de la mañana.
Ese sería mi hogar.
Quiero un hogar mío.

Primavera de 1973

¿Fue Primavera?

No el aroma
de los primeros
jacintos y jazmines,
rosas y nomeolvides.
¿Por qué no fue tan puro
el verdor de los campos?
¿Tan sonora la caída
de una cascada?
¿Tan suave el correr
del riachuelo?
¿Por qué el arado

no rompió esa
tierra feliz
en Primavera?

Esa Primavera
fue un sauce
llorón; ese árbol
que inclina
sus hojas tristes
y perennes.

Así fue esa
Primavera de 1973.

Sara Sandoval Matus

Hoy he tenido el maravilloso agrado de descubrir la revista *Araucaria* y creo que es la Providencia que me la envía. Hace ocho años que vivo aquí en Francia, más o menos enterrada (*engloutie*) en la vida que se lleva en la "banlieue" sin otros contactos que aquellos que alimentan nuestro abandono y nuestra nostalgia. Me interesa honradamente por saber qué caminos deberemos tomar en nuestro país lejano; estoy llena de vacilaciones y dudas, producto de mi falta de información y de no poder participar en discusiones serias. Por eso quisiera suscribirme a su revista y recibirla directamente en mi casa. ¿Es eso posible? En un lejano pasado fui alumna de filosofía en la Universidad de Chile de Valparaíso.

Magdalena Risetto (Longjumeau, Francia)

Me es un gran placer escribirles para felicitarlos por el buen trabajo de *Araucaria*. Hace mucho tiempo que vengo leyendo la revista y siempre me han dejado satisfecho sus artículos, aunque algunas veces me cuesta entender el contenido de lo escrito, debido a que llevo once años sin estudiar mi idioma, y otras cosas.

Me gustaría que se siguiera escribiendo sobre el exilio, porque este tema ayuda a sentirse ligado con nuestra Patria; sobre todo, que se escribiera sobre lo que los jóvenes sienten en el exilio, para que ellos entiendan bien lo que les pasa (algunos ya no saben hablar bien el castellano, otros pierden nuestras costumbres) y sepan, a la vez, lo que significa el retorno a Chile.

Galvarino Villalobos (Lowenstad, Noruega)

En esta pequeña ciudad de este país también hay un grupo de chilenos que de una forma u otra estamos trabajando por la restauración de la Democracia en nuestro país, y queremos expresarles nuestras felicitaciones por la hermosa revista *Araucaria*, que aquí leemos muchos, porque a través de ella nos enteramos de los sucesos políticos y de la situación de Chile.

Les mandamos fotocopias de los recortes de prensa (del periódico *Calgary Herald*) donde Ricardo Recabarren y Osvaldo Figueroa, que ahora viven aquí, denuncian las persecuciones y crímenes de la dictadura. Sus declaraciones conmovieron realmente a la opinión pública canadiense.

José Pavez, Presidente; **Aníbal Pinto M.**, Secretario.
Teresa del Canto, Coordinadora. Comité de Liberación
de Chile (Calgary Alta, Canadá).

Felicitaciones por **Araucaria**, que leo siempre con mucho interés.

Daniel Moore. Instituto de Estudios Latinoamericanos
(Estocolmo, Suecia).

Leí en el periódico local *El Correo* carta y artículo del secretario de redacción de **Araucaria**. Felicitaciones, y por favor, no tengan pena porque tienen que hacer su trabajo con reducidos medios económicos. Todos valoramos el esfuerzo que ustedes hacen. Yo también he querido contribuir y escribí sobre **Araucaria** el artículo que encontrarán en *Comentarios* N° 38, una "Tribuna del Pensamiento Libre" que aparece aquí en Montreal como producto de la infatigable y tesonera labor de Don René Ferrada. Les mando, además, mis libros de poesía, cuya edición he financiado yo misma realizando en este país los más diversos trabajos.

Nelly Davis Vallejos (Montreal, Canadá)

EL LADRON DETRAS DEL JUEZ

Parece increíble que, mientras permanecen encarcelados nuestros principales dirigentes sociales, cuando la situación económica es cada vez más caótica, en el instante en que se descubren los más cobardes y alevosos crímenes de la dictadura, haya quienes su principal empeño sea entenderse con los responsables de todos esos episodios y en buscar una salida política en connivencia con una Constitución y con un régimen intrínsecamente totalitario y antipopular.

(Juan Pablo Cárdenas, Director de *Análisis*, en el editorial de la revista. N° 115, 12-XI-85.)





MARTIN RUIZ

Los fusilados del General de la Muerte

Una querrela contra el General en retiro Sergio Arellano Stark, presentada al juzgado de Calama por la madre y la viuda del periodista Carlos Berger, ha actualizado el monstruoso asesinato de 73 destacados partidarios del gobierno de la Unidad Popular. Todos ellos fueron fusilados entre el 16 y el 19 de octubre de 1973 durante la gira del General Arellano por La Serena, Copiapó, Antofagasta y Calama, ciudades del Norte chileno donde vivían y trabajaban. Eran profesionales, técnicos, dirigentes sindicales, autoridades locales de un gobierno legítimo, que habían sido detenidos en los días inmediatos al golpe, sin acusación alguna, sólo por ser personeros visibles de la Unidad Popular. La mayoría estaba en vísperas de recuperar su libertad porque ni siquiera los jueces militares tenían antecedentes en su contra cuando fueron puestos frente a fusileros que los asesinaron "por órdenes superiores".

Tal vez los autores de estos crímenes pensaron que el tiempo borraría cualquier recuerdo; que los horrores que vinieron después establecerían una sólida lápida que haría imposible la resurrección de las víctimas de esta masacre. Pero el olvido no es —felizmente— una enfermedad que haya afectado demasiado a los chilenos en estos años, cuya supuesta mala memoria sería un buen favor a Pinochet.

Conocimos a varios de los fusilados en la macabra gira de Arellano Stark. Nos referimos ahora sólo al periodista Carlos Berger y al músico de La Serena, Jorge Peña.

Fuimos compañeros de trabajo en la redacción del diario *El Siglo* de Carlos Berger. Era un joven abogado que había decidido transformarse en periodista de la prensa popular. Le atraían más las afanosas salas de redacción que los burocráticos pasillos de los tribunales. Lucía una barba algo patriarcal que no encajaba con un rostro de niño bueno, unos ojos claros y vivos, una manera de ser traviesa y generosa. Nos ocupábamos de la página de redacción y de algunos artículos para las ediciones corrientes o las páginas extraordinarias de los días domingos. Era una tarea que realizábamos sin apremios. Nos dábamos

tiempo para comentar los últimos estrenos cinematográficos, las obras de teatro en cartelera, los libros que estábamos leyendo. Nos reíamos con los incidentes picantes de la vida política, con los desbordes tribunicios de los oradores de la izquierda o la derecha cuyos discursos debíamos sintetizar, con los entretelones sabrosos de tal o cual acontecimiento y sometíamos nuestros respectivos artículos a severas autocríticas. Queríamos combatir los malditos lugares comunes que a menudo marchitan el lenguaje de la prensa de izquierda. Berger tenía una risa estruendosa que a veces era más fuerte que el tecleo de las máquinas de escribir en las horas más agitadas de despacho del diario.

Cuando triunfó la Unidad Popular lo designaron redactor-jefe de la revista juvenil *Ramona*. Era una publicación quincenal bien impresa, con fotografías a todo color, que buscaba la atención de los jóvenes con temas de su mundo, sin forzar el tono, con los cantantes y las costumbres de moda, señalando la responsabilidad que tenía la nueva generación en el proceso de grandes transformaciones que sacudía al país. No era fácil. Otros intentos habían fracasado. Era necesario dar en el clavo. Berger fue tan eficiente en esas funciones que le ofrecieron un puesto todavía de mayores desafíos: ser director en Calama de la radio de los trabajadores del cobre. La emisora tenía ahora extraordinaria importancia y era necesario convertirla en un medio de comunicación moderno, educador y dinámico.

Fuimos a comer a un restaurante en vísperas de su viaje al norte. Hablamos de sus proyectos para poner en marcha una programación novedosa. Le preocupaba la recepción que encontraría, la mejor manera de entenderse con todos, de convencer a los dirigentes sindicales acerca de una línea en la programación que consultara los intereses de todos los sectores. No lo vi de nuevo. Supe de su detención en Calama. Había mantenido en el aire la emisora hasta que llegaron los militares a su oficina. Le condenaron a sesenta y un días de cárcel, pena mínima, no había otra acusación que no fuera la de ser director de la radio. Me enteré después, consternado, de su muerte. Las noticias eran confusas. Llamé a su madre por teléfono y ella me dijo sollozando: "Fue fusilado".

El músico Jorge Peña era un maestro de escuela "chiflado por la música" según su propia definición. Estudió en el Conservatorio hasta ser un buen violinista. Amaba a La Serena, su ciudad y quería conmover la modorra provinciana con las sinfonías de Mozart o Beethoven. Decía que el talento musical era abundante en Chile y que la buena música no podía ser patrimonio de una élite dudosa. Estaba ligado a los partidos de la Unidad

Popular aunque no sé si militaba en algunos de ellos. Consiguió tras denodados esfuerzos formar una orquesta sinfónica infantil. Era todo un prodigio inaudito ver a niños de doce o catorce años transformados en violinistas, violonchelistas, flautistas, tímbalistas. Peña los buscó en las clases de música de todos los colegios, los atrajo, los preparó con paciencia y celo infinito. El conjunto adquirió rápida celebridad. Se presentó en casi todas las ciudades grandes del norte y el sur del país. Culminaron estas actuaciones con dos conciertos en el Teatro Municipal de Santiago en 1972. Me invitaron y mi actitud benevolente se transformó en asombro cuando la orquesta infantil que dirigía Peña abordó con toda propiedad la obertura de "El Cazador Furtivo" de Weber y la sinfonía "Júpiter" de Mozart. Fui a saludar emocionado a los camarines al maestro y concerté con él una entrevista para el día siguiente. Entonces me habló de las infinitas posibilidades de su orquesta infantil, de los miles de talentos musicales sin desarrollo que existían en el país, de la necesidad de crear orquestas en provincias. Su experiencia era única en Chile y casi en todo el Continente. Preparaban un programa de gran música chilena e incluirían en su repertorio futuro a Bach, Brahms, Schuman, Prokofiev. Ningún autor ofrecía para ellos dificultades. Realizaron luego una gira por varios países de América Latina y en Cuba fueron aclamados.

En los días del golpe, Peña y su orquesta regresaban recién de esa exitosa gira. Una patrulla militar allanó su casa de La Serena el 14 de septiembre de 1973. Peña fue detenido y torturado. No tenía nada que decirle a sus verdugos que no fueran sus proyectos de futuros conciertos. Sus familiares recibieron un mes después una orden para que fueran a retirar su cadáver. Había sido fusilado en la gira del General de la Muerte. Sus funerales debían ser privados, sin los niños músicos, sin nadie. ¿Por qué?, preguntaron sus parientes. "Por órdenes superiores", les respondieron.

El general está ahora en retiro y aparece como crítico del dictador al que sirvió. No reconoce la paternidad de esas muertes y asegura que está dispuesto a que se investigue la verdad y se sancione a los culpables. Aunque los muertos no resucitan, hay que hacer justicia, y no olvidar a ningún asesinado en estos años, que han agotado por su horror toda nuestra capacidad de asombro.

PATRICIO HALES

La Deuda Externa y la Segunda Independencia

Por primera vez, después de casi doscientos años, se reproduce en la totalidad de los países de América Latina, como conjunto, una grave situación de crisis entre el dominador y los dominados, crisis que, por la extensión de la misma, por los intereses comunes de las naciones y por la urgente necesidad de su resolución, recuerda la fuerza de las condiciones objetivas y subjetivas que impulsaron la Independencia de las colonias americanas en el siglo pasado. Aunque en una evidente fase superior de su desarrollo y en el marco de otra formación económico-social, también hoy día se ha socializado la idea de pueblos sometidos, explotados que necesitan de su independencia para poder mucho más que financiarse: vivir.

Se ha repartido por todo el continente, en el pueblo y en la mayoría de sus líderes, un sentimiento de rechazo hacia el hecho de tener que trabajar y generar riquezas para servir a otros, percibiéndose la idea del pago de la deuda externa como un gran sangramiento de las naciones americanas y como una injusticia urgente que resolver.

El habitante medio de América Latina percibe la globalidad de la crisis cada día más cerca de su mundo cotidiano. Veamos algunas cifras y hechos. Ciento cuarenta millones de latinoamericanos de los sectores populares, según Naciones Unidas, reúnen entre todos el ingreso que monopolizan sólo seis millones de personas afortunadas; cincuenta millones de cesantes; cien millones de analfabetos. Cada minuto muere un niño en Latinoamérica.

El hecho es que hoy día, en presencia de la gravedad de la Deuda Externa, hay elementos concretos que configuran una crisis en lo objetivo y en el estado de ánimo del conflicto entre América Latina y sus dominadores. La presente crisis contiene condiciones de superior nivel para su resolución que aquellos que configuraban el panorama de los comienzos del siglo XIX:

1º La objetividad de la situación de explotación de los pueblos americanos en beneficio de las transnacionales y la

gran banca extranjera está ejemplificada en los 360.000 millones de dólares que adeudan nuestros países, y las cuantiosas obligaciones por concepto de intereses.

Los intereses que hay que pagar este año en el caso de Chile suman 2.400 millones de dólares. Ilustremos el problema, citando un hecho: la actual enseñanza universitaria chilena, que era casi gratuita en los gobiernos de los presidentes Frei y Allende, y que hoy es pagada por cada universitario, podría ser financiada con esos intereses, y aún quedaría dinero suficiente para seguir pagando los estudios de TODOS los universitarios chilenos durante los próximos veinticinco años.

La lista de los principales deudores latinoamericanos es la que muestra el cuadro siguiente:

<i>Países</i> (por orden alfabético)	<i>Deuda</i> (en millones de dólares US\$)	<i>Porcentaje del ingreso por exportaciones que se destina al pago de intereses de la deuda</i>
Argentina	50.000	52 %
Bolivia	3.700	57 %
Brasil	104.000	36,5 %
Chile	20.000	45,4 %
Colombia	10.800	21,5 %
Costa Rica	4.100	32 %
Ecuador	6.900	31,5 %
Honduras	2.250	19 %
México	96.000	36,5 %
Nicaragua	4.000	18,5 %
Panamá	13.500	n. d.
Perú	3.500	35,5 %
Rep. Dominicana	2.850	23,5 %
Uruguay	4.700	31,5 %
Venezuela	36.600	25 %

Fuente: Agencia A.L.A.

2º La percepción de la contradicción de los intereses de cada Nación con respecto a la gran banca transnacional ya no es un caso aislado. Cada país latinoamericano sabe que el problema es continental y por más que algunos insistan en que lo mejor es la negociación por separado, la lógica más elemental indica que ante la presencia de un problema común de tan grande magnitud, la fuerza que puede ponerse en marcha al actuar de conjunto sería la más grande desatada desde la Independencia del dominio colonial.

3º La idea de la genuflexión colectiva parece hoy día indefendible en nuestro continente. El gobierno chileno es virtualmente el único que aparece bien dispuesto a los mandatos de los banqueros internacionales. La mayoría de los gobernantes

latinoamericanos han mostrado una reacción positiva en lo que se refiere a la Deuda Externa y no quieren someterse a las instrucciones de la banca. Los nuevos mandatarios del actual proceso de democratización política han vinculado con claridad el problema del pago de la Deuda Externa a la *idea de la dependencia*.

Sin necesidad de que exista un proyecto ideológico común, la Deuda Externa ha abierto paso a una reacción conjunta similar a la unidad de acción de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre y otros. Los actuales gobernantes latinoamericanos tienen hoy una oportunidad de escribir una página trascendental de la historia de nuestra independencia.

4º Para los propios pueblos la idea de pagar en dinero aparece con más claridad que nunca como un fenómeno de dependencia, de explotación, de objetiva pérdida de su patrimonio y de franco perjuicio. Es posible que la dependencia sea así percibida con mucha más facilidad que la explotación y usurpación de las riquezas básicas, la penetración cultural, la dependencia científico técnica, la dependencia militar, y el alineamiento a una política de bloques. La idea de pagar, como forma de dependencia del imperialismo es sólo comparable a la percepción de la intervención política directa sobre el destino de una Nación.

Hoy todos los latinoamericanos gastan más para recibir menos. Nos endeudamos más para beneficiarnos menos. Todos disminuimos más nuestros ingresos para pagar la deuda, de modo que nuestras necesidades en vez de resolverse aumentan. La Deuda Externa chilena se **multiplicó por seis con el gobierno militar** mientras que *el déficit habitacional* en vez de disminuir, por la afluencia de nuevos recursos, **aumentó al doble**. Y es sólo un ejemplo entre muchos más que pudieran citarse.

5º A diferencia de lo que ocurrió durante la Independencia, actualmente los Fray Bartolomé de Las Casas se encuentran multiplicados por miles: sacerdotes, religiosas, laicos y fieles que son un factor de desarrollo de una acción no sólo solidaria con sus pueblos, sino de decidido apoyo a la lucha libertaria.

En la América de hoy la Iglesia Católica no es el aliado que ayer, representando el Poder de Dios, afirmó al colonialista.

6º La adopción de una decisión continental para el no pago o postergación de la Deuda Externa podría provocar una modificación del orden y la correlación de fuerza a nivel mundial.

7º Nunca el imperialismo ha vivido una crisis tan extendida por todos los países de América. Nunca han tenido los dominadores que soportar una expresión tan acorde a lo menos de

inquietud y de tan creciente rechazo a su dominio por tantas naciones de conjunto.

* * *

Chile y América Latina, no necesitan ejercer la mendicidad internacional para satisfacer las necesidades de sus ciudadanos y desarrollar sus potencialidades económicas.

El resultado exitoso frente a la deuda y la fuerza de las naciones, dependen principalmente de la capacidad para establecer un frente común de los deudores.

La conciencia de la dependencia se ha profundizado, y existen en nuestro continente los factores concretos, objetivos y subjetivos, cuyo desarrollo debiera conducirnos a una Segunda Independencia.

¡PASEN, SEÑORES, PASEN!

"Sabemos que caer en las redes comunistas se retrocede a la esclavitud del hombre. Así como antaño el esclavo en Grecia, el esclavo en Egipto, el esclavo en Roma era un hombre sometido, era un hombre que no tenía vida propia. Después fue súbdito de un rey, también perdía la libertad. En cambio, llegó el sistema democrático y fuimos seres humanos, seres libres, seres que en realidad podemos hacer lo que queremos. Por eso soy democrático, por eso apoyo la democracia; pero, señores, ha crecido un monstruo chiquitito que se llama comunismo, marxismo leninismo... Y nos encontramos, señores, que nace una lucha, una lucha, señores, en que dos elementos están en pugna: la libertad por un lado y los marxistas en otra."

(Del discurso pronunciado ante los rotarios por Augusto Pinochet, el 4-IX-85.)

INES MORENO

Amor a la poesía y a la vida

Son tantas y tantas las cosas acumuladas que nos estremecen cada día... Cuesta escribir una carta. Amanece el lunes, el martes, el miércoles, y buscamos el sol por la ventana. Jueves, viernes, sábado. Anochece. Vemos entre los árboles y edificios cómo está de negro el cielo, porque la luna no brilla y está llena de manchas. Nos asomamos los domingos al parque o a alguna plaza para mirar a un niño o a un hombre elevando su volantín. Y cuando ya el cuadrado de papel azul o rojo ondea cielo arriba, la sonrisa del niño o del hombre es sonrisa triste, aunque sus ojos parecieran atrapar la esperanza.

Ustedes saben lo linda que es esta tierra olorosa a mariscos y bosques y hierbas campesinas. Esta tierra larga coronada de montañas.

Entonces, nos duele tanta muerte.

Eso sí, la esperanza nos salva. Nos salva este anhelo inquebrantable de seguir luchando por la vida.

"María, ay María, qué haremos", le dije a mi amiga sintiendo en mis propias entrañas su cruel desgarramiento. La he acompañado tanto. Juntas hemos caminado con la poesía, juntas crecimos encendidas por los ideales de justicia y de amor. De modo que el niño José Manuel también fue como si a mí me lo hubiesen acuchillado. Pero de María se sigue aprendiendo. Ahí la tienen, con el corazón sangrando, levantada, creativa, valiente, implacable. ¡Cómo no sentirse fortalecida en la lucha con su ejemplo revolucionario!

Podría hablarles también del temple de las otras madres y esposas. Sólo nombro a María porque es mi amiga, mi hermana. Ella simboliza a las demás.

Todos están aquí conmovidos por tantas atrocidades. Es un clamor nacional.

Pero también surgen acciones que la historia recordará. En la Población La Legua se encendió una luz. Ahí, en una esquina, vive un poeta. Se llama Víctor. Habita en el segundo piso. Yo siempre lo visito. Conozco su patio con el aroma poblado de pájaros. He subido por la débil escalita de madera. El poeta dejó libre una habitación grande abajo y llamó a los vecinos para formar una Casa y la bautizaron "Casa de la Cultura José Manuel Parada".

Es un lugar abierto. Los muros escritos con poemas, ilustrados por la gente que pinta, a todo color. Invitan a escritores y artistas. Dicen: "Que vengan los músicos y le den un sonido a las letras; que vengan la danza y le dé movimiento a la música", y claro, hemos venido y seguiremos visitando la Casa de la Cultura de La Legua.

¿Saben como nació? Me lo contó mi amigo así:

«Un sábado por la noche alguien encontró a Julio colgando de una viga del parrón. La noticia cundió por la población. Pusimos la noticia en el diario mural. Algunos lloraban. Lo querían al Julio porque era valiente frente a los pacos, nunca tuvo miedo.

»Al día siguiente, Julio estaba en la

morgue, botado en la piedra igual que Jesucristo. La muerte de Julio nos unió a todos. Juntamos la plata para el entierro casa por casa. En las panaderías nos dieron pan para el velorio. A Julio lo mató la miseria, el hambre, la pena. Fue un entierro como una gran protesta. Gritábamos: Compañero Julio Hermosilla... ¡presente! ¿Quién lo mató? ¡El fascismo! La cesantía, la miseria. ¿Y quién lo vengará? ¡El pueblo! ¿Cómo? ¡Luchando!

»Y ese diario mural después se fue ampliando. Escribimos en él poesías, más poesías. Leía la gente y ya el dolor fue otro. Dijimos: ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo salvar a los jóvenes para que no se sigan matando? Traigamos la cultura, les dije. La cultura nos salvará. Y cuando los pacos se dieron cuenta, se bajaron de sus furgones y comenzaron a romper los papeles. Rompían poesía. Esta es política, decían, en contra del gobierno. Es que estamos contra el gobierno, les respondimos. No podemos decirlo en los diarios, ni en la tele, ni en las radios. Por eso lo decimos aquí. Nos amenazaron y nosotros nos pusimos a cantar. Recogimos los papeles rotos colocándolos de nuevo. Y las mujeres seguían a los pacos arrancándoles los

poemas de las manos y les decían: ¡Váyanse! Estamos cansadas de ver a la juventud en la droga y en la delincuencia. Déjennos. La cultura nos ayudará.»

He querido contarles todo esto, para que lo repitan por allá. Que sepan lo que esta ocurriendo en Chile. Después de horribles asesinatos, surge en el pueblo la luz.

María me dijo: ¿Ves? Así va triunfando José Manuel.

La poesía está por las calles de la gran barriada. Víctor hizo nacer a muchos poetas. Mira lo que leí en un muro de La Legua:

*¿El hambre?
No sé. Peleábamos.
¿El frío?
No sé. Peleábamos.
¿El cansancio?
No sé. Peleábamos.
Caían los compañeros
y peleábamos.*

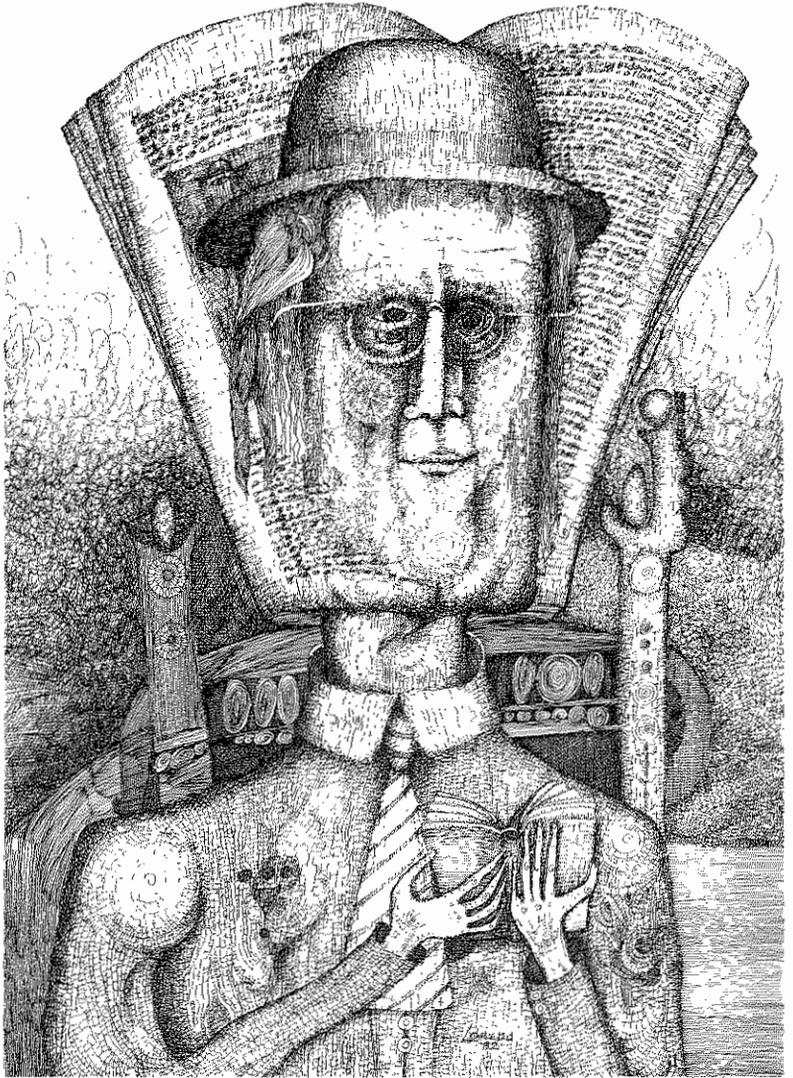
A pesar de los horrores y los crímenes, la gente tiene menos miedo. Yo creo que el miedo lo sienten ellos.

Son un ejército con odios y con armas. Nosotros somos un ejército con hambre y amor a la vida.

BUFFALO BILL CONTRA TORO SENTADO

“...Este Ejército que ha ido paso a paso caminando con el avance chileno, este Ejército que abrió las rutas hacia el sur, entramos en la zona más allá del río Bío-Bío, paso a paso, luchando contra los aborígenes, liberando ciudades, en fin.”

(De discurso pronunciado por Augusto Pinochet ante los rotarios, el 4-X-85.)



A propósito de un bicentenario: José Miguel Carrera (1785-1985)

FERNANDO CASANUEVA

A la memoria de mi padre

“La historia no tiene ídolos, sino hombres.”
Benjamín Vicuña Mackenna, *El ostracismo de los Carreras*.

Existen en el patrimonio histórico de los pueblos, es decir, en su vida misma, figuras relevantes que marcan etapas importantes en su devenir, moldeando en cierta forma su destino. Estos hombres son personajes goznes, si cabe el término, pues permiten con su pensamiento o su acción cerrar etapas históricas y abrir otras en la vida de sus pueblos.

Podemos afirmar que José Miguel Carrera ocupa este papel en la historia de Chile, durante el capítulo crucial del proceso de su Independencia nacional, a comienzos del siglo XIX. Bien se puede hablar, entonces, en este cuadro de las guerras de la Independencia, de un período pre-Carrera y de otro post-Carrera.

La vida de este hombre ilustre, tan trágicamente paralela a la de sus hermanos, es una de las existencias más ricas, entre las de los hombres notables que Chile ha forjado, en aventuras, venturas y desventuras; existencia que ha llegado a constituir un arquetipo en la memoria colectiva de los chilenos: un personaje que desplegó la

Fernando Casanueva es Doctor en Historia por la Universidad de París-Sorbonne y Profesor en la Universidad de Bodeaux-I, Francia.

máxima tensión posible para alcanzar toda la medida de lo que un hombre es capaz de dar, muchas veces con medios más que limitados, superando toda clase de dificultades.

Los chilenos se han identificado con este hombre que luchó consecuentemente e incansablemente por sus ideales, y en la segunda etapa de su vida, además, contra la fatalidad que parecía seguirle doquiera que fuese. En resumen, para los chilenos Carrera es un héroe justamente, en el más noble sentido del término.

Mucha tinta, muchas pasiones, se han vertido tanto en Chile como en el extranjero —especialmente en la República Argentina— acerca de la personalidad y los hechos de José Miguel Carrera. Se han creado bandos y cenáculos en su pro y en su contra, como sucede, por lo demás, con todos los hombres decisivos. Se ha procedido tanto a divinizaciónes como a exorcismos. Historiadores extranjeros, que a veces trabajan con más perspectiva que los nacionales, incluso se han referido a la “leyenda carrerina”¹.

Sin pronunciarnos sobre el derecho que tienen los pueblos a forjar sus propias leyendas, las cuales siempre tienen una base de realidad histórica, elevando a la categoría de héroes a los mejores de entre los suyos, y por las mismas razones que hemos apuntado más arriba, quizá no haya personaje de la historia de Chile que se preste tan justificadamente a la leyenda como Carrera y su familia.

Lo que es indiscutible al leer y analizar los testimonios históricos emanados tanto de sus partidarios como de sus adversarios, es la grandeza, más allá de las limitaciones inherentes a todo ser humano, que fluye naturalmente del personaje, su inteligencia, su coraje, la nobleza de sus propósitos y sentimientos, la fascinación que ejercía en los demás su personalidad carismática. Para Vicuña Mackenna, Carrera presenta las características del genio².

Marco cronológico de su vida y acción

“Conózcase lo que cayó brillando de tu velocidad sobre la patria.”

Pablo Neruda, *Canto General*.

Uno de los tantos hechos sorprendentes en la vida de Carrera es constatar el breve tiempo en que pudo ejercer su acción de gobernante y de soldado en Chile. Es interesante, así, encuadrar el tiempo, ineludible hilo de la Historia, de Carrera en Chile, su “tiempo chileno” podríamos decir, en el marco general de su corta vida (1785-1821), segada en Mendoza cuando aún no cumplía los treinta y seis años de edad.

1785-1806: nacimiento en Santiago; infancia y adolescencia en el Reino de Chile, con un corto viaje a Lima (1803).

1806-1811: vida y carrera militar en España; participación activa en la guerra peninsular contra Napoleón I.

1811-1814: actuación principal y decisiva en la vida política y militar de Chile, durante la llamada "Patria Vieja".

1814-1821: el exilio definitivo, donde trabaja por la causa de la Independencia de Chile; interviene en las guerras civiles argentinas; tentativas fracasadas de retorno a su patria. Argentina (1814-1815); EE. UU. (1816); Uruguay (1817-1819); Argentina (1819-1821).

Como vemos, la mayor parte de la vida adulta de Carrera transcurrió en el extranjero. Su "tiempo chileno" se limita al lapso que media entre el 25 de julio de 1811, en que llega a Valparaíso de vuelta de España, y el 12 de octubre de 1814 en que, sin saberlo ni quererlo, se despide para siempre de Chile, comandando la retaguardia de las tropas y civiles chilenos que marchaban derrotados a Mendoza después del desastre de Rancagua: es decir, menos de tres años y tres meses. Precizando más aún, como se advertirá en el curso de estas páginas, veremos que ese "tiempo chileno" en que Carrera dispuso *realmente* del poder en Chile es más reducido todavía, tan sólo un año y medio. Pocas veces, entonces, en la historia de Chile en tan poco tiempo se habrá hecho tanto en un período tan crítico.

Nacimiento e infancia: una familia poderosa

"Hemos llevado siempre y sin causarnos vergüenza el apellido de Carrera."

J. M. Carrera en carta a Chile, 1819.

José Miguel Carrera nació en el seno de una antigua, ilustre y poderosa familia colonial, en la capital del Reino. Su padre, Ignacio de la Carrera Cuevas, que llegó a ser alcalde de Santiago en 1771 y vocal de la I Junta Nacional de Gobierno en septiembre de 1810, contrajo matrimonio con Francisca Paula de Verdugo, hija de Juan Verdugo del Castillo, oidor de la Real Audiencia de Santiago, teniendo siete hijos, de los cuales los tres primeros murieron a temprana edad, y los cuatro restantes: Francisca Javiera (1781), Juan José (1782), José Miguel (1785) y Luis (1790), alcanzaron los destacados puestos que conocemos en la historia de Chile.

Nada faltaba, entonces, en la casa de José Miguel, vinculada por lazos de parentesco a los principales apellidos coloniales: linaje, títulos, cargos, influencia, minas y tierras, principal fuente estas últimas del poder económico y del prestigio social en ese tiempo. Este ambiente social generó sin duda la distinción, la seguridad, la alta con-

cepción de sí mismos, la arrogancia incluso, que siempre manifestaron los Carrera en sus actuaciones privadas y públicas. Estos rasgos no les eran exclusivos, por cierto, sino que también eran los característicos de toda una clase social, la llamada “aristocracia criolla”, que ya en la segunda mitad del siglo XVIII concentraba en sus manos el poder social y económico del país, considerando que ese fértil y alejado Reino les pertenecía.

Aunque existieran tantas vinculaciones, de toda índole, en ese sector de la sociedad colonial, cuya capital apenas se empinaba sobre los 30.000 habitantes —muchos de los cuales eran “parientes y amigos”, según la acertada frase de Vicuña Mackenna—, no por eso dejaban de existir rivalidades entre las principales familias criollas, como la que enfrentaría a los Carrera con los Larraín (los “Ochocientos” o “la Casa Otomana”, como solía llamarlos José Miguel) durante los años decisivos de la Independencia.

De los cinco destinos mayores que la aristocracia permitía a sus hijos, a saber: las armas, la toga, el hábito, el comercio y la agricultura, desde muy pequeño José Miguel fue encauzado por su padre, quien era Teniente-Coronel de las Milicias de Caballería de Santiago, al primero indicado, ya que nunca demostró, pese a su viva inteligencia, grandes inquietudes intelectuales —en el Convictorio Carolino se distinguió más bien por sus travesuras que por su aplicación—, ni interés por el comercio —como lo demostró sobradamente durante los siete meses de su estadía en Lima, enviado por su padre precisamente a ello, en casa de su tío José María Verdugo—, ni excesivo interés por las actividades agrícolas en las tierras familiares.

Así, ya en 1791 (a los seis años de edad, cosa frecuente en esa época entre las familias importantes), era designado Teniente en el Regimiento de Don Ignacio, grado reconocido por Real Cédula en 1799³. Durante sus años de juventud que anteceden a su partida a España, los historiadores están conformes en que la vida de José Miguel transcurrió alegre y galante, disfrutando y comandando los placeres de la existencia en el estilo propio de los jóvenes de su clase, no faltando tampoco los procesos judiciales en su contra.

De todas maneras ya están trazadas las líneas esenciales de su personalidad, como tan vívidamente las cincela Barros Arana, destacando en ellas las innatas características de líder en el joven Carrera:

“La gallardía de su figura, la belleza de su rostro, la distinción de sus modales, la facilidad y franqueza de su trato, su incontenible desprendimiento, que lo impulsaba a repartir generosamente cuanto dinero recibía de sus padres, lo hacían popular y querido de los jóvenes de su generación; pero el fuego violento de su alma y el convencimiento de su propio valer y del prestigio de su familia, lo habían hecho también altivo, arrogante e indócil a someterse a las consideraciones sociales”⁴.

En España: la llamada del destino

“El haber dejado mi nombre bien asegurado.”
J. M. Carrera, apuntes personales, España, 1811.

José Miguel llega a España en 1806. La intervención francesa y las guerras consiguientes que el pueblo español y las potencias aliadas en la Península hicieron al invasor, ofrecieron una oportunidad decisiva a José Miguel para construir su destino: la carrera de las armas.

Se incorpora, pues, voluntariamente en septiembre de 1808, recomendado por el General Francisco Javier Castaños, como ayudante en el Regimiento de Milicias de Farnesio; luego, en noviembre, pasa al Regimiento de Caballería de Voluntarios de Madrid, obteniendo allí en abril de 1809 el grado de capitán. En 1808 y 1809 participa en la defensa de Madrid, atacada por Napoleón en persona, y en trece combates, destacándose por su decisión y coraje, especialmente en el de Talavera de la Reina (julio de 1809), donde obtuvo una medalla de honor, y en el de Ocaña (noviembre de 1809), donde al ser herido de gravedad debió retirarse de las filas para restablecerse en Cádiz⁵. Los méritos de Carrera le hicieron merecer en septiembre de 1810 el grado de Sargento Mayor de los Húsares de Galicia, ascenso excepcional para un joven criollo en la metrópoli.

Y aquí, en esta coordenada única de su vida en que todas las esperanzas le estaban permitidas, como él mismo lo escribe: “es cierto que aquí tengo un porvenir brillante”, es cuando Carrera decide volver a Chile, pues “mis sueños de gloria van lejos, hacia mi querida tierra nativa”⁶. Por supuesto que en su solicitud de licencia al Consejo de Regencia de Cádiz, centro político español en la lucha contra los franceses, él no invoca estas razones, sino la de haber “recibido noticias funestas de la salud de mi padre, cuya postración anuncia su próximo fallecimiento”⁷.

¿Cuál era la verdad? Sin duda que Carrera estaba al tanto de las recientes noticias provenientes de Chile relativas a la constitución de una I. Junta Nacional de Gobierno de la que su padre formaba parte. Sin embargo, consideramos que esta novedad tan sólo no fue suficiente para haberlo decidido a torcer su destino.

Ese “tiempo español” de Carrera le permitió ser partícipe y testigo en la misma metrópoli, en el corazón de los acontecimientos, de hechos capitales en la historia de la Península y de Europa, cuyas consecuencias se prolongaban en ese vasto apéndice ultramarino de aquélla que era el Nuevo Mundo. Carrera palpó en España la debilidad y la venalidad de la monarquía borbónica; cómo un sistema político secular y aparentemente fuerte podía ser destruido y reemplazado por organismos colectivos de poder y, a la vez, cómo ejércitos tan prestigiosos y hasta entonces invencibles, como los napoleónicos,

podían ser frenados o derrotados mediante las luchas del pueblo organizado junto a las tropas de las potencias aliadas. Frente a sus ojos de criollo la monarquía perdió su majestad para convertirse en un fantasma almidonado. Además, en esos años cruciales de 1810 y 1811, Carrera creía, como tantos otros, en “la ruina total de España, que por sabida se deja en silencio”⁸.

Advertimos en José Miguel Carrera un proceso diferente de concientización por la causa de la Independencia americana que el emprendido por su futuro rival Bernardo O’Higgins. En éste su convicción por dicha causa se concretó por la vía intelectual, en Londres, bajo la influencia de su maestro de matemáticas Francisco Miranda. En Carrera, al contrario, la resolución se produjo en la guerra continental, en la vorágine misma de ese Viejo Mundo en convulsión. Sea como fuere, para ambos caudillos será en Europa donde “su existencia adquirirá un verdadero sentido”.

Algo debieron sospechar las autoridades gaditanas respecto a las ideas, intenciones y vinculaciones de Carrera, pues en abril de 1811 fue detenido y apresado durante nueve días y sometido a una prolija pesquisa, sin resultados, tras lo cual obtuvo su libertad y licencia para volver a Chile, “con uso del uniforme de retirado y goce de fuero militar”⁹.

Ya en el fondo del alma de Carrera, entonces, había fructificado la idea y la determinación de pasar a la acción allá en su “querida tierra nativa”, pero no sólo a causa del impulso natural en él de obtener la gloria personal, producto de una legítima concepción de sí mismo y de su propio valer que lo hacía merecerla y estar destinado a ocupar los primeros lugares donde quiera que fuese, sino como él mismo lo afirma, a causa de “querer ser útil a mi país y ayudarle lo que me sea posible”¹⁰.

Carrera, el primer jefe de la Patria libre

“Chile quiere su libertad, su independencia o la muerte.”

Oficio de J. M. Carrera al Virrey del Perú, agosto de 1814.

“En 25 de julio de 1811 llegué a Valparaíso en el navío de S. M. B. *Standart*” (DM, 20). Así comienza a relatar Carrera en su *Diario Militar* su “tiempo chileno”, tan breve y tan decisivo en la historia de Chile. Como se sabe, fue en España donde él se enteró del inicio del proceso de la Independencia, o bien de lo que para muchos era tan sólo una situación provisoria hasta que la vuelta al trono del “Deseado” Fernando VII hiciera retornar las cosas a su cauce tradicional.

Carrera estuvo ausente, entonces, de todas las cábalas precursoras a la formación de la I Junta, ocurridas bajo el mando del Gobernador Francisco Antonio García Carrasco y de su sucesor, tras su forzada renuncia, Mateo de Toro y Zambrano, el anciano Conde de la Conquista, y a los importantes sucesos acaecidos entre septiembre de 1810 y ese mes de julio de 1811. Por lo tanto, estuvo al margen, lógicamente, de la creación y acción de los pequeños y variados grupos de presión e intereses —ya que no es oportuno en dicha época hablar de partidos políticos— que trataban de condicionar la coyuntura en su favor.

Al analizar Carrera retrospectivamente en su *Diario Militar* este período previo a su llegada, advierte con certeza la existencia de dos bandos principales: “patriotas” y “sarracenos” o “godos” (así se llamaba a los realistas, fuesen peninsulares o criollos). Los primeros, partidarios de dicha Junta y de la cautelosa obra de reforma que ella emprendía, eran apoyados por “los jóvenes más resueltos y entusiasmados por la revolución (quienes) se reunían y servían de escolta a los que representaban los derechos del pueblo”. Los segundos, decididos opositores a los cambios, se amparaban en “el poder de la Audiencia, sostenida por la fuerza armada”. Frente a ellos, el Conde de la Conquista “viejo demente (que) no era patriota ni sarraceno, y (que) por sí nada podía hacer”. (DM, 14.)

Señalemos, por lo demás, que estos jóvenes “resueltos y entusiasmados”, sean civiles o militares, serán en su gran mayoría los que siempre apoyarán la gestión de Carrera en el futuro.

Por otra parte, el concepto “pueblo”, siempre presente en la palabra y en la pluma de Carrera, aunque teóricamente estuviese referido a la totalidad de los chilenos, en la práctica, y no podía ser de otra forma en ese tiempo, se aplicaba esencialmente a los “vecinos principales”, es decir, a los varones adultos urbanos, miembros de la “aristocracia criolla” y de los incipientes sectores medios de la sociedad colonial. No hay que olvidar, por ejemplo, que la I Junta de Gobierno fue elegida en Cabildo abierto por no más de 450 vecinos de la capital. El pueblo, tal como se entiende hoy, estaba ausente en la toma de decisiones, no así, desde luego, en las faenas cotidianas en las haciendas, en las minas y en las escasas ciudades, y más tarde (1813-1826) en las guerras y guerrillas de la Independencia, sea bajo las banderas de la Patria, sea bajo las banderas del Rey de España.

“Revolución” y “libertad de Chile” son los otros conceptos permanentes en sus escritos, lo que expresa muy a las claras cuáles eran las decisiones que Carrera había adoptado respecto a ese proceso que el entreveía como decisivo en la historia de su país. De esta manera, escribirá a su padre, en noviembre de 1811, estas líneas ya célebres que lo reflejan por entero: “las obras cuando se empiezan es menester concluir las. Los hombres a quienes la Providencia ha dotado de un

alma grande, deben ser superiores a todo (...). Ha llegado la hora de la independencia americana: nadie puede evitarla. España está perdida”¹¹.

De las disposiciones emanadas de esta I Junta de Gobierno, Carrera subraya el reconocimiento del Consejo de Regencia que “mandaba en nombre de Fernando” (DM, 15), la creación de cuerpos militares al mando de jefes “absolutamente ineptos para la carrera militar” (DM, 16), el envío a Buenos Aires de “300 veteranos escogidos de las tropas de Concepción, y se permitió que los porteños (Buenos Aires) pusiesen bandera de recluta, con la que pasaron la cordillera mil hombres”. (DM, 16).

No deja de haber en estas frases una crítica al naciente sistema de relaciones creado entre las Juntas chilena y argentina, propiciando por el representante de ésta Antonio Alvarez Jonte (reemplazado más tarde por Bernardo Vera y Pintado), pues para Carrera era un error tanto entregar el mando de tropas a jefes incapaces, como enviarlas a Buenos Aires, en circunstancias que podrían ser necesarias en Chile, cuyo proceso de reformas era mirado con recelo por el Virrey del Perú. Finalmente Carrera parece aprobar la convocación a elecciones para instituir un primer Congreso Nacional, que contó con la oposición de la Real Audiencia y de “los que veían en la libertad de Chile una prueba a sus ambiciosas miras”. (DM, 15.)

Bien encarnaba Carrera en el viejo tribunal colonial, la Real Audiencia, la principal oposición al “nuevo sistema”, pues lo primero que decidió la Junta patriota después del abortado motín realista, destinado a impedir dichas elecciones, encabezado por el Coronel español Tomás de Figueroa —quien pagó con su vida el intento—, fue suprimirla y reemplazarla más tarde por un tribunal nacional, obteniendo los señores oidores “pasaporte para Lima”, como sardónicamente comenta Carrera. Este motín pudo ser revelado en buena medida gracias a la acción decidida de Juan José, sargento mayor del cuerpo de granaderos, y de Luis Carrera, capitán de artillería.

La Casa Otomana

“La numerosa y terrible familia Larraín que abraza una gran parte del vecindario, todos cortados a una medida.”

Fray Melchor Martínez, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile*.

La elección de los congresales de 1811 resultó una sorpresa para los grupos patriotas que algunos autores, sin razón, denominan “exalta-

dos". Entre éstos se contaban tanto el dirigido por Juan Martínez de Rozas, vocal de la Junta y hombre fuerte de Concepción, como el de los Larraín, poderosa familia de extensa vinculación en la sociedad colonial, como se vio, quienes serán los principales enemigos de Carrera hasta el fin de la Patria Vieja y más allá aún.

En efecto, estas elecciones determinaron que la mayoría de los diputados estuviese compuesta por realistas o indecisos; este último grupo integrado por hombres siempre cautelosos y fluctuantes, que jugaban y jugarán siempre al mejor postor, el de los triunfadores ocasionales. Y fue en ese tiempo de Chile, en medio de un proceso político conducido por este Congreso, que llegó Carrera a bordo del navío británico.

La mayor parte de los grandes estadistas chilenos, haciendo la excepción eventual de Portales, han tenido una experiencia previa de mando en la vida nacional —en el ámbito militar, político o administrativo— antes de llegar al puesto máximo del poder en Chile. Carrera, no. Para el historiador actual aún resulta sorprendente la rapidez con que este joven recién llegado después de larga ausencia, que no cumplía todavía los veintiséis años de edad, en el corto lapso de menos de cuatro meses, consiguiera ubicarse en el primer plano y llegara a tomar el poder, deviniendo el primer jefe de Estado de Chile independiente, desplazando e imponiéndose a hombres de experiencia y de tanta personalidad como Juan Martínez de Rozas, José Miguel Infante, Juan Mackenna, Bernardo O'Higgins, Fray Joaquín Larraín, Agustín Eyzaguirre, Juan Enrique Rosales, etc.

Las razones de este "ascenso irresistible" las podemos hallar en su personalidad excepcional y también en su "tiempo español", que le había hecho madurar. El Sargento Mayor de los Húsares de Galicia ya no era el joven despreocupado que partiera a España. A su genio y a su ilustre familia se sumaban ahora su prestigio militar legítimamente conquistado en la metrópoli, la experiencia adquirida que le permitía calibrar con rapidez hombres y situaciones, y también el decidido proyecto de Independencia que se anidaba en su espíritu y que esperaba la hora precisa para revelarse y ponerse en marcha.

Sin embargo, antes de disponer del mando debía vencer a sus enemigos más poderosos que eran los Larraín. Esta familia, conducida por Fray Joaquín Larraín, aliado con Martínez de Rozas, había entrado en tratos con los Carrera, con Juan José particularmente, antes de la llegada de José Miguel, para derribar al Congreso realista-moderado, invirtiendo las fuerzas en su seno en favor de la tendencia abiertamente reformista que ellos representaban. Recién llegado de Europa, Carrera desaconseja con éxito a su hermano de estas tentativas, dado que "los que dirigían la obra eran Rozas y Larraínes, unidos a Alvarez Jonte. Me pareció que el proyecto encerraba mucha

ambición y determinaciones perjudiciales a la causa y a mis hermanos, que eran los ejecutores". (DM, 21.)

Más tarde los Larraín nuevamente solicitan la ayuda de la familia Carrera pues "nadie se oponía a la revolución, y esta ejecución quedaría por nosotros, es decir, por los tres Carreras". Esta vez éstos acceden y el 4 de septiembre de 1811 José Miguel, ayudado por sus hermanos, efectúa su primer golpe militar, "la esperada y necesaria revolución" (DM, 22), en esta ocasión contra el Congreso y en favor de la familia reformista, quien envía a Carrera un "oficio de gracias", quedando los Larraín "entronizados" en el poder.

Ya en la misma noche de ese día 4 comienzan las dificultades entre los Larraín y Carrera, cuando éste es citado a casa de Rosales "para acordar como absolutas las reformas que ellos decían necesarias", percatándose de inmediato que él y sus hermanos eran sólo un instrumento para la "Casa Otomana": "el fraile es hábil, y como vio que en aquellos días habíamos trabajado para ellos únicamente, lo atribuyó a inocencia y sagazmente comenzó a proponer". (DM, 27.)

Aunque Carrera no aprobaba todas las reformas emprendidas por los Larraín —especialmente las referentes a cambios de personas y no de instituciones— las principales y más valiosas de ellas no habrían sido posibles sin su intervención militar contra el Congreso realista: creación de una 3.^a provincia, Coquimbo; elaboración de una política eclesiástica destinada a reemplazar al monarca español en el ejercicio del tradicional derecho de patronato, entregándolo en manos de autoridades nacionales; cese del envío de fondos destinados a la mantención de la Inquisición limeña; sustitución de los derechos parroquiales por sueldos fiscales; aprobación de la famosa ley antiesclavista llamada de la "libertad de vientre", que declaraba libre tanto a los hijos nacidos en Chile de esclavos, como a los esclavos transeúntes en el país por más de 6 meses, prohibiendo en Chile el trato negro; aprobación de un sistema democrático en las elecciones de los miembros de los Cabildos, prohibiéndose la venalidad imperante de subastar públicamente dichos cargos concejiles, etc. Podemos afirmar que este fue el primer impulso dado por Carrera al proceso de la Independencia.

El nepotismo que se ha reprochado más de una vez a Carrera —inevitable en una sociedad donde los grupos familiares dirigentes no eran numerosos, estaban interrelacionados y eran los únicos preparados para gobernar o administrar— es pálido comparado al que sus émulos practicaron durante esos meses. Carrera confiesa la impresión que esa noche del 4 de septiembre le produjo Fray Joaquín: "le vi tender la vista sobre la Casa de Moneda, administración de tabacos, aduanas y otros empleos de esta naturaleza". (DM, 27).

No dejaba de tener razón Carrera, pues la Junta Ejecutiva dentro del Congreso, ya "depurado", quedó compuesta por Martínez de

Rozas, Rosales (cuñado de Fray Joaquín), Mackenna (también casado con una Larraín y ascendido a Coronel y a Comandante general de artillería e ingenieros), Gaspar Marín (tímido amigo de la familia) y Martín Calvo Encalada. Fray Joaquín pasó a ser Presidente del Congreso. En el mando de tropas “se destinaron a amigos o parientes”. (DM, 31).

Pensamos que el 2º golpe de Estado de Carrera, esta vez dirigido contra los mismos a quienes había promovido al poder, no se debió sólo al evidente nepotismo y soberbia de la “Casa Otomana”, ni al desconocimiento por ésta de su personalidad, sino a que los planes reformistas de dicha familia estaban agotados y no correspondían ya a los designios independentistas de Carrera. Recordemos la frase aquella en la carta a su padre, escrita precisamente en esa coyuntura, ya citada: “las obras cuando se empiezan es menester concluir las”.

El supo entonces, agrupar en su torno y en el de su familia al sector joven de la sociedad chilena, civiles o militares, en quienes había prendido esta idea de la Independencia con fuerza incontenible, considerando que el proyecto aunque audaz era viable. Y junto a esos jóvenes estaba el pueblo, más bien el de las ciudades que el de los campos, que permanecía sujeto a la gleba, fiel al patrón, fuese este “sarraceno” o patriota. En efecto, el 15 de noviembre de 1811 cuando Carrera ejecuta con éxito su 2º golpe militar, él expresa en su *Diario*: “pocas veces o ninguna se había reunido en Santiago tanto pueblo. En la plaza mayor y eu el Cabildo hizo su acuerdo libremente. El pueblo de Santiago confirió su tutela a los señores Carreras”. (DM, 34).

Provieniendo esta afirmación del propio protagonista principal de los acontecimientos, ella podría ser tachada, desde luego, de parcial; sin embargo, es confirmada años más tarde, después del desastre de Rancagua, por sus mismos rivales argentinos:

“Siendo notoria la división en que se hallaba Chile por dos partidos poderosos (...), el uno por la familia de los Carrera, y el otro por la casa de los Larraínes (...) el general (José de San Martín) tendrá presente que el 1º de los dichos partidos contaba con el afecto de la plebe, y que sus procedimientos, aunque nada honestos y juiciosos, investían un carácter más firme contra los españoles; y que al 2º pertenecía la nobleza, vecinos de caudal, y gran parte del clero secular y regular, siempre tímidos en sus empresas políticas¹².”

De manera que ya a fines de 1811 comienza a crearse otro grupo político en Chile, o una corriente política más bien, en la capital especialmente, que se congregaba espontáneamente alrededor de Carrera y su familia. Más arriba nos hemos referido a los otros grupos principales de opinión en que se fragmentaba la élite social del Reino: realistas y reformistas. Aunque sería muy somero encasillar así los

múltiples grupos, grupúsculos y camarillas, de acción o de presión, que florecieron durante la Patria Vieja, donde todo era novedad y ensayo, que giraban en torno a un hombre o a una familia y que no poseían una estructura y organización coherentes como las de los partidos políticos actuales, creemos sí que estas tres corrientes: “sarracenos” (conservadores), “otomanos” (reformistas) y carrerinos (revolucionarios) reflejan bien las clásicas tendencias y también los ritmos políticos que pueden seguir las cabezas dirigentes de una sociedad en períodos de grandes transformaciones, cuando se constata una aceleración del tiempo histórico. Es posible que Martínez de Rozas hubiese podido ocupar el vacío en la dirección de esta corriente revolucionaria que muy pronto después de la llegada de Carrera a Chile fue galvanizada por éste. Pero el origen, el pasado¹³ y el regionalismo de Martínez de Rozas se lo impidieron.

El 15 de noviembre de 1811 ocurrió, pues, lo que Carrera vaticinara al “otomano” Mackenna en su oportunidad: “el día que se pusiese un hombre a la cabeza del partido opuesto, se los llevaría el demonio”. (DM, 33.) Y ese hombre era José Miguel Carrera.

El Gobierno de Carrera

“Comencemos declarando nuestra independencia. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos da la tiranía. Ella sola puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece.”

Aurora de Chile, 4 de junio de 1812.

No es posible analizar aquí detalladamente la obra emprendida por Carrera como gobernante. Podemos, empero, subrayar con perspectiva histórica cuáles fueron la naturaleza y el significado de ella.

Si nos atenemos al concepto de revolución presentado por Eugene Kamenka:

“Todo cambio o intento de cambio brusco y profundo en la ubicación del poder político que implique el uso o la amenaza de la violencia y que, si tiene éxito, se traduce en la transformación manifiesta y, tal vez, radical, del proceso de gobierno, de los fundamentos aceptados de la soberanía o la legitimidad y de la concepción del orden político y/o social¹⁴.”

comprobaremos que efectivamente Carrera y su grupo trataron de cambiar profundamente la ubicación del poder político poniéndolo en manos de los partidos de la Independencia, transformaron manifiesta y radicalmente el proceso de gobierno, estableciendo uno aparentemente colegiado, pero fuerte y unipersonal en el fondo, en manos del líder.

Carrera, por lo demás, consideraba a este tipo de gobierno como la única vía posible y necesaria para acelerar el proceso de la Independencia, aun cuando no podría ser definido como una *dictadura* en

el trágico y regresivo sentido latinoamericano actual de la palabra, sino *mutatis mutandi*, en la índole más bien romana de la institución.

Su gobierno transformó los fundamentos de la soberanía y de la legitimidad del poder, basando el "sistema" (como él solía decir) en la voluntad popular y no en el derecho divino, "para dar un nuevo ser a nuestra revolución" (DM, 47) como él mismo lo afirma. Se gobernó con otra concepción del poder político y social, concepción que podríamos calificar para la época de democrática y representativa, ya que no debemos perder de vista que el concepto de democracia es evolutivo y que debe ser comprendido en la perspectiva histórica que proyectan sus diversas etapas de desarrollo.

En una época en que la única república establecida en el mundo era la de los Estados Unidos, la promulgación del *Reglamento Constitucional* de 1812, primera Constitución que tuvo Chile, nos informa bien de las intenciones del gobierno de Carrera.

El régimen monárquico absoluto, fundamento hasta entonces de la legitimidad y del orden político, era quebrado al separarse los poderes del Estado de manera revolucionaria. Si bien es cierto que este Reglamento aparentaba, por razones tácticas, fidelidad a Fernando VII, el tenor de la ley era claro, pues ilegitimaba todo "decreto, providencia u orden, que emanase de cualquier autoridad o tribunal de fuera del territorio de Chile" (art. 5º).

La soberanía popular y la permanente y necesaria *legitimidad* del Gobierno estaban también aseguradas en su artículo 6º, que aún hoy tiene vigencia revolucionaria: "si los gobernantes (lo que no es de esperar), diesen un paso contra la voluntad general declarada en la Constitución, volverá al instante el poder a las manos del pueblo, que condenará tal acto como un crimen de lesa Patria, y dichos gobernantes serán responsables de todo acto, que directa o indirectamente exponga al pueblo".

La nueva concepción del orden político y social se traducía también en el establecimiento del principio de igualdad y de las garantías individuales: "todo habitante libre de Chile es igual de derecho: sólo el mérito y la virtud constituyen acreedor a la honra de funcionario de la Patria" (art. 24); "se respetará el derecho que los ciudadanos tienen a la seguridad de sus personas, casas, efectos y papeles; y no se darán órdenes sin causas probables, sostenidas por un juramento judicial, y sin designar con claridad los lugares o cosas que se han de examinar o aprehender¹⁵".

Para comprender el gobierno revolucionario de Carrera no basta, desde luego, la presentación de sus intenciones y las del grupo de letrados de los que supo rodearse (Camilo Henríquez, Jaime Zudáñez, Manuel de Salas, José Antonio de Irisarri), manifestadas en estas principales disposiciones constitucionales que acabamos de citar, sino la del conjunto de su obra gubernamental y toda ésta nos revela

un empeño arduo y sostenido por transformar radicalmente el sistema colonial, para crear o modelar una República soberana, libre para siempre de España o de cualquier otro tutelaje.

Toda su obra, cuyas principales realizaciones a título recapitulativo presentamos a continuación, es un proceso revolucionario para la época, del cual está plenamente consciente Carrera al calificarlo de “pasos que habíamos dado hacia la libertad e independencia de Chile”. (DM, 181):

a) Fundación de la 1ª imprenta y del 1.º periódico nacional, *Aurora de Chile*; con ésta nace la prensa chilena.

b) Creación de los primeros símbolos patrióticos oficiales: bandera, escudo y escarapela, indispensables en la forja de una nación.

c) Preparación de la fundación del *Instituto Nacional*, primer establecimiento educacional de Chile, que también tuvo al principio carácter universitario, y de la *Biblioteca Nacional*. Ambos fueron inaugurados por la Junta de Gobierno que sucedió a Carrera, pero éste es su progenitor.

d) Apertura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, al recibir el Gobierno al 1.º representante enviado por ese país, el cónsul Joel Robert Poinsett, en tanto que país soberano.

e) Creación de escuelas primarias gratuitas, especialmente femeninas, “para desmentir errores y sobre todo dar ejercicio a los claros talentos del sexo femenino”.¹⁶

f) Basta hojear el Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno para apreciar el resto de sus actos administrativos creando el germen de instituciones que tuvieron corta vida o nacerían más tarde: “la creación de una Junta de vacuna, el proyecto de crear un banco de rescate de pastas metálicas, como estímulo y protección a la minería; la recomendación de nuevos cultivos para la agricultura; el establecimiento de una Sociedad Filantrópica (...) y el proyecto de crear paseos públicos”, decretando “que se transforme en un paseo público el basural de la Cañada”, la Alameda, que hoy —ironía de la desventura de Carrera— porta el nombre de su rival¹⁷.

Tampoco Carrera descuidó la preparación militar del país, el cual, como él mismo lo expresa, “hasta entonces estaba enteramente expuesto a ser presa de cualquier enemigo por falta de artículos de guerra y de organización en sus fuerzas”. Sin duda, para el gobernante, este enemigo exterior no podía ser otro que el Virrey del Perú, como los acontecimientos futuros lo probarán. Por ello, aumentó las dotaciones del Regimiento de Granaderos y el de Artillería, creó el Regimiento de la Guardia Nacional y el Cuartel de Caballería, y “se hicieron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, vestuarios, monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases”. (DM,

41.) Incluso un autor, ya citado, atribuye a Carrera la organización de la 1ª Escuela Militar y del 1.º Hospital Militar de Chile¹⁸.

Toda esta labor pudo realizarse pese, por una parte, a la tenaz oposición que el grupo de los Larraín, desplazado del poder, ofreció a Carrera, llegando a organizar varios complotos contra su vida y la de su familia, y, por otra parte, a los intentos secesionistas dirigidos por Martínez de Rozas en Concepción.

Y en este punto se hace presente, como en muchas otras ocasiones, la generosidad y tolerancia que animaba el corazón de Carrera, pues no sólo perdonó la vida a sus jurados enemigos, sino que redujo las penas a que el tribunal los había condenado. No será esta, desde luego, la actitud de los rivales chilenos o argentinos de los Carrera y sus partidarios cuando la fortuna les sea adversa.

Años más tarde, en 1818, ya en el exilio, Carrera explica su clemencia, la que, además de ser una virtud innata, también era para él una forma de política:

“El árbol de nuestra libertad no queríamos que fuese como ese árbol emponzoñado semejante al del Paraíso que levantó la Francia y regó con la sangre de muchos ciudadanos¹⁹.”

El otro grupo rival de Carrera, constituido por Martínez de Rozas y sus seguidores, quienes habían instalado una Junta adicta en Concepción, intentaba obstruirle el paso aliándose con los Larraín en el Congreso. Para evitar una inminente guerra civil y ganar tiempo, Carrera parlamenta personalmente con el líder penquista a orillas del río Maule en abril de 1812, “para transar amistosamente (...) todas las desavenencias”. (DM, 42.)

La diplomacia y el tiempo actuaron en favor de Carrera, pues en julio de ese año Martínez de Rozas y sus partidarios son depuestos por las tropas de Concepción, que ya había sido ganadas por el Gobierno de Santiago. Martínez de Rozas es conducido a la capital y de nuevo Carrera demostró su magnanimidad, pues primero lo confinó en una hacienda de un pariente de aquél en Melipilla y después lo envió a Mendoza, su ciudad natal, donde murió en mayo de 1813.

Así, sin el uso innecesario de la violencia, sin derramamiento de sangre, Carrera llegó a vencer las oposiciones y dificultades inherentes a todo proceso de transformaciones profundas de la sociedad y para lograrlo hizo intervenir al pueblo. Bien lo afirma Diego Barros Arana, el más completo historiador chileno decimonónico: “Es indudable que él consiguió popularizar el movimiento revolucionario, dando al elemento democrático intervención en las manifestaciones de la opinión y del patriotismo, en que hasta entonces sólo habían tomado parte las clases acomodadas”²⁰.

Las previsiones de Carrera se cumplieron: el 31 de marzo de 1813

un emisario de Concepción llega al galope a Santiago comunicando que el 26 de ese mes una expedición naval enviada por el Virrey del Perú, Fernando de Abascal, y al mando del Almirante Antonio Pareja, había desembarcado en San Vicente. Desde ese día los destinos del país, del gobierno de Carrera y su propio destino y el de su familia iban a cambiar.

Al día siguiente, 1º de abril de 1813, parte José Miguel Carrera en campaña, en calidad de Comandante en Jefe del Ejército chileno; sólo volverá a Santiago el 1º de julio de 1814, tres meses antes del desastre de Rancagua, para encabezar durante algunas semanas el último Gobierno patriota de la Patria Vieja.

Se iniciaba así el largo proceso de las guerras de la Independencia de Chile que iba a finalizar trece años más tarde, cuando en enero de 1826 Chiloé, último bastión realista en el país, caiga en manos de las fuerzas patriotas conducidas por Ramón Freire. Ya en dicha fecha los principales protagonistas antagonicos de la Independencia no existían (los tres hermanos Carrera fusilados inicuamente en Mendoza, Manuel Rodríguez asesinado en Tiltil) o estaban en el destierro (O'Higgins en el Perú, San Martín en Francia).

Conclusión

“Más de una vida fue su vida (...) Y guarde su nombre en el duro dominio del pueblo en su lucha.”

Pablo Neruda, *Canto General*.

¿Se puede hablar del fracaso de Carrera o de la Patria Vieja, que casi se identifican? No lo creemos. Sería como pensar que la primavera es un fracaso porque constituye sólo una etapa del ciclo.

Por una parte todas las instituciones diseñadas, intentadas o creadas por Carrera florecerán y se desarrollarán, perfeccionándose, más tarde, cuando la Patria independiente esté asegurada: Constitución, bibliotecas, educación, colegios, prensa, bandera, escudo, relaciones soberanas con otras naciones, etc.

Un historiador inglés contemporáneo, crítico ponderado de Carrera, alejado de las diatribas tradicionales entre carrerinos y o'higginistas, nos expresa limitada pero certeramente: “el hecho que la causa de la Independencia fuese capaz de recomenzar la lucha, se debió en gran medida al desarrollo de la actividad ideológica que Carrera posibilitó y alentó vivamente. Esta fue su principal contribución al progreso de su patria”²¹.

Es así que en el tiempo venidero, a lo largo del siglo XIX, otros chilenos retomarán las banderas de Carrera para hacer adelantar la sociedad chilena. Nuevas manos serán las herederas de aquellas “llaves desbocadas abriendo los cerrojos de la noche”, como canta Neruda.

Por otra parte, el fracaso definitivo es el olvido. Carrera, muy por el contrario, pertenece tanto a la leyenda legítima como al acervo del pueblo chileno, a sus sueños colectivos, a la certeza de lo que se puede llegar a construir cuando, pese a disponer de limitados medios, se posee una gran fe en el destino común. Carrera durante la Patria Vieja encarnó la voluntad de ser de una nación.

Como siempre, es el mismo José Miguel Carrera quien lo declara en su *Diario Militar*, al que tanto hemos acudido a lo largo de estas líneas que intentan bosquejar su semblanza, al escribir:

“Se creó todo de nuevo, y por un trabajo incesante, sostenido por nuestro amor a la libertad de Chile”.

NOTAS

A lo largo de este trabajo acudimos con frecuencia al *Diario Militar* de J. M. Carrera (Edit. Quimantú, Santiago de Chile, 1973). Para evitar la repetición de la referencia nos limitamos a citar en el texto la sigla DM, seguida del Nº de la página respectiva.

¹ Simón Collier, *Ideas & Politics of Chilean Independence, 1808-1833*. Cambridge University Press, 1967, p. 125.

² Para Vicuña Mackenna, Carrera es “el único hombre que, entre todos los chilenos, sin exceptuar a ninguno conocido, se presenta a las generaciones, llevando sobre su frente la fúlgida diadema del genio”. Cit. por Eulogio Rojas Mery, *El General Carrera en Chile*, Ed. Neupert, Santiago de Chile, 2.ª ed., pp. 24-25, nota 1.

^{3 7 8 9 10} Cita. por Diego Barros Arana, “Don José Miguel Carrera. Un capítulo para su biografía”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año XI, t. XL, Nº 44, 1921, pp. 210, 213, 216 y 217.

⁴ Barros Arana, *Historia General de Chile*, Santiago de Chile, 1884, t. VII, p. 385.

⁵ Ambrosio Valdés, “Hoja de servicios del general don José Miguel Carrera”, *Revista Chilena*, pp. 315 y ss.

⁶ Carta de Carrera a su padre antes de embarcarse para Chile (abril de 1811). Cita. por Rojas Mery, op. cit., p. 49.

¹¹ Cita por Rojas Mery, op. cit., pp. 25-26.

¹² Instrucciones del Director Supremo de Buenos Aires, Juan Martín de Pueyrredón al General José de San Martín, Cit. por Carlos Calvo, *Colección Histórica*, edición facsímil, Vaduz, Liechtenstein, 1978, serie II, t. 4, pp. 106-107.

¹³ Juan Martínez de Rozas (1758) abogado, había sido secretario y consejero del Gobernador García Carrasco y con éste estuvo implicado en 1808 en el escándalo del *Scorpion*, barco contrabandista inglés cuya tripulación con su capitán fueron asesinados a mansalva, con acuerdo de aquéllos, para apoderarse de las mercancías.

¹⁴ Eugene Kamenka, “The Concept of a Political Revolution”, cit. por R. Forster y J. P. Greene, capítulo “Introducción”, *Revoluciones y rebeliones en la Europa moderna*. Alianza Edit., Madrid de 1984, 3ª ed., p. 12.

¹⁵ Cita. por Sergio Villalobos et al., *Historia de Chile*. Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1976, t. III, pp. 364 y ss.

¹⁶ Decreto firmado por Carrera el 2 de agosto de 1812. Cita. por Fernando Campos Harriet, *José Miguel Carrera*, Ed. Orbe, Santiago de Chile, 1974, p. 45.

¹⁷ *Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno*, cita. por Campos Harriet, op. cit., p. 47.

¹⁸ Cf. Rojas Mery, op. cit., pp. 51-53, nota 1.

¹⁹ “Borrador de un manifiesto de don José Miguel Carrera”, *Revista Chilena*, página 252.

²⁰ Barros Arana, *Historia General*, t. IX, p. 184.

²¹ Collier, op. cit., p. 125 (traducción del autor de este artículo).



Estructura de clases en Chile

en la segunda mitad del siglo XIX

HERNAN VILLABLANCA

Como es sabido, para el estudio en una sociedad de las distintas clases o estratos existen diversos criterios. El latinoamericanista sueco, Magnus Morner, distingue, para el análisis de la estratificación hispanoamericana colonial, siete criterios: estratificación legal, status y etnia, patrón ocupacional, propiedad e ingreso, poder, educación, y familia y parentesco. Estos criterios, claro está, no son fluidos ni excluyentes, sino, advierte ese autor, también existen a menudo contradicciones dentro de los grupos discernibles por el mismo criterio, o entre los varios roles desempeñados por un mismo individuo¹.

En el presente trabajo el énfasis está puesto —sin desconocer, por cierto, la importancia e influencia de los otros factores— en la ubicación del grupo dentro de la estructura económica existente la cual, a su vez, está referida a la relación básica que surge de la propiedad de los medios de producción. Sostenemos asimismo que las relaciones internas del modo de producción dominante en una formación

Hernán Villablanca es sociólogo. Vive en Belgrado, Yugoslavia. Este trabajo es una versión resumida de un capítulo de la disertación doctoral del autor: *Chile: Clases Sociales. Estructura Política y Desarrollo Capitalista Dependiente. 1820-1891* (Drustveno-Ekonomske i Politicke Karakteristike Razvitka Kapitalizma u Cilcu-Period 1820-1891), Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Belgrado, 1983.

¹ Magnus Morner, *Estratificación Social Hispanoamericana Durante El Período Colonial*, Institute of Latin American Studies, Stockholm, Research Paper Series, N° 28, November 1980.

social están determinando la supervivencia o desintegración del sistema social, donde el resultado final debe ser tratado como la consecuencia de una integración compleja entre factores externos (mercado mundial, regional y local; y metrópoli dominante mundial) y factores internos (económicos, demográficos y sociales).

Así, el desenvolvimiento y cambio de la estructura económica (resultante de la interacción de los factores mencionados) incidirá en el proceso de diferenciación social que se expresará a través de una estructura de clases crecientemente compleja cuyos componentes sociales conformarán una determinada estructura política, todo lo cual, a su vez, influirá en el régimen de producción.

En Chile, al igual que en las otras colonias hispanoamericanas, la encomienda fue el primer complejo socioeconómico de importancia, pero, a diferencia de otros países, el proceso de formación de la gran propiedad fue más directo: desde un comienzo, y parece ser que con bastante frecuencia, los encomenderos solicitaron y obtuvieron mercedes (que proporcionaban el derecho sobre la tierra) junto al pueblo de sus indios, o bien, que abarcaban toda una comarca o valle, incluyendo a las tierras e indios que la poblaban.

Hasta la segunda mitad del siglo XVI la producción agrícola-ganadera estuvo casi exclusivamente destinada a abastecer la demanda interna, en especial, de los centros mineros. Pero, desde comienzos del siglo XVII, un cierto aumento de la demanda interna desde las ciudades del sur del país y la exención de impuestos en el Perú a los productos derivados de la ganadería incrementaron el interés y valor de la tierra, observándose simultáneamente un incremento del número de mercedes distribuidas.

También en Chile la consolidación de la gran propiedad estuvo precedida de una caída demográfica de la población indígena. Pero, parece ser que, a diferencia de otras regiones o zonas, la consolidación de la estancia-hacienda no conllevó un cambio en el pago del tributo indígena: de pago en servicios a pago en especies o en dinero. Por lo menos, entre los años 1635 y 1737 —período durante el cual rigió la tasa de Laso de la Vega— se restableció el predominio de los servicios laborales directos y se restringió el libre desplazamiento de los productores directos. Y, aunque el tributo en dinero tenía vigencia legal, tuvo más bien un carácter nominal porque era aplicable sólo a los escasos indígenas que quedaban en los pueblos de indios, y para los cuales también se preveía el pago del tributo en servicios.

La estructura económica de Chile fue adquiriendo, durante el período colonial, las características de lo que se podría denominar de un mercado colonial, dependiente o dominado, el cual se caracteriza fundamentalmente por el desarrollo de pronunciados desequilibrios internos. Hasta la primera mitad del siglo XVIII este desequilibrio se expresó a través de la formación de tres mercados regionales (La Se-

rena, Santiago y Concepción) los cuales se encontraban desvinculados entre ellos, esto es, se hallaban regionalmente encerrados en sí mismos. Esto era expresión y causa de un desequilibrio en la formación e incremento del producto bruto el cual se desarrollaba más rápidamente en la región de Santiago que en las dos regiones restantes. Al mismo tiempo, la producción de estos mercados regionales se encontraba determinada casi directa y fundamentalmente por la presión de la demanda externa, ya sea del mercado mundial o regionales (especialmente del Perú), de modo que las oscilaciones de la producción, y en cierto modo los cambios socioeconómicos, se encontraban estrecha y casi directamente relacionadas a las fluctuaciones de la demanda externa.

Por otra parte, el mercado externo tiende progresivamente a vincularse preferentemente con una determinada región del país (en este caso, Santiago), hecho que se debe, sobre todo, a la existencia de una infraestructura más desarrollada (con relación a las regiones restantes) y que por lo tanto, ofrece mayores garantías a la expansión mercantil europea que procura arriesgarse lo menos posible. Además, en la región de Santiago el capital mercantil europeo encuentra también una clase mercantil "criolla" más desarrollada que, al vincularse más extensamente con el mercado externo, adquiere el control de los productos de importación, y mediante dicho control reproduce a nivel interno los mismos mecanismos de dominación a que es sometida ella misma por la clase mercantil externa.

El desarrollo, en primer término, del sector agrario y el mercantil y, luego, el minero, constituye la base de la estructura de clases formada durante la colonia. El poder económico y político —poder, claro está, subordinado a la Corona española— se fundamentó primero en el monopolio de la fuerza de trabajo y después en la propiedad de la tierra, o sea, el poder económico y político residió primero en los encomenderos y más tarde en los terratenientes. Sin embargo, el poder comenzó a ser gradualmente compartido con la fracción importadora-exportadora de la clase mercantil, lo cual fue logrado a través de un largo proceso no exento de conflictos. Para contrarrestar, primero, el poder económico y político de los encomenderos y, más tarde, de los terratenientes, que ejercían mediante el control del Cabildo, los comerciantes se organizaron corporativamente y, como gremio, participaron en los cabildos abiertos. De este modo muchas veces lograron evitar que se concedieran nuevos privilegios a los encomenderos o a los terratenientes, o bien, la imposición de mayores impuestos a los comerciantes. Posteriormente, la confluencia de intereses entre terratenientes y mercaderes, debido al ejercicio de actividades similares, contribuyó a vincular su quehacer político.

La estructura económica en el siglo XIX

Si bien es cierto que, estrictamente hablando, la independencia de Chile del régimen colonial no fue una revolución social que conlleva cambios inmediatos en las condiciones socioeconómicas del país, el cambio político que ello significó fue produciendo significativos cambios económicos y sociales a lo largo del período de la República.

Entre 1820 y 1891 la economía del país, como un todo, acentuó su vinculación y dependencia con relación al mercado mundial y, en particular, respecto a Gran Bretaña que, en cierto modo, reemplazó al dominio ejercido anteriormente por España en la esfera económica, y también en lo político.

Durante ese período se amplía y consolida el carácter mercantil de la economía chilena, se integra su mercado interno y surgen los primeros rasgos de un capitalismo industrial, todo lo cual es causado por la interacción de factores externos e internos. Por un lado, actúan las fuerzas del mercado mundial y de la economías de los países industrialmente en expansión que buscan nuevos mercados para sus productos manufacturados y materias primas para su industria. Y, por otro, la propagación del comercio y sus efectos dependerán de la solidez de la estructura interna del antiguo régimen de producción. Al respecto se ha podido constatar que la gran propiedad manifestó una gran capacidad de adaptación a las mayores demandas de su producción sin necesidad de efectuar mayores inversiones de capital, y que la creciente disponibilidad de fuerza de trabajo contribuyó poderosamente a mantener un régimen de producción basado en relaciones sociales semiserviles, el inquilinaje.

El mercado mundial continuó ejerciendo una influencia ambivalente y contradictoria. Fue un factor dinamizador, en ciertos períodos, de la economía chilena, en particular, de la agricultura y de la minería (y en perjuicio de la manufactura), pero su papel disolvente de las antiguas relaciones de producción no es tan evidente y decisivo. En cambio, todo parece indicar que al respecto es más clara e importante la influencia de las ciudades-mercados que se van formando.

Entre 1820 y 1891 la producción agrícola experimentó un notorio desarrollo debido a la demanda del mercado mundial y al paulatino crecimiento del mercado interno. Pero, mientras la acción de la demanda externa se hacía sentir de un modo espectacular, aunque con pronunciados altibajos, la demanda interna era mucho más reducida, pero regularmente creciente.

La demanda interna se basó principalmente en el continuo crecimiento demográfico del país, en la creciente actividad minera que conllevó la formación de importantes conglomerados de población, y en un relativo crecimiento del número de centros urbanos. La demanda de los mercados de California, Australia y Gran Bretaña fue el principal factor impulsor de la producción y exportación agro-

pecuaria de la zona central de Chile lo cual, con altibajos, se mantuvo hasta los años setenta. Posteriormente, la exportación de cereales es efectuada especialmente por los agricultores del sur del país. Pero, esto no significa que la zona central pierda importancia desde el punto de vista de su agricultura, sino se transforma en la abastecedora de los nuevos y crecientes conglomerados mineros situados en los territorios que se incorporaron al país después de la Guerra del Pacífico.

Con relación a la propiedad de la tierra, se observa a lo largo del período una gran multiplicación de la pequeña y la mediana propiedad, y una relativa división de la gran propiedad a partir de los años ochenta, pudiéndose decir que, en general, el rasgo básico de la gran propiedad es su gran estabilidad.

Pero, en tanto que en el proceso de fragmentación de la pequeña y mediana propiedad continúa siendo importante el incremento de la población y sus consiguientes subdivisiones producidas por las continuas sucesiones, en la división de la gran propiedad ese factor es desplazado por otros que se traducen en una mayor valorización de la tierra. Valorización que tenía, sin duda, un carácter mercantil, pero que también representaba una valoración intrínseca bajo la forma de agua, caminos, ferrocarriles, mercados, mano de obra, etc., todo lo cual conforma una compleja interrelación de causas y efectos que, en un determinado momento, una de ellas o una combinación de ellas ejerce la acción principal del cambio. Por otra parte, en la división de la pequeña y mediana propiedad influye también poderosamente su escasa o ninguna capacidad económica para enfrentar las crisis económicas, las malas cosechas y el consiguiente endeudamiento con los grandes propietarios. Todo esto se traducía en una cada vez mayor pauperización, conduciendo a los pequeños y medianos propietarios a la necesidad imperiosa de tener que vender sus tierras, pasando, de este modo, a formar parte de la población proletaria o semiproletaria del país.

El crecimiento demográfico y la pauperización de los pequeños y medianos propietarios elevó el número de la población que sólo dispone de su fuerza de trabajo para subsistir, la cual al ser empleada en el trabajo minero y de obras públicas (especialmente ferrocarriles y caminos) incrementó el número de proletarios en la población total del país. Pero, al interior de la gran propiedad se observa, en cambio, una tendencia a reforzar las formas tradicionales de apropiación del plus trabajo, especialmente a través del inquilinaje y de las obligaciones exigidas a los inquilinos.

En cuanto a la minería se puede decir que, en general, fue la principal actividad económica del país. Hasta fines de los años setenta los principales productos mineros fueron el cobre, la plata y el carbón, y desde esa fecha en adelante esto correspondió al salitre.

Vista como un todo, la explotación de la minería se caracteriza en las primeras décadas del período en estudio por el empleo de técnicas rudimentarias que gradualmente fueron siendo reemplazadas por técnicas más modernas, de modo que hacia fines del siglo se puede apreciar la presencia de nuevas relaciones sociales de producción. En el sector minero se observa entonces, por un lado, el antiguo estado de cosas precapitalistas, con una técnica primitiva y rudimentaria, con ciertas formas de dependencia personal y, por otro, la ruptura completa con toda clase de tradiciones, la introducción de la innovación técnica y el rápido crecimiento de una industria mecanizada de carácter capitalista.

Por otra parte, durante el período se fue formando una burguesía minera constituida principalmente por chilenos que explotaban los yacimientos descubiertos por ellos mismos, aunque generalmente eran financiados por algunas de las grandes casas comerciales o habilitadoras, particularmente británicas. La creciente importancia e influencia de estas casas comerciales inglesas fue un elemento decisivo en el incremento y fortalecimiento de la expansión y penetración británica en la economía chilena. Durante ese período Gran Bretaña acaparó casi el cincuenta por ciento de la exportación de Chile, y más de un tercio de las importaciones chilenas provenían de ese país. Al mismo tiempo, hubo un creciente interés por efectuar inversiones directas en la explotación de minas y fundiciones, hecho que alcanzó su culminación cuando en los años ochenta tomaron el control de la mayor parte de la producción del salitre.

La expansión de la minería produjo una notoria acumulación de capitales que —dentro de un contexto económico en el cual la fundación de nuevas empresas productivas requería de enormes recursos— se expresó, por un lado, en la fundación de bancos y de numerosas sociedades anónimas y, por otro, en la formación de una burguesía bancaria o financiera.

Por otra parte, se va produciendo una paulatina concentración de trabajadores en los centros mineros cuyo número se eleva notablemente con el inicio de la explotación del salitre desde los años setenta-ochenta en adelante.

El escaso desarrollo de la manufactura durante el período 1820-1891 es el mejor indicador del carácter dependiente de la economía, resultante, por un lado, de la enorme exportación de productos manufacturados desde los países europeos industrialmente más desarrollados y, por otro, de una permanente aplicación en Chile, salvo breves períodos, de una política económica que permitía una amplia y libre entrada de dichos productos, en desmedro de la industria doméstica o casera y de la industria manufacturera propiamente tal.

Sin embargo, también se constata que, durante todo el período hubo, pese a todas las dificultades, un permanente interés y esfuerzo

por establecer y desarrollar algún tipo de manufactura, recurriéndose muchas veces para tal efecto al uso de privilegios exclusivos y al apoyo del Estado. Pero, todo parece indicar que hasta los años ochenta hubo un claro predominio de la industria casera rural y del régimen artesanal. Aunque reducida, la manufactura cumple con su función de eslabón intermedio entre el artesanado y la pequeña producción mercantil con formas primitivas de capital.

La industria manufacturera comienza a tener un crecimiento más sostenido desde el inicio de los años ochenta, debido especialmente a la demanda de productos manufacturados y al incremento de las capacidades productivas de esta industria causado por las necesidades de la Guerra del Pacífico. Desde entonces se observa también un mayor interés por parte de los gobiernos liberales de la época y de los grupos socioeconómicos vinculados a la producción manufacturera por el desarrollo de esta industria.

Sin embargo, este proceso de crecimiento industrial tiene los rasgos de una economía distorsionada por su relación de dependencia respecto a las necesidades e intereses económicos de la metrópoli mundial de entonces. Así, el sector industrial de la economía chilena, a diferencia de economías como la británica, no se constituyó en un "polo de desarrollo" que transmite a toda la estructura el desarrollo que caracteriza al desarrollo industrial. Pero sí, en cualquier caso, es un factor coadyuvante al proceso de división social del trabajo y de diferenciación social.

Estructura de clases y estratos sociales

En las páginas anteriores hemos expuesto, a grandes rasgos, el desarrollo de los distintos sectores de la economía chilena, cómo se ha ampliado el carácter mercantil de la economía y cómo han surgido los primeros rasgos de un capitalismo industrial. Ahora trataremos de examinar cómo dicho desarrollo se expresa en el plano de la estructura de clases, esto es, en que medida se ha incrementado el proceso de diferenciación social.

En base a los Censos de los años 1854, 1875 y 1907 hemos efectuado un intento de clasificación de la población que en ellos se mencionan como "con profesión", la cual equivale al 40, 42 y 36 por ciento de la población total del país respectivamente. Al usar las cifras que aparecen en los Censos indicados debemos confrontar por lo menos dos dificultades. Primero, el error de omisión entre la población censada y la población real del país que, en algunos censos, ha sido estimada en un diez por ciento, lo cual, con seguridad, se refleja en la población clasificada como "con profesión". Y, en segundo lugar, nos encontramos ante una falta de definiciones de las distintas profesiones u ocupaciones, lo cual se complica aún más por

el hecho de que ciertas categorías usadas (por ejemplo, "agricultores") agrupan a personas que, de acuerdo a nuestros criterios de clasificación, deberían formar parte de categorías separadas (por ejemplo, grandes, medianos y pequeños propietarios, por un lado, y medieros e inquilinos, por otro).

Sin embargo, estimamos que, en una buena medida, la población examinada refleja los rasgos y tendencias esenciales de la estructura social chilena y de su evolución durante la segunda mitad del siglo XIX. Por otra parte, y en relación al ejemplo recién mencionado, creemos que nuestro intento de separar y clasificar los distintos componentes sociales incluidos en la categoría "agricultores" no se aleja fundamentalmente de la realidad social agraria del país².

A través de la clasificación de las ocupaciones entregadas por los Censos hemos intentado establecer la posición de los productores directos con relación a los medios de producción, y la orientación y carácter del proceso de producción³. A través de los datos censales podemos determinar, en alguna medida, la posición objetiva de la población trabajadora, pero, es preciso advertir, una clasificación completa debe insertarse dentro de las estructuras ideológicas y políticas de la sociedad.

La estructura de clases y estratos sociales que surgen de la clasificación que hemos hecho de la población "con profesión" confirma,

² El cálculo del número de terratenientes y de los medianos y pequeños campesinos se hizo de manera indirecta, "proyectando" las cifras entregadas por Hernán Ramírez para el año 1869 (*Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Santiago, 1956, pág. 47), y basándonos en las características de la evolución de la propiedad agraria dadas por A. Bauer ("Chilean Rural Labour in the Nineteenth Century", en *The American Historical Review*, 76:4 (October 1971), pág. 1.060; y *Chilean Rural Society from Spanish Conquest to 1930*, London, 1975, pág. 157). Dado que dicho cálculo encierra cierto grado de arbitrariedad, las cifras no son comparables de Censo a Censo. De acuerdo a Ramírez, en el año 1869 el 70 por ciento de la tierra cultivada era poseída por 2.300 grandes propietarios, y el 30 por ciento restante era propiedad de unos 27.000 agricultores medianos y pequeños. O sea, el número de terratenientes correspondía al 1,32 por ciento de la población clasificada como "agricultores" por el Censo del año 1875. Ahora, si tenemos en cuenta que la gran propiedad se mantuvo prácticamente dividida hasta los años ochenta, el mismo porcentaje puede ser aplicado para el año 1854. Y, debido al mayor grado de división que experimenta desde entonces, se puede establecer para el año 1907, con cierta arbitrariedad, una cifra relativa de un dos por ciento, o sea, de 4.525 grandes propietarios. Por otro lado, A. Bauer ha estimado en 300.000 el número de inquilinos en el año 1865, es decir, equivalían al 25,6 por ciento de los "agricultores" de ese año, según el Censo. En base a ese porcentaje se puede estimar que en el año 1854 el número de inquilinos era de un 25 por ciento y, considerando que el inquilinaje tuvo una expansión a partir de los años setenta, se puede estimar su peso relativo para el año 1907 en un 27 por ciento. De ahí, el resto de la población clasificada como "agricultores" puede ser considerada como perteneciente principalmente a pequeños y medianos propietarios.

³ Sobre estos criterios ver Goran Therborn, "The Swedish Class Structure, 1930-64: A Marxist Analysis", en Richard Sease (ed.), *Readings in the Swedish Class Structure*, Oxford, New York, 1976.

por un lado, las características de la evolución económica del país durante el siglo XIX y, por otro, la estrecha relación que existe entre dicho desenvolvimiento, la mayor división del trabajo, y el proceso de diferenciación social que se produce al interior de la sociedad.

Los datos indicados que hacia mediados de siglo el mayor peso específico en la estructura social del país lo constituía la clase trabajadora (46,7 por ciento) y prácticamente a su mismo nivel se encontraban los pequeños productores y pequeña burguesía que juntos equivalían al 46,4 por ciento. En el otro extremo, la clase de los terratenientes y lo que podríamos denominar incipiente burguesía industrial constituían el 3,9 por ciento de la población indicada. Entre ambos polos, las capas medias representaban sólo el 1,7 por ciento. (Cuadro N° 1.)

En la población representada por los productores directos o trabajadores podemos distinguir dos grupos principales: el de aquellos ligados a la industria, o a la minería y ramas anexas (construcción, transporte y distribución), y los trabajadores del campo.

CUADRO N° 1

Chile. Estructura de Clases 1854-1907

	1854	%	1875	%	1907	%
1. Clase Trabajadora	270.343	46,7	422.841	48,9	497.444	42,3
2. Burguesía y Terratenientes	22.744	3,9	56.401	6,5	92.095	7,8
3. Pequeños Productores y Pequeña Burguesía	268.731	46,4	351.106	40,6	449.390	38,2
4. Capas Medias	9.730	1,7	20.543	2,4	108.139	9,2
5. Grupos Afiliados a la Clase Dominante	7.345	1,3	13.957	1,6	29.810	2,5
TOTAL	578.893	100	864.848	100	1.176.878	100

Al efectuar una comparación entre ellos se puede observar que los primeros, juntos, constituyen en el año 1854 el 9.1 por ciento de la población trabajadora. A su vez, entre los trabajadores del campo la gran mayoría la componen los gañanes (46.2 por ciento), esto es, aquella población flotante que tiende a desplazarse de un lugar a otro y que, por lo general, sólo encuentra trabajo temporalmente. Los jornaleros representan el 3.4 por ciento y los inquilinos, la población trabajadora más estable de las grandes propiedades, constituyen el 10

por ciento. Al mismo tiempo, encontramos un alto porcentaje, el 27 por ciento de la población trabajadora, que si bien no son trabajadores ligados directamente a la producción, viven y trabajan en condiciones similares a las de los trabajadores: estos son los que efectúan labores vinculadas especialmente a los servicios domésticos. Por otra parte, esta población puede ser sumada a aquella otra que surgirá y se desarrollará principalmente en los centros urbanos, esto es, a los trabajadores "por cuenta propia" que, sin ser propiamente proletarios o productores directos creadores de plusvalía, realizan una serie de labores o servicios (cargadores, lustrabotas, vendedores callejeros, suplementeros, etc.) que les reportan medios de vida sólo para alcanzar niveles mínimos de subsistencia; se podría decir que todos ellos forman parte de un numeroso sector de trabajadores que son característicos o típicos de países económicamente dependientes o subdesarrollados en los cuales, como se ha dicho anteriormente, no existe un desarrollo relativamente armonioso. Por último, encontramos un segmento de trabajadores a los cuales hemos denominado semiproletarios porque, en cierta medida, trabajan por cuenta propia o prestan servicios temporales. Aunque su número descende entre 1854 y 1875, hasta desaparecer como categoría en 1907, creemos que ese hecho obedece más a un error de definición del Censo que a su inexistencia (Cuadro N^o 2).

En el otro polo social se encuentran los terratenientes y la burguesía mercantil e industrial. El número de terratenientes es una estimación, al igual que el de los diferentes componentes sociales del agro (a excepción de los gañanes), por tanto, su evolución no nos proporciona mayor claridad que las ya dadas por las características de su desenvolvimiento económico. En cambio, al examinar las características correspondientes a la burguesía podemos apreciar que hay un claro predominio de la burguesía mercantil. La población clasificada como fabricantes o industriales equivalía al 2,6 por ciento en 1854 y al 1,2 por ciento en 1875 de la población total que hemos agrupado bajo la clasificación de "terratenientes y burguesía" (Cuadro N^o 3). Esto significa, confirmando el análisis del sector manufacturero, que una relativa expansión de dicho sector se produce después del año 1875: de acuerdo a los datos del Censo de 1907, el peso relativo de los fabricantes e industriales era de un 6,5 por ciento. Por su parte, el elemento mercantil (comerciantes y otros) representaba el 87,7 por ciento en 1854, el 60,2 y el 77,8 por ciento en los años 1875 y 1907 respectivamente. Este elevado y creciente número de comerciantes —aparte de indicar el carácter marcadamente mercantil de la sociedad chilena—, contiene en sí mismo una serie de grupos o de fracciones de esa clase que varían tanto por su tamaño como por su nivel de importancia económica, social y política. Así, se puede apreciar que en el año 1854 hay 19.940 personas dedicadas al comercio, pero de acuerdo a

CUADRO N^o 2
Chile. Clase Trabajadora. 1854-1907

	1854	%	1875	%	1907	%
1. Obreros industriales	2.176	0,8	2.850	0,7	10.009	2,0
2. Obreros en minas	17.671	6,5	29.005	6,9	32.216	6,5
3. Trabajadores de la construcción	3.264	1,2	7.515	1,8	—	—
4. Trabajadores del transporte y distribución	1.549	0,6	4.110	1,0	25.097	5,0
5. Sirvientes y lavanderas	73.077	27,0	132.986	31,4	143.898	28,9
6. Trabajadores del campo:						
— jornaleros	9.111	3,4	4.288	1,0	—	—
— gañanes	124.787	46,2	188.530	44,6	225.131	45,3
— inquilinos	27.129	10,0	47.920	11,3	61.093	12,3
7. Semiproletarios del campo (arrieros, leñadores, borriqueros, viñadores, hortelanos, carboneros, etcétera)	11.579	4,3	5.637	1,3	—	—
TOTAL	270.343	100	422.841	100	497.444	100

las cifras oficiales sobre el número de patentes pagadas en ese año (aunque “son solamente una parte muy reducida de las que realmente existen”) había sólo 3.865 establecimientos comerciales e industriales sujetos al pago de patentes; en el año 1875 hay 23.965 comerciantes según el Censo, pero los establecimientos comerciales registrados por el pago de patentes sólo eran 13.238; y en el año 1907 aparecen en el Censo 71.683 comerciantes, pero el número de establecimientos comerciales que pagaba patente era de 30.692⁴. Esto estaría indicando la presencia de un elevado número de personas que desempeña actividades comerciales menores, probablemente, suficiente sólo para subsistir. Por otro lado, el sector de comerciantes que “pagan patentes” tampoco es homogéneo. En su interior debe existir toda una gradación que se extiende desde el comerciante importador-exportador, pasando por los mayoristas, hasta los modestos dueños de tiendas, y vendedores ambulantes. El grupo más poderoso estaba

⁴ Dirección General de Estadística, *Censo Industrial y Comercial, año 1937*, Santiago, 1939, pp. IV-X.

constituido, claro está, por los comerciantes exportadores-importadores, y las casas mayoristas que gradualmente fueron siendo controladas por comerciantes extranjeros. Hacia mediados de siglo ya se había producido un total desplazamiento de los comerciantes chilenos por las grandes casas comerciales extranjeras, principalmente inglesas, en el comercio exterior. Y, de acuerdo a Encina, por esos mismos años se había iniciado un fenómeno similar en el comercio al detalle (inmigrantes europeos españoles, franceses, italianos, etc.), pero “al revés de lo que ocurría en el comercio exterior, que era explotado desde afuera, el comerciante al por menor y su capital, casi invariablemente, se incorporaba a firme a la economía chilena”⁵.

Los nuevos rasgos del capitalismo industrial que comienzan a notarse, con mayor claridad, después del año 1875 se expresan, entre otros, también en el incremento del número de empresarios, de 15 a 952 entre ese año y 1907. Se puede decir, entonces, que en el período recién mencionado ya se puede observar la presencia de un número de personas que van a desempeñar importantes funciones dentro del personal técnico-económico necesarios para la empresa capitalista. (Cuadro N° 3.)

CUADRO N° 3

Chile. Terratenientes y burguesía 1854-1907

	1854	%	1875	%	1907	%
1. Dueños de fábricas e industriales	595	2,6	682	1,2	6.000	6,5
2. Terratenientes	1.432	6,3	2.471	4,4	4.525	5,0
— molineros	777	3,4	752	1,3	—	—
— vicultores	—	—	35	—	—	—
— apicultores	—	—	128	—	—	—
— sericultores	—	—	2	—	—	—
3. Comerciantes	11.353	49,9	25.796	45,7	66.419	72,1
4. Otros comerciantes (bodegueros, posaderos, carniceros, etc.)	8.587	37,8	8.169	14,5	5.264	5,7
5. Empresarios	—	—	15	—	952	1,0
6. Prestamistas	—	—	64	—	—	—
7. Rentistas	—	—	299	—	8.935	9,7
8. Propietarios	—	—	17.988	31,9	—	—
TOTAL	22.744	100	56.401	100	92.095	100

⁵ Francisco Encina, *Historia de Chile*, Santiago, 1949-50, vol. 14, pág. 642.

Menor éxito hemos tenido, sin embargo, en el intento de cuantificar el número de funcionarios que conforman el aparato estatal. Sólo se ha logrado esto en una cierta medida en lo que se refiere al aparato represivo, pudiéndose establecer un paulatino crecimiento: de 5.688 personas en 1854 a 25.071 en el año 1907. Pero, no se ha podido detectar el número de personas que constituían los cuerpos paramilitares, las guardias cívicas, que por varios decenios, a partir de 1830, tuvieron la función de velar por el “orden establecido”. Por tal motivo, se puede decir que las cifras que entregamos son inferiores a las reales. Lo mismo ocurre con las cifras que se refieren al poder judicial y a los funcionarios estatales, seguramente porque la definición censal los ubica dentro de la categoría “empleados públicos” o “funcionarios” (*Cuadro N° 4*).

CUADRO N° 4

Chile. Grupos Afiliados a la Clase Dominante 1854-1907

	1854	1875	1907
A. Aparato Represivo			
1. Militares	3.868	6.838	8.482
2. Marineros	1.820	4.724	7.985
3. Policía	—	—	8.604
B. Aparato Judicial			
1. Criales	142	—	—
2. Escribientes	235	—	—
3. Procuradores y receptores	—	154	—
C. Aparato Ideológico			
1. Religiosos	336	1.031	3.380
2. Legos	144	—	—
3. Sacerdotes	785	1.082	1.325
D. Funcionarios Estatales (diplomáticos, agentes consulares)			
	15	28	34
TOTAL	7.345	13.957	29.810

Ahora, los rasgos distintivos que señalan el carácter predominante del régimen de la pequeña producción y artesanal son dados por los datos sobre la población dedicada a dichas actividades. En primer lugar, se puede apreciar la paulatina extinción de la población que componía la industria casera o doméstica: de un 31,8 por ciento la población de hilanderos y tejedores descendió a un 10,6 por ciento

en 1875, y prácticamente ya ha desaparecido en 1907, no siendo registrada por el Censo (*Cuadro N^o 5*).

CUADRO N^o 5

Chile. Pequeños Productores y Pequeña Burguesía 1854-1907

	1854	%	1875	%	1907	%
1. Hilanderos y tejedores	85.445	31,8	37.218	10,6	—	—
2. Artesanos	1.093	0,4	—	—	120.506	26,8
3. Trabajadores por cuenta propia (sastres, costureras, modistas, plateros, etc.)	96.062	35,7	175.549*	50,0	—	—
4. Dueños de talleres (carroceros, panaderos, etc.)	4.610	1,7	—	—	164.503**	36,6
5. Pequeños y medianos propietarios agrícolas.	79.956	29,8	136,797	39,0	160.651	35,8
6. Semiproletarios (pescadores)	1.565	0,6	1.542	0,4	3.730	0,8
TOTAL	268.731	100	351.106	100	449.390	100

* Incluye Artesanos, Trabajadores por cuenta propia y Dueños de talleres.

** Incluye Trabajadores por cuenta propia y Dueños de talleres.

La gran mayoría de la población que hemos clasificado como “pequeños productores y pequeña burguesía” se concentra en las categorías artesanos, trabajadores por cuenta propia, y dueños de talleres, que en total constituyen el 37,8, el 50,0 y el 63,0 por ciento de la mencionada población durante los años 1854, 1875 y 1907 respectivamente. Sin embargo, la imposibilidad de poder separar dichas categorías nos impide conocer con exactitud su evolución. Asimismo, no es suficiente el solo dato cuantitativo para poder conocer las verdaderas dimensiones y papel de la pequeña burguesía. La inclusión, por ejemplo, de las costureras en la categoría “trabajadores por cuenta propia” no nos permite determinar si efectivamente efectuaban un trabajo propio o si más bien ellas trabajaban a domicilio para un comerciante o fabricante de vestuarios. Parece ser que a comienzos del presente siglo había adquirido una cierta difusión el que las fábricas

de textiles y vestuarios diesen trabajo a domicilio a costureras. Pero, no conocemos el grado de difusión de esta práctica que, de haber estado muy extendida, estaría indicando nuevas formas de trabajo proletario o semiproletario y, por consiguiente, nos permitiría determinar con mayor exactitud las características del desarrollo de la industria manufacturera y de la fuerza de trabajo. Por tal motivo, la disminución en cifras relativas de la población trabajadora en el año 1907 con relación al Censo anterior no se ajustaría estrictamente a la realidad. De haber tenido una significativa extensión el sistema de trabajo a domicilio, esto significaría que el número de trabajadores se incrementaría con la fuerza de trabajo constituida por las mencionadas trabajadoras (*Cuadro N° 5*).

Finalmente, dentro de la estructura de clases y estratos sociales se puede apreciar la presencia de las capas medias, esto es, de aquellos sectores de la sociedad que no producen ni se apropian de plusvalía o del plustrabajo en general. Las capas medias son las que experimen-

CUADRO N° 6

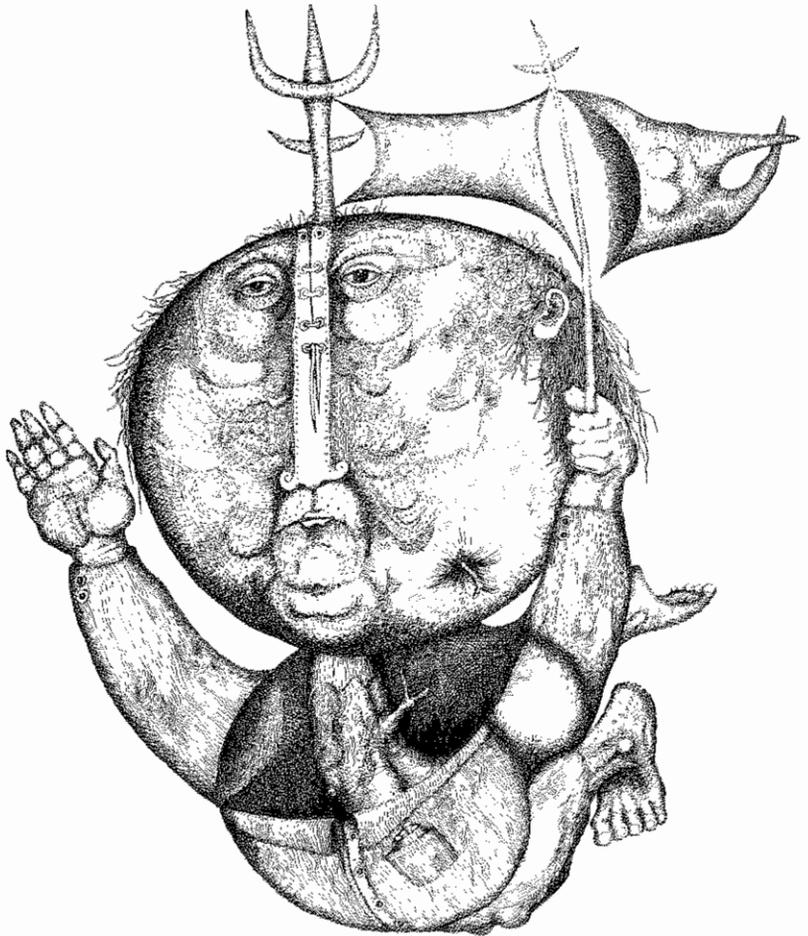
Chile. Capas Medias 1854-1907

	1854	%	1875	%	1907	%
1. Técnicos (contratistas, taquígrafos, telegrafistas, etc.)	237	2,4	238	1,2	2.199	2,0
— mayordomos	4.079	41,9	—	—	—	—
2. Empleados Públicos	—	—	2.498	12,2	83.294*	77,0
3. Empleados particulares	1.319*	13,6	10.857	52,8	—	—
4. Funcionarios	—	—	—	—	6.074	5,7
5. Profesores y maestros	952	9,8	1.896	9,2	6.417	5,9
6. Personal de bienestar social (matronas, vacunadores, farmacéuticos, etc.)	974	10,0	1.299	6,3	1.764	1,6
7. Profesionales	634	6,5	1.655	8,1	5.817	5,4
8. Artistas e Intelectuales	1.535	15,8	2.100	10,2	2.574	2,4
TOTAL	9.730	100	20.543	100	108.139	100

* Incluye Empleados Particulares y Públicos.

taron el más brusco y rápido incremento entre 1875 y 1907: de 20.543 personas que hemos clasificado como pertenecientes a las capas medias según el año 1875, el número aumentó a 108.139 en 1907, o sea, de un 2,4 a 9,2 por ciento del total de la población clasificada como "con profesión". Al interior de las capas medias el mayor incremento se produjo en el sector social formado por los empleados públicos y particulares: de un total de 1.319 empleados en el año 1854 el número se elevó a 13.355 en 1875 y a 89.368 empleados (públicos y particulares juntos) en el año 1907, o sea, de un 13,6 por ciento en 1854 a un 65 y a un 82,7 por ciento de la población que hemos clasificado como capas medias. (*Cuadro N° 6.*) Esto estaría indicando que ya a comienzos del presente siglo se habría comenzado a producir una gran concentración de población en el sector terciario de la economía, sin que suceda algo parecido en el industrial, lo cual es un rasgo típico de los países subdesarrollados. Al mismo tiempo, ello ya es un indicio de la importancia que irán adquiriendo posteriormente las capas medias en el plano social y político, convirtiéndose también en una importante "clientela electoral".





Un terremoto indiscreto

MIGUEL LAWNER

El terremoto del 3 de marzo ocasionó la muerte de 177 personas y la destrucción de unas 70.000 viviendas, mientras otras 130.000 quedaron muy dañadas. La infraestructura social de escuelas y hospitales sufrió pérdidas igualmente importantes: 22 de los 79 hospitales existentes en la zona damnificada experimentaron daños graves y 176 establecimientos educacionales quedaron totalmente destruidos. Las instalaciones portuarias quedaron parcialmente inutilizables, se hundieron terraplenes en las carreteras y se produjo el colapso de algunos puentes. El sismo asoló la zona donde habita el 60 por 100 de la población y donde existen las principales industrias.

Las últimas estimaciones oficiales hacen subir los daños a la cantidad de mil ochocientos millones de dólares, lo cual se suma a los gravísimos problemas económicos existentes antes del terremoto, tales como la alta tasa de cesantía y la cuantiosa deuda externa que exige compromisos —en moneda dura para los próximos años—, casi imposibles de superar.

Como ocurre en este tipo de catástrofes, los daños se descargan preferentemente sobre los grupos de bajos ingresos —urbanos o rurales—. Nadie ha muerto en Santiago por causa del sismo más arriba de la Plaza Italia y los daños en Las Condes son insignificantes com-

Miguel Lawner, arquitecto, ex Director de CORMU. Ex Profesor en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile y en la Escuela de Arquitectura de Copenhague, Dinamarca.

parados con los de Quinta Normal, Renca o Santiago-poniente. La naturaleza no opera con sentido de clase, pero es evidente que los sectores acaudalados se apropian de los terrenos más seguros y disponen de medios para guarecerse bajo estructuras probadamente anti-sísmicas, mientras los pobres no tienen más remedio que levantar un techo por sí mismos, o deben alquilar una pieza en edificaciones antiguas, construidas con anterioridad a la vigencia de las normas anti-sísmicas.

El “Boom” al desnudo

Pero este último terremoto no sólo derrumbó viejas edificaciones de adobe o viviendas precarias construidas al margen de reglamentos, sin el concurso de arquitectos o ingenieros. También demolió estructuras que no debieron haber sufrido daño alguno, poniendo al desnudo verdaderos delitos en materia edilicia, cometidos durante los últimos años al amparo de las llamadas “modernizaciones”.

Estas transformaciones debilitaron gravemente las ordenanzas que regulaban el proceso constructivo, limitaron los mecanismos de control y de calidad de los materiales de construcción, las disposiciones relativas al uso del suelo urbano, los códigos de ética y de aranceles profesionales y, en general, todas las normas sobre construcción y desarrollo urbano imperantes en Chile en los cuarenta años anteriores a la “era de Chicago”.

El terremoto sacudió al modelo monetarista aplicado a la construcción, despojándolo de retórica y ornamentos. Le hizo un verdadero strip-tease. Sólo en Santiago, el SERVIU admite la existencia de once grupos habitacionales entre los construidos en los últimos cinco años, con grietas que comprometen gravemente su estructura¹. Un número análogo ha sufrido daños de consideración en la Quinta y Sexta región, a lo cual debemos añadir otros conjuntos habitacionales, cuyos daños se silencian a fin de disminuir la magnitud de la catástrofe. Estimamos en 5.000 el número de unidades dañadas gravemente, lo cual constituye en términos jurídicos una estafa de grandes proporciones cometida contra familias de modestos ingresos. El Ministro de la Vivienda hizo pública la resolución del SERVIU de asumir responsabilidades por estos daños, pero los decretos emitidos al respecto no son tan categóricos. En efecto, el 10 de abril se publicó en el Diario Oficial el Decreto reglamentando los préstamos a otorgarse en las regiones afectadas por el sismo, para la reparación de “daños que

¹ Los conjuntos cuya reparación asume el SERVIU Metropolitano son los siguientes: Santa Carolina (Macul), Pedro de Valdivia-Quilú (Ñuñoa), Huamachuco II (Renca), La Estrella (Pudahuel), El Roto Chileno (Santiago), Huemuel (Santiago), M. Rodríguez (Melipilla), El Puelche (La Cisterna), San Pablo Sur (Pudahuel), A. de Ercilla (Macul) y 11 de Septiembre (Curacaví).

afecten la estructura o habitabilidad de los inmuebles” adquiridos al SERVIU. Los préstamos corresponderán al valor a que asciendan las obras de reparación y se expresarán en cuotas de ahorro “que alcanzarán una cifra igual a la de los dividendos o cuotas de saldo de precio que estuviere cancelando para el pago del inmueble, si la deuda ya se hubiere extinguido. Si el interesado aún estuviere sirviendo la deuda con el SERVIU proveniente de la compra del inmueble, el servicio del crédito se iniciará a partir del mes siguiente al de la expiración del plazo de la deuda original”.

En resumidas cuentas, *los propios afectados pagarán las reparaciones y en valores reajustables*, sin que hayan sido consultados acerca de la modalidad y de los alcances de las obras de reparación. Informes técnicos emitidos por el servicio de asistencia técnica del Colegio de Arquitectos sostienen que conjuntos habitacionales como el de Huamachuco II, en Renca, presentan daños de tal magnitud que sólo cabe la demolición total. ¿Deberán en ese caso las personas damnificadas, cancelar totalmente una nueva vivienda? Y admitiendo la factibilidad de una reparación, ¿quién los indemnizará por la inevitable pérdida del valor en un bien raíz marcado para siempre por el estigma de su dudosa asismicidad?

Sin embargo, en este terremoto sucumbieron, además, edificaciones suntuarias como el edificio El Faro, en Reñaca Alto, cuyo desplome aconsejó dinamitarlo a fin de evitar riesgos mayores.

¿Qué ocurrió en el sismo del 3 de marzo de 1985 diferente a los anteriores?

En todos los terremotos registrados en Chile con posterioridad al del año 39 en Chillán, las estructuras antisísmicas se comportaron mejor que ahora. Recordemos que los terremotos de 1960 en Concepción y Valdivia fueron de intensidad y magnitud superiores al de este año y, sin embargo, los daños fueron menores. En verdad, la mayoría de las víctimas y destrucciones originadas en esa oportunidad, provinieron no de los movimientos sísmicos, sino que debido a los grandes maremotos que azotaron el litoral minutos después con olas de hasta diez metros de alto. Fueron devastados pueblos costeros, caletas de pescadores, instalaciones portuarias e industriales, haciendo naufragar barcos de gran calado y destrozando las embarcaciones pequeñas. Vastas zonas urbanas quedaron sumidas bajo las aguas como el caso de Corral, donde se produjeron cambios en la configuración de la corteza terrestre tan notables, que la costa se hundió en una profundidad de hasta cuatro metros.

Pero las estructuras antisísmicas no afectadas por fenómenos ajenos al sismo mismo, sortearon con éxito una prueba tan severa. El edificio moderno más damnificado resultó ser el Hotel Vicente Pérez Rosales, en Puerto Montt, cuya placa de dos pisos se inclinó levemente al estar emplazada en un suelo insuficientemente analizado, lo cual

no impidió su ulterior recuperación, mediante hormigón inyectado a presión en los cimientos.

Los daños experimentados por el Hotel Pérez Rosales y por otras construcciones fundadas en laderas que sufrieron deslizamientos, o en antiguos lechos de río, aconsejaron complementar las normas antisísmicas con estudios de Mecánica de Suelos, disciplina por entonces de gran desarrollo en México, y que permite conocer con exactitud las características del subsuelo y recomendar los niveles y tipo de cimientos más convenientes.

El artículo 30 de la Ordenanza General de Construcciones estipula que las Direcciones de Obras Municipales *podrán* ordenar el reconocimiento del subsuelo. Sin embargo, esta disposición fundamental para garantizar la seguridad de cualquier edificio levantado sobre terrenos de dudosa resistencia, cayó en desuso a partir de las modificaciones a la Ordenanza y otras normas efectuadas en 1977-1980. El colapso del edificio El Faro, fundado sobre dunas, no habría ocurrido si la Dirección de Obras de Viña del Mar hubiera mantenido el rigor de años precedentes para exigir el respectivo estudio de mecánica de suelos. En los terremotos de La Ligua (1965) y Valparaíso (1971), las estructuras antisísmicas volvieron a ratificar sus bondades y los daños ocasionales provinieron de omisiones o errores cometidos en los procedimientos constructivos y no de fallas estructurales. Además, el reciente terremoto demostró que las viviendas de promoción fiscal construidas durante las dos administraciones anteriores, tales como los conocidos bloques tipo 1010 o 1020 resistieron exitosamente. No menos de mil bloques de este tipo deben existir en la zona amagada por el último sismo y sólo sabemos de dos, situados en San Antonio, con algunos daños, pero que no comprometen su habitabilidad. Casi toda Melipilla está en el suelo, menos los bloques 1010 construidos en 1971.

La ingeniería antisísmica chilena había demostrado su eficacia en 45 años de desarrollo continuo, complementando sus normas a partir de las exigencias acumuladas con cada nuevo sismo. Sólo la fanática obsesión por imponer en el campo de la construcción el modelo monetarista por encima de las consideraciones de seguridad, creó el marco propicio para las pérdidas que hoy lamentamos.

¿Qué conclusiones extraemos de esta catástrofe?

a) *El mercado no es el mejor asignador de recursos.* Al eliminar los mecanismos fiscalizadores, el producto habitacional queda sujeto exclusivamente a la ética del promotor inmobiliario. Si alguien adquiere una radio a transistor o un bolígrafo de mala calidad, siempre tendrá la opción de castigar al productor inescrupuloso absteniéndose de volver a consumir esa marca. En este caso, el mercado opera como un adecuado asignador de recursos. Pero una vivienda es un

bien que se adquiere normalmente sólo una vez en la vida y cualquier equivocación resulta irreparable. No hay otra opción y difícilmente puede exigirse del consumidor que absorba una pérdida tan cuantiosa. La responsabilidad debe recaer sobre el promotor. Sin embargo, en el caso presente, el Estado no parece dispuesto a perseguirlos, por lo cual, sólo caben dos alternativas: la pérdida será asumida por el Estado o por el mismo consumidor. En ambos casos se trata de un derroche inaceptable para un país de recursos tan escasos como el nuestro, con un déficit habitacional tan considerable. Cinco mil viviendas malogradas con menos de cinco años de vida útil, implican una pérdida que asciende a 10.000 millones de pesos². Es una suma cuantiosa, equivalente a un 50 por ciento de la inversión fiscal anual en vivienda y confirma la vulnerabilidad del modelo monetarista en la construcción, cuando opera sin restricciones ni sujeción a normas.

b) *El estado subsidiario es una ficción.* Cuando la iniciativa privada ofrece viviendas al sector con capacidad de pago, debe esforzarse por garantizar la calidad y seguridad de su producto, ya que enfrenta la competencia de otros productores que se disputan el mercado. En este caso, la demanda disfruta de la posibilidad de elección —“la libertad de elegir”— tan ponderada por Milton Friedman. Pero este es un privilegio reducido a no más del 10 por 100 de los chilenos. El resto carece de tan acariciada libertad y está obligado a recurrir a créditos que condicionan su elección. Las familias erradicadas de campamentos o los acreedores de un subsidio habitacional están forzados a aceptar lo que el Estado les asigna sin otra alternativa que rechazarlo, en cuyo caso arriesgan desperdiciar quizás la única oportunidad de su vida.

A partir de 1977, comenzó a ponerse en práctica el sistema de producción de viviendas llamado por el MINVU “llave en mano”, coherente con el propósito de transferir a manos privadas la actividad habitacional. El Estado suspendió las propuestas para la construcción de viviendas con planos y especificaciones emanadas de sus propios departamentos técnicos. Se limitó a fijar un tope financiero dentro del cual cabía la propuesta de la naturaleza que fuera, presentada por un empresario privado con proyectos y especificaciones propias.

Por otra parte, el MINVU inició el sistema llamado de los subsidios habitacionales, concebidos como mecanismo de incentivo a la demanda habitacional, destinados a cubrir parte del valor de la vivienda y favoreciendo la colocación de los conjuntos levantados “llave en mano” por los promotores privados.

² 5.000 viviendas a un costo promedio de 850 UF c/u: 10.000 millones de pesos equivalentes a 66 millones de dólares.

La mayoría de los nuevos grupos habitacionales gravemente afectados por el sismo, corresponde a obras levantadas conforme a este mecanismo. Ocurrida la catástrofe, ha vuelto a repetirse el proceso experimentado por la economía chilena a partir del colapso de 1982: el empresario privado rehuye sus responsabilidades (en muchos casos corresponde a empresas quebradas o que han desaparecido), y el Estado debe asumir estas responsabilidades, aún cuando sea con la intención de transferirlas más tarde a los sufridos adquirentes.

Esta experiencia confirma que la prescindencia del Estado es una ficción y sólo opera cuando la iniciativa privada obtiene utilidades ya que las pérdidas terminan por transferirse al Estado o a los consumidores.

c) *La vivienda social exige estándares mínimos.* Después de la caída de la actividad constructora privada iniciada a fines de 1981 y también a causa de las crecientes presiones ejercidas por miles de familias allegadas, carentes de toda oferta habitacional durante casi diez años, el MINVU lanzó un programa de viviendas básicas (24 a 28 m²), destinado a amortiguar estas presiones y restituir en parte la actividad constructora paralizada.

El programa se ha ejecutado mediante licitaciones públicas por ofertas de un valor máximo equivalente a 170 UF (\$ 400.000 de hoy, aproximadamente). Las consideraciones relativas a calidad, seguridad, aislación térmica o acústica son irrelevantes, de manera que los valores cuantitativos adquieren prioridad absoluta para la asignación de las propuestas. La práctica demuestra que los empresarios de la construcción se disputan la presa recurriendo a cualquier procedimiento. Habiendo sido derogada la vigencia de los aranceles profesionales, reducen al mínimo los honorarios de arquitectos e ingenieros, que obviamente no pueden prestar al proyecto la atención necesaria. Ocurre algo peor con la mano de obra que es víctima de una superexplotación, como consecuencia del cercenamiento de la legislación laboral. Cualquier reclamo es causal de despido, que podrá cubrirse con el inmenso ejército de cesantes dispuestos a trabajar por un jornal misérrimo. Se ha producido así un notable deterioro en la mano de obra, con el consecuente descenso en la calidad de la edificación. Señalemos que la gravitación de la mano de obra en el costo de una vivienda media ha descendido de un 50 por ciento, en 1972, hasta un 29 por ciento, en la actualidad.

Si aún resultan insuficientes todas estas rebajas, el empresario reduce la calidad de los materiales de construcción: utiliza madera o ladrillos de calidad inaceptable, empobrece las terminaciones, y si todavía no logra un precio competitivo, disminuye el nivel de las estructuras: sugiere al ingeniero calculista la reducción del acero o la resistencia de los hormigones. Todo, en aparente conformidad a las

normas, pero logrado en base a meros artificios que un sismo como el que acaba de ocurrir deja en descubierto.

Los estándares no pueden reducirse indefinidamente. Cautelar por ellos es un deber irrenunciable del Estado, porque está en juego la seguridad de las personas. No puede concebirse a la vivienda como un artículo de desecho. En particular hay que obrar con rigor en la determinación de normas para la vivienda social, cuyo debilitamiento nos acerca al límite que deslinda entre lo que ética y profesionalmente es aceptable o es un delito.

d) *Deben restablecerse los mecanismos de control municipales y de los Colegios Profesionales.* Bajo el pretexto de acabar con trabas burocráticas y otros procedimientos “encarecedores de la construcción”, el régimen actual eliminó los dispositivos de control ejercidos por las Direcciones de Obras Municipales, facultadas para fiscalizar las faenas de construcción en diversas etapas de su desarrollo. Se aseguraba así la conformidad con los planos y normas debidamente aprobados por las mismas Direcciones de Obras. También quedó en desuso la práctica de solicitar al IDIEM ensayos de hormigones, ejecutados por esa institución sin previo aviso, a fin de constatar su resistencia.

Por otra parte, el arquitecto perdió su atribución fiscalizadora de la faena en construcción, sin que nadie lo sustituya en esa responsabilidad. El contratista quedó así liberado del control ejercido en la obra, tanto por el arquitecto como por el municipio, quedando sujeto a su propia responsabilidad. Como corolario de este liberalismo, recordemos que al eliminarse la obligatoriedad de afiliación a los Colegios Profesionales, se terminó la tuición que ejercían los Códigos de Ética Profesional.

Si bien debemos admitir que la mayoría de los profesionales vinculados a la construcción mantiene un comportamiento responsable, existen probados casos delictuales y los mecanismos de fiscalización se imponen justamente para prevenir estas eventualidades. Si no existieran semáforos, es probable que la mayoría de los conductores tendría de todas maneras un comportamiento serio, pero bastan unos pocos irresponsables para desatar el caos en el tráfico.

El restablecimiento de los controles municipales y de las atribuciones despojadas a los Colegios Profesionales es un imperativo.

Después del sismo

Han transcurrido noventa * días desde el terremoto y el régimen ha demostrado una incapacidad increíble para encarar la emergencia. El General Pinochet, Intendentes y Alcaldes visitan las áreas damnifica-

* El presente artículo data del pasado mes de junio.

das una y otra vez, rodeados de una corte y un alarde publicitario abrumadores. Los Ministros conceden conferencias de prensa casi diarias, anunciando la normalización de los servicios o dando cuenta de cuantiosas ayudas distribuidas, todo lo cual está muy lejos de corresponder a la realidad.

El número de mediaguas distribuidas a esta fecha es muy exiguo. Aún existen 500.000 metros cúbicos de escombros sin extraer, responsabilidad que el gobierno pretende descargar sobre los hombros de los propios damnificados. La reposición de camas hospitalarias y de aulas escolares es irrisoria. Los publicitados préstamos bancarios de hasta \$ 200.000 se redujeron a un máximo de \$ 50.000, y sólo para los propietarios. La especulación con los materiales de construcción alcanza niveles inverosímiles, mientras el Gobierno rehusa emplear las facultades que le confiere el Decreto Supremo 104, de 1977, para combatir los delitos de acaparamiento, encarecimiento o negativa de ventas.

El régimen no ha querido o no ha podido asignar recursos financieros compatibles con la magnitud de la catástrofe. Se ha limitado a una simple reasignación de presupuestos destinados a otros fines, o a desviar algunos préstamos ya concedidos por el BID. En virtud del 2 por ciento constitucional se ha dispuesto la insignificante suma de mil millones de pesos (6 millones de dólares).

De no mediar la abnegación con que ha actuado la Iglesia, la mayoría de las familias afectadas habría quedado librada a su propia suerte. Pero la Iglesia no puede, por cierto, sustituir al Estado en una responsabilidad que éste está obligado a asumir.

A estas alturas, está claro que la naturaleza misma del régimen impide que hoy pueda encararse la emergencia y mañana la reconstrucción.

El Gobierno no ha convocado a participar en las labores de la emergencia a ningún estamento de la vida social chilena. Ni siquiera ha respondido a los ofrecimientos formulados por algunos Colegios Profesionales. No existen recursos humanos capaces de afrontar catástrofes de esta magnitud. Para atenuar sus efectos es indispensable la participación de la colectividad en su conjunto. Así lo comprendieron los gobiernos anteriores que debieron enfrentar situaciones análogas: Universidades, Ministerios, Servicios Públicos, comerciantes, transportistas, Colegios Profesionales, Magisterio, estudiantes, Fuerzas Armadas, etc., todos se ponían de inmediato a disposición de las autoridades y éstas confiaban sin reservas en la solidaridad ciudadana. Por cierto que las propias familias damnificadas eran parte vital de este dispositivo para encarar la emergencia en la mejor forma posible.

Nada de esto ha ocurrido ahora porque el régimen desconfía de todos. Cualquier germen de organización es considerado subversivo,

como lo prueba el hecho de haber interrumpido una reunión de las organizaciones sindicales regionales de San Antonio destinada a debatir la reconstrucción. Veinte dirigentes fueron arrestados y cinco de ellos han sido relegados.

Toda opinión no oficialista es considerada sospechosa. Se ignora a los comités de damnificados. Las propias Fuerzas Armadas están muy lejos de prestar la colaboración abnegada y silenciosa que otorgaron antaño. Ahora, en cambio, continúan en funciones preferentemente represivas o de patrullaje, encubiertas con los llamados "operativos", mediante los cuales una unidad militar se constituye un día determinado en una localidad, cumpliendo acciones menores de sanidad, de peluquería, o proporcionando almuerzo a algunos niños con gran cobertura publicitaria.

La historia de Chile no conoció jamás conducta tan incomprensiblemente sectaria e insensible. Se prescinde de personas experimentadas y se confía la emergencia a un Cuartel General de la Emergencia, a cargo de personal militar, que opera en secreto como si se tratara de una acción de guerra.

Los propios Ministerios están al margen de las decisiones. El Ministro Poduje anunció el 10 de abril que "todos los equipos urbanos del Ministerio de la Vivienda estaban atacando tres problemas prioritarios: la remodelación de Santiago Poniente, de San Antonio y de Melipilla", pero esto sólo existe en la imaginación del Ministro, ya que ningún profesional del MINVU ha sido requerido hasta ahora para estos efectos, como no lo ha sido para casi nada durante toda la emergencia.

La reconstrucción

El Ministro de la Vivienda ofreció una conferencia de prensa el 21 de marzo, donde anunció la llamada a propuestas públicas "internacionales" para la contratación de 7.788 viviendas básicas distribuidas desde la I hasta la X región. A esta propuesta se añadían otras 2.830 viviendas del mismo tipo, destinadas a la zona damnificada por el sismo, "anticipando y reorientando programas futuros". El Ministro añadió que estas obras comprendían una inversión de 4.800 millones de pesos, "de los cuales, a lo menos 7.600 viviendas, con una inversión aproximada de 3.400 millones se programan en las regiones damnificadas, iniciándose así las obras de reconstrucción definitivas".

Esta declaración confirma la falta de voluntad del gobierno para asumir las responsabilidades provenientes de la reconstrucción. Las 7.788 viviendas de la propuesta aludida, corresponden a un programa ordinario que estaba en curso antes del terremoto. Atribuirles la condición de programa de reconstrucción es simple oportunismo. Sólo las 2.830 unidades adicionales se destinan a las demandas origi-

nadas por la catástrofe, pero su cantidad es francamente exigua. Además, es demasiado pretencioso calificar de “obras de reconstrucción definitivas” unas modestas viviendas inferiores a 30 m² con un costo de 170 UF por unidad. ¿Piensa acaso el Ministro, emprender la reconstrucción de la Avenida Centenario en San Antonio o la zona centro-poniente de Santiago en base a viviendas de este tipo?

Más grave es la ratificación de la negativa a asignar fondos especiales ya que este programa se financia en base a anticipar y reorientar programas futuros. El acatamiento de las autoridades económicas chilenas a los acuerdos suscritos con el Fondo Monetario Internacional es total y no parece ser causal suficiente para ignorarlo una catástrofe como el reciente terremoto. Uno de estos acuerdos establece severas restricciones en el gasto público a fin de poder eliminar el déficit fiscal no financiero en 1987. “Entre los recortes al presupuesto público ya aprobados, destaca la reducción de gastos en vivienda y obras públicas por 6.100 millones de pesos en 1985, convenido después del terremoto³.”

Resulta inconcebible que se exija tantos sacrificios a los trabajadores chilenos. Sus sueldos se mantienen congelados hace ya cuatro años, cuando no disminuidos. El vasto sector de pensionados, que habría tenido derecho a un reajuste del 15 por ciento en sus remuneraciones a partir del mes de junio de este año, fue despojado de ese derecho en una sesión secreta de la Junta, con el argumento de que estos fondos se requieren para financiar las obras de reconstrucción. Mientras tanto, no se aplica igual rigor con el sector empresarial beneficiado con sucesivas postergaciones o renegociaciones de sus deudas y tampoco afectado por tributo adicional de ninguna naturaleza. El alza reciente en los gravámenes de media docena de artículos santuarios no rendirá ni un vigésimo de la suma escamoteada a los pensionados.

Una sola entidad financiera, el Banco de Chile, ha recibido hasta la fecha aportes del Banco Central por un valor de 70.000 millones de pesos, cifra cuatro veces mayor que su capital autorizado, y que bastaría para reconstruir las 70.000 viviendas destruidas el 3 de marzo, a un promedio de 400 UF cada una (aproximadamente un millón de pesos de hoy día).

En definitiva, no puede haber auténtica reconstrucción sin voluntad fiscal de encarar sus responsabilidades y destinando los recursos necesarios mediante tributos a los sectores en condiciones de hacerlo, y sobre todo, por vía de una eventual moratoria en el pago de la deuda externa.

³ Indicadores Económico Sociales N° 24, abril 1985. PET (Academia de Humanismo Cristiano).

**CUADRO DE TERREMOTOS MAS IMPORTANTES
REGISTRADOS DESDE 1939**

<i>Fecha</i>	<i>Epicentro</i>	<i>Magnitud Esc. Richter Grado</i>	<i>Area Afectada Km²</i>	<i>Población Residente en En Area afectada</i>	<i>Número personas muertas</i>	<i>Parque Habi- tacional exis- tente en Area afectada. N°</i>	<i>Número Viviendas Destruídas</i>	<i>% Viviendas destruidas del parque existente</i>
24-1-1939	Chillán	8,3	62.000	1.100.000	30.000	189.000		
21-5-1960	Concepción	7,25	22.500	1.995.000	1.500 ¹	352.000	50.000	14,2 %
22-5-1960	Valdivia	9,00	100.000					
28-3-1965	La Ligua	7,50	15.000	815.000	280	177.000	8.500	4,8 %
8-7-1971	Salamanca Illapel	7,75	30.000	1.168.000	85	272.000	25.000	9,2 %
3-3-1985	S. Antonio	7,8	53.000	6.271.000	177	1.418.000	69.348 ²	4,9 %

¹ 500 personas muertas por terremoto y aproximadamente 1.000, por ma-
remoto.

² Dato del Cuartel General de Emergencia al 22-4-85.

Criterios para enfocar la reconstrucción.

a) *Reconstrucción y desarrollo.* La catástrofe debiera transformarse en un mecanismo de impulso al desarrollo económico, encarrilando soluciones a los múltiples problemas socio-económicos vigentes antes del sismo. Carecería de sentido la mera reposición de viviendas en una localidad como San Antonio, afectada por un 70 por ciento de cesantía antes del terremoto. Allí es urgente formular un programa de desarrollo global, generador de verdaderas oportunidades de empleo, capaz de estimular la reactivación industrial, que asegure el movimiento naviero y la estabilidad de las pesqueras. Sólo así tendrá bases sólidas un programa de reconstrucción habitacional.

Melipilla podría concebirse como una ciudad satélite de Santiago, estableciendo un sistema de transporte de pasajeros conectado al ferrocarril metropolitano, mejorando la infraestructura de servicios, para mejorar su condición de centro de la subzona en torno.

En las áreas rurales resulta indispensable la puesta en marcha de un plan de expansión agro-industrial coordinado con un posible reagrupamiento de las viviendas existentes hoy día, dispersas y aisladas unas de otras, como consecuencia del modelo de asentamiento semifeudal aún vigente en el valle central chileno. En sustitución puede planificarse una red de villorrios campesinos que facilitarían a sus habitantes el acceso a la salud, educación y cultura.

b) *Remodelación y damnificados.* La zona centro-poniente de Santiago requiere un plan especial. Se extiende la idea de formular una remodelación profunda aprovechando las destrucciones originadas por el terremoto. Esto permitiría un aumento sustancial de la población residente en el área, contribuyendo a disminuir el proceso de extensión incontrolada experimentado por la metrópoli.

Como ocurre en otras metrópolis, las áreas del centro-poniente de Santiago cumplen la función de albergar a grupos de bajos ingresos que buscan esa localización ya sea por ofrecer mayores oportunidades para determinado tipo de empleos, o por razones de edad, de educación o salud. En viejas mansiones deterioradas y sub-divididas por piezas, en cités o conventillos, se aglomera un conjunto de familias donde predominan los jubilados, matrimonios de edad, modestos estudiantes de provincia alojados en residenciales baratas, pequeños artesanos o industriales, etc., la mayoría de los cuales ha permanecido toda su vida en esos barrios a los cuales están atados por firmes lazos de arraigo. Expulsarlos desde allí significa aproximar su muerte.

Dos peligros acechan a estos vapuleados santiaguinos tras el planteamiento de la remodelación, tan legítimo en apariencia.

1. *La remodelación museo*, que enarbolando las banderas de "nuestras tradiciones" o el "espíritu de la ciudad", se orienta a recu-

perar el centro histórico para residencia de la alta burguesía que lo abandonó en las primeras décadas de este siglo, cuando se mudó hacia los barrios altos de la ciudad, de moda por entonces, junto con el desarrollo de los medios de transporte. Pero tras cincuenta años de vigencia, comienza a agotarse este modelo de desarrollo urbano extendido por el suburbio. Su lejanía genera muchas incomodidades y el tedio que los caracteriza se hace insostenible especialmente para la juventud. Se revaloriza, entonces, el encanto y la animación del centro histórico. En la mayoría de las grandes ciudades europeas, el retorno de la burguesía al centro histórico ya ha comenzado y la coyuntura provocada por el último sismo, favorece su implementación en Santiago. Algunas declaraciones del alcalde Bombal lo muestran inclinado por esta fórmula.

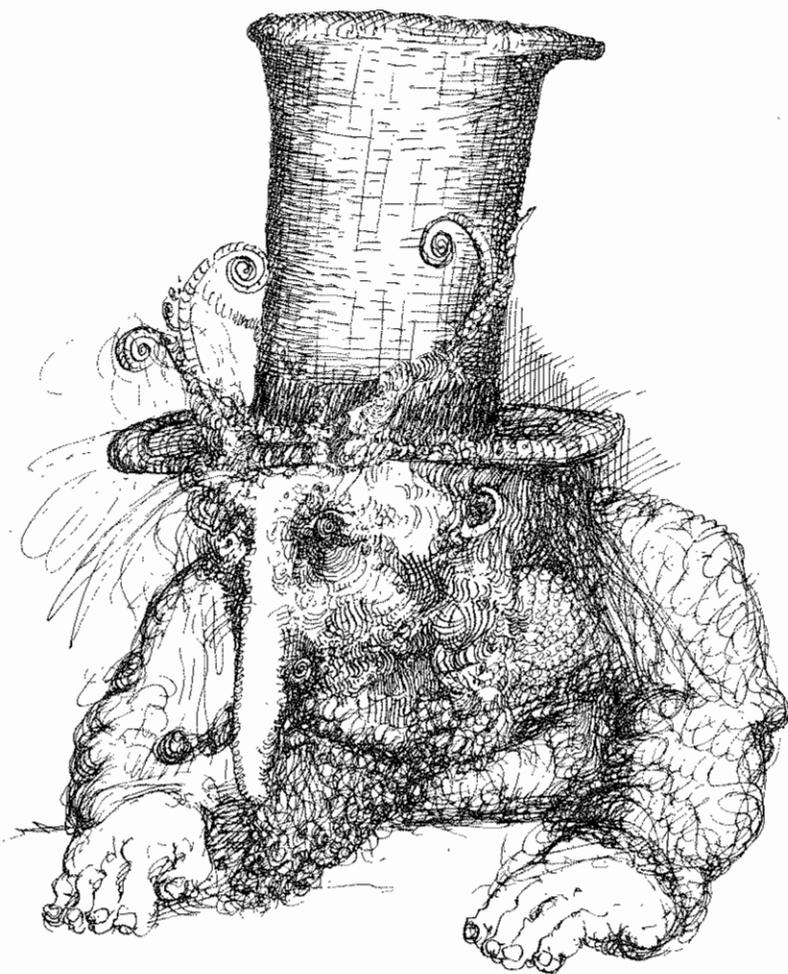
2. *La remodelación bulldozer.* El sueño dorado de la Cámara Chilena de la Construcción, interesada en demoler todo obstáculo opuesto a un vasto programa de reconstrucción de corte moderno. Una ciudad modelo con máximo aprovechamiento de terrenos tan centrales y espléndidamente dotados de infraestructura, sin mayor consideración sobre la naturaleza y aspiraciones de sus actuales o futuros moradores.

Ambas opciones implican la erradicación de los actuales residentes en la zona, forzados a abandonarla si es que las soluciones propuestas son incompatibles con sus niveles de ingreso.

Es necesario formular un programa de remodelación que conjugue la legítima aspiración de los damnificados a permanecer en el sector, con la posibilidad de incorporar a otros grupos de ingresos más altos. El lógico aumento de la densidad da cabida a todos siempre que se planifique teniendo presente el cuadro social existente. Diseñar las soluciones más adecuadas junto a los comités de damnificados que surgen con posterioridad al terremoto. Evitar las posiciones tecnocráticas que ignoran los anhelos y posibilidades de tantas familias modestas.

La imaginación de nuestros planificadores y arquitectos debe hacer posible la permanencia de los actuales residentes en las áreas a remodelar, en viviendas accesibles a sus niveles de ingreso, junto con la preocupación por preservar la identidad de estos barrios tan característicos.

La implementación de tal política envuelve un rol más dinámico y activo del Estado y de los municipios. La iniciativa privada no actúa puntualmente en un entorno en estado de deterioro generalizado, porque no puede garantizar una rentabilidad adecuada mientras subsista la mala reputación del sector. Sólo la acción pública puede compatibilizar el conjunto de intereses económico-sociales que entran en juego en la disputa por el uso del espacio urbano.



El ojo en el corazón de Chile

Notas de una filmación clandestina

MIGUEL LITTIN

1

Después de una minuciosa preparación de meses, de contactar y elegir en diferentes países los equipos de filmación y de estudiar en detalle nuestra capacidad operativa durante el estado de sitio, con identidad y pasaporte falsos cruzamos la frontera. Al bajar del avión en Santiago nos encontramos con la falsa imagen de una ciudad limpia y ordenada, silenciosa, poblada de monumentos y palacios iluminados. Pronto advertimos, sin embargo, los rostros adustos de las gentes que paralizadas en cada esquina miran hacia puntos indefinidos.

La primera impresión de la ciudad real: la gente no ríe en Santiago, no gesticula, casi no se mueve..., en la oscuridad sombras espectrales acechan. Comienza entonces a aparecer con nitidez pavorosa la verdadera faz de la ciudad oculta, Santiago de Chile, ciudad del agobio, de la sonrisa ausente, de la guerra subterránea. En cada esquina policías con o sin uniforme, portando modernos aparatos de comunicación, carros policiales, carros grises de guerra, ametralladoras que apuntan desde todos los sitios. Santiago, un inmenso cuartel, una

Miguel Littin, cineasta, es el realizador de *Alfino y el cóndor*, *La tierra prometida*, *Las actas de Marusia* y otras películas. Vive en Madrid, en el exilio. El presente testimonio fue escrito después de una permanencia ilegal del autor en Chile, en mayo 4 de junio del presente año.

ratonera. Súbitamente un escalofrío recorre las calles y la gente, se acerca el toque de queda. La ciudad rápidamente se vacía. Sus habitantes se escurren con prontitud silenciosos, con apresurada angustia buscan los últimos microbuses. Los escasos automóviles corren desenfrenados y al parecer sin sentido. Cae entonces sobre la ciudad el peso de una interminable noche, como un vaho caliente el terror recorre la ciudad de calles angostas y edificios grises. Se siente, entonces, el peso de la dictadura.

La pavorosa ausencia, las horas donde todo es posible: la detención arbitraria, las desapariciones, las torturas, los degollamientos, el asesinato; el terror, en fin, como única razón de estado.

2

A Valparaíso, el puerto principal, lo cubre la niebla del otoño. Como si se tratara de un extraño ballet, con parsimonia bajan y suben los ascensores, llevando y trayendo a gente adusta desde el puerto a los cerros y desde los cerros al puerto... Nosotros filmamos sus rostros, preguntamos. Ellos responden entre dientes, apresurados..., los muros de los pequeños ascensores construidos por los ingleses en el siglo pasado están cubiertos de leyendas: "Abajo Pinochet"... "Muera la dictadura."

Las protestas han sido borradas y una y otra vez vueltas a escribir por las manos anónimas de quienes resisten cada día.

"Antes era distinto, caballero, vivíamos en democracia. No, no me pregunte nada." La mujer prematuramente envejecida se tapa el rostro con la mano izquierda, mientras que con la derecha aprieta contra sí un pequeño paquete con restos de comida. "No, no. Yo no quiero decir nada. Yo, mire (y con un gesto sella su boca)."

"Antes teníamos libertad..., a mí no me importa ser pobre, señor, pero quiero decir lo que siento y lo que pienso. No es mucho, ¿verdad?" El hombre tiene más de sesenta años, es alto y fuma incesantemente. "Así no dan deseos de vivir. ¿Para qué levantarse todas las mañanas?"

Desde los muelles donde descargan los grandes barcos llegan aires de música tropical, de valsitos peruanos y acaso, muy lejano, confundido con la sirena de un barco que entra a la bahía, la música de un blues llena la mañana de una tenue melancolía.

Después son las poblaciones sobre los cerros, donde escalón a escalón se sube el agua; entre más se sube, más miseria (recuerdo *A Valparaíso*, el filme que rodara Joris Ivens en los años sesenta, y los ranchos carcomidos por el óxido y el tiempo, los niños descalzos, las mujeres ajadas, los hombres desesperanzados, en cada ventana un rostro espera). Lejos, más lejos, impulsadas por el viento marino, las ropas de colores secándose al escaso sol semejan banderas desgarradas.

3

El jefe del Equipo número 2, el único que conoce a Gabriel, pero que no sabe todavía mi verdadera identidad, me informa: “Trabajamos duro en las poblaciones marginales de Santiago. Ese es otro país. Filmamos una olla común, una reunión de la población; la organización ha pasado ahora a las manos de las mujeres, porque cuando vienen las razzias policiales se llevan a los hombres a los cuarteles y a los estadios. Decidieron, entonces, que la organización pasara a sus manos. Entrevistamos largamente a un cura obrero y a unas monjas que trabajan allí, junto a creyentes y no creyentes. Tres jóvenes nos mostraron en sus espaldas las huellas de la tortura reciente. Entramos al interior de las casas. Es horrenda la miseria. Sin embargo la llevan con una extraña dignidad. Son pobres, pero no miserables.” Yo indago, pregunto más: ¿Filmaron a los niños, la escuela? ¿Existe una escuela? ¿Filmaron a los niños que engañan su hambre aspirando neoprén? Pálido contesta: “Sí, sí, es terrible”.

Caminamos apresurados. Es necesario un plano general, indico. “Desde arriba las cosas son planas, no tienen perspectiva.” “No importa”, insisto, “es necesario un plano general envolvente. No olviden a la persona y su entorno.” Damos vuelta una esquina. Cruzamos una ancha avenida. “¿Habla la gente?”, pregunto. “Al principio se mostraron desconfiados. Después, con la ayuda del cura, comenzaron a hablar, a contarnos sus vidas.”

Una pausa. Frente a nosotros cruzan policías. Se nos agotó el material. Subimos al automóvil. “Está bien”, respondo, “mañana les haremos llegar lo necesario.” Mientras tanto, el automóvil recorre febrilmente la ciudad.

Fijamos la hora y el próximo punto de contacto. Un apretón de manos y rápidamente se baja del coche en una esquina y desaparece.

4

De Santiago a Concepción son más de 500 kilómetros. ¿Cómo aprovechar la noche, ya que el toque de queda nos impide circular? Utilizaremos el tren, digo. Así viajaremos por la noche. Pero están estrechamente vigilados, me responden. Por eso mismo, digo. “Nadie pensará que viajamos en un cuartel rodante. Toma contacto con el Grupo número 3 y dile que nos encontraremos a las ocho en la plaza principal de Concepción. Cuida que los horarios de los trenes no coincidan. Que viajen en distintos trenes y en horas diferentes.”

Así, burlando la inmovilidad de las tinieblas, cruzamos por las estaciones vacías, atravesando el espectral espacio de un país sitiado por su propio ejército.

A la madrugada divisamos el Bio-Bio, el gran río que divide Chile de la Araucanía invisible a esa hora, cubierto por una niebla pertinaz

que no lo deja ver sino hasta el mediodía. Es imposible rasurarse en Concepción, no existen barberías, ni agua caliente, ni siquiera un café a esa hora. Más tarde, en un automóvil arrendado, cruzamos el puente, el mismo que hace quince viéramos poblado de hombres y mujeres pequeñas que bajaban en fila interminable desde las minas de carbón, portando en sus manos las banderas incontestables de su dignidad recuperada.

Lota y Schwager, las minas de carbón, se hunden en las profundidades de un mar negro y amenazante. Permanecen exactamente como el siglo pasado. Los inmensos y destartalados galerones donde viven hacinadas las familias, las estructuras de hierro, las huellas intactas de la industrialización inglesa, los perros famélicos, los pescadores que sobre frágiles embarcaciones se embarcan hacia la isla mar afuera.

Sobre los campamentos laberínticos un gran parque, más hermoso aún cuando la luz de la mañana se filtra a través de las altas araucarias, de las flores exóticas, de los rojos capihues, pequeñas campanas de penetrante fragancia. En el agua cristalina de los azulados estanques nadan cisnes de largo y esbelto cuello negro.

Alineadas entre los rosales las estatuas de mármol de Carrara: una la primavera, otra el otoño, triste la del invierno, esplendorosa y fulgurante la del verano, cubriéndose el rostro la tristeza, sugerente la del amor marchito, melancólica la poesía, y sobre un árbol un inútil letrero: “Este parque legítimo fue construido en honor de la señora Isidora”.

La cámara gira lentamente chocando con el sol. Encuentra bajo las nieblas a los hombres pequeños, escarbando la tierra como locos, a los niños ancianos, hundidos en el barro, sustrayendo el desecho del carbón y con él la subsistencia diaria. Más abajo aún a la izquierda de los cisnes de alto cuello el mar oscuro voltea con furia inclemente los desnudos acantilados. A contraluz, bajando hacia la mina, los hombres semejan fantasmas. Luego desaparecen atrapados por las jaulas de hierro que los conduce a la oscuridad, al mar que acecha en las profundidades. De pronto llega la vigilancia armada: “Está prohibido filmar. Sus credenciales”, ordena en forma perentoria. “Entréguenos las cámaras.”

—No, de ninguna manera.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Quién los autorizó?

—Este es un parque público. Estamos autorizados por Dinacos (Dirección General de Comunicaciones).

Se muestran falsos permisos, falsas documentaciones.

—Sí, pero ustedes filmaban las minas y eso está prohibido, entréguenos ese material—. Forcejeos, alegatos.

Uno de los asistentes se escurre rápido con el material filmado. Entregamos dos latas de material no filmado. Ellos, satisfechos, abren las latas y velan el material.

Lejos ya, un automóvil transporta a toda velocidad el material

filmado. Yo soy ahora un turista que pasea desprevenido e inquiera detalles, precisiones sobre el año de la construcción del parque, sobre el origen y altura de las araucarias, sobre la edad de los pavos reales.

Arriba, los grandes parques, la flora y la fauna, el aire oxigenado. Abajo, girando el ojo de la cámara, que no es sino tu propia mirada, el hombre hundiéndose en el lodo...

5

El Valle Central, donde algunos piensan que comienza Chile. Rodeado por la cordillera, circundado por suaves colinas, se extienden los campos de trigos, los maizales, las alamedas que al atardecer se tornan doradas. Cristalinos y fríos los ríos bajan desde las cordilleras. Esa mañana, nos encontramos frente a un viejo puente de madera. El equipo chileno que filma no me conoce. Tampoco sabe que a las diez en punto de la mañana apareceré en la ribera opuesta del puente donde ellos filman.

Detenemos el coche. Me bajo rápidamente. En el camino me he cambiado de ropas. Es otra mi apariencia. Cruzo rápido el puente y, ante su desconcierto, los saludo. Les pregunto por el trabajo realizado. Extendemos un mapa, marcamos en él los sitios que han filmado. El responsable del grupo, que sabe quien soy, me informa: “Estuvimos en la costa. Fuimos después por Bucalemu. Allí filmamos la casa de Pinochet que tiene a la orilla del mar”.

Miro a los muchachos del equipo. No tienen más de veinte años, quizá, dieciocho, quizá menos. Nos entendemos sin decir nada.

Sonríe y nos damos las manos.

“Deben filmar las plazas”, digo, “y hablar con los campesinos. Estos cerros fueron zona de resistencia. Filmen los monumentos, sobre todo el de Nicolás Palacios en la plaza de Santa Cruz, el que escribiera *La raza chilena*, libro en el cual asegura que los verdaderos chilenos son superiores a todos los demás latinoamericanos porque descienden directamente de los antiguos helenos, que son por tanto raza superior destinada a mandar en el concierto de las naciones, a señalar el camino de salvación al mundo.”

Hasta hace algunos años, nadie conocía la existencia de don Nicolás Palacios. Ahora, en la Alameda Bernardo O’Higgins, la arteria principal de Santiago, el general Pinochet le ha erigido un monumento.

6

Por el camino de San Antonio a ciento y algo de kilómetros de Santiago, rodeado de altos pinos, golpeada por el mar y el viento, encontramos la casa de Neruda. Las ventanas cerradas, las puertas selladas, un letrero perentorio: “Prohibido visitar esta casa. Prohibido fotografiar. Esta casa está sellada por orden del segundo juzgado de...”.

Rodeando la casa de altas torres de piedras, una interminable verja de madera; en ella, una a una, escritos los mensajes de los enamorados, que trasgrediendo las prohibiciones le escriben al poeta: “Gracias Pablo por enseñarnos el amor”, “Juan y Rosa se aman porque Pablo nos enseñó el valor de los besos”, “Los anarquistas te amamos, porque amaste la libertad”, “Pablo y Matilde viven en nuestro corazón”.

Y sobre tabla y tabla, madera y madera, dibujados los nombres multiplicados por la pasión y el amor juvenil, junto a los de la protesta política: “Neruda y Allende viven”, “Allende está presente, el amor no muere, la ternura es nuestro derecho irrenunciable.”

Innumerablemente los nombres se repiten. Frente al mar, la gran ventana donde escribía el poeta parece de pronto iluminarse, de forma tal que uno diría que en cualquier momento se verá aparecer su alta figura asomándose al azul del mar que estalla en las olas gigantescas contra las negras piedras de Isla Negra; el mar que viene y se retira dejando la arena coronada de espuma, pareciera ser por momentos el corazón palpitante del poeta. De pronto, un temblor de tierra estremece desde el mar al bosque de pinos que rodea la casa. Aun tiembla en Isla Negra.

7

Una mañana recibí, al fin, la esperada noticia: el Frente Manuel Rodríguez, que lueha en la clandestinidad contra la dictadura, aceptaba el encuentro. Fijadas horas y fechas posibles, deberían recogernos de uno en uno en sitios diferentes, en distintos vehículos, sólo yo estaría al tanto de que al final del viaje nos encontraríamos con los jóvenes que combaten a través de la vía armada a la dictadura.

Las eintas se cumplieron con estricta y total exactitud. Después de un viaje de horas por caminos y calles desconocidas, nos encontramos todos en el mismo vehículo con los ojos cerrados, cruzamos quizá la ciudad, o tal vez salimos de ella.

Luego de un tiempo sin fin se detuvo el vehículo, y como si fuéramos ciegos fuimos conducidos por manos incógnitas.

En la pared una bandera del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Un pequeño escritorio. Los muros rodeados de libros, novelas de Salgari, libros de García Márquez, Hemingway, textos de Historia de Chile, Faulkner, Whitman, Neruda, una bella edición del *Cantar de los cantares*, *El extranjero*, de Camus.

Rápidos y febriles colocamos las luces y el equipo. Cuando todo estuvo listo entraron a la habitación dos jóvenes combatientes con la cara descubierta. “No somos terroristas, el único terrorista de este país es Pinochet, quien usurpado el legítimo gobierno elegido por el pueblo, asesinó al presidente constitucional, arrasó con la ley y los derechos humanos. Nuestro propósito es combatir para restablecer la

democracia, una vez que esto suceda será el pueblo quien decida su futuro.” “¿Son ustedes felices?”, preguntamos. “Sí, lo somos, pero lo seremos más cuando nuestro pueblo tenga trabajo, cuando nuestros niños tengan escuelas, cuando el hombre y la mujer chilenos sean libres y puedan expresarse sin terror y sin miedo.” Cuando salimos de allí, al atardecer nos encontramos con el sol desapareciendo entre las montañas nevadas.

—Filma desde el carro el atardecer.

—Pero es peligroso...

Entonces todos nos miramos y reímos durante mucho tiempo.

8

Los ancianos sentados en los bancos de madera de la plaza toman el débil sol del mediodía otoñal, las madres juegan con los niños, los niños elevan hacia el cielo globos de colores, los fotógrafos ambulantes se apoyan en el trípode de sus antiguas máquinas de cajón. Hablo con unos policías, inquiero detalles sobre la arquitectura de la Catedral, sobre el pasado histórico de la ciudad. Uno de los equipos me filma de lejos con un teleobjetivo, en el bolsillo escondo una pequeña Nagra... Ellos se explayan, me cuentan, les pregunto por el clima social, me dicen que todo está tranquilo, “usted lo puede ver”... Me despido, me siento luego en una de las bancas al lado de tres señoras de edad, una de ellas me pregunta si creo en Dios, le respondo que sí, que naturalmente, ella me dice nosotras también, me preguntan de dónde soy, les respondo. Lo felicito, me dicen, vive en un país democrático, en país libre... antes Chile también era como su país, democrático y libre..., teníamos derecho a voz y voto, me explica la señora de más edad..., ahora todo es muy triste, ¿ve esa puerta al lado de la Catedral?..., allí se juntan las madres de los desaparecidos, de los que degüellan por las noches, allí van los que no tienen trabajo, y los que han torturado... ¿Ha escuchado hablar de todo eso?, se produce una pausa, trago saliva, niego con la cabeza... Vaya, vaya, me dice, ahí se va a dar cuenta de todo lo que nos pasa... Mientras tanto los amables carabineros me miran ahora menos amables, pero ellas siguen hablando y hablando... nosotras somos viejas, ya no tenemos miedo... somos Hijas de María y venimos aquí a la Vicaría de la Solidaridad para ayudar a los que sufren... yo intento ponerme de pie y despedirme, ya no son dos carabineros: acostumbrado a distinguir descubro a dos o tres policías de civil que miran hacia el grupo y se acercan al equipo que filma... al despedirme una de ellas me regala una estampa de la Virgen, llévela para que le de buena suerte, me dice... me alejo con la estampita en la mano y lejos de ellas me siento un momento en un banco de la plaza e intento leer un periódico. De pronto, desde lo alto de las altas torres de la Catedral, suenan armoniosas las campanas conteniendo la emoción escucho los acordes de *Gracias a la vida*,

de Violeta Parra... y no puedo dejar de emocionarme al pensar en los míos, en los hijos lejanos, en la mujer amada, en la familia que estando cerca no puedo ver, en Violeta Parra, la humilde mujer del pueblo despreciada y perseguida en vida por los mismos que hoy están en el poder, y que esta mañana, casi por un milagro, su canción resuena como el verdadero himno de un país que con todo su dolor le da sin embargo gracias a la vida... Bajo la cabeza, húmeda la frente musito en voz baja: "Gracias a la Violeta que nos ha dado tanto..."

9

Me reúno con los jefes de equipo, evaluamos el trabajo, gran parte de él ya está fuera del país. Nuestros contactos funcionan, surge uno que otro problema subsanable. Uno de los equipos tiene sospechas de que lo siguen. Le indico que cambie de residencia de inmediato. Se demoran unas horas y son allanados, horas de gran tensión. Interviene un embajador amigo y como no encuentran pruebas ni señales sospechosas no pasa más allá por ahora. Sin embargo, un día después aparece un cable de una agencia dándolos por detenidos por el CNI. Nos ponemos en alerta, doy indicaciones que se haga contacto con ellos de inmediato. Es una falsa alarma... Sin embargo.

Se filma durante dos días el Palacio de La Moneda, reconstruido después de que fuera bombardeado. Nunca será lo que fue. Se ven ahora falsos los salones, de mal gusto los muebles, remendadas las gruesas murallas de Toesca. Los militares son amables, están orgullosos de la restauración del edificio. Pedimos filmar el Acta de Independencia firmada por O'Higgins, padre de la patria... Pausa, larga explicación confusa... En fin, no es posible por ahora ni nunca, pensamos... Nosotros lo sabemos, fue destruida el 11 de septiembre de 1973, cuando después del bombardeo aéreo penetraron las tropas del ejército y la soldadesca asesinó a Allende.

Miro el nuevo despacho y se me vienen a la memoria los trozos documentales tantas veces vistos en estos años del Palacio en llamas y me lo imagino a él con la metralleta en la mano, enfrentándose solo a su ineludible destino... "Podrán acallar mi voz, podrán asesinarme..., pero más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre."

10

Han sido entrevistados los dirigentes políticos de todos los partidos democráticos. Todos están de acuerdo, es urgente terminar con la dictadura. Sin embargo, aún existen diferencias, explican: "Es preciso preparar un programa, es necesario que todos cedamos en algo. Estamos en el camino", aseguran. Mientras tanto, la gente que cruza las esquinas, los hombres del mercado, las mujeres que traba-

jan en fábricas y oficinas, las dueñas de casa, los jóvenes estudiantes, los campesinos, los desempleados, las madres que buscan a sus hijos desaparecidos, el conjunto, en suma, de la sociedad, transita en el camino del futuro.

11

Escribo una carta abierta al presidente de la Corte Suprema de Justicia. En ella expongo: “he entrado al país y filmo una película. Como mi nombre está en una lista de chilenos que no pueden hacer uso legítimo de su derecho a vivir en su país, he ingresado clandestinamente... Me acojo a su autoridad moral, ya que no puedo reconocer la legalidad de quienes arrasaron la Constitución y las leyes, masacraron a un pueblo desarmado, torturaron a su juventud y aún hoy, usted lo sabe, degüellan y asesinan. Me pongo a su disposición para ser juzgado, en la certeza de que un juicio justo no puede sino devolverme mis legítimos derechos como ciudadano. Pongo a su disposición las pruebas de mi culpabilidad, esto es, los filmes que he realizado tanto dentro como fuera de Chile. Espero su respuesta”.

12

Todos los integrantes de los equipos han partido. El material está afuera procesándose en diferentes laboratorios. Es tiempo de marcharse. Confusos se agolpan los sentimientos, se entrecruzan y chocan. Me encaminé entonces al aeropuerto. Compré los pasajes del primer avión, después pasé frente al oficial de policía, miró el pasaporte, me miró a mí, yo a él fijamente, entrecerrando los ojos. el hombre pareció dudar, me preguntó a dónde iba, le respondí rápido y seguro, bajó entonces la mirada y estampó con fuerza el sello de salida.

Al cruzar la pista rumbo al avión sentí deseos de volver y decir quién era, pero seguí caminando sin volver atrás. A partir de ese momento volvería a la soledad de las ciudades, al tiempo incontestable de tu propio olvido.

Me llevo, sin embargo, los ojos sombríos de los niños de Lota, el rocío matutino, el sabor profundo de la tierra, el aire especial de las montañas, la furia azul del mar, la dulzura y la fuerza de los que buscan la luz, horadando día a día los cimientos del terror, rompiendo el orden de las sombras, la imagen de la mujer menuda que recorre las calles llevando incesante los mensajes, los primeros aromas florecidos en junio, los viejos puentes de madera, la fuerza irreductible del joven combatiente, la ternura infinita de las madres que buscan a sus hijos, la incertidumbre del hombre sin trabajo que recorre los caminos, la imagen impaciente de quienes imprimen los diarios en las imprentas clandestinas, a los sacerdotes que viven entre los humildes,

a los que encontraron en el dolor de los demás la imagen de Cristo redimido.

Me llevo conmigo los alerces, las gigantescas araucarias, los impenetrables bosques, los húmedos senderos cubiertos por el musgo, me llevo amor conmigo, la sustancia más oculta de mi tierra.

JACQUELINE MOUESCA

Rescatar la memoria popular

Algunos sostienen que el acontecimiento político más importante en el Chile de estos doce años de dictadura, es el acuerdo firmado entre algunas cúpulas partidarias en torno a un proyecto de recuperación democrática; otros piensan, en cambio, que el hecho capital, hasta ahora, han sido las jornadas nacionales de protesta del año 1983. Por su magnitud y fuerza, por el amplio abanico ideológico y social que las respaldaba, y por la combatividad de que dieron muestras las masas populares. Las protestas de ese año enterraron un período de la dictadura, y quizás habrán cambiado radicalmente el curso político del país, si no hubiera sido por la extrema violencia que se empleó en reprimirlas, y por el apresuramiento de algunos sectores (asustados, tal vez, por el vigor del empuje popular) en entablar con Pinochet un llamado «diálogo» que, como se sabe, abrió grietas muy grandes en la unidad de la oposición y frenó su impulso combativo.

Este período quedó fijado en imágenes. Con las protestas se hizo una película, Chile, no invoco tu nombre en vano, filmada íntegramente en las calles de Santiago en aquel período, y montada posteriormente en Europa. De ello y de las características del trabajo de los realizadores del film —el llamado Colectivo “Cine-Ojo”— se habla en la breve entrevista que consignamos a continuación. El interlocutor prefirió no dar su nombre.

—En primer lugar, hablemos de los antecedentes de este colectivo.

—En Chile se hicieron ya en 1978 las primeras tentativas para filmar escenas de protestas callejeras y cosas así. Eran esfuerzos dispersos, las finalidades no eran todavía muy claras y los resultados, naturalmente, fueron muy modestos. Era necesario coordinar el trabajo, y fusionar a las

diversas personas comprometidas en un grupo. Fue lo que se consiguió hacia 1982, en que se crea el Colectivo, se obtiene apoyo material de fuera del país, y se hace sistemático el registro de lo que va ocurriendo en Chile. Todo esto se va concretando hacia fines de año: las primeras filmaciones datan de diciembre de 1982. Al año siguiente el trabajo toma un ritmo regu-

lar y se filman muchas horas con imágenes de las primeras protestas, las del primer semestre de 1983. El material es enviado a Francia, donde un grupo perteneciente al Colectivo se encarga de procesarlo y hace una primera versión de 55 minutos de *Chile, no invoco tu nombre en vano*. El trabajo se hace en "moviolas amigas" y en un laboratorio cualquiera. Mientras tanto, siguen llegando nuevos metros de película, porque en Chile continúan filmando. Las vistas corresponden ahora a las protestas de agosto y septiembre. Procesamos de nuevo el material y el nuevo montaje hace llegar la duración definitiva de la película a los 85 minutos. Se hace de ella una versión francesa y otra en español, y esta última se proyecta públicamente por primera vez en el Festival de Leipzig de 1983, donde obtiene un premio.

—*Así fue. Me tocó asistir a ese Festival y fui testigo del entusiasmo que despertó el film. Chile estaba en ese momento, otra vez, en plena actualidad, y los ecos de las protestas eran muy recientes, de modo que la película se proyectaba en el mejor momento.*

—Eso es, a juicio nuestro, algo esencial, pensando sobre todo en nuestro público natural, el exilio chileno. Darle imágenes de hechos tan candentes apenas un par de meses después de haberse producido, es conectarlo con Chile de un modo muy particular, acercarlo de verdad a su realidad. Y eso es muy importante para nosotros.

—*¿Y cómo ha sido la difusión posterior?*

—Bueno, la película ha sido proyectada en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Alemania Federal, Suiza, Italia, Dinamarca, Suecia, y otros países que no podría precisar. Principalmente, en actos de solidaridad con Chile. En Francia se ha podido hacer una labor más en profundidad, gracias a que contamos con la versión francesa, lo que nos ha permitido apoyarnos en una distribuidora estableci-

da. Creo que allí ya se han hecho unas sesenta proyecciones públicas.

—*Chile, no invoco tu nombre en vano* ha sido también mostrada en otros festivales: el de La Habana, donde también obtuvo un premio, los de Moscú y Tashkent, y otros.

—*¿Y en cuanto a sus perspectivas?*

—Yo creo que se mantienen, porque aunque las imágenes recogen acontecimientos de 1983, en un momento de ascenso de las luchas populares, la película no "muere" con ellos, porque ella no hace un diagnóstico, no pretende decir "lo que va a pasar después" en nuestra historia reciente. La película procura ser testimonio de un proceso, y tiende a mostrar cuáles son los mecanismos de ese proceso, cómo se va produciendo el encadenamiento de los hechos que conducen al estallido de una protesta popular. En este sentido, creo que el filme puede calificarse de "abierto", y de allí que yo crea que se mantienen vigentes las perspectivas para seguir siendo exhibido.

—*Yo creo que uno de los factores que hace interesante esta película, fuera de sus méritos propios, es que después de tanto filme sobre la represión —que muchas veces nos deprimen— el de ustedes produce entusiasmo, marca algo nuevo. En este sentido, me parece casi un hito en la historia del cine chileno que hemos visto en el exilio.*

—Lo que pasa es que el filme es hijo de ciertos acontecimientos, de un momento preciso; sin ellos, simplemente no existiría. Con esos antecedentes era imposible hacer una película diferente. Quiero decir, que no se trata de que nos hayamos propuesto hacer deliberadamente "un canto a la victoria", sino —como dije antes— mostrar un proceso, que en este caso era el de la protesta popular en marcha. Se trata de una opción, que significa que nosotros descartamos, digamos, el "discurso oficial", y nos concentramos en todo aquello que signifique presencia de masas, que exprese lo que es la actividad de éstas. Nos inte-

resa la "memoria popular", su conservación, el desarrollo de nuestra identidad, y en este sentido, postulamos un cine que no puede ser propagandístico, por mucho que éste tenga también su legitimidad. Tampoco nos interesa el sensacionalismo, que es propio sobre todo de la televisión, en la que Chile puede aparecer o no sólo según las cosas lleguen al rojo. Chile es importante para ellos sólo cuando hay violencia o muertes, así como lo es Sudáfrica, por ejemplo, también por las mismas razones.

—*Según eso, ¿ustedes nunca aprovecharían escenas de muerte para incluir las en alguna de sus películas?*

—Sí, es posible, pero nosotros no trabajamos en particular en esa dirección, no es nuestra preocupación esencial, aunque tenga su validez. Nuestra opción es otra, aunque pueda aparecer restringida.

—*¿En Chile han podido mostrar el filme?*

—Intentamos hacerlo legalmente, pero nuestra petición fue rechazada. El llamado Consejo de Calificación Cinematográfica, dependiente del Ministro de Educación, la rechazó por unanimidad en julio de 1984, aduciendo que el filme "implica connotaciones contrarias al orden público y puede inducir a la comisión de acciones sociales o delictuosas". Para

nosotros, esto es un reconocimiento de su valor. Con todo, hemos logrado proyectarla en video-cassette en exhibiciones privadas, claro que clandestinamente.

—*¿Cómo logran financiar su trabajo?*

—Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que todos los que participan en el Colectivo, en cualquiera de las fases del trabajo, no cobran un centavo por lo que hacen. Se buscan, por otra parte, los métodos más baratos (películas reversibles, magnéticas, etcétera), procurando que la calidad sea de todos modos la mejor. Parte del material son donaciones, y creemos que con *Chile, no invoco...* vamos a poder reunir algunos dineros que nos permitirán compras de nuevo material un poco más considerables. Algo ganamos con las exhibiciones, y además, la película ha sido en algunos casos oficialmente comprada: por los húngaros, los checos.

—*¿Siguen filmando en la actualidad?*

—Por supuesto. Se hace lo que se puede, pero se hace constantemente, aun si las imágenes filmadas no tienen una utilización inmediata. Nuestro objetivo no es hacer filmes a toda costa, de modo que guardamos toda esa documentación. Ya lo dije: nuestra preocupación es la memoria...

El renacimiento del cine argentino

HUMBERTO RÍOS

1

En el mes de enero de 1985, el periódico argentino *Clarín* publicaba una extensa lista de filmes que podrían eventualmente estrenarse durante el año en curso. Esa lista incluía filmes listos para su estreno, otros en proceso de laboratorio, algunos en filmación y varios más en preparación. Asimismo anunciaba la presencia de títulos con más de diez años de existencia que o bien estuvieron prohibidos por la censura, o no encontraron en su momento una digna salida comercial. Además puntualizaba la existencia de producciones independientes realizadas en el paso de 16 mm por jóvenes y desconocidos directores. En total, cerca de sesenta títulos que expresaban una realidad insólita para un país en crisis que venía de dejar atrás una dolorosa etapa, la más dura sin duda de su historia nacional.

Fueron años agobiantes para la cultura en general y el cine fue uno de los blancos preferidos, si no el principal, de una censura férrea y asfixiante, que no sólo condicionó el tratamiento de muchos temas, sino que también operó sobre lo que podía o no ver el espectador argentino. Filmes de calidad artística reconocidos internacionalmen-

Humberto Ríos, es crítico y cineasta argentino. Reside actualmente en México, donde trabaja como profesor en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos.

te fueron interdictos. Fue la estrechez intelectual de los censores lo que convirtió en un páramo la otrora brillante cartelera argentina, donde se ofrecían producciones de alto nivel, y en donde coexistían títulos provenientes de muchos países.

Pero lo más grave ha sido quizás el confinamiento en cárceles de muchos intelectuales, la desaparición de algunos de ellos y el obligado camino del exilio para una gran parte. Las bandas paramilitares y parapoliciales, protegidas por una política de Estado fincada en el terror convirtieron en víctimas de esa política a escritores, poetas, artistas y cineastas. Ahí están los nombres para recordar: Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Raimundo Gleyzer, Enrique Juárez, Enrique Raab entre otros. Sin mencionar a los 30.000 desaparecidos que las sufridas Madres de Plaza de Mayo aún reclaman.

Esta situación condenó a la asfixia por largo período al cine argentino. No podía ser de otra manera, ya que ningún momento anterior de la historia del país en que fueron quebrados los escasos gobiernos democráticos, por gobiernos de facto, es comparable con lo que se vivió en Argentina en los últimos años. El cine argentino siempre se vio fortalecido (y alcanzó gran auge en algunos momentos) dentro de un ámbito democrático, o de cierta tolerancia política. Así sucedió en el período de los años sesenta con la aparición del Nuevo Cine Argentino, o hacia 1973 como preludeo a la democracia que luego se implantaría con el advenimiento del gobierno del doctor Cámpora. Cabe acotar que por años anteriores surgió en Argentina un movimiento cinematográfico importante que uniría su destino al de otras cinematografías del continente latinoamericano, con el desarrollo de una corriente documentalista y una teoría sobre este fenómeno debido a Octavio Getino y Fernando Solanas, una teoría que dio origen a intensas polémicas en distintos foros internacionales y que se llamó *Hacia un Tercer Cine*. Hoy, nuevamente, como ave fénix que surge de las cenizas, el cine argentino irrumpe en la vida nacional con fuerza y vitalidad.

Si bien la asfixia fue casi intolerable durante la etapa de los últimos gobiernos militares, es de destacar la aparición de algunos filmes interesantes que apuntaban ya hacia una crítica, tímida aún, de algunas situaciones vividas en el país y muy particularmente uno que significó el comienzo de una ruptura con el miedo: *Tiempo de revancha* de Adolfo Aristarain, donde a través de una trama policial se trazaba un paralelismo con las experiencias políticas del país. Este filme mereció el reconocimiento de la crítica internacional y obtuvo múltiples premios en variados festivales. El público argentino apoyó la aparición del filme con silencioso entusiasmo. Otros filmes, con la dulce vestimenta de la comedia, perforaron la malla de la censura y hacían alusión a la corrupción, como en *El arreglo* o a los negociados propios de la etapa del "délarfacil" como en *Plata Dulce*, ambos debi-

dos al dúo Héctor Olivera y Fernando Ayala, directores y productores con inteligente visión de la oportunidad. El cierre de cine-clubes, la desaparición de diversas escuelas de cine y la autocensura instalada en el espíritu de los cineastas, operaban como un freno insuperable para un posible cambio. Si a esto se aúna que el ministro de Economía retira al Instituto de Cinematografía su fuente de autofinanciamiento, proveniente de un 10 por ciento de sobreprecio sobre cada boleto para entrar a una sala de cine, tendremos en claro las razones por las que el cine argentino fue declinando en calidad y en cantidad. En el año 1982 el cine produce apenas diez filmes. Muchos cineastas se refugian en el cine publicitario, o bien instalan precarias escuelas de cine particulares. La crisis económica por la que atraviesa el país termina por agobiar al cine,

2

Pese a las restricciones existentes se empieza a operar un cambio muy tímido, al comienzo, que luego tomaría mayor amplitud gracias a otros fenómenos extra-cinematográficos. Junto a la aparición de un movimiento teatral llamado *Teatro abierto*, que aglutinó a los mejores dramaturgos y a una enorme cantidad de actores, logrando el apoyo masivo del público y pese a los atentados incendiarios de la ultraderecha militar, aparece el Comité de Defensa del Cine Nacional. Este comité se aboca a la tarea de estudiar formas de producción y de luchar por la abolición de la censura, y la anulación de los nombres de algunos actores y directores de cine de una *lista negra* que prohibía sus actuaciones profesionales. En este Comité de Defensa del Cine Nacional se agrupan la mayoría de instituciones que tienen que ver con el quehacer cinematográfico: Directores Cinematográficos Argentinos, Sindicato de la Industria Cinematográfica Argentina (SICA) y la Asociación Argentina de Actores, que es la que en la medida de lo posible y pese a la censura imperante va marcando y denunciando permanentemente lo que ocurre con el cine.

Antes de las elecciones de 1983 y luego de la guerra de Las Malvinas, las entidades se reactivan y comienzan a preparar un Plan de Emergencia para el Cine Argentino, donde se plantea una serie de exigencias para la reorganización del sector, apenas se reinicie la vida democrática en el país. De esta actividad se marginan dos entidades: son las que agrupan a los tradicionales productores argentinos que, por otro lado, jamás lucharon por un real cambio de estructuras, y sólo pactaron con los diversos gobiernos de facto en defensa de sus propios intereses, desestimando toda otra actividad renovadora. El sector de los jóvenes productores fue representado por la Asociación de Productores Independientes. Se suman a este Plan de Emergencia

los estudiantes de cine, los cortometrajistas y la Federación Argentina de Cine Independiente, que agrupa a todo el movimiento, muy amplio y muy rico de gente joven, que filma en super ocho o en video.

Este Plan fue elevado a la Multipartidaria de la Cultura donde estaban representados los sectores culturales de los partidos políticos democráticos, y fue suscrito como un compromiso para ser aplicado por el partido que surgiera ganador en las elecciones, en la medida en que la realidad que se heredaba lo hiciera posible.

Con el advenimiento del gobierno del Dr. Raúl Alfonsín, se empieza a poner en práctica el *compromiso*. La primera medida fue el nombramiento al frente del Instituto Nacional de Cinematografía de un conocido cineasta, miembro de Directores Argentinos Cinematográficos, integrante de lo que se llamó el Nuevo Cine Argentino, Manuel Antín. Este se rodea a su vez de otros defensores del cine argentino, entre críticos de cine, animadores de cine-clubes y directores, como asesores en diversas áreas. Luego, sorpresivamente, se logra la abolición del Ente de Calificación, más conocido por La Censura. Se establece una línea de créditos otorgados por el Banco de la Nación para la producción de alrededor de veinte filmes. Se empieza a estudiar la reapertura de las diversas escuelas de cine, y se presenta al Congreso un proyecto de Nueva Ley Cinematográfica, donde se incluye la devolución de la autarquía económica al Instituto de Cinematografía.

Pero quedan muchos puntos aún por resolver. Fundamentalmente, en el aspecto económico. En realidad, el cine argentino de la actualidad no escapa totalmente de los problemas heredados por la dictadura.

El país está empobrecido, sus industrias arrasadas, el poder adquisitivo de la población ha disminuido sensiblemente, hay una deuda externa que redondea los cincuenta mil millones de dólares, la inflación es galopante y alcanza en algunos momentos el 28 por ciento mensual, el dinero se degrada día a día. Vale decir, el país está en crisis y en quiebra. Para el cine, eje fundamental, lo que marca su problemática presente es el aspecto económico.

3

En Argentina el cine se financia, en su casi totalidad, con los créditos que el Estado otorga a través del Instituto de Cinematografía.

En 1984 el INC otorgó en calidad de préstamo alrededor de treinta y dos créditos. El crédito está estructurado de tal manera que cualquier productor que se propone hacer un filme puede ser beneficiado por un crédito del Estado, siempre que posea los suficientes

avales en bienes inmuebles. Este crédito que nominalmente alcanza alrededor del 50 por ciento del presupuesto que se necesita para filmar, en realidad termina siendo del orden del 25 por ciento o el 28 por ciento debido a una serie de recortes y fundamentalmente a la inflación. Ese crédito puede ser devuelto a través de lo que se llama "subsidio de recuperación industrial", y depende de la carrera comercial que el filme tenga finalmente. Si éste tiene éxito y computa una cantidad de espectadores por los cuales el monto de ese subsidio cubre el valor del crédito, el productor se ve liberado de regresarlo; pero si en cambio no obtiene el favor del público, debe hacerlo con los intereses de plaza, que por lo general son altos.

Por otra parte, el crédito puede ser cubierto por la recuperación industrial, si el filme es considerado de "interés especial", en cuyo caso el monto total en relación a la cantidad de espectadores puede cubrir el costo del filme. Sin embargo, la realidad económica del país hace que (manteniéndose fijos los números que corresponden a las recuperaciones) el dinero se degrade por la inflación, y el productor pueda recuperar del costo nominal reconocido por el INC, sólo el 30 o el 40 por ciento del costo global del filme.

Esto significa que un productor que hoy financia un filme debe obtener un caudal de setecientos u ochocientos mil espectadores para recuperar su capital nominal. No el real. Nunca está el capital actualizado. Obtener el apoyo de tal cantidad de espectadores, hoy, en la Argentina, obliga a un gran esfuerzo creativo por parte del cineasta. Los antiguos análisis hablaban de una cantidad sensiblemente menor, que se aproximaba a los cuatrocientos o quinientos mil espectadores.

Según la mayoría de los cineastas y productores esta situación de angustia productiva debe ser revisada y reorientada para evitar las alternativas sinuosas de la realidad comercial del cine. Deben revisarse mecanismos de producción, distribución y exhibición. Sólo sobreviven en el sistema actual las casas productoras, pues cuentan con una infraestructura productiva y diversificada que les permite la producción de todo tipo de filmes, fundamentalmente los de tipo comercial. Para los independientes queda la angustia.

La crisis económica, la inflación desorbitada y las estructuras arcaicas obligan a los cineastas independientes, al decir de éstos, a convertirse en expertos economistas, profundos conocedores de la finanzas, desentrañadores de las marañas de posibilidades que brindan los bancos con sus préstamos, o de los prestamistas con sus intereses; a conocer a fondo los mecanismos de los intereses compuestos, de la sobretasa, de lo que rinde el dinero en una mesa interempresarial, de los rendimientos a corto, mediano o largo plazo; a calcular el ritmo de la inflación; a pensar en la relación dólar-peso y peso-dólar; a conseguir propiedades inmuebles que le permitan

obtener un crédito; a obtener créditos avalados para lograr el material virgen necesario, el tratamiento en laboratorios y en el tiraje de copias, y finalmente a ser hábiles negociadores con los distribuidores y exhibidores, profundos conocedores del mercado de la publicidad, etcétera, etcétera.

Todavía le queda por recorrer, si ha logrado hacer un filme, todo el camino de controles para que su inversión no se vea mermada por fantásticas declaraciones de los exhibidores, en cuanto a la cantidad de espectadores que acuden a una sala a ver su filme. Esto significa estar presente en todas las funciones, puesto que de eso depende que la declaración de los exhibidores no obligue a bajar el filme de la sala.

Por último, debe luchar para que los distribuidores realicen el aporte de lo recaudado al INC. Una de las prácticas heredadas de la Patria Financiera consiste en usufructuar los beneficios de altos rendimientos en la plaza del dinero que otorgan los bancos a mediano término. Ello es aprovechado por distribuidores y exhibidores en oculta complicidad y obtienen con el dinero de los productores una ganancia suplementaria. Estos, finalmente, reciben un dinero devaluado. Es lo más parecido a la voracidad. Y si el cineasta insiste en la "aventura" del cine, debe reiniciar el ciclo, tal como lo comenzó... y tal como terminó.

Es evidente que la situación debe ser revertida en beneficio de quien produce y crea este nuevo cine. Tomar algunas medidas que garanticen las posibilidades de producción, sin angustias suplementarias, y que consoliden la amplitud de este acontecimiento (ahora que la democracia se instala lentamente en el país), que hagan posible que el cine no sea una aventura, sino una plena continuidad.

4

Sin embargo, y pese a todo lo expuesto, el cine argentino *existe*. Con el arribo de vientos frescos, la marea de proyectos de los cineastas parecía incontenible. A la euforia política se unió la euforia cinematográfica. Anulada la censura, incentivada aunque sea lateralmente la producción con nuevos créditos, los cineastas vieron llegar la hora de su verdad. En una gran mayoría, estos proyectos tenían que ver con el pasado reciente y trataban de expresar, a veces, en forma abrupta e inmediatesta, todos los sucesos acaecidos durante el llamado "proceso" de los militares. Pero otros también evocaban el pasado lejano con una visión actualizada. Y los resultados fueron disímiles. Algunos lograron éxito rotundo y otros menos, pero todos de algún modo irrumpieron en las pantallas con una presencia viva y sólida. El cine argentino hacia mucho que no vivía un momento tan importante como éste, por lo menos en el plano de las ideas.

Camila, de María Luisa Bemberg, se constituyó en el fenómeno de éxito más importante, desde los tiempos de *Juan Moreira* de Leonardo Favio. Ambos filmes guardan relación con los acontecimientos políticos del país. El filme de Leonardo Favio obtuvo el apoyo masivo del público, apenas iniciado el período presidencial del doctor Cámpora: lo mismo sucedió con el filme de María Luisa Bemberg, llegando a reunir dos millones de espectadores, apenas iniciado el período presidencial del Dr. Alfonsín. *Camila* logra, además, penetrar en otros mercados mundiales y obtener la nominación para los premios que otorga anualmente la Academia de Ciencias y Artes de Hollywood, el cotizado *Oscar*.

Luego aparece una serie de filmes que podrían llamarse “de éxito”, aunque en mucho menor escala que *Camila*, con un promedio de quinientos mil espectadores entre los que se incluyen *Los chicos de la guerra*, de Bebe Kamin, sobre el conflicto de Las Malvinas. *Darse cuenta*, de Alejandro Doria, sobre una obstinada solidaridad. *En retirada*, de Juan Carlos Desanzo, sobre un hecho policial y una desaparición. *Cuarteles de invierno*, de Lautaro Murúa, historia de los personajes obligados por los militares a prestarse a una farsa. *La Rosales*, de David Lipznic, sobre un hecho que denuncia los acontecimientos en la Marina de Guerra (que mucho tiene que ver con la actuación de algunos oficiales en la guerra de Las Malvinas), en el que los jefes se salvan de un naufragio condenado a muerte a la tripulación de un barco. *La historia oficial*, de Luis Puenzo, que relata la historia de una pareja de alto nivel económico que adopta un niño y que, se sospecha, fue el producto de un rapto de los militares. Esta situación es una de las páginas más dolorosas y trágicas de la reciente historia argentina. Cientos de niños fueron secuestrados y sus madres y parientes deambulan por el país buscándolos.

Otros filmes se incorporan a este nuevo acontecimiento del cine argentino, y nuevos realizadores debutan en el largometraje, en el cine de ficción.

Si pensamos que en 1982 sólo se produjeron diez filmes, y en 1984 casi se triplica la producción, podremos deducir con facilidad que el cine argentino ha pasado de una seria retracción a una eclosión sin precedentes en el breve lapso de dos años. Y esto no debe atribuirse a las favorables condiciones económicas, sino al deseo incontenible de muchos cineastas de arriesgarse en una aventura con el fin de testimoniar su país. Pero no lo hicieron desesperadamente, con urgencia, descuidando el material que manejaban. El cine de la urgencia, en los años heroicos del documental político, dejó una enseñanza: el cine es político, pero también y principalmente, *un hecho artístico*.

Ahora se trata de establecer estrategias de trabajo, de producción, de explotación. Se está aún a merced de los acontecimientos políticos y económicos que el país brinde. No se tiene claro por el momento

que el proyecto de un cineasta tiene mucho que ver con el de otro cineasta, y que si se logra abatir estas vallas, habrá como fruto del esfuerzo un resultado más pleno y una mayor independencia.

De todas maneras y pese a todo, este cine actual ha irrumpido en el panorama nacional como fenómeno contundente. Se rompieron los muros del miedo, se desbloquearon las costumbres heredadas de la autocensura, y los cineastas están abordando la realidad con apreciable madurez y calidad.

OSCAR ZAMBRANO

Del cine necesario al cine posible

Al principio de los años setenta, se produjo en Latinoamérica un notable deterioro del clima político, sobre todo en los países del llamado Cono Sur, y que afectó seriamente la actividad cultural y, en especial, el trabajo cinematográfico. La realización y la difusión de películas se hicieron mucho más difíciles; se prohibió la exhibición de muchas cintas y hasta se llegó a destruir las copias y los negativos existentes en archivos y laboratorios. Muchos cineastas fueron perseguidos, encarcelados o asesinados. Algunos de los casos más dramáticos son los del realizador argentino Raymundo Gleyzer, secuestrado en su país por grupos paramilitares en 1976, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar su paradero; el autor de *La revolución congelada* (1970) y *Los traidores* (1972) se encuentra en la lista de los miles de desaparecidos de los últimos años. Y el sacerdote Luis Espinal, el más competente crítico de cine en Bolivia, realizador de algunos documentales y miembro del Grupo Uka-

mau, fue secuestrado y asesinado por un comando paramilitar en La Paz a comienzos de 1980.

Como consecuencia de la represión, muchos de los realizadores se vieron obligados a salir al exilio. Unos encontraron acogida en países latinoamericanos, otros tuvieron que emigrar a Europa. Sin embargo, el alejamiento no consiguió destruir la voluntad creadora de esos cineastas, y en algunos casos el destierro significó una especie de motivación fecunda para seguir produciendo. Glauber Rocha y Jorge Sanjinés, Humberto Ríos y Fernando Solanas, Mario Handler y Ruy Guerra y muchos más siguieron haciendo cine fuera de sus países. Y el cine chileno, sin duda el más afectado por la represión, ha demostrado una asombrosa vitalidad, desarrollando y manteniendo una producción abundante tanto en América como en Europa. Por doloroso que sea, el hecho de que esas películas no puedan ser exhibidas, por ahora, en algunos países latinoamericanos, no pasa de ser anecdó-

Oscar Zambrano es periodista y cineasta boliviano. Vive en Berlín Occidental.

tico. En términos históricos, ese impedimento sólo tiene un carácter episódico, coyuntural. Lo cierto es que ese cine existe y forma parte de la cultura latinoamericana, en la medida que el exilio masivo y la represión de las expresiones culturales más lúcidas y honestas son rasgos característicos de la historia contemporánea latinoamericana.

Pero la represión y el exilio contribuyeron también a que muchos de los realizadores iniciaran un proceso de cuestionamiento y reformulación de los objetivos que se plantearon originalmente. Porque las experiencias hechas en más de una década de trabajo terminaron por demostrar que el problema central del Nuevo Cine Latinoamericano radica, por lo menos ahora, en un aspecto tan prosaico como es el de la distribución. Es en torno a este tema, principalmente, que ha girado la discusión de los cineastas latinoamericanos en estos últimos años, ya que de su solución dependen, en gran medida, la supervivencia del cine latinoamericano como expresión cultural e histórica de esos países y su eficacia en tanto que instrumento de concientización y movilización. El *cine necesario* de los primeros años, militante y combativo, marginal y clandestino, además de sus virtudes formales y de contenido, tuvo el mérito de llegar, a pesar de todas las dificultades, al público al que estaba destinado; un público reducido, es cierto, pero que cumplía una función de factor multiplicador, de cinta transmisora de los conocimientos y mensajes formulados por ese cine. Pero también es verdad que ese tipo de trabajo requiere de un mínimo de infraestructura permanente y exige una inversión de esfuerzos y recursos que no siempre guardan relación con los resultados obtenidos. Y ese trabajo, por lo demás, sólo es posible allí donde existe una coyuntura política más o menos favorable. No tiene sentido, por ejemplo, hacer una película, cuya realización ha requerido un trabajo de varios meses, si, una vez terminada, no se la podrá mostrar porque la situación ha cambiado, y cuando llegue el momento de poder exhibirla,

su contenido habrá perdido actualidad y vigencia.

En todo caso, el *cine necesario* fue una experiencia importante, útil y valiosa. En ese momento era *necesario* hacer ese tipo de cine, porque respondía a las necesidades y al estado de ánimos de una determinada época. Pero en tanto que tarea a largo plazo, ese cine termina por entrar en conflicto con sus propias posibilidades de supervivencia. Es a partir del reconocimiento de esa limitación que muchos de los cineastas latinoamericanos empezaron a plantearse la alternativa del *cine posible*: Un cine que, sin renunciar al cuestionamiento crítico de la realidad y sin abandonar el postulado de la necesidad de un cambio radical del contexto político y social, se las arregle para llegar a un público masivo a través de los circuitos establecidos de exhibición comercial. Esta posición se basa en un hecho social concreto: El rápido crecimiento urbano como fenómeno característico de casi todos los países latinoamericanos en estas últimas décadas y la consiguiente aparición explosiva de las clases medias como sujeto social cuantitativa y cualitativamente importante.

Estas clases medias —que, según René Zavaleta, constituyen más bien una “clase a medias”— se caracterizan, en los países latinoamericanos, por su precariedad económica, ya que aspiran a acomodarse a la altura de la burguesía, pero se ven permanentemente amenazados por la posibilidad de declararse hacia el proletariado; por su desorientación ideológica, pues generalmente oscila entre los radicalismos de derecha e izquierda, y casi siempre termina en la ambigüedad del populismo; y, finalmente, por una indefinición cultural, en la que conserva algunos valores de la cultura popular, pero mostrando una franca disposición a asimilar y asumir las formas de la cultura dominante e importada. Es una clase insegura y conflictiva, pero también ávida de conocimientos. Por ello, ha invadido las aulas de las universidades, de las academias e institutos profesionales, las charlas proelitistas de las sectas religiosas y también las salas de cine. Más que cual-

quier otro sector de la población, esta clase está sometida inermemente al bombardeo cotidiano de la publicidad y de los medios masivos de desinformación. Y el cada vez mayor peso cuantitativo que va adquiriendo, la convierte en un factor determinante para las decisiones políticas y, por tanto, para definir el futuro de esos países. En todo caso, no constituye una cantidad omisible, y su importancia cuantitativa tiene ya una dimensión cualitativa. Es a este amplio sector que pretende llegar al *cine posible*, con un mínimo de regularidad y con películas que le ofrezcan la posibilidad de cuestionar y analizar críticamente su propia realidad.

Pero así como el *cine necesario* conlleva, casi siempre, el peligro de ceder a la tentación del maniqueísmo, de la consigna estridente y de las soluciones fáciles, también el *cine posible* tiene que sortear muchas trampas, no siempre fáciles de percibir. Las concesiones que a menudo es necesario hacer, pueden conducir a una claudicación, en la que el compromiso táctico termina por convertirse en conformismo oportunista. De ahí que el *cine posible* se plantea como una tarea difícil que exige de sus realizadores un máximo de rigor y de imaginación creativa. Ya hay algunas pruebas, sin embargo, de que ese cine puede lograr sus objetivos. Películas como *Chuquiago*, del boliviano Antonio Eguino. *Bye, bye, Brasil*, de Carlos Diegues. *Canoa*, del mexicano Felipe Cazals. *El rey del joropo*, de los venezolanos Carlos Rebolledo y Thaelman Urgelles. *Los deseos concebidos*, del chileno Cristián Sánchez o *Gregorio*, del grupo peruano Chaski, confirman las posibilidades que tiene para abordar esta variante del Nuevo Cine Latinoamericano.

Sin desechar el *cine necesario* y sin desconocer su importancia como experiencia política y cultural, el *cine posible* significa un desafío para todos quienes consideran que el cine, como instrumento al servicio de un proyecto liberador, no tiene señalada una sola vía, sino que sus posibilidades son múltiples y, algunas de ellas, todavía desconocidas. El *cine necesario* y el *cine posible* no se excluyen mutuamente, y el uno no es la única alternativa del otro. Más bien se complementan y se enriquecen el uno al otro, y ambos son tan *necesarios* como *posibles*. En todo caso, la elección a tomar dependerá siempre de las exigencias que plantee la propia realidad en la que se quiere actuar para transformarla. El futuro del Nuevo Cine Latinoamericano está estrechamente ligado a la evolución política y social de cada país. Los procesos de democratización iniciados en varios de ellos, a pesar de su evidente fragilidad, abren muchas nuevas posibilidades para intentar nuevas experiencias en el plano cinematográfico, tomando como referencia las lecciones del pasado. La aparición de medios modernos de comunicación —como el video—, de costo mucho más reducido y de más fácil manejo, abre también perspectivas novedosas y hasta hace poco insospechadas. Pero, en todo caso, no se puede esperar del cine, lo que el cine nunca pudo ni podrá hacer por sí solo: Producir una revolución o reemplazarla. El cine latinoamericano, *necesario o posible*, realizado por cineastas o por grupos sindicales, campesinos o universitarios, puede, en cambio, al igual que otras manifestaciones culturales, contribuir a la formación de nuestra identidad y, con ello, a la liberación política y cultural de la colectividad latinoamericana.

SOL AYMARA

La historia oficial

"La *historia oficial* es la historia de los asesinatos contada por los asesinos." La información la hace un adolescente, alumno de Alicia, profesora de historia y protagonista de la película argentina que lleva justamente ese nombre, el del título de esta nota.

Ella es una mujer cercana a la cincuentena; es una profesora responsable y lúcida; ama su trabajo y a su marido, con el que lleva una vida burguesa sin sobresaltos. Hay una cierta contradicción entre la seriedad que deriva de su tarea pedagógica y la irritante frivolidad de las exigencias sociales que le imponen matrimonio y clase. Pero ella no lo nota, ni sufre desazón o dudas. En ese medio, la verdad diaria no se siente en contradicción con la verdad oficial.

Su único quebranto afectivo aparente es su incapacidad física para tener hijos: el que tienen, una niña de cinco años, es producto de una adopción.

Todo o casi todo es paz y placidez.

Las fisuras surgen cuando se encuentra con su mejor amiga de infancia y juventud, que ha vuelto de una ausencia de años. A la hora de las confidencias, compartiendo copas, la amiga le cuenta la verdad de su autoexilio: la desaparición de su marido, y el secuestro, violación y torturas de que ella fue objeto, antes de que se viera obligada a abandonar el país. Le habla también de los casos innumerables similares al suyo, y de los asesinatos, los secuestros de familias, el escamoteo de niños y su entrega a terceros.

Alicia queda anonadada. Durante años, como sus otras amigas y sus maridos, y el propio, naturalmente, una parte de lo que ocurría en el

entorno se excusaba con la frase invariable: "Si han caído en la cárcel es porque algo habrán hecho". Por primera vez, ahora, ella se enfrenta a un horror inimaginado, y luego, en forma larvada, va apoderándose de su espíritu una duda angustiada: ¿Y si su hija adoptiva tuviera algo que ver con esas historias de secuestros y desapariciones? Ella nunca pidió precisiones mayores cuando su marido llegó con la niña, apenas recién nacida, y ahora él tampoco acepta darlas. Alicia decide hacer su propia encuesta y conforme avanza en ella, el marido va pasando paulatinamente de la reticencia a la irritación, hasta el desencadenamiento final de la furia.

De la vida pública de él sabemos sólo exterioridades. Trabaja en una empresa de cuyo carácter no se nos dice gran cosa, salvo la sintomática presencia de militares en los rangos ejecutivos y sus relaciones con norteamericanos que están constantemente yendo y viniendo. De su vida privada sabemos de un hermano y del padre de ambos, republicano español exiliado este último; los desprecia a los dos, porque pertenecen, política y socialmente, al campo de los "perdedores"; él, en cambio, es un "triunfador", un hombre que sabe combinar su odio por "terroristas y subversivos" con el culto al poder y al dinero; alguien a quien le ha ido bien y que puede dorar sus bienes y lujos con el blasón de ser, además, esposo y padre amantísimo.

El desastre llega no sin anuncios premonitorios. En sus averiguaciones, Alicia ha ido hallando más y más evidencias de que su niña puede ser la hija de una muchacha desaparecida.

Hay un mundo, desconocido o asordado antes, que empieza a cobrar en su vida una presencia inédita: las Madres de Mayo y sus desfiles, las opiniones políticas de sus estudiantes, que para ella fueron antes sólo un problema de disciplina escolar; las discusiones con un colega, en el que hasta entonces sólo había visto un sujeto contestatario un tanto pintoresco.

Al marido empiezan también a precipitársele las cosas. Se vive en 1983, mediados del año, el fin del período dictatorial se aproxima. Hay signos de alarma en su compañía: un ejecutivo clave que ha desaparecido, papeles que hay que sustraer precipitadamente, un clima amenazante puntuado por la incertidumbre y la sospecha. En esas condiciones, las disputas con su mujer empieza a ser singularmente vivas.

El desenlace sobreviene cuando Alicia ya no puede seguir dudando: es la abuela de la niña quien se encarga de aportar la prueba de su filiación. La lleva a su casa, porque quiere que hable con su marido; éste no acepta, la insulta y la hace expulsar. Entre ellos estalla la violencia y aquel esposo de modales atilados, espejo de pulcritud en sus relaciones humanas, se metamorfosea en bestia: coge a su mujer por el pelo, la toma de la cabeza para golpeársela contra el muro y culmina su criminal agresión triturándole los dedos de una mano en la juntura de una puerta. Parábola aterradora sobre el desencadenamiento del fascismo, al que se llega tras la metamorfosis de lo que inmediatamente antes bien puede haber sido una próspera y culta sociedad cristiana occidental.

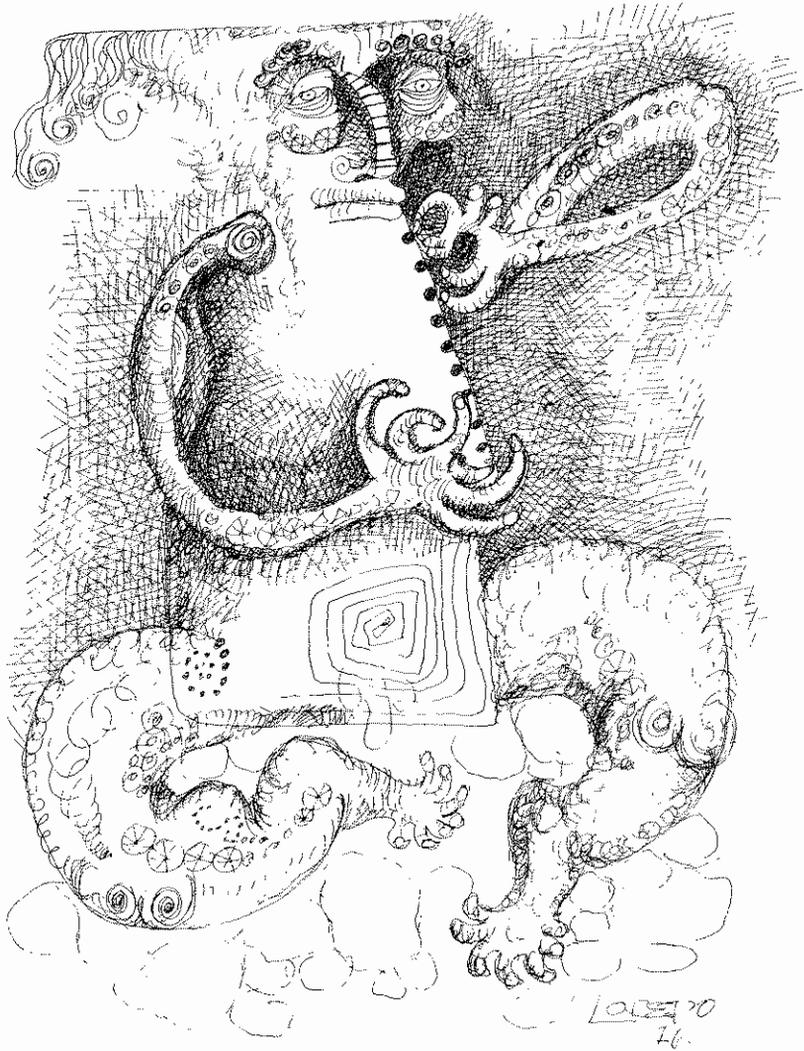
El filme termina cuando Alicia, después de esta escena espantosa, decide abandonar su hogar.

* * *

Lo que más sorprende en *La historia oficial* es la serenidad y parca sobriedad de la narración. El director, Luis Puenzo, ha roto ciertas normas de lo que hasta ahora parecía ser obligatorio en el cine latinoamericano de temática política: ha renunciado al discurso expreso, a la denuncia militante, al panfletarismo; se ha limitado a entreabrir una puerta, dejando que por ella se cuele la cuota justa de tinieblas, lo estrictamente necesario —no más, pero tampoco menos— para que el espectador asuma toda la inmensidad del horror y la tragedia vivida en la Argentina de los generales.

Una parte considerable de la eficacia del impacto que produce esta película reside en el trabajo de sus actores: Héctor Alterio, desde luego, pero sobre todo Norma Aleandro, premiada en Cannes por una actuación cuyo altísimo nivel no encuentra fácilmente el adjetivo que quisiéramos.

El filme merece ser visto por millones de latinoamericanos y no es extraño que se haya convertido en Argentina en un acontecimiento de campanillas. Tendremos que verlo también los chilenos, que alguna vez, en el futuro no lejano de nuestra democracia recuperada, podremos asomarnos a las claves, expuestas en imágenes, de nuestros propios lutos.





Memoria del martirio en Chile

Aproximación biográfica de Joan Alsina

MARIO BOERO

“Eramos unos trescientos los que nos colocamos en las altas orillas del río. El Mapocho a esa altura y en esa fecha de septiembre nos traía negros presentimientos en sus oscuras aguas. Muchos hicimos recuerdos, sin atrevernos a proclamarlos, de los cadáveres que arrojó en esos mismos parajes, hace justamente once años, el río santiaguino. Por esa fecha, más exactamente el 20 de septiembre de 1973, fue fusilado río arriba el sacerdote Juan Alsina. cuya memoria habrá de ser reivindicada un día en esta su patria de adopción que tanto amó”¹.

José Aldunate.

La muerte violenta del catalán Joan Alsina en Chile, en septiembre de 1973 —sumada a la muerte en ese mes de los sacerdotes Miguel Woodward y Gerardo Poblete y la detención-desaparición del religioso Antonio Llidó en Santiago en 1975—, además del póstumo descubrimiento de su testimonio “Ultimo Escrito”, constituyen parte importante, gracias al itinerario de éstas y otras vidas, de la memo-

¹ Palabras del Padre José Aldunate a raíz de la romería realizada en Pudahuel (Santiago) después de dieciocho días de la desaparición de José Antonio Aguirre Ballesteros, detenido el 4 de septiembre de 1984, en *Haciendo Evangelio, ética y política: Pastoral Popular* 4 (1984), 3-4.

Mario Boero es Licenciado en Teología. Vive en Madrid, España.

ria martirial de las bases de la Iglesia chilena (subrayada recientemente con la muerte de André Jarlan en 1984) y del *corpus* literario-testimonial que adquiere el cristianismo comprometido en América Latina a partir de la II Conferencia episcopal de Medellín en 1968.

Dejando para otra ocasión un comentario específico sobre el "Último Escrito" de Alsina, exponemos aquí la biografía de Joan Alsina y transcribimos su testimonio, deseando que estas páginas que presentamos sean cierta respuesta a esos anhelos de reivindicación expresados por José Aldunate recogiendo la voz de distintas comunidades cristianas en Chile.

De la notable biografía sobre Joan Alsina realizada por Ignasi Pujadas en el libro *Joan Alsina. Chile en el corazón*², aquí describiremos la trayectoria de Alsina iniciada en Cataluña y concluida en Chile gracias a un conjunto de documentos dejados por él a su familia y amistades y por la información que nos proporciona Pujadas en el mismo libro citado. Pero pondremos especial relevancia en el contexto histórico donde brota el testimonio de Alsina titulado "Último Escrito", señalando, además, la situación y las circunstancias que provocan su detención, interrogatorio y muerte en Santiago en septiembre de 1973.

Joan Alsina i Hurtós, hermano de Miquel y María, nació el 28 de abril de 1942 en Castelló d'Empúries, provincia de Girona, del matrimonio formado por Josep y Genoveva, ingresando en el seminario de Girona en 1953 a los once años, "donde cursó los cinco años de humanidades y los tres de filosofía"³. A los 19 años marcha a completar estudios al seminario supradiocesano de Madrid, dependiente de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), con el fin de preparar adecuadamente su vocación misionera. En septiembre de 1965 es ordenado sacerdote en su pueblo natal y ejerce durante dos años como vicario en Malgrat de Mar.

El 30 de enero de 1968 llega a Santiago de Chile y permanece el primer mes en la parroquia de San Bernardo, pueblo próximo a Santiago, estableciendo un primer contacto con el Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC). Meses después es destinado al puerto de San Antonio, segundo en importancia después de Valparaíso. Trabaja en la parroquia central de San Antonio, entablando buenas amistades e identificándose con el trabajo pastoral de la región, caracterizada por su pobreza. Paulatinamente, sale del reducto parroquial de San Antonio, intentando comprender la realidad chilena del momento, caracterizada por cierto proceso de reformas sociales promovidas por el gobierno de Eduardo Frei. De las periódicas cartas que envía a su familia en Cataluña cuenta su incorporación a la vida pastoral chilena.

En el verano de 1969 aprovecha para conocer Chile, especialmente la región sur. Posteriormente, al regresar, continúa su trabajo catequético en la parroquia central de San Antonio. Durante el mes de abril de ese año

² Ignasi Pujadas, *Joan Alsina. Chile en el corazón*. Sígueme, Salamanca, 1979.

³ Ignasi Pujadas, ob. cit., pág. 63.

“cristaliza de forma definitiva el primer grupo de matrimonios trabajadores vinculados al MOAC. Inicia un grupo de profesores cristianos, y se incorpora así al mundo de la educación. Da clases de religión en dos colegios de la iglesia. Sigue con la capellanía del hospital de San Antonio y visita a los enfermos a menudo”⁴.

En cartas dirigidas a sus amistades relata su intenso trabajo en las barriadas, reflejándose en ellas un determinado compromiso con los pobres, escribiendo también las dificultades y alegrías que encuentra en el desarrollo de su trabajo misionero.

Durante la temporada del verano de 1970 Joan sigue trabajando activamente, pero sintiendo el lamento de sus familiares por no permanecer con ellos en Navidades, después de dos años radicado en Chile. En la última quincena de enero de 1970

“participa en el encuentro nacional del Consejo Nacional del MOAC, que dura una semana y en el que participan laicos y sacerdotes, para programar el trabajo de curso. El asiste en calidad de delegado de la zona de San Antonio, porque tiene a su cargo no sólo el grupo que ha formado y otro en proceso de gestación, sino también la coordinación de todos los grupos que existen en las tres parroquias de la ciudad”⁵.

En febrero viaja por algunos días de vacaciones hacia el sur de Chile, conociendo la costa del país, pero en abril de este mismo año “Joan tomará una de las decisiones más importantes de su vida: entrar a trabajar como un funcionario más en el hospital regional Claudio Vicuña de San Antonio”⁶. Aunque el trabajo en el hospital le ocupa las mañanas, durante el resto del día acude a las barriadas y realiza diversas actividades con los grupos del MOAC. En cintas grabadas a su familia confiesa que le agrada su nuevo trabajo, considerando incluso que le costaría adaptarse a una nueva vida en Cataluña.

Las campañas presidenciales de 1970 entre Jorge Alessandri, Radomiro Tomic y Salvador Allende influyen en la postura política de Joan Alsina. Se identifica con el programa de la Unidad Popular ofrecido por Allende, comentando posteriormente en carta a sus padres la esperanza que le produce el triunfo electoral socialista del 4 de septiembre de 1970.

Continúa participando activamente con los pobladores de San Antonio respaldando la creación de un sindicato portuario y desarrollando junto a esto sus tareas propiamente catequéticas y laborales en el hospital. El período que sigue al verano de 1970 está cargado de actividades para Alsina:

“Trabaja en el hospital de ocho a cuatro. Empieza a dar clases de filosofía en el liceo nocturno de Barrancas, un pueblecito unido a San Antonio. No tiene sábados ni domingos, que dedica a la parroquia, así como las demás tardes de la semana. Organiza la catequesis y vuelve a poner en marcha los grupos de profesores y trabajadores que no se han reunido

⁴ Ibid. pág. 173.

⁵ Ibid. pág. 183.

⁶ Ibid. pág. 192.

durante la temporada de verano. Se encarga de la preparación de los novios”⁷.

A fin de año participa como delegado en el VI Congreso nacional de la Central Unica de Trabajadores (CUT), considerando que para él es una experiencia interesante y útil por la defensa que ahí se hace de los intereses de los trabajadores. Durante el verano de Chile de 1972 viaja a Castelló d’Empúries, permaneciendo con su familia durante dos meses. Sus amistades recogen el gran interés que siente Joan viviendo en Chile, especialmente por el proceso político que vive. Regresa a Chile en abril de 1972 y asiste al primer encuentro latinoamericano del movimiento Cristianos por el Socialismo, de gran resonancia continental, realizado del 23 al 30 de abril⁸.

A medida que la situación política chilena se hace más tensa por los conflictos existentes entre el gobierno y la oposición a Salvador Allende (huelgas, atentados, mitines), Joan Alsina sigue unos cursos de capacitación laboral hospitalaria en Santiago, de octubre a diciembre de 1972, quedando a cargo de la parroquia de San Antonio algunas tardes de la semana y sábados y domingos. Poco después inicia otros tres meses de prácticas en el hospital de San Antonio con el fin de optar al título “de jefe de personal del Servicio Nacional de Salud”, pero en el mes de febrero de 1973 “se cumplen los 5 años de estancia de Joan en Chile, y termina el período de contrato entre la diócesis de Girona y la de Santiago”⁹. Opta de todos modos por permanecer en Chile, trasladándose en junio a Santiago para trabajar en el hospital San Juan de Dios, después de aprobar el examen de grado en abril, donde recibe el título de jefe de personal de Servicio Nacional de Salud. Este trabajo lo compatibiliza con “el puesto de consiliario de los grupos del MOAC de la población J. M. Caro, donde reside”¹⁰, quedando bajo la dirección del Vicario episcopal de la zona sur de Santiago, Paul Laurín, y viviendo con el consiliario nacional del MOAC, Alfonso Baeza. En julio Alsina escribe una carta pública de despedida a su comunidad de San Antonio, evocando en ella el dolor por la partida y el “gran don que significó para él la labor profesional con los suyos”.

Instalado ya en Santiago, Alsina observa en profundidad los conflictos sociales, ideológicos y políticos derivados de las amenazas de la derecha, especialmente los que surgen del terreno laboral hospitalario del centro médico donde él trabaja. A la huelga patronal

⁷ Ibid. págs. 213-214.

⁸ Cf. *Encuentro latinoamericano de cristianos por el socialismo: Mensaje 21* (1972), 357-365; Pablo Richard, *Cristianos por el socialismo. Historia y documentación*, Sigüeme, Salamanca 1976; Julio Silva Solar, *Construcción pluralista del socialismo. Colaboración de marxistas y cristianos*, Ediciones Acción y diálogo, Santiago 1970; Pablo Richard, *La experiencia de los cristianos en Chile durante la Unidad Popular, en Fe cristiana y revolución sandinista en Nicaragua*, Instituto Histórico Centroamericano, Managua, 1979, pp. 219-242. Roberto Celedón, *Los cristianos y el gobierno popular de Salvador Allende*, 2^a Separata de revista *Análisis*, Santiago de Chile, septiembre 1983, pp. 7-17.

⁹ Ignasi Pujadas, ob. cit., pág. 256.

¹⁰ Ibid. pág. 268.

iniciada el 26 de julio de 1973 por los caminoneros y comerciantes, se incorporan los médicos y otros profesionales chilenos que exigen la renuncia de Salvador Allende de la presidencia de la República. Joan acude a su lugar de trabajo mientras se siguen desarrollando los hechos que crean el marco político necesario para el golpe de Estado, abortándose un alzamiento militar (“el tanquetazo”) el 29 de junio, los cuales son comentados por Alsina con amistades en Chile y en cartas a su familia.

El 8 de septiembre, tres días antes del “putsch”, Joan bautiza a una niña de un matrimonio catalán amigo suyo y por la tarde tiene la última reunión con los grupos del MOAC, celebrando la eucaristía. Los comentarios que existen en esta reunión

“eran acerca del futuro incierto del gobierno en ese momento y de lo que se veía venir. Todos veíamos venir un golpe de Estado. Con mucho temor porque sabíamos lo que eso iba a significar, especialmente para el pueblo. Pero me acuerdo que Juan dijo que se tenía que estar donde se tenía que estar. O sea, que nadie debía evadirse (evadirse) por muy difícil y duro que fuera lo que viniera. Recuerdo que mi marido le dijo: ‘Imagínate que fuera a pasar algo en el país ¿Qué actitud tomarías? ¿Dónde estarías tú?’ Porque se oía decir que la gente se arrancaba (se escondía). El respondió: ‘Yo voy a estar donde estén todos Uds. Ese es mi puesto. En ningún otro lado’. Fue una pregunta tonta, mi marido la haría no sé por qué. Pero esa fue la respuesta que él dio. Así, al tiro (en el acto): donde estuviéramos todos, allí estaría él”¹¹.

El día 11 de septiembre en la mañana Joan acude a su puesto de trabajo y a medida que en el hospital se sabe el desenlace del golpe militar surgen diversas opiniones respecto a la permanencia en el hospital de los funcionarios. Algunos se marchan y otros, como Joan, permanecen todo el día 11, 12 y 13 debido al toque de queda impuesto por las Fuerzas Armadas. Es en este contexto donde él es involucrado en un rumor propagado por algunos funcionarios del hospital: Alsina sería un francotirador contra los uniformados durante la noche del 11 de septiembre¹². Diversos testimonios de

¹¹ *Ibid.* págs. 284-285.

¹² Estableciendo una relación general de la situación médica y hospitalaria creada en Chile después del golpe militar, ilustrativas resultan en este contexto las siguientes puntualizaciones de E. Reimann y F. Rivas, quienes se refieren a profesionales de la salud comprometidos con la represión en Chile: “Testimonios incuestionables señalan entre los torturadores al cardiólogo Guillermo Araneda y al doctor Gastón Lara, ambos de la ciudad de Punta Arenas; doctor Sergio Olave, médico de la Fuerza Aérea; doctor Darwin Arriagada, director del Servicio Nacional de Salud —quien estima que la salud debe regirse con criterio de libre empresa—; doctor Alberto Spoerer, ex ministro de la Junta, y doctor Patricio Silva, freista, director del Hospital Militar. Los médicos delatores, culpables de la detención, torturas y muerte de decenas de trabajadores de la salud, son entre otros: el pediatra Guillermo García Nuño, culpable de la muerte del sacerdote Juan Alsina y de un estudiante de medicina de apellido Aranda...” (E. Reimann, F. Rivas, *Chile: Antecedentes para un análisis*, Ed. Políticas, La Habana, 1977, pág. 446). Pujadas, sin embargo, gracias a testimonios, también habla de un capitán del regimiento Yungay como el responsable de la muerte de Alsina (Ignasi Pujadas, *ob. cit.*, pág. 308), y de un portero del Hospital San Juan de Dios, llamado Manuel Ibáñez (pág. 294), y de un trabajador arrestado, Jorge Cáceres, como delatores (pág. 292).

funcionarios descartan este rumor, especialmente cuando el propio director del hospital, simpatizante de los militares, no cree en tal acción de Alsina¹³; pero no será detenido por este hipotético motivo—que nunca cobrará fuerza para ser condenado una vez detenido—hasta el día 19 del mismo mes. Antes de esa fecha, los hechos se van sucediendo conforme los contamos a continuación.

El día 14 acaba el toque de queda y Joan llama a la parroquia de San Bernardo, “donde ejercían su ministerio tres sacerdotes de Girona, y que era la casa de paso de los sacerdotes gerundenses que iban a Santiago, para que uno de ellos fuera a buscarle en moto, puesto que el transporte público era muy escaso”¹⁴.

Alsina reside en esta parroquia desde el día 14 hasta el 19 por la mañana. Celebra misa por un soldado muerto el día anterior en el convento de las religiosas de la Inmaculada.

El día 15 vuelve a trabajar al hospital. Existe un allanamiento de las Fuerzas Armadas y se llevan a varios funcionarios arrestados.

El mismo día por la noche comenta a sus compañeros que los militares han preguntado por él en el hospital. Escribe rápidamente a su familia, intentando tranquilizarla por los hechos militares acaecidos en Chile.

El día 16 por la mañana celebra una misa en la capilla del hospital de San Bernardo leyendo la declaración del Comité permanente del Episcopado chileno, redactada el 13 de septiembre.

El lunes 17 Joan vuelve al hospital, donde se realiza un nuevo registro militar. Se encuentra en la calle con el obispo auxiliar de Santiago, Fernando Ariztía, con quien le une una gran amistad. Por la tarde acude a la población J. M. Caro, donde vivía, y durante el trayecto extravía su documento nacional de identidad. Al regresar a San Bernardo expresa a sus compañeros la preocupación por lo que le ha ocurrido:

“Para tranquilizarlo y quitar importancia al asunto, un compañero sacerdote de San Bernardo le cuenta que precisamente su permiso de residencia temporal había caducado el 4 de septiembre y que, a causa de los bandos, se había presentado voluntariamente en comisaría el día 11; los carabineros lo dejaron en libertad inmediatamente y le explicaron que se trataba sólo de aquellos que no tuvieran ningún tipo de permiso”¹⁵.

El día 18 por la mañana Joan va a la estación terminal de autobuses con el fin de preguntar si han encontrado sus documentos. Le dan respuesta negativa. Acude a la población J. M. Caro para buscar la cédula misional y el resguardo de sus documentos.

Regresa a San Bernardo. Permanece aquí el resto del día y al comentar que han vuelto a preguntar por él en el hospital, uno de los sacerdotes de la parroquia “le aconseja que se refugie en la embajada o que consulte con el obispado”¹⁶. Es muy probable que sea en esta

¹³ Ignasi Pujadas, ob. cit., págs. 291-295.

¹⁴ Ibid. pág. 295.

¹⁵ Ibid. pág. 299.

¹⁶ Ibid. pág. 300.

fecha y en estos momentos, en la noche y después de cenar, cuando, haciéndose cargo de la dura realidad represiva que vive Chile y anticipando su propio fin, Joan escribe el "Último Escrito", descubierto después por sus compañeros "registrando sus papeles y efectos personales", una vez ya asesinado¹⁷.

El día 19 sale de la parroquia de San Bernardo durante la mañana con el fin de entrevistarse con su vicario episcopal, Paul Laurin, el cual le aconseja que no vuelva a trabajar al hospital por el momento. Alsina considera éticamente correcto retornar a su trabajo, diciéndole a Laurin:

"Vuelvo a mi trabajo porque no tengo nada que reprocharme. Yo sé que mis compañeros de trabajo van a sufrir mucho y quiero ser solidario estando junto a ellos. Son momentos cruciales en que uno debe ser consecuente con sus convicciones. Pablo, reza por mí"¹⁸.

Después de esta cita se dirige a la Dirección de Investigaciones, dando cuenta de la pérdida de sus documentos. A continuación visita a unos compañeros del MOAC, quienes insisten a Alsina para que no acuda por el momento a su trabajo del hospital. Uno de ellos le dice

"poco menos que llorando, que no se fuera. Sus palabras, que jamás olvidaré, fueron: 'El que nada hace nada teme. Mi deber es estar en el hospital. Cuidense Uds. que tienen hijos'. Nosotros le respondimos: 'Juan, no vayas, te van a matar'. 'No importa —dijo— si me matan, me matarán'. Estas palabras no se me van a borrar nunca. Luego repitió: 'Cuidense Uds. que tienen hijos; yo voy al hospital pase lo que pase'"¹⁹.

Al llegar al hospital va directamente a su despacho y, después de almorzar en este establecimiento, llegan los militares preguntando por el jefe de personal, encontrando a Joan Alsina en el sótano del edificio, "donde están las calderas autoclaves de esterilización". Se le ordena subir al servicio de Medicina, en la quinta planta del hospital. Una funcionaria explica:

"Iba custodiado por dos militares; venía afirmado por ellos y se llevaba la mano al estómago por el culatazo. El venía muy pálido. Subió apenas las escaleras, apenas, con unos pasos que en realidad se desmayaba. Y ahí llegó la camilla y lo llevaron hasta el policlínico. No sé, no me importó nada y entré al policlínico. Estaba él tendido en una camilla, pasé entre la metralleta y la camilla, y entonces él me quedó mirando con su mirada de angustia, como si me quisiera decir algo o darme una información, o a dónde le llevaban. Pero algo me dijo su mirada que yo no puedo interpretar. Ahí me imagino que lo atendieron, pero yo no sé, porque una de las auxiliares me hizo salir, ya que un médico iba a ver al señor Alsina, pero yo en realidad no sé si lo vio efectivamente o fue nada más para poderlo sacar. Entonces lo sacaron, seguí la camilla hasta la puerta y allí, con su mirada, se despidió de mí. Jamás olvidaré su mirada, su mirada la llevo tan dentro del corazón que jamás se me olvidará, nunca, mientras viva no voy a olvidar esa mirada de angustia, que algo me quería decir. De

¹⁷ Ibid. pág. 64.

¹⁸ Ibid. pág. 304.

¹⁹ Ibid. pág. 305.

ahí no lo vi más. Me fui y avisé a otras compañeras de servicio de personal que a él se lo llevaban”²⁰.

Otro funcionario contempla el arresto de Alsina e, impedido por los militares el apoyo y la ayuda que quiere prestar a Joan, escuchó “que lo último que dijo Juan, me acuerdo perfectamente bien, fue que estuviéramos tranquilos y que trabajáramos como si él estuviera presente”²¹.

Sobre las cuatro de la tarde de este día es conducido en transporte militar al internado estudiantil Barros Arana, muy cerca del hospital San Juan de Dios, en Santiago, y uno de “los muchos centros educacionales acondicionados por la Junta Militar para la reclusión de detenidos”, donde lo inculpan de una serie de cargos que lo conducen a un fusilamiento, según las serias conjeturas de Ignasi Pujadas²².

El día 20 los sacerdotes de la parroquia de San Bernardo inician diligencias para encontrar a Joan. Acuden al Arzobispado, al Consulado de España y recorren diversos lugares de detención, como el Estadio Nacional.

Al cabo de siete días, el viernes 26, se recibe en la parroquia de San Bernardo una llamada del Consulado de España que les comunica que Joan ha sido encontrado en el Instituto Médico Legal de Santiago, lugar donde acuden al día siguiente el canciller del consulado y un compañero gerundense de Alsina.

Al llegar a este lugar el médico a cargo de los cadáveres explica que Alsina figura con el N^o 36 y “que había llegado en un camión de cadáveres el jueves 20, a las 10 de la mañana. Que lo habían encontrado en el Mapocho, en el puente Bulnes... Nos dijo que había sido muerto en una balacera”²³, ignorando (o evitando explicar) que pudo haber sido fusilado después de un juicio sumario, como sostiene años después el Cardenal-Arzobispo de Santiago Raúl Silva Henríquez en carta al padre de Joan Alsina²⁴.

La identidad del cadáver se hace complicada, sobre todo por la deformación de los cuerpos mutilados en el gran recinto mortuorio, tal como lo cuenta un compañero de Joan:

“Empezamos a buscarlo. Todos tenían el número sobre el pecho, escrito en bolígrafo sobre un cartón. Pero el N^o 36 no aparecía... Me acerqué, lo miré otra vez: se parecía mucho a Joan. Pedí que lo movieran,

²⁰ Ibid. pág. 306.

²¹ Ibid. pág. 307.

²² Los cargos que se le imputan, refutados testimonial y documentalmente por Pujadas, son: “situación en el país irregular”, “que se aprovechaba de su cargo de jefe de personal”, “que bajo su dirección se instalaría un hospital paramilitar allendista”, “que llevaba tiempo sin ejercer el sacerdocio” y que “era un marxista infiltrado” (Cf. Ignasi Pujadas, págs. 318-324). Estos cargos son atribuidos a Joan en un brevísimo “juicio” por un capitán de las FF.AA. y un sacerdote español, capellán de Ejército, obsesionado por la guerra civil española, el cual decide en gran medida la muerte de Alsina, en contraste con las expectativas que tenía de salir con vida una vez arrestado en el internado Barros Arana gracias a las gestiones de otro capellán militar (Cf. Pujadas, págs.308-311).

²³ Ibid. pág. 313.

²⁴ Ibid. págs. 369-370.

quería verlo en otra postura. Al volverlo vi el N° 36; lo tenía debajo, debía haberse caído. Cuando movió la cabeza entonces lo reconoció: era él. En medio de todos aquellos cadáveres el suyo era uno más. Lo miré con atención. Había quedado boca arriba. Se le veía un agujero grande, muy grande en el pecho. Era una salida de bala, que debía haber entrado por encima del músculo derecho para salir a la altura del corazón, en medio del pecho de Joan. Lo habían cosido rápidamente. A muchos otros cadáveres figuraba que les habían hecho la autopsia, y estaban abiertos de arriba a abajo. A Joan no. Tal vez porque era demasiado evidente que estaba muerto”²⁵.

El día 28 de septiembre es retirado el cadáver de Joan del Instituto Médico Legal y trasladado hacia la parroquia de San Bernardo, acudiendo a su funeral algunos sacerdotes y compañeros del hospital. Su entierro se efectúa “en el cementerio parroquial de San Bernardo, nicho 29, 4º corrida, III Norte, Sector San Ignacio”²⁶, inscribiéndose sobre una sencilla lápida el siguiente versículo joánico: “Si el grano de trigo muere da mucho fruto”. San Juan 12,23.

Al regreso del cementerio se encuentran unos papeles en su mesilla de noche: constituyen el “Ultimo Escrito” de Joan Alsina, muerto en Chile a los treinta y un años de edad.

“Ultimo Escrito”²⁷

¿Por qué?

Habíamos querido poner vino nuevo en odres viejos y nos hemos quedado sin odres y sin vino... de momento.

Hemos acabado el camino, hemos abierto un sendero y ahora estamos en las piedras. Seguiremos caminando los que quedamos aún ¿Hasta cuándo? Ojalá encontremos árboles para guarecernos de las balas.

“Ninguno de los que han mojado pan en las ollas de Egipto verá la tierra prometida sin pasar por la experiencia de la muerte” (Fromm).

“Ya no hay profetas entre nosotros”. Sólo el becerro de oro. No falta nada desde hace dos días. Y, como no podemos hablar, masticamos. Y añoramos el pan seco, compartido, rebanado entre sonrisa y sonrisa. No habíamos entendido lo de San Pablo: “Todos seremos probados al fuego”.

!La de paja que se ha quemado! ¿Dónde están los que querían llegar hasta las últimas consecuencias?

Estados Unidos nos había permitido jugar un juego tan asqueroso con

²⁵ Ibid. pág. 313.

²⁶ Ibid. pág. 315.

²⁷ Aunque Pujadas expresa en la presentación de su libro citado a lo largo de estas notas que éste ha sido redactado en catalán, pues “sería inconsecuente velar la clara catalanidad de Joan Alsina no transmitiendo la lengua original de sus escritos” (pág. 27), una referencia concreta al catalán, lengua en la que efectivamente está escrito el documento de Alsina, la encontramos gracias a J. Boix (Cf. J. Boix, *El Testamento de un cura catalán muerto en Chile: El Ciervo* 236 (1973), 4). La versión original catalán en: *Correspondencia de Dialec Sacerdotal* 118 (1973), 30-31. Hay que hacer notar que el título del documento (“Ultimo Escrito”) no aparece en el original y ha quedado formulado así, creemos, por un motivo de carácter convencional. Cf. los mínimos cambios redaccionales existentes en castellano en relación con la versión de Pujadas, que es la que presentamos aquí, en J. Boix, art. cit.; Gonzalo Arroyo, *Golpe de Estado en Chile*, Sígueme, Salamanca. 1974, 117-118 (sólo fragmento); F. Urbina, *Juan Alsina. Un mártir de hoy: Pastoral Misionera* 1 (1974), 66-67.

unos arreglos tan limitados que nosotros mismos nos hemos cansado de él. “Santa Democracia, *pray for us*”.

Es muy difícil resignarse —tan fácil predicar la resignación— a perder. Porque significa dejar de *tener* y empezar a *ser*. Los que más *tenían* y siguen teniendo eran los que menos *eran*. Y eran los menos. Pero tenían el poder y la fuerza.

“El Verbo se iba haciendo carne”. Y, esto, no lo aguantamos. Es el escándalo de la cruz. No lo hemos aguantado nunca. “*Respetaremos todas las ideologías...*” Mientras no osen hacerse carne y realidad. Si osan, haremos de ella carne y sangre destrozada.

¿Y Ahora?

Sou muchos los que han sido señalados, purificados. Setenta y dos dicen las “cifras”. En el Exodo eran cuarenta mil. Y aquí también. De una parte y de otra ¿qué más da? Es pueblo, tropa. Tanto da. “Haremos un país nuevo, libre, independiente.” Otras voces, otros ámbitos. No, las voces son las mismas. Y la dialéctica..., también.

Falta de conexión interna. No saber quién soy, de dónde vengo ni por qué camino ando. Llegaré a casa. Este me mira. Este me puede arrestar. Escondido, depender de una clave, de una voluntad, de una intuición, de una “confesión” arrancada. Sudor frío, caliente. Una pieza pequeña, sola, fría. ¿Quién hay detrás del fondo? ¿Quién llama a la puerta a estas horas? No es saber qué haré, sino qué me harán. Y lo más doloroso: ¿por qué? Esto es la inseguridad. Y la conciencia de la inseguridad es el miedo. Ahora entiendo a Raimon cuando nos habla de la lucha contra el miedo.

Y siguen los disparos. De noche, sobre todo. ¿Contra quién? Pueblo, pueblo, pueblo. De una parte y de otra. Ellos: o están muertos —los que *eran*— o huyen o están arriba. Estrategias, bandos, declaraciones. Y el pueblo yace, o dormido o muerto.

Y la impotencia. La sangre que hierve. Las palabras que no salen y saber que —palabras y hechos— están condenadas al polvo, a la sangre y a la sangre machacada y destrozada. ¿Y nuestra santa madre? No se puede improvisar. El equilibrio sólo sirve en tiempo de “paz”.

Esperanzas.

“Si el grano de trigo no muere no da fruto.” Es terrible una montaña quemada. Pero hay que esperar que de la ceniza mojada, negra, pegajosa, vuelva a brotar la vida.

La vida la vamos descubriendo cada día. A cada minuto. Descubrimos el valor en los pequeños gestos de cada momento. La sonrisa en la calle triste, la voz amiga —en clave— al teléfono. La preocupación por el caído. La mano que se alarga. La cara que se atreve a esbozar un chiste... Recuerdo un relato de *Vol de nuit*, de Saint-Exupéry. Sobrevolaba no sé qué país y sólo entonces captaba el sentido de la casa sola en la montaña, la luz, las ovejas, el pastor. Para captar el sentido de las cosas pequeñas es preciso alejarse de ellas, o que nos alejen.

Ahora entiendo lo de San Pablo: “La caridad no se hincha”. La de veras es clandestina. Porque es el Verbo hecho carne.

“Vamos de aquí para allá, como ovejas llevadas al matadero.”

En tus manos encomiendo mi espíritu...

No es literatura. En los momentos de riesgo hay que emplear los símbolos. De otro modo no podríamos expresarnos.

Esperamos vuestra solidaridad. ¿Entendéis ahora lo que significa el cuerpo de Cristo? Si nosotros nos hundimos, es algo de vuestra esperanza lo

que se hunde. Si de las cenizas alcanzamos de nuevo la vida, es algo que nace de nuevo en vosotros.

Adiós. El nos acompaña siempre, dondequiera que estemos.

Joan

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

- Además de la citada en la obra de Pujadas, págs. 381-382, consultar:
- Instituto Histórico Centroamericano, *La Sangre por el Pueblo, Memoria del martirio en América Latina*, Bilbao, 1983.
 - Manuel Useros, M. López Vigil, *La vida por el pueblo. Cristianos de comunidades populares en América Latina*, Madrid, 1981.
 - Mario Boero, "Sentido" y perspectivas sobre algunos libros testimoniales chilenos: Literatura chilena. Creación y Crítica, 22 (1982), págs. 12-15.

ROBERTO PARADA

Tres razones para luchar por la paz, la justicia y la libertad

Discurso pronunciado el 1º de agosto de 1985, en el Teatro Mali de Moscú, durante la velada de gala chilena realizada en el marco del XII Festival Mundial de la Juventud.

Mis compañeros de delegación le han concedido a este modesto actor chileno, tres minutos para saludarlos. Minutos que seguramente sobrepasaré, ya que quiero dar también tres razones que expliquen la presencia en este escenario del que seguramente es el más viejo de los jóvenes y los estudiantes de este Festival.

Primera: He sido hasta hoy un firme luchador por los derechos humanos, la paz, la justicia y la libertad. En cuan-

to a estudiante, he sido y seguiré siéndolo hasta el fin de mis días.

Segunda razón: Desde el año 1944 y bajo las bombas del nazismo hitleriano, yo estudiaba en la Universidad de Londres y hacía al mismo tiempo mi trabajo de guerra en la BBC, the British Broadcasting Corporation.

A mediados de 1945, recién terminada la guerra, llegó a la BBC mi compañera María Maluenda que es, caso raro, la misma de hoy. A fines de

1945, en noviembre, más exactamente, nos encontramos con que se realizaba en un gran salón de congresos en Londres, un Festival Mundial de Juventudes, bajo el lema de "no más guerra".

Nos pusimos como era natural, a disposición de la delegación chilena, integrada por cuatro miembros. Una de las conclusiones de aquella reunión determinaba hacer a continuación un Festival de Estudiantes, el que en definitiva se realizó en Praga en ese mismo mes de noviembre de 1945.

Ese Festival debe llevar el número uno, ya que fue el origen de todos aquellos que le han sucedido, como este XII Festival de que están disfrutando ustedes y que nunca, nunca, olvidarán. Soy, como se ve, sobreviviente de un gran acontecimiento histórico. Era mi segunda razón.

Tercera y última: Poco después de aquellos hechos, mi compañera y yo nos casamos, cosa que suele suceder después de los festivales. Tuvimos dos hijos, cosa que también suele suceder. Ambos hijos, mujer y hombre, fueron estudiosos y entregados por entero a los nobles principios y luchas que nos unen a todos aquí. Mi hija debió asilarse con su familia después del golpe militar que destruyó nuestra vida ciudadana en Chile.

Pero mi hijo no salió ni un solo día del país durante estos negros años, dedicado por entero a la lucha por los derechos humanos en la Vicaría de la Solidaridad de la iglesia católica chilena, iglesia ejemplar en este aspecto en América.

Por fin, ahora, iba a salir mi hijo a conocer este mundo y a convivir con ustedes, jóvenes de todos los continentes.

Por desgracia, no pudo llegar hasta aquí, porque hace cuatro meses y tres días fue vilmente asesinado con dos compañeros más por quienes suponíamos esbirros del régimen militar.

Y precisamente hoy, nos ha llegado la noticia de que el Ministro encargado de la causa ha dictaminado que los autores de este vil asesinato son miembros de las llamadas "fuerzas de orden", la policía del régimen de Pinochet.

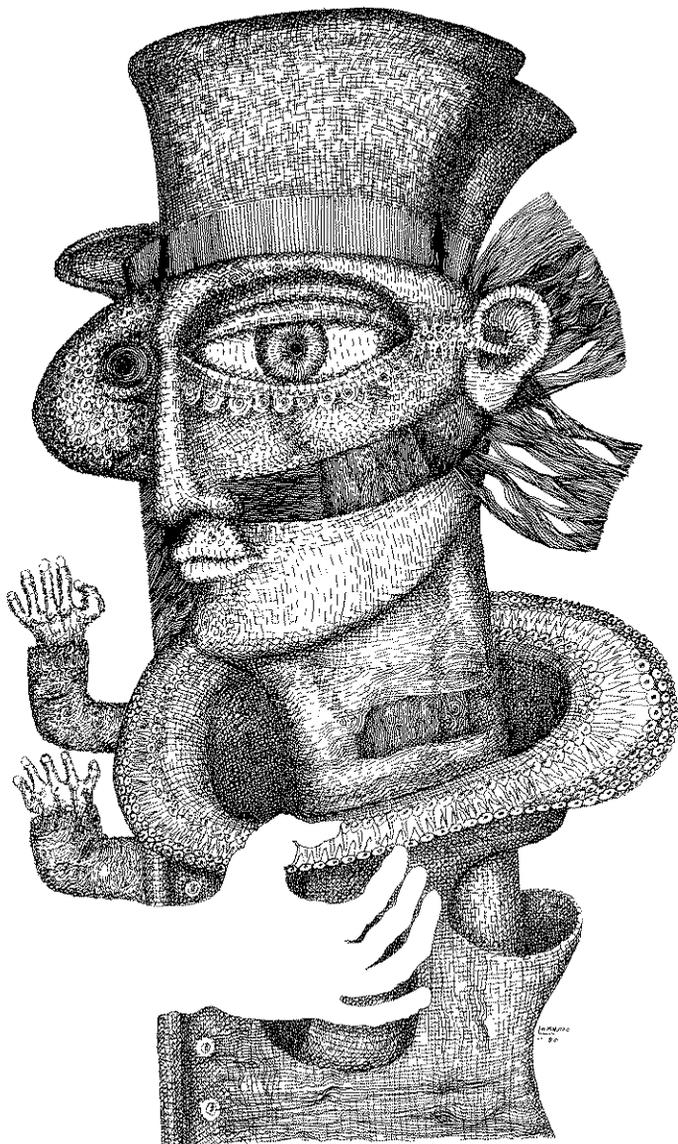
Y aquí está mi tercera razón. Yo, viejo, cansado, estoy aquí para saludarlos a ustedes en un enorme abrazo en nombre de José Manuel Parada, mi hijo, hoy representado por mí ante cada joven presente en este teatro y ante todos los que en sus países luchan, como lo hiciera él, por los altos y puros ideales de paz, justicia, cultura y libertad.

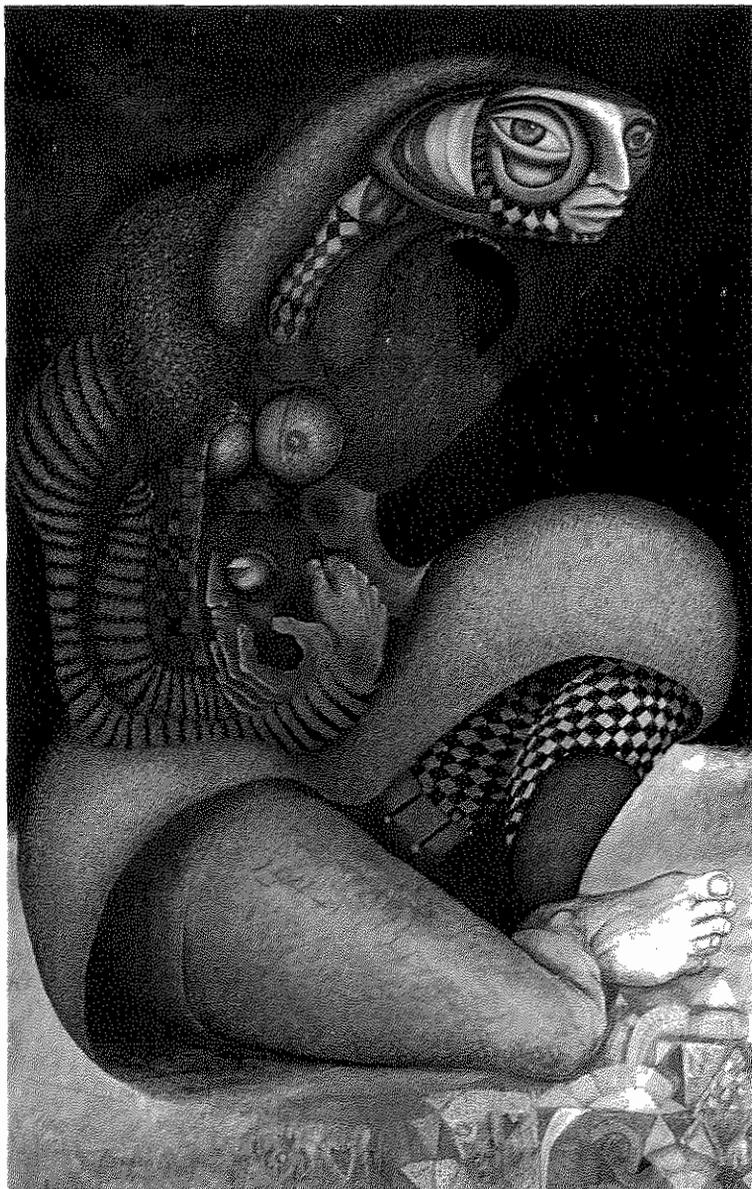
Gracias.

...Y EL UNICO ENTERRADOR

"Es muy importante destacar que el gobierno chileno es el gran defensor de la vida."

(De una declaración de Ricardo García. Ministro del Interior de Pinochet. La Segunda, 1-X-85.)





Funerales. Q.e.p.n.d.

Recuerdo de Gabriela Mistral

ARMANDO URIBE ARCE

Ay de la planta que nace en el sendero.

¿Con qué derecho escribo sobre la Mistral?

Con el que me da la pluma en la mano.

Por qué habría yo de escribir la verídica historia en verso de Gabriela Mistral, de quien sé poco y nada. ¡La indignación no da derechos!

Las cartas de amor de Gabriela, guardadas en armarios, las publican hoy las polillas. La señora Lucila Godoy, de quien tanto se ríen... Los hombres del día fueron hace tiempo anunciados por ella: “escasísimas almas finas de esta raza brutal, espesa, raza de pacos y mineros”.

Los chilenos...

Tienen por principio destruir todo lo misterioso que no les pertenece.

El partido más grande de Chile, decía Neruda, es el de los amargados y los resentidos; el de los que revuelven el río y no pescan en él, y se ahogan en el mar como en un vaso de leche; y no dan puntada con hilo; el de los rotos cosidos y cocidos; los que vienen de las chacras, pero son ratones de ciudad, muy de sus casas; los que no pueden hablar sino en forma de máximas, con juegos de palabras fiambres,

Armando Uribe es poeta y escritor, autor de *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile*, *Caballeros de Chile* y diversos otros títulos. Vive en París.

flatus vocis, sonidos que golpean el aire. El chileno que dice: prolifero, pero no soy monstruoso porque constituyo una necesidad, no un lujo; el que dice: los buenos caminos son los que van de bajada, tanto de ida como de vuelta.

No terminamos nunca de decir evidencias, nosotros que venimos de vuelta siempre. Las evidencias no terminan nunca de decirlo a uno.

Esa laya de chilenos que somos, ¿por qué no habría de escribir sobre la Mistral?

No me cabe en la cabeza una señora igual. Me siento un cuervo con escrúpulos ante la carroña que voy creando.

Déjenme contarles una historia de 1954.

Volví esta señora al país, invitada por el Gobierno, de potencia a potencia.

En apoteosis; y los niños de escuela son puestos en fila con banderitas, desde la Estación hasta La Moneda; vestida de oscuro la vi. La única vez que la vi. La señora Lucila, Gabriela como le dicen.

Que a socorrerla vengan, clama al Dios verdadero, expuesta en el automóvil abierto. Las desgraciadas piedras tiritan por levantarse contra ella en los caminos, para vengarse de ser piedras, lapidándola.

Griffin nos ha invitado a su casa —Alameda, esquina de Carrera— la herencia de su abuelo el doctor Ríos. Cuando entré por vez primera en ella, maravilláronme los salones con sus muebles enfundados, perfectos, y unos paisajes glacés de nieve y animales; y no menos, las lámparas del interior que la glorieta (un templo de Venus, susurró Arturo) de yeso, y el pavo real con moco en el jardín descuidado. Sólo el jardín parecía intemporal; la casa de bajos, por dentro fresca y como baldeada por el tiempo, lisa, con cada cosa puesta en su lugar, mostraba ineluctablemente su fecha: 1899, la de las fortunas confortables del parlamentarismo y el salitre; a pesar de que el doctor Ríos —muy bueno con los pobres, un santo en los Angeles, donde tiene sus fundos— había sido rico en tierras más que en minas; pero el padre de Griffin, Don Arturo, es el gerente general de La Disputada, e inglés, amigo de un señor Cantacuzène, extranjero francés y rumano, con intereses en la Río Tinto de España, ¿o Bélgica?, y otros señores barbados, de orejas enormes, Don Carlos Budge, por ejemplo.

Griffin nos ha invitado a tomar onces para ver pasar a la Mistral con su cortejo.

Todos estamos ahí en la sala que da sobre el balcón a la calle, Don Carlos Budge habla de transacciones de Bolsa con Don Arturo Griffin; y la mamá de Arturito, y Max, su hermano, y unas primas que no conocemos. Me han dicho que me siente no más, y elijo la “causeuse”, error, porque es un mueble ridículo, con forma de ocho, en que no puede uno sentarse de frente, y sentarse de lado con la

pierna arriba ¿se puede?; no es la hora de sentarse ahí, son sofás para dos personas, una de cada sexo, después de comida. Para estar solo en “causeuse” uno tendría que ser una especie de Mario Matta, que es la persona que mejor sabe sentarse en sillones incómodos en Chile, ¡qué gracia!, si es mueblista..., sí, pero además es muy artista, él ha arreglado la casa de Don Marías Errázuriz —que beredará o rematará tal cual a puertas cerradas—, y está arreglando Lo Matta. Lo llaman Lo Matta, pero yo sé que tenía otro nombre, el de mis tías abuelas, pero ¿a quién se lo voy a decir?, no me creerían; o si no es uno Mario Matta, tendría uno que sentarse con un gran puro en la mano, y así quedaría un poco en ridículo, y no estoy todavía en edad de fumar puros, y además, me carga.

Me paro de la “causeuse” más que ligero, estaba esperando la ocasión, al oír la moderada voz de Arturo, que desde la terraza mira Alameda abajo y hace señas con los dos brazos: “Ahí viene, ahí viene”.

Las empleadas de la casa de Arturo, que son muy silenciosas, ofrecen empolvados, y tomo un empolvado en la mano, por si acaso, y salgo al balcón; asomo medio cuerpo por la balastrada y por allá veo a distancia, a la altura de República —al otro lado del gran paseo polvoriento de álamos y plátanos orientales se divisa, tras la calzada vacía, la Gratitud Nacional—, allí como una constelación de pequeñas manchas informes, la cabeza del cortejo, precedida por motocicletas de carabineros, muy graves y aindiados debajo de sus cascos de pilotos suicidas, que en un decir Jesús ya vienen delante de la casa de Arturo y ¡qué suerte! no pasaron a llevar al vendedor de barquillos que estaba por atravesar la calle. En un tris que no..., en un ay, dice la mamá de Arturo; y todos nos instalamos en la terraza. Don Carlos Budge ha salido con su larga barba blanca y una tacita ligera de té en la mano izquierda, el pulgar de la derecha en el pequeño bolsillo del chaleco. Yo cambio el empolvado a la otra mano, no me atrevo a morderlo, y con la mano libre tomo del codo a Griffin. ¿Qué haremos?, le pregunto. ¿Y qué quieres que hagamos? No sé, una seña. ¿Tú crees? Yo bajo la cabeza repetidas veces, y en ésas le doy un mordisco, uno sólo, al empolvado, y me pregunto dónde dejar el resto, es demasiado dulce y abutagador, y estoy seguro de que me han quedado bigotes blancos. Hay que ser viejo y tener barba como Don Carlos Budge para comer pasteles sin pudor.

En un segundo la comitiva pasaba frente a nosotros, y los caballeros miraban seriamente y de fijo a esta señora tan especial, tan digamos, tan rara, pero es una verdadera gloria nacional, cómo se habrá sacado el premio Nobel, mi amigo, el Gobierno de Aguirre la ayudó, Pedro Aguirre la había protegido siempre, desde que era maestra de escuela, directora de liceo, qué sé yo, y en México los revolucionarios la tomaron por su lado, se las ha sabido arreglar, la Sociedad de Na-

ciones, las amistades, pues, mucho viaje, si es bien diabla, y luego, después, ella no se preocupa de nada, se lo hacen los demás todo (unas secretarias muy abnegadas que tiene); ella declara: "yo no sirvo para esas prácticas, no me pregunten a mí"; y así, como es natural, nunca falta quien le arregla las cosas, sabe arreglárselas, ahí está el secreto del premio Nobel, esas cosas se hacen por secretaría.

¡Ah, sí?, exclama Don Arturo Griffin, que, como buen inglés, busca sin cesar instruirse de las costumbres locales, pero como buen inglés nunca pregunta nada; así es que exclama, con puntos de exclamación: ¡Ah, sí!, y uno se deshace y se explaya en comentarios y detalles, y él, como buen inglés, sabe guardarse sus ideas para sí, calla sus explicaciones, si las tiene, habla en monosílabos y queda bien con todo el mundo.

Cuando el automóvil estaba frente a frente al balcón, Arturito, estentóreo, pero con su voz educada de jugador de ajedrez, pronunció estas palabras: ¡Viva la Gloria Nacional Lucila Godoy Alcayaga!, y la señora distinguió el tono entre el vocerío de niñas de liceo y muchachotes despelucados, sobresaltóse y, mientras el auto descubierto rodaba lentamente hacia la plaza de la Constitución, se nos quedó mirando, sin alterarse, largo y tendido, sin que se le moviera un músculo en las mejillas grises, tan triste y seria y con un dejo de reproche en los ojos, los cuales tantas veces han descrito verdes, que se me produjo una desazón; y cuando la multitud, rotos los cordones que la retenían en las veredas, se derramó por la calle detrás de la señora, le pregunté a Don Carlos Budge, muy interesado, y a pesar de que no entiendo una palabra de negocios, si había habido bajas en las últimas ruedas de la bolsa de metales de Londres.

Han pasado veinticinco años*, y es válida aún, es más valiosa que jamás la frase exacta: "raza espesa, brutal, raza de pacos".

Estos pacos son los que están tratando de apoderarse de nuevo, indefinidamente, de aquello que no les pertenece, de este aire, de esta tierra, de esta cultura, de esta poesía que es Chile.

¿Cómo pueden elegir a Gabriela Mistral para motivo de efemérides, de fiesta, y modelo de lo que ellos hacen? La Gabriela Mistral, mujer de la educación primaria. Esta, que no pudo hacer, ni quiso hacer, ni tenía necesidad de hacer estudios superiores. Esta mujer que es la vengadora de los estudios primarios, los estudios primeros a que el pueblo de Chile tiene derecho. La eligen, la utilizan y son condenados por ella misma. La utilizan ahora como bandera política, esta mujer que no viene sino de la educación primaria en Chile, que quiere la educación primaria en Chile, que no elige sino la educación primaria. ¡Ellos!, los que ahora, hace pocos días, deciden, en un plan educacional ofrecido para todo el futuro, para todas las decenas y cientos

* Este trabajo fue escrito en 1980. (N. de la redacción.)

de miles de niños por venir, que la educación primaria no sea sino leer, escribir y las cuatro operaciones..., ¡ah!, y además, la historia de Chile según los principios, la *Declaración de principios de la junta* y el documento del objetivo nacional... Y creen que de ahí podría salir ese milagro de la Gabriela Mistral: vuelven atrás no sólo sesenta, setenta años, vuelven cien o doscientos, vuelven más atrás en la Colonia.

La educación primaria obligatoria y gratuita, deber del estado chileno, es una obra antigua. No es una obra de hombres de izquierda, no es una obra de hombres que están deformados por ideologías extranjeras, como dicen, ateas, como dicen, insólitas, ajenas al país. La educación primaria obligatoria y gratuita en Chile fue proclamada en la década de los años diez de este siglo en una ley que hizo don Manuel Rivas Vicuña. Cuenta en sus Memorias don Manuel Rivas —cuando esta ley fue aprobada—: “Sólo recuerdo que la emoción me impedía hablar y que me limité a pronunciar algunas frases en el atrio de la puerta de la calle de la Compañía del edificio del Congreso Nacional”. Pero no hay Compañía, hoy, en Chile ni hay Congreso Nacional ni hay atrio ni hay palabras emocionadas. Esta gente está destruyendo con su programa educacional todo aquello que una mujer, un ser humano, un símbolo absoluto de Chile como lo es Gabriela Mistral, representó y vivió.

Me dirán: “Usted también aprovecha de esta figura muerta, los cuervos aprovechan la carroña que inventan”. ¡Qué intención! ¡Utilizar a esta grandísima muerta chilena que tenemos, cuando se está lejos, en exilio? ¡Cuando ella probó en vida, en su destierro voluntario, en el confin de esa raza brutal y espesa, que no estaba de acuerdo en seguirlos?

Hay otro tema constante de la poesía y la vida de la Mistral que las pobres baratas que funcionan en Chile, olvidan o no han sabido nunca o no han podido nunca saber. Esta mujer, después de obtener el Premio Nobel, no volvió a Chile sino varios años más tarde, y cuando el 54, en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez, es invitada y llega, le proponen que acepte el grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chile en el Paraninfo —como se decía en esas épocas de Chile en que la cultura significaba algo, cuando, admitámoslo de una manera un poco ingenua, la sala oval de la Casa Matriz de la Universidad de Chile podía ser llamada con una palabra casi-griega. Aceptó ser nombrada Doctora Honoris Causa; se sienta en el escenario del Paraninfo, y hay una presencia de hombres de estado, hombres de gobierno, menos todavía: hombres de poder, como nunca había habido en la Universidad de Chile para otro intelectual chileno. Se sientan ahí: el presidente mismo, y sus ministros y la gente de poder, y estudiantes y..., también, pequeños chilenos jóvenes estaban presentes. La Mistral, erguida en el escenario, toma la palabra para agradecer esta designación, y no habla más que de un tema. “Yo

estoy agradecida, yo represento a todos los que están agradecidos de que se haya finalmente implantado en Chile la reforma agraria, de que finalmente la tierra sea para quien la trabaja, de que una vez por todas en Chile el pueblo anónimo pueda tener tierra de la cual sacar palabras.” Y habla infinitamente de esa reforma agraria que ¡ay! en ese momento no existía, ¡ay! anteriormente no había nunca existido. Cuando el presidente y sus ministros salen de la sala, cuando los demás pavos reales con mocho —usuales en estos actos en el Chile de ayer— salían de la sala, meneaban la cabeza y decían: “esta Gabriela está gagá”, porque había hablado de una reforma agraria que no había nunca tenido lugar, y había agradecido al gobierno el que la tierra fuera de quienes la trabajan.

Grandes discusiones, pequeñas discusiones culturales en un Chile donde se podía discutir todavía, se produjeron en los días siguientes. Decían: ¿pero qué le pasó a la Gabriela Mistral...?, ¿está fuera de sí?, ¿no sabe lo que dice? Si no hubiera sido una mujer —nosotros, chilenos, sabemos como esto se maneja— habrían exclamado: “está cufifo, no tiene control sobre sí mismo, además de cucú”. De la Gabriela no se podía decir eso; todos pensaron, sin embargo: “esta señora, tantos años fuera de Chile”, “esta señora con tantas melancolías, tantas tragedias en su vida, no sabe lo que está hablando”.

¡No!: Gabriela Mistral sabía muy bien de lo que estaba hablando, *sabía que no había nada que agradecer, sabía que no había reforma agraria en Chile en ese momento, pero quería imponerla*. Y quería, además, mofarse, y ése es tal vez el medio más eficaz para los intelectuales de crítica y de ataque: quería mofarse de quienes no hacen lo que deben hacer.

Al endilgar ese discurso, de veras poético, sobre una reforma agraria que no había ocurrido nunca, quería mostrar esa realidad a los miopes. Veintitantos años han pasado: veinticinco; hízose la reforma agraria; lo que Gabriela Mistral agradecía podía ser agradecido casi veinte años después; sin embargo, desde el golpe de estado del 73 sube la raza brutal, espesa, y una hinchada garrapata, entierra la reforma agraria chilena. Todo lo que Gabriela Mistral quiso, propuso, hizo, dijo, ha sido negado, pisoteado, puesto en vergüenza; y después —siguiendo la profecía de Neruda—, de la misma manera como se reparten el aire y la tierra, intentan repartirse la cultura, y ahora nos dicen: “la Gabriela Mistral es nuestra”.

No les pertenece.

No les ha pertenecido nunca esa mujer que anunció lo que ocurrió. Y que, ahora, con más fuerza, nos hace presente lo que no debe ser nunca destruido.

En 1957, la segunda vez que la ví, estaba muerta. Muerte la trajeron a Chile, que sí no... Para enterrarla.

Funerales nacionales le dieron, de primerísima, sólo comparables a los del Cardenal Caro y a los del ex presidente de todo, Alessandri Palma. Se acabó la moledera; gran suspiro de alivio de quienes, próxima, la habían echado al trajín, y, lejana, le echaban sus pelambres. No la tragarón nunca. Demasiado parada, susceptible, tiesa de mecha, desconfiada y, con todo eso, temible a causa de la pluma por carta, y, vaya uno a saber, hasta un párrafo impreso capaz que le toque a uno, en que lo deje retorciéndose en la picota.

Mejor muerta, tranquila, tranquila. Y ellos vivos.

Sin embargo hay gente en Chile que sabe respetar. Ahí estaban formando una hilera larguísima, nutrida, ordenada que salía del portón de la casa de la Universidad y doblaba a un lado por San Diego y al otro por Arturo Prat, y seguía, por esas calles inhóspitas y familiares, quién sabe hasta dónde. Tipógrafos viejos, mozos de restorán, obreros de la construcción, otros venidos de lejos, del norte o del sur, inquilinos, medieros, mucho peón, niños, mujeres con niños, estudiantes hambreados, profesores, y hombrecitos y mujercitas, como dicen en Chile de la gente de talla humana. Gente que no entra por lo general a la Casa de la Universidad, ni pisa las baldosas de mármol reconstituido. No se deja, en general, que el pueblo entre en Chile a sus universidades como a su casa. En esa ocasión, sí, tarde en la noche, la gente seguía llegando y entrando, para ver, un momento, a esta mujer que había representado algo de la mejor naturaleza humana. Seguían llegando, callados, extraordinarios en su naturalidad; sin darse codazos penetraban en el sasón de honor, que merecía entonces su nombre. Era una hora de penumbra. La ceremonia laica se volvió religiosa. Antes de alcanzar los pies del catafalco se experimentaba el presentimiento solemne de que *algo* había cambiado en nuestro mundo, y que ese cambio estaba encerrando, ahí, aparte, bajo el cristal. En efecto, ella se había contraído, y estaba, pequeña y compuesta, como adormilada en el andén, a la espera de trenes que no pasarían. La habían embalsamado, era evidente, sí, maquillado; pero a pesar de los cosméticos, a pesar de todo, estaba hermosa esta mujer que en Chile llamaban francamente fea: con trazas de india pese a los aires bíblicos que afecta, agregaban. Lista para ser enterrada en su Monte Grande, en su monte.

Afuera Santiago estaba oscuro.

Y el entierro. Toda la faramalla de las sepultaciones costeadas por el fisco. Bandas de música militares. Sus excelencias y sus eminencias y los profesores eméritos y las señoras beneméritas.

Pero, asimismo, como cada vez que la Mistral hace aparición verdadera en Chile, pueblo, pueblo de verdad. Mujeres con críos, hombres de edad, jóvenes con libros, síuticos egregios, mineros (pero de veras), hombres de campo (es cierto), y hasta huasos (no huasamacos ladinos), gentes humildes, señoras de edad, de muchísima edad, salí-

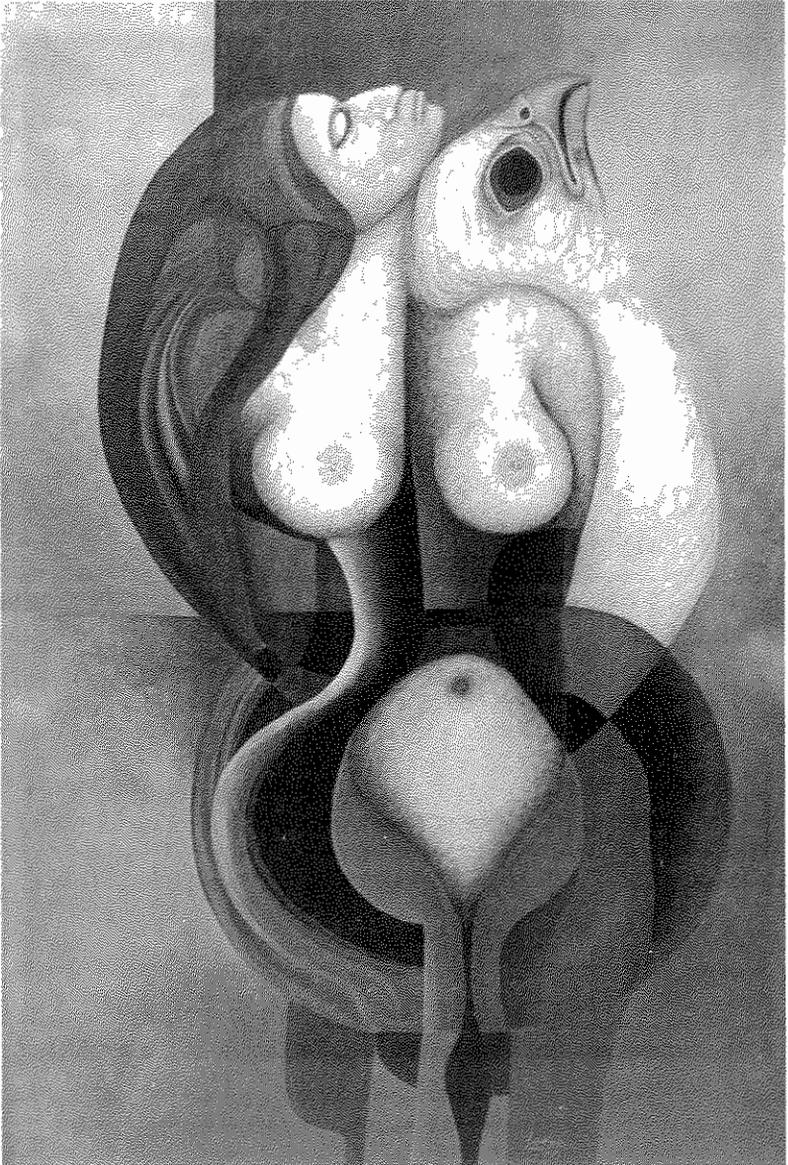
das de nuevo a la calle después de cuántos años, con vestidos inverosímiles de colores violeta y morado o lilas, que les llegaban a los pies y a veces arrastraban por los suelos. Antiguas profesoras primarias, pensaba uno, de las que habían sido vengadas por Gabriela Mistral; y “mamitas” con guaguas en los brazos, y mozalbetes, y hombrones. En suma, el mismo pueblo que dieciséis años después habría de asistir al entierro de Neruda.

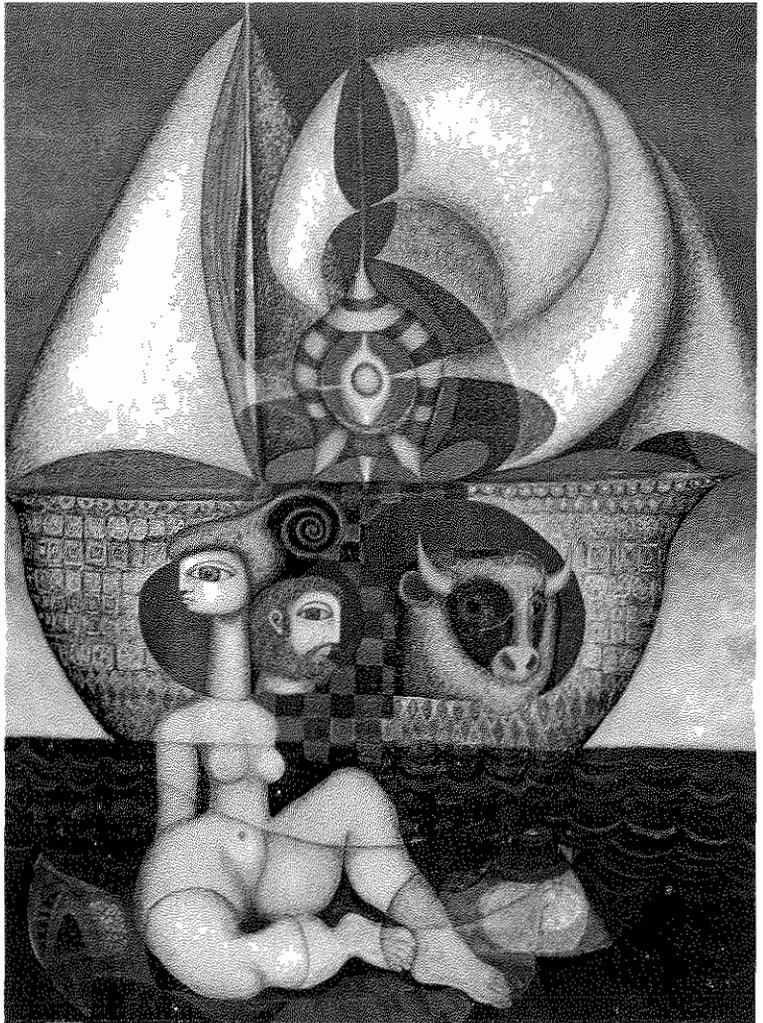
Lagar: Ternura.
Tala: ¡Desolación!
¿Poema de Chile?
Feliz la piedra en el sendero.

DICTADURAS Y DICTATONTOS

—¡En Chile no hay una dictadura! ¡Yo no acepto que se diga que en Chile hay una dictadura, porque no la hay!... Probablemente sectores muy extremos pueden hacer una simplificación de este tipo. ...Desde luego, tengo que decir que yo soy pinochetista. Soy un admirador del Presidente Pinochet y, además, un funcionario designado por él. Pero, objetivamente, el Presidente Pinochet es un líder internacional que ha encabezado un proceso único en la historia moderna: haber recibido un país con un gobierno marxista para llevarlo hasta una democracia...

(De una entrevista con Hernán Felipe Errázuriz, Embajador de Pinochet en los Estados Unidos, **El Mercurio**, 1-IX-85.)





Nuevo viaje de Ulises

VOLODIA TEITELBOIM

Este libro es*, sobre todo, un trabajo de la memoria, con sus descargas eléctricas y sus lentas reminiscencias. Ya viejo, he ido a sacar agua de ese pozo inagotable. La obra está compuesta por una colección de imágenes. Es un *flash back*, un escenario de teatro o de cine, realista y alegórico, con voluntaria simplicidad de composición. 191 ó 192 capitulillos, dibujos leves, retratos, confidencias, historias, historietas, sucesos, anécdotas, fábulas, fantasías, todas verdades. Pero también selección de situaciones, percepciones de la vida cotidiana que trasciende. Ordenada narración desde el nacimiento, mediando matrimonios y muertes culminando. Resultó finalmente parecido a la técnica del fotomontaje, con leitmotivs: pasión literaria, amores, política, más elementos colaterales, enigmas por resolver. ¿Tal vez insolubles? No todos. Algunos sí, quizás. Otros se callaron porque aún había que guardar un secreto. En este caso no era la censura del dictador. Era la autocensura por consideración a Matilde, a cierto sentido de la discreción. Decimos cierto sentido porque la literatura, desde luego la biografía, debe ser indiscreta, intrusa, revelar lo inconfesado terminando con el sigilo.

* *Neruda*, obra publicada por Ediciones Michay en Madrid (Col. Libros del Meridión), y de la cual se hizo una edición sudamericana (Editorial Losada). El texto presente corresponde a las palabras del autor con motivo de la aparición de esta última en Buenos Aires. **Volodia Teitelboim** es director de *Araucaria*.

Se levanta la cortina que oculta su lecho. Se levanta el telón de su existencia. El que mira y describe el espectáculo es un antiguo conocido. Advertencia al público: no estamos para endiosarlo. Presentaremos aquí, como diría un charlatán de feria: la vida de un gran pecador, de un gran vividor, de un político apasionado, de un amigo íntimo y de un gran poeta: Alzando la voz, en una palabra: Neruda.

En Oriente un Neruda atormentado y solitario, con sensación de destierro —entre los 23 y los 26 años— andaba loco en busca de un editor. Soñaba con ver su primera *Residencia en la Tierra* publicada en España, la casa matriz del idioma. Hizo muchas gestiones, sobre todo a través de Rafael Alberti. Fracasó. Volvió los ojos a Buenos Aires. Se escribía con un joven cuentista argentino, Héctor Eandi. Dicha correspondencia fue recogida por Margarita Aguirre y publicada en esta ciudad en 1980. Es un intercambio epistolar de los más significativos en la historia de los carteos literarios latinoamericanos. Sobre todo por parte de Neruda encierra recados dramáticos. Sufría el silencio, no tener a nadie alrededor con el cual hablar en castellano. Pero sobre todo le dolía el silencio del mundo, la ninguna respuesta a su necesidad vital de publicar. Aquel libro no apareció entonces en España ni en Argentina. Fue publicado pocos años más tarde en 100 ejemplares por su editor de Chile, el mismo de *Crepusculario* y *Veinte Poemas...*, don Carlos George Nascimento, un portugués de la Isla de Corvo, en su juventud cazador de ballenas, que emigró a Chile y cambió Corvo y las ballenas por los libros. Se convirtió en el más importante editor de autores chilenos y fue el que lanzó las primeras obras de Neruda.

Sin embargo, el poeta necesitaba un radio de difusión más vasto. Se lo permitió Gonzalo Losada padre, de quien se hizo muy amigo y con el cual me encontré muchas veces en las casas del poeta en Santiago, Valparaíso o Isla Negra. Como un colegial ha contado los libros de Neruda que figuran en sus catálogos. Son cerca de una treintena, sin incluir sus "Obras Completas", donde de nuevo metió su suave, carnosa, curiosa e inquisitiva mano nuestra y vuestra Margarita Aguirre.

Bueno, ¿por qué digo esto? Porque resulta hasta cierto punto natural que el libro *Neruda* —cuya publicación argentina ahora nos congrega—, haya sido generosamente acogido por el sello Losada. Está, —digamos— como en su casa. Se refiere a un miembro destacado de la familia de los autores losadianos, para usar un adjetivo de Neruda.

Este acto es para mí hermoso. Con alegría he viajado desde lejos para asistir a él. Y "dar las gracias a todos los presentes", como dicen los poetas populares de mi patria. Desde luego a los editores.

A Chile vi llegar a un poeta muchachito, que de inmediato impresionó a Neruda y fue su amigo y colega hasta el fin de sus días y más

allá de ellos. Elvio Romero había ya dejado estupefacta a Gabriela Mistral. Ella dijo sobre su *Destierro y Amanecer*: “Pocas veces he sentido la tierra como acostada sobre un libro”. Elvio Romero es un poeta personal y esencial de ese Paraguay de dulzura y desventura, de esta América mágica y trágica. Esta noche he constituido para mí un honor que introduzca al *Neruda* con esa irradiación de poeta que habla del poeta y del amigo, nacida de un sentimiento y una reflexión entretreído durante largos años, amorosamente.

Manuel Vázquez Montalbán, un escritor y periodista que escribe todos los días con su nombre en los diarios y que cada año ve su última obra publicada la primera fila de las encuestas, viaja en el puente aéreo desde Barcelona a un Madrid “colapsado por la lluvia” para presentar la edición española de este libro. A su juicio *Confesio que he vivido* representa la conciencia interna del poeta. Y este *Neruda* su conciencia externa. ¿Comparación peyorativa? No lo creo. Cada cual en lo suyo.

José Donoso, en un artículo publicado en la Sección Ensayo, en *El País*, de Madrid, del 14 de julio pasado, me objeta que suponga pensamientos, sensaciones de Neruda. ¿Para qué? Eso está insuperablemente dicho por la primera persona singular en *Confesio que he vivido*. ¿Qué sentido tendría colocarse artificialmente en un lugar imposible suplantando la conciencia última del poeta? Esta biografía de Neruda se compuso dando totalmente la espalda a su autobiografía. Es deliberadamente un libro escrito desde afuera; pero donde cada hecho y decir está sustanciado. Lo sigo casi paso a paso. Y no lo veo solo. Está en medio del choque perpetuo, del flujo y del reflujó de situaciones, opiniones, conflictos. En el mismo diario otros comentaristas sostienen que el autor sabe que “de hombres como Neruda alcanza con relatar los hechos”. Este libro no quiso ser un viaje por dentro de las cuatro paredes de su cuarto. Se filman las secuencias de la vida nerudiana dentro del contorno “de este tiempo turbulento”, como lo registra la presentación de Losada.

Nilda Sosa, en *Clarín*, advierte el cronista, aunque no escapa a su ojo que el autor de la biografía figonea en todo lo referente a Neruda “como un duende invisible que cuenta, intuye y percibe” la historia del poeta.

Neruda fue hombre trotamundos. Dejó libros de viajes. No compartía el subjetivismo extremo de ese escritor francés, (Georges Perros) quien estima que “el mayor viaje mental nos cambia, nos influye, nos sorprende veinte o mil veces más que cien vueltas al mundo”.

Alguien dijo hace tiempo que “no hay viaje sino viajeros”, porque al fin y al cabo el viaje “es un ejercicio espiritual”. Neruda creía en los viajeros que viajaban, no en los viajeros inmóviles, pese a Emir Rodríguez Monegal. Se incorporaba el mundo viéndolo, cami-

nándolo, palpándolo, conversándolo con su gente, comiéndolo, bebiéndolo, amándolo. Practicaba los viajes por contacto directo.

Viajar no es desplazarse, transportarse en avión de aeropuerto en aeropuerto. Hoy día el viaje es sobre todo un artículo de la sociedad de consumo, con su personaje masivo, "el turista". Debería significar algo más que romper la rutina, renovar la mirada. El poeta fue el antiturista.

Versos para todos

En sendos actos de lanzamiento efectuados en noviembre del año pasado, en los Institutos de Cooperación Iberoamericana de Madrid y Barcelona, tuve la impudicia de revelar ciertos secretos de alcoba o de cocina literaria. En síntesis, aunque ningún año me pierdo el pretexto de los aniversarios, y el 12 de julio salgo religiosamente con mi articulito invocando variaciones al nacimiento del poeta, y cada 23 de septiembre derramo publicamente y por escrito algunos lagrimes rememorando el día, por tantos títulos infausto, de su muerte, y a pesar que dichos textos puntuales componen en suma gruesos tomates, nunca pensé en atreverme a afrontar una biografía del poeta. Pero a Carlos Orellana, Secretario de Redacción de la Revista *Araucaria* y editor de Michay, en Madrid, se le puso entre ceja y ceja que ese Neruda tenía que aparecer y que debía escribirlo yo. Como tengo el mal no, en un momento cedí a la tentación. Segunda imposición *contranatura*: la obra debería entregarse en un plazo imposible, dentro de cuatro o cinco meses. Esto me tranquilizó. Sencillamente no la escribiría. Si me dieran un par de años todavía lo pensaría. ¡Pero en tan poco tiempo! Sin embargo, la almohada insistió por las noches y volvió a porfiar al amanecer. ¿Cómo hacerlo? Para entregarlo en plazo tan mínimo debía seguir un método asaz heterodoxo, que algunos juzgarán prohibido, como golpear en un match de box bajo el cinturón o cometer un sacrilegio o gritar blasfemias en la Iglesia de Nuestra Señora de la Poesía... Tenía que romper las leyes establecidas. El artículo N^o 1 prescribe que los libros se escriben, a mano o a máquina; pero se escriben. *Pues bien, éste se dictó.* (Para justificarme y darme fuerzas, recordé que Neruda me contó que había dictado buena parte de sus Memorias. Es verdad que toda su poesía la escribió con su manita, casi dibujando su letra alta, caligráfica, con una diafanidad de dibujo de caracteres chinos. Pero en la prosa era más irreverente. A menudo dictaba a un poeta del siglo XX llamado Homero, que no era ciego y no escribió ningún libro llamado *La Ilíada*, y se desempeñaba como su secretario.)

Para afirmar el trabajo dispuse de toda su obra, de algunas cartas de las muchas que recibí de Neruda a lo largo de más de treinta años, de unos pocos recortes rescatados al destierro, a la pérdida, allana-

miento y dispersión de mi biblioteca en Santiago en una casa asaltada varias veces por los exquisitos enviados de Pinochet. Pero sobre todo este libro ha nacido del mundo del recuerdo, con sus depósitos claros y oscuros, su territorio discontinuo, sus lagunas, sus mares negros y sus mares muertos. De este modo de ser concebido, gestado y parido, surge más de un error, prescindible, que algún día, con suerte, con una futura edición, podrían ser salvados.

Ahora pasemos de la cocina al salón. O más bien salgamos a la calle. Porque le gustaba la calle. Vivió tres cuartos del espacio del siglo XX al máximo de su posibilidad. Y lo escribió, descubrió y poetizó en toda su intensidad, como la gran aventura en que le tocó actuar. Se sintió unido a la calle populosa, a la humanidad. Quiso la renovación de la sociedad y palpó la desintegración de proyectos y sueños. *Residencia* habla de la ambigüedad y esa angustia de existir. Vivió y murió en el corazón del remolino. Pero sabía, como Allende lo dijo en su discurso antes de morir, que lo que había hecho el político y escrito el poeta, el país que soñaron y por el cual se esforzaron, no sería borrado como las estelas del barco por el agua, y que incluso la filuda espada que los mataba un día se evaporaría en el aire, porque, aunque no lo parezca, más sólido que la espada es el hombre, finalmente considerado. Porque Allende, Neruda, vale decir, el Chile que ellos concibieron como un país libre, con respeto por el hombre, volverá. Volverán el Presidente con su imagen noble e indeleble; volverá el poeta, con toda su obra, con su mitología de Chile, sin dioses, pero llena de veneración por la naturaleza, el hombre, el amor, la libertad, los valores del espíritu.

Neruda tiene versos para todas las necesidades de la gente. Para nacimientos, bodas y exequias, para la pena y el regocijo. Si se trata de una declaración de amor o de un epitafio, vayan donde Neruda y se los dará. Allí donde el régimen instaló un cementerio oculto de desaparecidos, Lonquén, una antigua mina de cal abandonada, un deudo grabó a punzón estos versos del poeta:

“Mil noches caerán con sus alas oscuras,
sin destruir el día que esperan estos muertos.

El día que esperamos a lo largo del mundo
tantos hombres, el día final del sufrimiento.

Un día de justicia conquistada en la lucha,
y vosotros, hermanos caídos, en silencio,
estaréis con nosotros en ese vasto día
de la lucha final, en ese día inmenso.”

Y el 23 de septiembre ese pueblo acudirá puntualmente, como siempre en esa fecha, con un clavel en la mano y un canto nerudiano en los labios, en romería al nicho del muro de los fusilados, en el Patio México, del Cementerio General de Santiago, para honrar a su

poeta en el aniversario de su partida. Lo hará sin llanto, con ganas irreprimibles de ser por fin libre, invocando el “Cuándo de Chile”, como un modo de acercar el día de la Justicia y del Hombre al otro lado de los Andes.

Frente al crimen instituido en razón de Estado, ¿cómo no reconocer ese derecho, establecido en la legislación del mundo entero, a la legítima defensa, que hubiera librado de la muerte a miles de desaparecidos?

Nunca creyó Neruda en el contrasentido de una democracia sin pueblo. No quiso que éste fuera coro griego, sino protagonista lúcido de la historia.

En Chile el pueblo es nerudiano cuando reclama en la calle, en diversas formas, como puede, la libertad, la democracia que cantó nuestro poeta, como la cantó su maestro de barba nívea y caudalosa, Walt Whitman, un bardo norteamericano tan distinto de su compatriota, el Subsecretario Langhorne Motley, quien sostuvo que “Occidente debe gratitud a Pinochet por lo que hizo el 11 de septiembre de 1973”.

Neruda nunca aceptó que se considerara al pueblo artículo prescindible. Otros, en la práctica de estos doce años, lo consideran materia vil, asesinable, degollable, desaparecible y exiliable.

De los arrepentidos no será el Reino de los Cielos

Neruda es un libro escrito por un emigrado, con un dejo de nostalgia. La biografía del poeta que sostenía “Mi vida es la vida de todos”, aparte del retrato de un hombre, no podrá dejar de ser el retrato de su época. Es ésta del Cono Sur, de su siglo XX, con todos sus sueños y sus catástrofes, con sus mitos, con todas sus dictaduras atroces y sus veranitos de San Juan o de San Martín; con su paz incierta, efímera y sus guerras internas; con sus pueblos y sus oligarquías, sus ejércitos sepultureros de hombres, de libertades.

¿Por qué me dejé arrastrar por la solicitudación sorpresiva de escribir esta biografía? Tal vez porque Neruda es una vida representativa de nuestra América en muchísimos aspectos. Neruda habló de las vidas del poeta. Y también de algún modo —ustedes, nosotros— hemos vivido esos dramas y problemas. Como era todo un personaje, que vivía la vida de los demás, los demás están en su poesía. Reía y combatía. No tenía la certidumbre férrea del dogmático; pero nadie más lejano de la blandura gelatinosa del escéptico. Nunca fue un asceta ni un arrepentido. Porque de los arrepentidos no será el Reino de los Cielos.

Quizás nos impulsó a embarcarnos en esta aventura también el hecho de que Neruda vivió varios años de su vida en el ostracismo. Como somos exiliados de largo tiempo esa experiencia que vivió el

poeta nos interesa directamente. ¿Cómo la sintió y afrontó? Le dolió intensamente, pero también la gozó. No es una situación para la cual, a su juicio, no exista respuesta. Sintió en su piel y en sus vísceras carnales y en el espíritu que el desterrado debe vivir de otra manera. Su país le hacía falta; pero escribía y se divertía. No suspendía la vida. Odiaba las postergaciones. Aunque uno le grite “Espera”, el tiempo sigue su carrera de postas, porque cada corredor sólo cubre cierta distancia. Tiene su hora. Este epicúreo, con enorme sentido de la responsabilidad, fue un hombre muy de tierra a tierra. Chile era su casa. ¿Cómo es aquello de quedarse sin casa, erradicado de su “hábitat”, de sus montañas, de su lengua, de su cultura y de sus relaciones humanas? Llorar puede ser dramático, hasta literario, pero no resuelve nada.

Suelen en París irse de una esquina a otra. Para decirlo con un galicismo, hacen “el elogio del despaisamiento”. Neruda nunca se “despaisó”. A la alegría de la travesía sucedía muy pronto el sueño, la necesidad, el sentimiento de felicidad, la dulce voluptuosidad del retorno.

Alguna vez en su vida se lo prohibieron. Se molestó mucho. Sufrió bastante. Y lo dijo.

Hoy en algunos países occidentales europeos no pocos intelectuales viven “el tiempo del arrepentimiento”. Abjuran de su pasado descontentadizo. Se reconcilian con el *status* dominante. Estiman utopía irrealizable la aspiración de cambiar la sociedad, el desorden y la angustia reinantes, de captar racionalmente la realidad y dar forma comunicable a su visión y reflexión. Vuelven al redil de lo establecido como hijos pródigos. Se reintegran al repertorio del desencanto, a la concepción del pensamiento débil o trágico, se da paso a la moda de las apostasías políticas. Se desprecia la razón. Algunos adoran la fuerza. Esto último lo hacen o lo han hecho doctrina oficial las dictaduras del Cono Sur. Figura como noción académica en su programa. Se desprecia a los que trabajan con respeto por los hechos y los derechos del hombre.

Neruda representa la imagen inversa. Era un poeta de la Tierra lluviosa o soleada de la realidad. “Hablo de cosas que existen.” También existían para él, desde luego, las cosas del alma. Fue un poeta de la realidad total, reencontrada y recreada cada día con el hondo y entusiasta fervor de un enamorado. Nunca se arrepintió de sus definiciones civiles rotundas. E hizo de su poesía y de su vida una expresión de profunda reverencia por la realidad en la cual estaba sumergido, como el niño en la placenta maternal. No ocultó nunca su amor por la mujer, su amor por el hombre, con mayúsculas o con minúscula. No aceptaba que ésta que vivía fuera “la era del vacío”. Creó una globalidad fantástica pero nutrida por la realidad. Fue un individuo particular pero no profesó la teoría narcisista del intelecto

tual separado de la masa amorfa, del individualista que, desconociendo todo sentido de la historia, niega los valores del pasado y renuncia al futuro, viviendo solo un presente hedonista y desolado a la vez. Veía el mundo lleno de invitaciones y de puertas abiertas. Neruda no se dejó embriagar por los vapores deletéreos que exhala una sociedad que propone la cancelación de los grandes ideales.

Neruda era hombre de grandes ideales. Lo fue toda la vida. Permaneció fiel a ellos siempre.

Neruda fue un intelectual latinoamericano en esto de ser ardentemente solicitado por la participación social, por su entrega a fondo al sentido de responsabilidad frente a su pueblo y a su tiempo. Proporcionalmente en Occidente es menor el número de intelectuales que asumen hoy una noción de compromiso.

En ciertos círculos culturales se vive casi un culto al naufragio de la esperanza y se instituyen como principios dominantes la angustia, el pesimismo, el rechazo del compromiso, el indiferentismo social. Otros proclaman dejarse llevar por la voráGINE y renunciar a todos los valores. Neruda no fue un nihilista ni tampoco un predicador de la apatía ciudadana; no ponderó los amargos placeres de la desilusión. Declaró a porfía su amor por la vida. Claro, no se trata de un amor a ojos cerrados. Ella es una mujer bonita-fea-bondadosa-perversa.

Como naturalista era un ecologista, pero no sólo eso. Tuvo algo de anarquista en su mocedad; luego fue un hombre que luchó por el socialismo. Creía que éste debía llevar no la supresión, sino el florecimiento de la personalidad humana. Hombre de este siglo, visualizó el año dos mil. En un sentido fue antiguo y a la vez postmoderno. No quiere la bomba. No quiere Hiroshimas. Quiere que sigamos viviendo. Que siempre haya hombre, poesía.

No, nunca concibió el exilio como impotencia ni pasividad, sino como tarea responsable. La vida sigue en nuevas condiciones, con un límite en su caso: volver en cuanto pueda. No lo aceptó como desarraigo ni con afán de quedarse. Además tiene una virtud: permite adentrarse en nuevas culturas. Lo fascinaba meter la nariz en todo, descubrir a los demás.

La palabra no será un truco

Neruda, poeta de muchos argumentos, puede ser mirado desde cien distintos observatorios y a través de diversos ángulos. Varios de ellos se intentan en el libro que lleva su apellido. Pero aquí y ahora queremos hablar tanto de Pablo como de Ulises, que retorna a su patria en un largo y azaroso viaje.

El viaje de Odiseo está hoy de moda. Representa la leyenda o la realidad del eterno regreso a nuestra ciudad perdida, al país que se nos prohíbe.

Neruda lo expresó muchas veces en su poesía. Su “Cuándo de Chile” es el poema de la nostalgia. “Ay cuándo, cuándo!...”

Itaca es una leyenda basada en la realidad. “Mi casa está en el peñón marino de Itaca, bajo el monte de Neión. No veré en la tierra un lugar más querido...” Así Odiseo, en el poema homérico, revela su identidad y patria al Rey Akinoos en la última etapa de su viaje de diez años, volviendo de la guerra de Troya.

Hoy día un ferry va de Patras a Keliim, en la costa occidental del Peloponeso hacia la Isla Cefalonia y de allí a Itaca.

Hace tres mil años, según la leyenda, por allí pasó Odiseo en su viaje de regreso.

En el Mar Jónico de repente surgen una isla gris, rocosa y desolada. Parece un mamuth dormido, envuelto a menudo por la niebla. Allí, sin embargo, en pequeños valles ocultos, estallan hoy los frutos de higueras, naranjos, limoneros y olivares. Allí la historia parece haber callado. Pero llega mucha gente en el ferry. Y a las 5,30 de la tarde parten de nuevo a través de Vathy, el puerto de Itaca. ¿Por qué vienen a esta isla escasamente poblada donde pastan las cabras? Vienen a ver, cuando las aguas están calmas lo que resta de los muros y cimientos de una ciudad sumergida. Era la Bahía Polis. De allí salían los barcos para Italia. “Cientos de barcos”, dice Homero.

¿Estos hombres vienen sólo por esas ruinas o para beber en esa aldea de juguete el vino color mar oscuro? Al turista le han dicho: “Aquí nació el primer héroe de la civilización occidental que triunfó más por la inteligencia que por la fuerza bruta”. Algo de él flota en el aire. Se siente respirar el mito.

Neruda vuelve. Quiero que de algún modo retorne a bordo de este libro. Hacen ambos el viaje de Ulises. Prohibido desde su nacimiento, ahora una revista, *APSI*, se ha atrevido a publicar en cuatro números sucesivos algunos capitulillos de *Neruda*. Es un intento de abrir la puerta de Itaca.

Lo intenté también como un modo de volver en espíritu antes de volver en cuerpo.

“No le faltaba astucia para jugar con la palabra”, decía Homero de Ulises. Si el poeta ciego hubiese conocido a su colega chileno, seguramente, tal vez lo diría respecto de Neruda. Nadie mejor que los poetas para jugar seriamente con la palabra. El viejo educador Fenice enseña a su discípulo Aquiles dos artes decisivas: ser orador de discursos y operador de acciones. Más tarde los griegos descubrieron en este verso la más antigua definición de los ideales de la cultura helénica. Hacer la vida y decirla, como una forma de hacerla. Dominar la palabra consagra la soberanía de pensamiento. El poeta es también en Neruda el hombre de acción. En él las palabras y las cosas se relacionan y complementan. Son hechos propios de un intelectual integrador. A veces la poesía nos aproxima a las cosas. A veces nos

aleja de ellas y oscurece su sentido. Píndaro no admiraba a Ulises. Desconfiaba de él, porque, a su juicio, era el engañador, un simulador, un astuto embaucador con la palabra y con las imágenes. Un inventor de fraudes, como la gran trampa del Caballo de Troya. Era el que abusaba de la metáfora para lograr un triunfo político o militar. Como todos los poetas afortunados, Ulises se vale de la metáfora para conseguir sus fines. Esto le permite un galardón máximo: entre sus compañeros es uno de los pocos que vuelve.

Neruda retorna del exilio. Cuando viene el derrumbe de su Chile con Pinochet, no quiere un nuevo exilio. Le dicen que su casa "La Chascona" ha sido saqueada e inundada. Le ruegan que viaje a México. Cede sólo cuando le agregan una mentira piadosa. "Allí se mejorará y volverá." Porque son las dos cosas que más quiere en la vida. Piensa en regresar ya antes de partir. Como en una nueva variación a la saga trágica de los héroes, no volverá porque no partirá. Es decir, se lo impedirá la gran partida. Si partir es morir un poco, morir es partir del todo. Tanto se parte que ya no cabe la partida a México ni a ninguna parte.

Para Neruda como para su remoto antecesor Ulises, el retorno es, en cierto largo momento, el sentido de la vida. Prevaler sobre el destino funesto consiste en volver a la patria y a casa. Pero Ulises no sólo inventó el Caballo de Troya. Construyó también con la madera de un olivo sagrado su tálamo nupcial. Resalta así la capital magnificación del amor. Neruda dice a Matilde, dedicándole sus "Cien Sonetos de Amor", que los ha construido de madera, con catorce tablas, como una cama matrimonial, capaz de navegar entre el cielo y la tierra. Construyó ese tálamo para sus esponsales con su patria. Nadie la galanteó tanto, tan fina, tan fieramente, tan apasionadamente como él. Y dos semanas antes de su muerte todo lo vio derrumbarse como un gran castillo de madera, de esos que poblaban el sur diluvial de su infancia.

Porque este poeta adorador de tálamos y caballos fue gran constructor de mitos, formulador de parábolas. Hizo de Chile una leyenda nerudiana. Sostuvo el mito que ese país, largo y delgado, era también la elaboración insistente de una sociedad libre y acogedora. Se dedicó a cincelar el rostro benévolo de una estatua que fue molida a cañonazos el 11 de septiembre de 1973. Le cobrarían la bella mentira, el magnífico y generoso artificio en las dos últimas semanas de su existencia. Se la cobraron con la moneda más dura, haciéndole perder vida y patria.

Neruda es un pseudónimo literario que con el tiempo pasa a ser también jurídicamente su nombre. Más tarde viene el momento de ocultar ese pseudónimo convertido en nombre legal con una nueva falsa identidad, el Capitán o Antonio Ruiz. Si alguna vez dijo "Yo soy todos", imita por el revés a su maestro Ulises —maestro porque

Neruda protagoniza también la Odisea— que, cuando le llega la hora de esconder su identidad, decide llamarse Ninguno. La invocación del hombre que siendo Ninguno es Todos, o, al menos, el mundo incontable de los anónimos, los perseguidos, de los seres clandestinos, de los hombres sin nombre. El poeta las nombrará, porque el poeta es el Nombrador.

Nombrará a los pastores perdidos en Macchu Picchu, a los pirquineros de Punitaqui —aunque él mismo oculte su nombre—. La palabra no será un truco. Será una manera de individualizarse ante el mundo. Ese poeta sabe manejar su arma. Y apunta hacia el blanco que lo rodea. El mito homérico concierne a un hombre, un país, una tierra, una vida asediada y el permanente designio del retorno. Dentro de otras dimensiones, seguramente menores, el mito nerudiano tiene un valor correspondiente tres mil años más tarde.

Hay quienes afirman que Odiseo nunca consiguió llegar a Itaca, que se quedó en el camino, que murió en el exilio. Puede ser el caso de algunos desterrados.

A veces, tarde por la noche, con amigos, algunos de ellos se entregan al placer, menos morboso que melancólico, de imaginar más que nuestras respectivas muertes, los cementerios extranjeros en que dormiremos. Es un tema de discusión nocturna. Me asombra que nadie se aterre. Tampoco yo estoy asustado. No —dice el aludido rechazando una honorífica destinación o sugerencia de tumba—. Ese cementerio es para grandes personajes. No —arguye otro—. Está muy lejos. ¿Qué quiere decir muy lejos? ¿Lejos de la ciudad o lejos de allá? Hemos llegado a hablar con naturalidad sobre ese escabroso tema de trasnoche. Es algo así como una imagen de la existencia: estamos siempre viajando hacia un objetivo, tratando de abrirnos paso, enfrentando la crueldad de los Cíclopes. Otros llegan a la caleta natal sin que signifique volver del todo. Vuelven, no se acostumbran. Quieren salir de nuevo. La vida se les ha transformado en un viaje. Son personajes de la eterna odisea. Unos no arriban nunca a puerto, pero han hecho el viaje. ¿Pues acaso el viaje no es el símbolo de la vida?

Antes de volver a Penélope, el poeta, que dentro de la vasta experiencia humana incluyó la infidelidad perdonable del camino — Circe, Calipso, Nausicaa—, quiso expresar el símbolo de la conciencia colectiva de la vida que continúa.

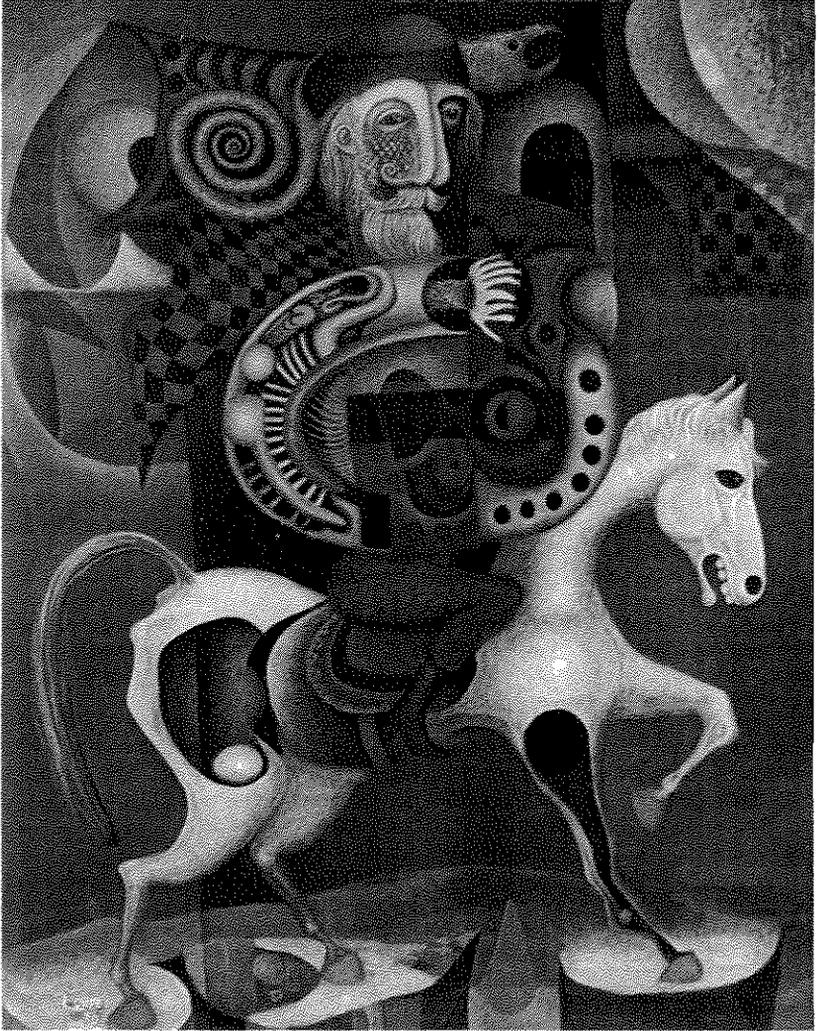
Hay otros retornos famosos e historiadados, como el de Jenofonte, contando en uno de los siete libros de *Anabasis*. También un regreso en lentísimo, arriesgado.

El mundo del retorno es como un viaje por el Laberinto. Para volver Teseo debe matar al *Minotauro de Knossos*.

Penélope es su patria, ante la cual Odiseo llega con el traje andrajoso del viejo mendigo. De nuevo el poeta recurre al truco metafórico. Tiene entonces que proceder a limpiar por la fuerza el hogar de

aquéllos que contaban con su muerte, se creían los amos de su casa y de su mujer, o sea, de su patria. Ya no está a bordo de la nave. Pero aún no ha terminado su interminable retorno. La aventura prosigue, el largo recorrido no finaliza sino cuando la patria reconozca al esposito bajo la apariencia del pordiosero.

Así el exilio del poeta Neruda. Como lo dice en su poema "Itaca", tan citado, de su colega griego Konstantinos Kavafis, así como el exilio de los argentinos, de los uruguayos fue largo, así el exilio actual de los chilenos es aún más prolongado. No lo lloramos. Sin quererlo nos ha dado un camino extendido, lleno de curvas, "fértil en aventuras y experiencias". En verdad dura más de cuatro mil mañanas, cuatro mil atardeceres de verano, cuatro mil mediodías de otoño, cuatro mil noches de invierno, pero también —no lo olvidamos— hemos tenido más de cuatro mil amaneceres de primavera. Tampoco olvidamos los muertos, desde luego, a los degollados, a los desaparecidos, a los torturados. No olvidamos ni sus cuerpos ni sus almas, ni su sonrisa, porque a muchos de ellos los conocimos alegres. Ni su obra, porque eran mujeres y hombres constructivos y decentes. Ellos no salieron de su tierra y allí murieron. Tantos asesinados. Forman parte de un pensamiento constante. Y de un sentido del honor, ajeno a la ley caballeresca. Forman parte del viaje difícil hacia el futuro. El viaje hay que afrontarlo, sea sin moverse de la patria, sea lejos de ella. La patria, la historia es también un viaje y un camino, una nave que nunca llega al puerto final. Nos dicen que a nuestra patria la dictadura la ha empobrecido. Pero esto no es lo más importante. El sabio Kavafis nos lo decía: "Y si la encuentras pobre, no por esto Itaca te habrá desilusionado...". Tenemos que volvernos más sabios, más ricos, con toda la experiencia atesorada al hombro. "Ya tú habrás entendido lo que Itaca quiere significar." ¿Lo hemos comprendido? Vamos a verlo. El tiempo lo dirá. La historia futura dará la respuesta. De nosotros depende que ella nos diga: Sí. Este libro *Neruda* quiere contribuir a este sí. A abrir la puerta de esa casa que está al otro lado del monte.





La casa de los Dos Soles, en Praga, donde vivió Jan Neruda.

Neruda y Neruda

Conversación de Praga

JOSE MIGUEL VARAS

“Cuando yo tenía 14 años de edad, mi padre perseguía denodadamente mi actividad literaria. No estaba de acuerdo con tener un hijo poeta. Para encubrir la publicación de mis primeros versos me busqué un apellido que los despistara totalmente. Encontré en una revista ese nombre checo, sin saber siquiera que se trataba de un gran escritor, venerado por todo un pueblo, autor de muy hermosas baladas y romances y con un monumento erigido en el barrio de Malá Strana de Praga. Apenas llegado a Checoslovaquia, muchos años después, puse una flor a los pies de su estatua barbuda.”

(Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, pág. 223, Edición Seix Barral, 1974.)

Una vez yo caminé con Neruda por la calle Neruda.

Y eso no pasaba en un sueño, sino (al parecer) en Praga. La calle fue bautizada así en honor de Jan Neruda, el poeta checo del siglo pasado. La calle se llama “Nerudova”, si hemos de ser precisos.

La precisión se echará de menos, tal vez, en lo que sigue, una especie de crónica elaborada a base de recuerdos que no es posible verificar. Recuerdos de encuentros y conversaciones con Pablo Neruda en Praga, donde viví entre abril de 1959 y septiembre de 1961, tra-

José Miguel Vara es periodista y escritor, autor de las novelas *Sucede*, *Cahuín* y *Porai*, la biografía *Chacón* y el libro de cuentos *Lugares comunes*. Vive en Moscú, en el exilio.

bajando como locutor y libretista de Radio Praga y a la vez, como corresponsal del diario *El Siglo*.

Según la cronología que aparece en *Confieso que he vivido*, Neruda estuvo en Praga sólo una vez en aquel período, en 1960. Sin embargo, conservo un recuerdo nítido de dos diferentes ocasiones de encuentro con él y Matilde en esa ciudad, que no sé si corresponden a años diferentes o al mismo año, acaso con un intervalo de algunos meses entra ambos. Otra posibilidad es que a lo menos una de esas visitas nerudianas sea estrictamente imaginaria. No la descarto.

Pero sí estoy seguro, ¡caramba!, de haber caminado con Neruda y Matilde por la calle Neruda (dejemos el genitivo para los checos), que baja ondulando desde el castillo con gentil declive y gradual curvatura.

Caminábamos muy lentamente, mirando aquellas casas construidas un par y medio de siglos antes, que se alinean con tanta gracia y diversidad, cada una con su gesto individual, sus propias volutas de piedra, sus capiteles triangulares (o no), sus ventanas de marcos blancos y sus negros portones de hierro que se abren hacia afuera como alas de murciélagos y quedan sujetos a los muros de piedra. En fin, sus tejados escarpados, en cuyos bordes asoma de pronto una ventanilla redonda que reproduce exactamente la forma de un ojo, no de buey sino humano, hasta con un párpado superior hecho de pequeñas tejas.

En la primera parte del paseo, Neruda hablaba poco y miraba mucho. Matilde sólo intercalaba frases breves, a veces celebrada con su gran risa ancha, perlada y profunda, alguna ocurrencia. Ella y Pablo son de las personas más celebradoras que he conocido. Neruda se tragaba todo con rostro inexpresivo, pero hacía notar cada detalle, a veces con un movimiento de la ceja izquierda, otras alzando a medias una mano en ademán sacerdotal e incompleto. Sus comentarios eran parcos, de tono familiar, nunca literarios, a veces chachos.

Me resulta imposible recuperar ahora aquellas alusiones fugitivas que componían, con los movimientos de cejas, o de orejas, con ciertos guiños o ladeadas de cabeza, una disertación peripatética y sabia sobre la ciudad, sobre las huellas que el carácter de la gente imprime en sus viviendas, sobre las clases sociales, el barroco y el tiempo. Sabiduría que no era arquitectónica, ni histórica, ni erudita (aunque también lo era), carente hasta de la sombra de la más mínima pretensión intelectual; lección de saber mirar y ver, absorbiendo espongiariamente el mundo.

Nos detuvimos a admirar la Casa de los Dos Soles y después la Casa de las Tres Águilas Negras. En ambas vivió Jan Neruda algún tiempo. Más adelante, Pablo ponderó la delicadeza de la enseña de la Casa de los Tres Violines que forman, los tres, un haz sobre fondo

ceste, y comenzó a quejarse con un tono infantil de la imposibilidad de llevársela para su casa de Valparaíso, “La Sebastiana”.

—Por favor, no empiece con esas cosas, Pablito —decía Matilde, como entre divertida y temerosa de los caprichos de coleccionista del poeta.

El miraba ahora ensimismado el letrero municipal, letras blancas sobre fondo rojo, con el nombre de la calle: “Nerudova”.

—Yo sé demasiado poco del verdadero Neruda —dijo por fin, con uno de esos curiosos ademanes incompletos que ponían el énfasis a destiempo—, y aquí en Praga, sobre todo, eso me hace sentirme culpable. Claro que he leído los estupendos *Cuentos de Malá Strana* y algunos de sus poemas, en traducción francesa. Pero me gustaría conocerle mejor. ¿Tú lo conoces?

—Mmh, no mucho. No más que tú, en todo caso.

—Malo —levantó un dedo a posteriori—. Tú que estás en Praga y que sabes checo, tienes la obligación de leerlo. No debes contentarte con Kafka y con Capek. Debes leer a Neruda y, además, debes traducirlo. Yo te puedo ayudar después, con la forma final.

—¡Hombre! —me defendí—, de checo no es mucho lo que sé. Fórmulas de primera necesidad. No me alcanza para leer poesía. Y menos, un autor del siglo pasado.

—En eso te equivocas. Cuando uno aprende un idioma extranjero, lo primero que aprende, después de “esté es el gato”, es justamente el lenguaje literario del siglo pasado, porque es el que está en los manuales y en las crestomatías —sonreía al decirlo, porque la palabra le parecía cómica (la decía acentuando su comicidad)—, además, porque los escritores del siglo XIX, a diferencia de muchos de ahora, tenían una gran voluntad de comunicación.

Al llegar a la plaza de Malá Strana con su forma irregular, que Pablo definió como “trapezoide gótico”, pasó tintineando un tranvía colorado. Se lanzó entonces a un elogio del tranvía, el medio de transporte perfectamente humano, donde la gente se mira las caras, ideal para la ciudad pequeña o mediana, que es también la ciudad humana, sin distancias ni aglomeraciones abrumadoras. Se fijó en el escudo de Praga, que cada tranvía lleva en el costado. Es un brazo acorazado, amenazante, que sale por una ventana abierta en un muro de piedra; la mano con guantelete de fierro, blande una espada. Debajo está el lema de la ciudad: “*Praha, matka měst*”, que le tradujo: “Praga, madre de ciudades”.

—Es un escudo poco acogedor —observó—. ¿Te lo imaginas en un folleto de turismo con un letrero “Welcome to Praga”?

Inició entonces una inesperada celebración de Santiago, pero no el de “hoy” (1960), sino, el que le tocó vivir en los años cuarenta. No, tampoco el de sus bohemios años veinte con el “Hércules” y los crepúsculos de Maruri. En los cuarenta, eso sí, seguía oliendo atro-

mente a gas. En invierno, adentro de las casas, se sufrían fríos siberianos. Eso pasa incluso ahora. Ivette Joye dice que nunca en Europa, ni siquiera durante la guerra, pasó tanto frío como en Chile. Pero se cultivaba la amistad y la hospitalidad. A cierta hora, un día cualquiera, de improviso, alguien proponía: “¡Vamos a ver a Fulano!” o “Vamos donde los X”. Por lo general no tenían teléfono; o no se sabía el número, o cuando se llamaba, no se escuchaba nada, sino el viento; o tal vez nadie tenía teléfono en aquel tiempo. Era el momento en que se formulaba la pregunta inútil: “¿Y si nostán?”, a la que seguía la respuesta de cajón: “Sistán tan, sinostán, nostán”. Y para allá se partía, en carrito, a Los Guindos, Echaurreu o Recoleta, a ver a los amigos, sin aviso previo. A veces el grupo que se descolgaba era numeroso. Pero nunca había una mala cara. Nunca los paracaidistas eran desairados. Todo era alegría, auténtica felicidad de verse, de platicar la amistad. No faltaba una botella o más, unas frutas, el tecito, los alfajores comprados en la esquina, las sopaipillas, la suerte de la olla. Era un Santiago amistoso, fraternal. Los extranjeros no querían irse ni por nada. Sentían el buen calor del subdesarrollo. Las distancias eran accesibles y la gente también. Todos teníamos tiempo, sobre todo para la amistad. El lema de Santiago de aquel tiempo pudo haber sido: “Sistán tan, sinostán, nostán”.

Se detuvo y me lanzó una mirada aviesa, o traviesa: —Tú... ¿eres santiaguino?

—Sí.

—Mmmh.

—¿Por qué?

—Se te nota —dijo con mucha seriedad. Y después, ante mi desconcierto, comenzó a desternillarse de risa, junto con Matilde. Traté de reír yo también, pero me salía falso. Más se reían ellos. Yo no lograba advertir el motivo del júbilo de aquellos dos provincianos.

—Bueno, bueno —les dije por último—, la culpa no es mía. En todo caso, trato de sobrellevar el estigma con decoro.

De la plaza de Malá Strana pasamos riendo, sin darnos cuenta, a la plaza vecina, dominada por la alta presencia barroca de la iglesia de San Nicolás, con su gran cúpula verde nilo. Entramos a la iglesia entre una majada de turistas germánicos en pantalones cortos. (Detalle que me permite precisar que esto ocurría en verano.) Neruda se detuvo ante el altar mayor, que dominado por cuatro Papas y cuatro, gigantescos, atléticos, con vestiduras y mitras blancas, que apalean y aplastan sin contemplaciones a infieles y demonios, con gruesos garrotes.

—A Dios rogando y con el mazo dando —murmuró Pablo. Se quedó mirando el colosal grupo escultórico con una gran concentración y luego dijo: —Pero, ¿te fijas? En fin de cuentas no parece que nadie sufra mucho. Imagínate este mismo tema en manos de españo-

les. ¡Nos salpicaría la sangre! En cambio, aquí... hay algo teatral. Coreográfico. No es el dolor, sino la representación estética del dolor...

—Algo como la ópera italiana... —dijo Matilde.

—Este barroco es todo sensualidad —siguió Pablo—. Mira, mira... —nos hacía avanzar y detenernos, avanzar de nuevo, para hacernos notar como cambiaba la perspectiva y como todo el contorno curvo de los muros de la iglesia y de la altísima cúpula ondulaba, parecía estirarse elásticamente y replegarse en otras zonas, desperezarse, palpitar y entreabrirse hasta crearnos la sensación, sin duda inducida o acentuada por el poeta de que nos encontrábamos en el interior de un ser viviente y respirante o tal vez de ciertos órganos.

Salimos. Caminamos bajo las largas arcadas. Les hablé del cercano restaurante “U mecenase” (Donde el Mecenase), iluminado solamente por velas en candelabros. Uno va entrando como en una pequeña caverna de techos bajos, abovedados, que bajan fundiéndose con las murallas, en dos o tres salas sucesivas. La última, la más pequeña, que parece sacada de una película de Cocteau, tiene a la vez un aire vagamente siniestro (¿evocación de “El Barril de Amontillado?”) y en ella hay una sola mesa, redonda, rodeada de tres sillas.

—Tendríamos que venir, Pablito —dijo Matilde.

Neruda no mostró entusiasmo por la parte Cocteau-Poe y preguntó dubitativo: —¿La bella o la bestia? —para plantear a continuación la pregunta clave: —¿Y qué tal *se come* ahí?

No pude responder con precisión. Me acordaba de un vino blanco muy bueno, húngaro, que una vez...

En esto llegamos al restaurante. Como era de preveer, no funcionaba a esta hora (antes de las 12, creo). El doble portón de hierro negro estaba cerrado a machote, abrochado por un candado colosal, del que Pablo se enamoró de inmediato. Lo admiró prolongadamente. Lo palpó, lo tironeó. Estaba muy firme. Lo dejó y se apartó con un suspiro.

Apoyamos los tres las narices en el vidrio de una pequeña ventana y miramos hacia el interior. Estaba oscuro. Se veía poco: tal vez parte del bar, maderas color nogal, llaves y tuberías de bronce, un sifón celeste.

—Tenemos que venir aquí —declaró Pablo con firmeza.

Ignoro si en definitiva estuvo alguna vez en “U mecenase”. En todo caso, no conmigo.

—Pero cuéntame, cuéntame de Jan Neruda —me pidió cuando ya íbamos atravesando el puente de Carlos.

Extraje la ficha mental correspondiente. Había leído no hacía mucho un largo artículo sobre el poeta, ilustrado con una fotografía suya, o deguerrotipo, de juventud. Aparece moreno, pálido y flaco, no demasiado diferente de Neruda (el nuestro) en la época de *Crepusculario*. Maduro, adquirió corpulencia (como el nuestro). Sin em-

bargo, con su nariz aquilina, sus anteojos y su barba tenía más bien un aire de familia con Pancho Coloane. Pablo recordó la estatua con barba, en la falda de un cerro verde.

—Se ve bastante robusto —comentó—, ¿por qué no pudo el escultor representarlo en su juventud?

—¿Es lo que pedirías, si hicieran una estatua tuya? —pregunté, lo juro, con inocencia.

Me miró fríamente. Volví la cara a Matilde, pidiéndole auxilio y me devolvió una mirada severa. Caminamos unos pasos en silencio. Bueno, volví a mi tema, su padre fue militar. Artillero en retiro, se dice. No está claro, pero deduzco que era un suboficial, porque no se menciona su grado. Retirado, tuvo una cantina que después convirtió en puesto de venta de diarios y tabaco. Su madre trabajó alguna vez como empleada doméstica. Jan Neruda pasó casi toda su vida en el barrio de Malá Strana. Infancia pobre. Durante la niñez y la juventud conoció ambientes diversos, dice el crítico, que lo hicieron sentir duramente las diferencias y las injusticias sociales. Solidarizó con la gente pobre, postergada; con los desplazados al margen de la sociedad. Mostró capacidad para mirar el mundo con los ojos de los marginados. Lo marcaron fuertemente las experiencias de los años revolucionarios, 1848 y 1849, cuando era todavía un estudiante. ¿Sería algo así como el año 20 en Chile?

Pablo escuchaba sin mover un pelo. También Matilde. Gradualmente habíamos ido retardando el paso, hasta detenernos.

—¿El año 20? ¿Tú crees? —preguntó, medio para sí—. El año 20 fue de fermentos y de esperanzas, pero no de revolución.

—Bueno, en aquel tiempo Checoslovaquia llevaba más de dos siglos sometida al dominio alemán. Colonizada, prusianizada. Praga especialmente vivía una atmósfera de inquietud, crecía la tendencia independentista, patriótica, republicana. También los anhelos de liberación social. Era el gran renacimiento nacional. Democracia, libertad, independencia, soberanía popular, rechazo de la ideología feudal y del prusianismo: ésta fue la base de las ideas políticas de Jan Neruda, según afirman los que saben.

—¿Y todo eso se reflejó en su poesía?

—No me atrevo a decirlo —respondí—. No conozco lo suficiente. Tal vez no del todo. Parece que expresaba sus posiciones sociales, políticas, más bien en la prosa¹. Sobre todo en sus artículos periodísticos, “folletones” diríamos o, en francés, “feuilleton”. Compuso

¹ Creo que dije algo así entonces, en 1960. Más tarde he sabido que esa afirmación es incorrecta. Jan Neruda descubría y exponía “relaciones estrechas entre la causa pública y los asuntos íntimos” en sus *Libros de Versos y Canciones de los viernes*. Así lo dice Jiri Rulf en la revista *Vida checoslovaca*, núm. 7, 1984, cuyo artículo “Dos ciudadanos de Praga” inspiró el que aquí se publica.

más de dos mil. En 1890 escribió sobre la primera manifestación obrera del 1º de mayo en Praga.

—¿A favor o en contra? —preguntó Pablo.

—A favor, pues.

—Espera un momento. —Con un gesto nos invitó a callar y a admirar la belleza del paisaje, el río, y allá arriba, el castillo. Gran pausa.

—Bueno, ¿y los versos de Neruda? —volvió a la carga.

—Te digo que no puedo opinar de manera directa. No los he leído, salvo unos pocos. Se que los primeros eran muy románticos. Su primer libro se llama *Flores de cementerio*. Está dedicado a un amigo muerto. Pero la prosa... Su primer libro de cuentos, *Arabescos*, causó escándalo. Eran relatos sobre prostitutas, había escenas que fueron consideradas eróticas, personajes al margen de la moral oficial.

—¿Ladrones, contrabandistas?

—No lo sé con certeza. Te cuento cosas que sé de segunda mano. Por boca de ganso. ¿Buscas algún paralelo? ¿La casa de Cantalao?

—No sé, no sé. Posiblemente. Pero dime, dime más...

—Escribió sobre ferroviarios.

Se paró en seco y me miró con desconfianza:

—¿No estás inventando?

—Usted me ofende, Maestro.

Matilde cascabeleó su risa.

—No estoy inventando. Publicó un relato sobre los obreros checos que construían las primeras líneas férreas. Se llama “Trhani”.

—¿Y qué significa eso?

—Algo así como andrajosos. En Chile se diría tirillentos.

—En Chile se diría “rotos” —dijo.

—El personaje principal de ese cuento es un obrero.

—¿Un roto carrilano?

—Eco. Se llama Komarek, palabra que quiere decir “mosquito”. El crítico considera que en él, Jan Neruda, dio anticipadamente el prototipo de un personaje popular que corresponde al “pequeño hombre” u “hombrecito” checo, cuya expresión clásica es el buen soldado Svejek.

Pablo había leído *El buen soldado*. Primero en una traducción argentina atroz. Después en una inglesa, muy buena. Habló de la formación del carácter de los checos, tres siglos de opresión, soportando la pesada hegemonía alemana, política, estatal, social y hasta lingüística; cultivando su literatura y su propio idioma como ocupaciones subversivas, casi clandestinas y desarrollando ese humor especial, signo de independencia interna, de rebeldía espiritual frente a una situación insoportable, pero que por el momento no se puede cambiar.

Hablamos del Teatro Nacional, símbolo de la lucha por la inde-

pendencia, cuya construcción fue financiada por erogación popular en el siglo pasado. Y no una vez, sino dos veces, porque se incendió poco después de la primera inauguración. Nos paramos a mirar desde lejos, por encima del río y de los árboles el ancho edificio color sepia con su techo de escamas metálicas grises. Jan Neruda, le dije, fue el Secretario del comité que organizó aquellas colectas y los trabajos de construcción del teatro.

Pero volviendo al tema del “hombrecito”, le conté de las opiniones de un amigo checoslovaco, que vivió durante varios años en Chile, veterano militante, que a su regreso a Praga se convirtió en severo crítico de sus compatriotas. De algunos de ellos, claro...

—El dice que los checos tienen muchas cualidades valiosas y admirables. Tales como: puntualidad, disciplina, economía, inventiva mecánica, laboriosidad, destreza manual... Pero, según él, “estas cualidades, que hacen grandes a los pueblos, hacen pequeños a los hombres”.

Pablo sonrió, pero manifestó sus dudas: —¿Te parece que tiene razón?

—No sé. El no deja margen para discutirle. Habla mucho, y con vehemencia, contra el “hombrecito” checo. Para él, sinónimo de “pequeñoburgués”. Vocifera contra “el hombre sin heroísmo”.

—¿Pequeñoburgués? ¿Sin heroísmo? —el poeta no estaba convencido—. Perdóname. Tú mismo dices que el carrilano de Jan Neruda es un proleta. El buen soldado me parece un personaje del pueblo. Y en cuanto a los del heroísmo, Fucík ¿no es acaso un héroe checo? ¿Y la insurrección de Praga contra la máquina militar de los nazis? ¿No la hicieron, acaso, esos mismos “hombrecitos” checos, incluyendo, parece, muchos pequeñoburgueses, además de los proletarios? No —sacudió la cabeza—, las generalizaciones son generalmente injustas y muy peligrosas. Nuestro amigo tal vez tiene sus motivos, pero, no sé, me suena sectarion. Los pueblos tienen cada uno su “modito”, su estilo, sus formas de expresión. ¿Has visto *La barricada muda*?

Le confesé que no.

—¿Y has leído el libro, de mi amigo Jan Drda?

—Tampoco.

—Debes leerlo y debes ver esa película —me amenazó a destiempo, con el dedo índice—. Es parte de la historia contemporánea, de la historia de este pueblo, que sabe reírse, incluso de sí mismo, que no hace alardes, ni le gustan las frases sonoras, pero que, a la hora de la verdad, es pacaz de gran heroísmo colectivo.

—O sea, “los callados héroes” —dije, citándolo.

Me miró desconcertado, como siempre que yo o cualquier otro recordaba en voz alta algunos de sus versos². Yo aprovecho esta

² Luis Enrique Délano contaba de un tiempo en que varios amigos habían contraído el hábito de hablar “en Neruda”, aplicando sus versos, con mayor o menor

pausa para intercalar estos, del poema “Conversación de Praga”, que es un retrato de Julius Fucík:

El héroe que no lleva
en su cabeza inmóvil
los laureles de piedra olvidada,
sino un sombrero viejo
y en el bolsillo el último
recado del Partido.

Terminamos de cruzar el puente, entramos por la calle Karlova y Pablo se metió sin decir una palabra a la tienda del “Antikvariat”, que se encuentra a la derecha, a pocos metros del cruce. Fue acogido como el viejo cliente que era.

—¡Pane Neruda! Le ruego..., por favor, pase adelante, ¡a su servicio!

No parecía fingida la amabilidad antigua del hombre, que inclinaba profundamente su gran calva, rodeada de una cornisa barroca de cabellos blancos ensortijados. Se enfrascaron los dos en el examen de unos grabados antiguos que el hombre extrajo con misterio de una enorme carpeta. Se entendían en un idioma compuesto de fragmentos de checo, alemán, francés, inglés y castellano, además de sonidos apreciativos, miradas en clave. De los grabados (alcancé a ver un viejo mapa de América del Sur), Pablo pasó a los libros, a los objetos, se prendó de una lámpara, de un guerrero a caballo, de un tintero. Por último, dejó un lote reservado.

—Usted no ha recibido sus honorarios, Pablo —le dijo Matilde.

—Prometió volver. El anticuario salió a la puerta a despedirlo, con múltiples venias, musitando con fervor:

—¡Hasta la vista, pane Neruda! Muchas veces gracias. ¡A su servicio!

(Traduzco muy imperfectamente las complejas fórmulas de cortesía checas.)

—Pablito —dijo Matilde definitivamente—, ya se ha hecho tarde. Tenemos que volver al hotel.

Ya no quedaba tiempo para pasar al pequeño mercado de Havelska, de lo que Pablo se lamentó. Regresamos, tal vez en tranvía a lo largo de la Plaza de Wenceslao, hasta el hotel “Yalta”.

¿Qué pasó después? Recuerdo una reunión muy animada en el vestíbulo del hotel en torno de una gran mesa redonda (¿pero fue el mismo día?). Estaba Juan Marinello y varios chilenos, Guillermo

fortuna, a diversas situaciones de la vida cotidiana. Este juego, decía Luis Enrique, turbaba extraordinariamente a Pablo, que no podía participar en él, aunque a veces lo intentara, porque era incapaz de recordar o de citar sus propios versos.

Núñez, seguramente; tal vez, Berta Mardones, Dolores Walker, Sergio Núñez.

Después, una tarde en pieza de hotel, con Ivette Joye, Pablo y Matilde, tomando whisky y hablando de Chile, de Bélgica, de la guerra.

—Tú ya conoces al “Chico Norte” —dijo Pablo riendo al verme llegar y empujando hacia mí a la pequeña Ivette.

—Sí, claro, aunque no por ese nombre.

—Ella misma le bautizó así, cuando estuvo en Chile. Había pasado mucho frío en Lota, en una pensión de mineros, y quería de todas maneras ir al “Chico Norte” en busca de calor.

—Pablo, ¡comme tu es méchant! —lo respondió Ivette.

Diminuta, morena, la periodista belga había conocido a Pablo en Praga, donde ella era sempiterna correspondal del *Drapeau Rouge*, el diario del Partido Comunista de Bélgica. Contaba cómicamente su asombro al descubrir, años después de conocer a Pablo, que era un “grand grand poète”. Cuando lo conoció en Praga lo había considerado ante todo un ser humano estupendo, un buen compañero que escribía versos, un comunista exiliado de uno de aquellos incomprensibles países sudamericanos. Cuando Pablo la invitó a Chile, años más tarde, tuvo la humorada de aceptar, sobre todo porque la invitación coincidió con una crisis personal. En Santiago, al comienzo, no entendía nada de nada, le parecía un país de locos, quería regresar de inmediato. Se fue quedando, quedando, sin darse cuenta. Casi un año.

—Ni se acordaba de que alguna vez tenía que regresar —dijo Matilde.

—Y ahora cuando quiero hablar checo me sale castellano —se quejó Ivette.

Constrastó cómicamente las costumbres de los belgas con las de los chilenos. La generosidad insensata con que una familia chilena de las más pobres recibía a cualquier visitante inesperado, poniendo sobre la mesa comida, vino y frutas (aún a riesgo de no comer una semana), la conmovía y la escandalizaba. Hablaba del espíritu de estricta economía que muchos siglos de guerras y catástrofes diversas habían fomentado entre los europeos. Contaba cómo su padre, campesino belga, acechaba el paso de los jinetes o de los carruajes tirados por caballos por el camino que pasaba frente a su casa y cómo corría, con un balde y una pequeña pala a recoger las valiosas bostas que ocasionalmente caían en el tramo que le correspondía. No más allá, ni más acá, porque los vecinos hacían otro tanto.

Después nos contó de la etapa final de la guerra, en Bélgica. Era el tiempo de las bombas V-1 y V-2, los primeros “misiles”, como se dice ahora.

—Con las V-1 todo era simple —decía Ivette—. No iban muy rá-

pido y su motor sonaba mucho, tal vez como el motor de un camión. La gente en las calles las miraba pasar. Cuando el motor se paraba, todos escapaban corriendo... porque la bomba caía y demolía una manzana.

—¿Y las V-2 —preguntó Pablo—, eran peores?

—Con ellas todo era más simple todavía —dijo Ivette—. La gente estaba sentada en una terraza, afuera de un café, conversando, como como nosotros ahora, un traguito... Y después, *no estaba*.

—¿Cómo? —preguntó Pablo—, ¿la gente no estaba?

—No estaba nada. Ni la gente, ni el café, ni la esquina, ni la calle. C'est tout!

Hubo un silencio largo. Me parece que estoy viendo todavía la expresión de los ojos de Pablo.

Y nada más. Es lo que por ahora he podido recordar de aquel día en que anduve con Neruda por la calle Neruda.





DEMANDEZ VOTRE MORT

VOICI **LE TOMBEAU** Sur la piste des avions de nuit
LA GÉNÉRATION spontanée des Mots **EN PLEINE MER**
Après expérience faite, il faut modifier la Dernière minute
et les métamorphoses en Croix qui éclaireront l'air de couleurs vives

Dans **Le village** de **NOS ÉCHOS**
La tempête déchaînée tueson mari
les herbes poussent sur les feux de position
où les misères de **l'Automne** sans **GANTS**
arriveront à LA MORT
Il ne fait pas encore très froid
entre vos ensembles sombres

Vicente Huidobro
Paris 1931

Huidobro y el arte abstracto

MIGUEL ROJAS-MIX

Un feliz hallazgo es el único responsable de este texto. Hurgando un día en una destartalada bodega junto a la Estación Mapocho, en Santiago de Chile, encontré un atado de folletos. La bodega estaba atestada de libros viejos. Los vendían al kilo y tuve que agregar otros tomitos para que los librillos hicieran el peso. Mi interés era grande, pues desde la primera ojeada me di cuenta de que contenían la historia de Huidobro y el arte abstracto.

Era una historia breve. Comenzaba con un texto que servía de presentación al catálogo de la primera exposición de Santiago, en diciembre de 1933. Huidobro hablaba de cada artista y saludaba al grupo como una nueva constelación en el cielo de América. Terminaba con la exposición de Lima en 1935 y con una diatriba feroz de César Moro contra el poeta chileno. En realidad había un catálogo más, el de la exposición hecha en el edificio de La Nación en agosto de 1935; pero ésta, más que otra cosa, era el acta de defunción del grupo.

Si me he decidido a escribir estos reglones, después de quince años del hallazgo inicial, no es por afán de cotilleo, sino por dos razones fundamentales: Una, porque estos opúsculos son total o parcialmente desconocidos, incluso de muchos de los propios especialistas en

Miguel Rojas Mix es crítico e historiador del arte, autor de diversos libros en su especialidad. Es profesor de la Universidad de París-VIII (Vicennes-Saint Denis).

Huidobro; y, segundo, porque ellos prueban la estrecha relación que establecía el propio poeta entre el "creacionismo" y el arte abstracto. Basta confrontar sus manifiestos con sus parrafadas presentando al grupo de artistas chilenos, para comprobar que el arte abstracto le permitía a Huidobro legitimar su estética. Y esto, por no decir apresuradamente que su estética parecía haber sido engendrada desde la contemplación de él.

Pero eso lo dejaremos para más adelante. Comencemos por el principio.

En realidad estos comentarios tienen tres partes: Primero, la descripción de la revista; segundo, el arte abstracto en Chile y en América latina; y, tercero, la estética creacionista y el arte abstracto.

La revista

La revista fue titulada *Pro* y subtitulada "revista de Arte". Alcanzó sólo dos números. Y si en la contrapada del primer catálogo, una especie de marmosete aconsejaba:

Si sale con dolor de cabeza de esta exposición tome Aliviol.
Si quiere producir obras tan interesantes como las que ha visto, tome mucho fosfonervil Leroy.

un reclamo en la portada del segundo número de *Pro* informaba al lector que:

Aliviol le quitará el dolor de cabeza.

En realidad la serie comprende cinco folletos, aproximadamente en el mismo formato: El catálogo de la exposición de diciembre, los dos números de *Pro*, el catálogo de la exposición de Lima de mayo de 1935 y el del Salón de Agosto de mayo del mismo año en Chile. Las cinco publicaciones giran en torno a un grupo estable de artistas: María Valencia, Gabriel Rivadeneira, Jaime Dvor y Waldo Parraguez. En el 34 se agrega Carlos Sotomayor, y en el 35 se les une César Moro. Aparte de citas de surrealistas franceses y españoles, los textos de los tres primeros cuadernos son fundamentalmente de Huidobro: Hay artículos, collages poéticos (firmados años antes en Francia), y máximas-manifiesto. La mayoría no recogidos ni siquiera en la edición más reciente de sus obras completas*. Otros escritos prosaicos, poéticos o musicales son de Julio Sotomayor, Eduardo Anguita,

* Aparte de otras Antologías y Compilaciones hay dos ediciones de las Obras Completas de Vicente Huidobro. La primera fue editada por Zig-Zag en 1964 y la más reciente es la de Hugo Montes, en la Editorial Andrés Bello en 1976. En particular la última, pese a agregar una bibliografía casi exhaustiva, deja de lado numerosos textos poéticos y artículos que aparecieron sueltos en revistas y periódicos.

Eduardo Lira Espejo, Juan Larrea, Gerardo Diego, Volodia Teitelboim y Rosamel del Valle.

Huidobro desaparece en los dos últimos catálogos. El de Lima, dominado por la personalidad de César Moro, incluye a Westphalen, Rafo Méndez y Cretina. El último, el del Salón de Agosto, se abre con una presentación de Torres García y se cierra con “Edificación en el Aire”, texto de un joven escritor: Fernando Alegría.

El arte abstracto

Aun cuando la primera acuarela abstracta de Kandisky data de 1910, podríamos señalar como el año crucial de la pintura abstracta el de 1912. En ese momento Kandisky se encuentra pintando obras que perfectamente podrían calificarse de tachistas o de informalistas, Kupka utiliza el estilo ortogonal y el horizontal-vertical, Mondrian trabaja en sus composiciones basadas en el ángulo de 90 grados, que sirven de fundamento estético al neo-plasticismo; y Delaunay realiza sus ritmos circulares.

En Chile, sin embargo, el arte abstracto es un reflejo tardío. No podemos hablar de él antes de la década del treinta y las primeras obras decididamente abstractas son las de Luis Vargas Rosas y el grupo “decembrista” en los años 32/33. La fecha es más o menos la misma para toda América Latina. En Argentina la primera muestra es la de Juan del Prete en 1933 en la Asociación de Amigos del Arte. Por cierto que anterior a todo esto es Joaquín Torres García, que ya en el año 1929 había fundado con Michel Seuphor el grupo “Cercle et Carré” en París.

La primera exposición documentada en Chile es, pues, la de diciembre de 1933, hecha por el grupo de artistas citados, que por la fecha en que expusieron fueron llamados “decembristas”. La obra de estos artistas impresionó vivamente a Huidobro, que volvía de Europa. Confiesa en el catálogo que “lo menos que me imaginaba era que iba a encontrar algo verdaderamente interesante en nuestra América. Lo confieso y pido disculpas. Sin embargo, se comprenderá este pesimismo si se piensa en lo poco que han producido nuestras razas, en la falta de seriedad, en la falta de consistencia de sus producciones”. En este catálogo todavía Huidobro no habla de arte abstracto, pero se refiere a él por oposición al arte realista. Sólo en el número 1 de la Revista *Pro*, haciendo la presentación de Carlos Sotomayor, escribe un largo artículo sobre el arte abstracto, que él llama también “concreto”. Es éste, sin duda, el primer artículo del género que se ha escrito en Chile y se caracteriza por introducir la denominación de “arte concreto” que había sido acuñada por Van Doesburg y difundida por Kandisky y Max Bill.

La separación del grupo de Huidobro se produjo precisamente a

propósito de la exposición de Lima. Huidobro no pudo soportar el violento ataque que le lanzó César Moro, tratándole de arrivista, estafador y plagiario: “imitador de Pierre Reverdy”. Esto lo hace separarse del grupo y escribir sus famosos artículos polémicos de respuesta: “Don César Quisquez, Morito de calcomanía”.

El creacionismo y el arte abstracto

En el hecho, en todos estos textos Huidobro asimila la estética creacionista al arte abstracto. El le sirve para legitimar su estética, por no decir, como señalábamos antes, que ella ha nacido de él. Bien que la fecha oficial de bautismo de “el creacionismo” es 1916, fijada por la famosa conferencia en El Ateneo de Buenos Aires, donde Huidobro dijo que la primera condición del poeta es crear, la segunda crear y la tercera crear, Huidobro afirma en su manifiesto “El Creacionismo”, que ésta es una teoría estética que comenzó a elaborar hacia 1912. Se sitúa, así, bien para la historia. Ya vimos que el año de 1912 fue el año decisivo para la pintura abstracta. ¿Se inspiró?, ¿plagió?, ¿misticó? ¿Quién es el padre de la criatura? En realidad los fenómenos son más complejos que el dilema del huevo y la gallina. Es la coherencia de la historia lo que hace que las pulsiones de una época se estilicen en una gramática formal que hermana las creaciones más diversas... Por cierto que abrir los ojos ayuda mucho. El hecho es que las máximas que sirven en sus manifiestos para definir el creacionismo, las utiliza en estos folletos para precisar la estética del abstraccionismo:

En arte no nos interesan las formas de la naturaleza, nos interesan las formas de tu espíritu.

No busques que una obra de arte se parezca a un árbol o a un hombre o a un caballo o a un huevo duro.

Una obra de arte es una realidad en sí y no hay razón para que se parezca a otra cosa.

¿Por qué no pides a un árbol que se parezca a un caballo o a un hombre que se parezca a un huevo duro o a un tomate que se parezca a un congrejo?

Y refiriéndose a Gabriela Rivadeneira, ejemplificaba Huidobro lo que teorizaba en sus máximas-manifiesto.

En general, los llamados realistas lo único que hacen es quitar la vida a lo que tiene vida. ¿Puede darse algo más triste que un caballo parado en el medio de un cuadro, ese mismo caballo tan hermoso pastando o trotando en su campo de alfalfa, petrificado, muerto entre los cuatro listones de un marco? La diferencia que hay entre una Rosa Bonheur y una Gabriela Rivadeneira consiste en que mientras la primera quita la vida a algo que

tiene vida, la segunda da vida a algo que no tiene vida. La primera es una asesina, la segunda una creadora. Pero la mayoría de los hombres son todavía animales de presa y adoran el olor a cadáver.

¿Comprendéis ahora, por qué yo prefiero y admiro el arte de Gabriela Rivadeneira y no admiro el de Rosa Bonheur? Gabriela Rivadeneira da inteligencia y alma al mundo inanimado. Es una enemiga de la muerte. El sol que hay en sus dedos lo derrocha generosa para que nuestros ojos contemplan el milagro.

Fue, sin embargo, en el primer número de *Pro*, a propósito de la presentación de Carlos Sotomayor, donde Huidobro sistematizó sus ideas y precisó, no lo que era el arte abstracto, sino por qué el arte no puede ser sino abstracto.

La verdad es que la polémica sobre si el fundador del creacionismo fue Huidobro o Pierre Reverdy, resulta casi absurda, cuando se advierte que en realidad lo que se encuentra en ambos es una recuperación por la poesía de la estética del abstraccionismo.

En efecto, Huidobro trató de unir desde sus primeros pasos estrechamente la poesía a la pintura o a la imagen. Y no pienso sólo en las formas gráficas que da a sus poemas en las *Japonerías de Estío*, por ejemplo, ni en la introducción de las letras como collages o perspectivas planas, que utilizan en *Horizon Carré* o *Tour Eiffel*; sino, más que en eso, en sus metáforas, en que son corrientes los procesos de abstraccionismo. Su poesía por lo demás ¿no pretende constituirse en una realidad autónoma? ¿Qué otra cosa es el creacionismo? ¿Qué otra cosa la pintura abstracta?

Por otra parte, ya en su manifiesto *Non serviam*, Huidobro definió su poesía como una declaración de independencia frente a la naturaleza: “Nosotros también podemos crear realidades en un mundo nuestro, en un mundo que espera su fauna y su flora propias”. En realidad el *Non serviam* es también un manifiesto contra el arte figurativo. Al arte representativo de un mundo real, Huidobro opone la realidad del arte creadora de un mundo. A un mundo de “color local”, opone otro de colores y sonidos “puros”. A un arte de pelotilleque opone otro universal y cosmopolita, como lo querían todos los vanguardistas. Pero un arte que tampoco era eurocéntrico u occidental; porque ¿qué más universal —nos dice Huidobro en su artículo sobre el “Arte Negro”—, qué menos esclavo (de la realidad, se entiende) que el arte negro, que no imita jamás a la naturaleza?

El poeta que grita a la naturaleza *Non serviam* es finalmente el mismo pintor abstracto. El artista que se niega a servir a la naturaleza es también la idea de un artista creador absoluto, que, según cuenta Huidobro, le sugirió un viejo poeta aymarás:

No cantes la lluvia poeta, has llover.

ANDREA MORALES VIDAL

Jornadas de Alicante: voces indias en España

Cuando el hombre blanco llegó a nuestro territorio, coartó nuestro derecho a continuar nuestro propio desarrollo. Se apropió de nuestras tierras, mató a nuestros mejores hombres, violó a nuestras mujeres, robó nuestra palabra y habló por nosotros y de nosotros, pero no pudo destruirnos.

Con estas palabras comienza su primer editorial un boletín informativo del movimiento indio. La fuerza y la verdad de esta afirmación se puso una vez más de manifiesto en las Jornadas sobre Culturas Pre-Colombinas que se celebraron en Alicante, España, entre el 4 y el 8 de noviembre de 1985.

Tal vez la elección de Alicante, en las puertas de Al-Andaluz, cuya destrucción fue el laboratorio de la colonización y de la posterior invasión y destrucción de la civilización que crecía en América, haya tenido un carácter simbólico. Cuando avanzan los preparativos para la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento y mientras en Europa se discute si hubo o no un "encuentro de culturas", los pueblos indios por primera vez toman la palabra en España y comienzan la lenta tarea de contar la otra historia.

¿Cuál es la otra historia? Invasión, poblaciones diezmadas, destrucción de una cultura, negación de la existencia del otro. Dicho así suena muy duro. Pero los indios (palabra chocante que reivindican en el momento de emprender su lucha de liberación

"—como indios nos han metido, como indios nos liberaremos") han vivido esa historia durante casi cinco siglos. Y tampoco olvidan que buenas intenciones como las del Padre Las Casas, dieron por resultado la importación a América de mano de obra esclava, negra.

No se han liberado aún los pueblos indios de la situación de colonización a que los sometió la conquista y la colonia. Finalizado el proceso de independencia de los países americanos, la sociedad nacional englobante circundó a los pueblos indios, rompiendo arbitrariamente y de acuerdo a sus intereses la territorialidad de los grupos. Reducidos a espacios insuficientes y pobres y sometidos a una relación colonial con la sociedad criolla, los intercambios con ésta siempre llevaron el sello de la injusticia, la desigualdad y la verticalidad. Se les impuso una religión y un idioma y, más adelante, un sistema educativo insuficiente y ajeno que les negaba el uso de su lengua. Sus necesidades no fueron atendidas. Ni siquiera fueron tomadas en cuenta. La ley, que en la letra podía ser justa, sirvió mejor, de hecho, las finalidades expoliadoras de la sociedad englobante. Un ejemplo: En 1982 Simón Bolívar decreta en Perú: *Las tierras llamadas de comunidad se repartirán... a los indios se les declara propietarios de ellas (las tierras) para que puedan venderlas o enajenarlas de cualquier modo. De*

Andrea Morales es antropóloga y escritora. Vive en Madrid.

donde no resultó la propiedad individual del indio —que, por otra parte, no concibe la propiedad privada de la tierra—, sino el latifundio y el inquilinaje. Pero ni aun esta circunstancia que equipara al indio con los campesinos pobres no-indios ha sido suficiente para hacer desaparecer la línea demarcatoria entre una sociedad y otra. Esa línea demarcatoria es la persistencia de la propia cultura y una organización social que, lejos de ser absorbida o aniquilada, manifiesta su vitalidad y renovado espíritu combativo.

(Decía una hermana mapuche:

—El campesino no-indio va a querer un tractor. El mapuche no quiere un tractor porque le gusta trabajar la tierra. Estar en contacto con ella. La tierra que es la vida. Y va a querer producir sólo lo necesario para vivir y para mejorar la vida en la comunidad.)

Las fuerzas tradicionales que han gobernado América (y recién la izquierda comienza a reflexionar sobre el problema) no han dado al indio más alternativa que la integración. Esto es, que desaparezca la identidad, que desaparezca la línea demarcatoria ya mencionada y que el indio sea y se vea así mismo como un explotado más. Pero el pueblo indio no se suicida. Esto es, se niega a perder sus valores ancestrales a cambio de la integración en una sociedad que lo ha sometido, menospreciado, y que no puede ofrecerle más que la “desaparición” en medio de los grupos más desposeídos.

Y aquí es necesario hacer referencia a la relación entre el pueblo indio y la lucha de clases. El pueblo indio se ve, antes que nada, como un pueblo colonizado. Si bien existen tendencias que plantean una lucha muy diferenciada, este pueblo no identifica únicamente un enemigo (interior) en la sociedad englobante. Una conclusión de las Jornadas de Alicante dice: “En un continente que experimenta los efectos del imperialismo, el pueblo indio sufre, además, la colonización interna. Por lo tanto, la lucha de libe-

ración de los pueblos indios y afro-indios, es doble: al interior de cada país y solidariamente con los oprimidos de América, por la liberación del continente”. Pero observa críticamente el discurso de las izquierdas, pues éstas operan con categorías “occidentales” y ven la organización social y productiva del pueblo indio como una etapa “atrasada”, como un residuo del pasado. Se proyecta una sociedad en que no queda lugar para el indio y su singularidad. Modernizar, desarrollar, significa necesariamente integrar, occidentalizar. La singularidad que plantea la cuestión india no implica, sin embargo, una división peligrosa (y manipulable) de las fuerzas sociales. Más bien llama a la reflexión y al diálogo y a la elaboración de una política que no parta de la negación del otro —encasillado en un marco que no le corresponde y no lo describe—, sino de un proyecto común y creativo. La identidad liberada será una mejor arma que la negación y el dominio.

España ha escuchado, por primera vez, la palabra de los representantes de movimientos indios. Aunque poco conocidos, estos movimientos ya son una realidad y elaboran su pensamiento y su estrategia política. La historia se remonta a siglos de resistencia y a estallidos de rebeliones violentas, pero también a ciertos hitos mucho más recientes que han marcado una toma de la iniciativa y la palabra por parte de quienes habían sido desposeídos de voz. En 1971 un grupo de antropólogos se reunió en Barbados para examinar y poner en tela de juicio la función de las ciencias sociales, cuyas categorías habían estado al servicio del colonialismo. Casi siete años más tarde volvió a reunirse el grupo de Barbados, pero en esta ocasión también asistieron representantes de organizaciones indias. La Declaración de Barbados II es obra de los propios representantes indios. Dirigida a sus hermanos de América, analiza las formas de dominación a que han estado sujetos los pueblos indios y la estrategia que debe seguir

el movimiento indio para alcanzar la liberación. El gran objetivo: *Conseguir la unidad de la población india, considerando que para alcanzar esta unidad el elemento básico es la ubicación histórica y territorial en relación con las estructuras sociales y el régimen de los estados nacionales, en tanto que se está participando total o parcialmente en estas estructuras. A través de esta unidad, retomar el proceso histórico y tratar de dar culminación al capítulo de colonización.*

Esta vez ha sido Alicante el punto de encuentro de antropólogos, catedráticos y representantes de organizaciones indias (mapuches de Ad-Mapu, Aymaras, Miskitos). Allí se realizaron las Jornadas que organizaron IEPALA, de Madrid, el Seminario d'Etnocidi i Colonialisme, de Barcelona y el Comité de Solidaridad con los Pueblos de América Latina, de Alicante. En el país que fuera la cuna del colonialismo, la voz india se ha hecho oír, llamando a la reflexión y a la solidaridad.

O. Z.

Herzog y la balada de las malas conciencias

Llama la atención que, en los últimos tiempos, ciertos círculos europeos y especialmente anglosajones muestren un repentino afecto por los pueblos indígenas de América Latina. Esta corriente de moda, que no logra esconder los complejos de culpa que la promueven, resulta tanto más sorprendente en la medida que suele manifestarse con especial vehemencia en relación con Nicaragua y las minorías étnicas que habitan la Mosquitia, en la región limítrofe con Honduras. En cambio, la situación de los indios paraguayos, brasileños, peruanos o guatemaltecos, para no citar sino algunos ejemplos, parece interesar bastante menos a estos nuevos defensores del "buen salvaje americano".

Durante los más de cuarenta años que duró la dictadura de Somoza, la opinión pública europea no se mostró

muy preocupada que digamos por el destino de los indios Misquitos ni por el del resto de los nicaragüenses. Ese pequeño país centroamericano era conocido, en el mejor de los casos, como una insignificante "república bananera", de la que procedía la bella esposa de uno de los Rolling Stones. Ese pueblo, que había producido a poetas como un Rubén Darío y a revolucionarios de la estatura de un Sandino, se había empeinado, sin embargo, en ofrecer una larga y sacrificada resistencia que sólo empezó a interesar al mundo en la última fase de la lucha popular contra Somoza, cuando ésta había asumido las formas de una guerra civil y cuando ya estaban contados los días de la dictadura.

Ni bien los Sandinistas hubieron conquistado el poder e iniciado la difícil reconstrucción de un país destruido

y ensangrentado, empezaron a aparecer por todos lados los simpatizantes que afirmaban haber estado "desde siempre" contra Somoza y que exigían de "los nuevos gobernantes en Managua" un ejemplar comportamiento democrático que, al parecer, no habían extrañado mucho en las cuatro décadas pasadas (y que tampoco parecen extrañar en otros países latinoamericanos acosados todavía hoy por dictaduras militares). Nicaragua se convirtió en objeto de observación para insobornables críticos que no cesaban de anunciar, a todas voces, lo que esperaban de los nicaragüenses y cómo deseaban que se realizara la revolución correcta. Y como las cosas no están saliendo de acuerdo a su gusto, ya han hecho su aparición los decepcionados que no reparan en atribuir a los Sandinistas las peores fechorías y deslealtades, a fin de poder justificar su propio desencanto. Esta reacción de despecho podría parecer irrisoria, si no fuera porque —a sabiendas o no— contribuye a crear un clima favorable a la consumación de una amenaza concreta que, de un tiempo a esta parte, se cierne con insistencia sobre Nicaragua y el resto de la América Central.

Es sobradamente sabido que el gobierno sandinista ha cometido errores en su afán de incorporar al proceso revolucionario a las minorías étnicas y religiosas de ese país. Y esto se sabe, entre otras cosas, porque los propios Sandinistas, en un gesto de honestidad poco común entre otros gobernantes de este mundo, han reconocido públicamente el error y asumido la cuota de responsabilidad que les corresponde. Pero la indignación farisaica que se deja sentir en torno al destino de los Misquitos se sirve de estos hechos y se suma al coro de quienes apuntan hacia una desestabilización del gobierno sandinista mediante una campaña internacional condimentada con afirmaciones falsas y deformaciones tendenciosas. Un caso que ilustra ejemplarmente esta tendencia es el del cineasta alemán Werner Herzog, cuya película *Balada del pequeño soldado*

fue difundida en horario privilegiado por la televisión germano-occidental al día siguiente de haberse celebrado las elecciones en Nicaragua.

Lo más piadoso que se puede decir de esta película es que se distingue por la irresponsable ligereza con que deforma hechos históricos e ignora datos de imprescindible valor informativo. Este film, que utiliza un lenguaje y una estructura documentales y se pretende distanciadamente objetivo, revela una total ignorancia del trasfondo histórico y un tratamiento superficial de la temática en cuestión. Si en sus películas de ficción, Herzog desfigura al personaje de Fizcarraldo o atribuye a los aborígenes australianos mitologías inventadas en una taberna de Munich, es algo que, después de todo, puede legitimarse con el argumento de la libertad creadora, aunque no resulte muy convincente. Pero ese mismo método resulta dudoso y hasta peligroso, cuando es empleado en una película documental que aborda un tema tan actual y tan delicado como lo es el de los Misquitos. La arrogante sabiduría que destila el comentario del film revela una actitud colonialista frente a los problemas y las realidades de otros pueblos. Herzog parece creer (aunque él no es el único que adhiere a esta creencia) que un par de semanas de turismo político en alguna de las periferias del mundo bastan para entender en toda su amplitud y profundidad una compleja evolución histórica y para ponerse a dar cátedra sobre ella. El resultado no es otra cosa que una andanada de simplificaciones y disparates escalofriantes.

En su "Balada", Herzog parte de la sorprendente como lapidaria aseveración de que "los Misquitos son el primer pueblo indígena desde la conquista española de Latinoamérica que ha decidido armarse y ofrecer resistencia, y es por ello que se les toma en serio" (tal el comentario del film y el propio Herzog en la revista *tip*, Nº 20/84). Habría que preguntarle de dónde ha sacado esta novedosa información, pues tiene calidad de primicia. Pero mejor

sería recordarle, que si se hubiese tomado el trabajo de investigar con un poco más de seriedad (con ese rigor científico del que suelen enorgullecerse los alemanes), se habría topado con nombres tan conocidos por la historia y la literatura latinoamericanas como Caupolicán, Túpac Amaru, Juan Santos Atahualpa, Túpac Katari, Vilca Apaza, Grigotá, Mateo Pumacahua y algunos otros más, y se habría enterado de que ya en el siglo XVI, como en el XVIII, el XIX y el actual hubo y hay levantamientos indígenas. ¿No son indios, acaso, los mineros bolivianos que en los últimos cincuenta años han ofrecido, repetidas veces, resistencia armada a todos los intentos por doblegarlos? ¿Nunca escuchó él hablar de los grandes levantamientos campesinos en los Andes peruanos en los años sesenta? ¿No sabe él que los indios de la selva brasileña han ofrecido también resistencia armada a las autoridades locales y a los consorcios extranjeros que pretendían arrebatarles su territorio? Para tener una información elemental al respecto, le habría bastado con ver algunas de las películas del grupo boliviano Ukamau o con leer el ciclo de novelas históricas del peruano Manuel Scorza (a las que su autor, dicho sea de paso, también les dio el subtítulo de "Baladas").

Pero si todo esto es mucho pedir, a más tardar durante su estancia en Centroamérica para el rodaje de su "Balada" podría haberse informado de que en un país no muy lejano, en Guatemala, el pueblo indígena ofrece desde hace años una tenaz resistencia armada a los intentos de exterminio por parte de la dictadura. ¿O es que Herzog considera que la guerrilla guatemalteca no merece ser tomada en serio, porque no recibe apoyo en dinero y en armas por parte de la CIA? Porque éste es el segundo aspecto cuestionable en la afirmación de Herzog. ¿Está él verdaderamente seguro de que la guerrilla Misura es una organización completamente autónoma de los Misquitos? ¿Por qué no menciona que detrás de Steadman Fagoth se

mueven poderosas fuerzas interesadas en utilizar a los Misquitos para derrocar al gobierno sandinista? ¿Y puede tomarse en serio a Herzog, cuando afirma, con admirable desparpajo, que los Misquitos, "tuvieron que recurrir a asesores militares que proceden de la Guardia Nacional somocista"? Aparte de que la falta de una tradición militar no puede justificar cualquier desatino, Herzog podría preguntarse si las cosas no han sido, más bien, al revés, es decir que los "Contras" se han servido de los Misquitos para utilizarlos como carne de cañón y como objeto de propaganda para sus propios designios.

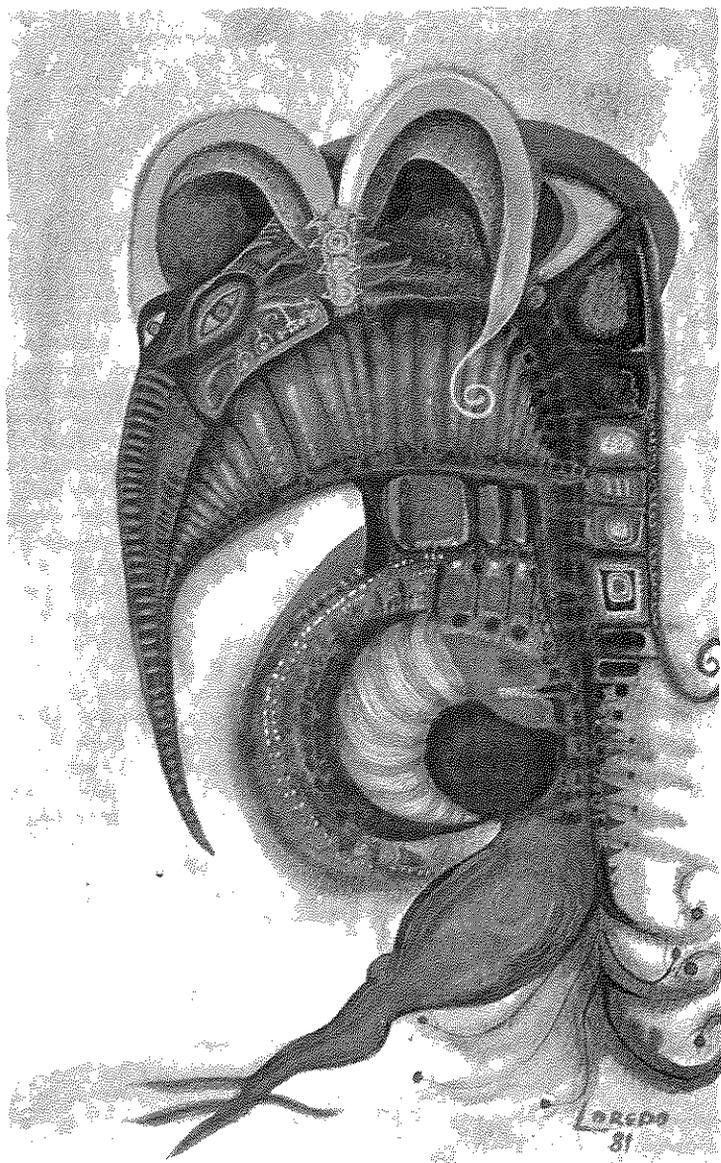
En la película aparecen esos asesores militares impartiendo no sólo entrenamiento militar, sino también adoctrinamiento ideológico a los niños Misquitos. Y a Herzog no se le ocurre preguntarles por qué están luchando, ni cómo se imaginan la Nicaragua que construirían en el caso de una supuesta victoria, ni menos qué lugar les asignarían en esa sociedad a los Misquitos. Con ese tipo de indiscrecciones no se debe importunar a los que fueron esbirros somocistas. En vez de ello, Herzog arriesga la inteligente pregunta, si los niños Misquitos son valientes para luchar. Bien podía haberse ahorrado esa averiguación, ya que cualquier espectador con dos dedos de frente sabe la respuesta de antemano. Al final se hacen algunas sesudas consideraciones que tratan de establecer un paralelismo con la manipulación de que fueron objeto las juventudes hitlerianas. Y puesto que el comentario se encargó, de antemano, de informarnos de que también los Sandinistas practican el reclutamiento obligatorio de menores para enviarlos al frente, no queda sino la filosófica conclusión de que somocistas, Sandinistas e hitleristas son todos la misma cosa, poco más o menos. Será porque Ortega, Ramírez, Borge, Cardenal y compañía abrigan ambiciones expansionistas en Centroamérica para ganar "espacio vital" para el "elegido" pue-

blo nicaragüense (previa eliminación de los Misquitos, se entiende).

Por lo demás, en toda la película no se dice una sola palabra sobre el trasfondo histórico del que resulta la actual situación nicaragüense. ¿Es lícito abordar el problema de la Mosquitía sin siquiera mencionar, aunque sólo fuera de pasada, que la inseguridad e irritación de algunas reacciones de los Sandinistas podrían explicarse a partir de las terribles experiencias históricas del pueblo nicaragüense? El hecho que tropas norteamericanas han invadido el territorio de Nicaragua en doce ocasiones y otras tantas en los países vecinos, además del reciente asalto perpetrado contra Granada, es algo que no merece la atención de Herzog. Tampoco le interesa saber qué condiciones previamente existentes pudieron haber conducido a una falta de entendimiento entre Sandinistas y Misquitos, ni qué papel ha jugado en toda esta historia la religión morava inculcada a los Misquitos desde mediados del siglo pasado por misioneros anglosajones. Herzog asume una posición de moralista inflexible y no le concede a la Revolución el mínimo derecho a equivocarse. Y con alarmante simpleza llega a sugerir que los Misquitos vivían antes en una especie de arcadía idílica (el comentario habla de un "socialismo primitivo"), en la que habrían irrumpido los Sandinistas, asesinando y quemando sin que mediara motivo alguno, y destruyendo así una preciosa cultura ancestral (que, vale la pena recordar, él no respetó mucho que se diga, cuando filmó *Fizcaraldo* en la selva peruana). Y desde luego que tampoco menciona para nada a los muchos observadores internacionales, entre ellos sacerdotes, periodistas, intelectuales y técnicos voluntarios, que han dado una versión más matizada de los hechos en las poblaciones misquitas y que han informado sobre secuestros masivos por parte de los "Contras". El tomar en

cuenta por lo menos algunos de estos aspectos no tiene nada que ver con los "infelices postulados" que Herzog, curándose en salud, atribuye al *cinéma vérité* (en la revista *tip*, N° 20/84), sino con un elemental sentido de responsabilidad periodística y de honradez intelectual, incompatibles con los verdaderamente infelices postulados del "realismo capitalista", tal como se manifiesta en esta película supuestamente documental y objetiva. De un cineasta con el prestigio de un Werner Herzog podía esperarse algo muy distinto de lo que suele verse en los informes de ciertas agencias noticiosas. Pero esa esperanza resultó infundada.

Quienes se sienten acosados por algún complejo de culpa, heredado del pasado, tienen todo el derecho a hacer un acto de contricción y a darse golpecitos en el pecho, si eso les parece útil. Pero no tienen ningún derecho a difamar el esfuerzo revolucionario de un pueblo que lucha por sacudirse de una larga y pesada carga de opresión y miseria. En Nicaragua y en el resto de América Latina no están en juego la mala conciencia ni el buen prestigio de genios angustiados. Una manifestación callejera en Berlín o un par de declaraciones de protesta, por más que estén firmadas por nombres notables, no pueden invalidar un golpe de estado o un desembarco de *marines*. El minado de puertos, la quema de una plantación, el bloqueo de un país y la brutal invasión militar son hechos que, contemplados en la televisión o leídos en el periódico, pueden conmover y hasta provocar indignación, pero no producen necesariamente un cambio fundamental en la vida y el destino de los defensores del "buen salvaje americano". Pero para el pueblo de Nicaragua (incluidos los Misquitos) y para los demás pueblos de América Latina, ese tipo de acontecimientos tiene consecuencias que difícilmente pueden ser imaginadas en la balada de un observador neutral y distanciado.



Una memoria creadora

Conversación con Fernando Alegría

OSVALDO RODRIGUEZ

—*Una primera lectura de tu libro* me causó mucho placer (y mucha envidia, claro, cosa del oficio) y comencé a preguntarme qué es lo que pasa. Creo, en primer lugar que la familiaridad que tú estableces con el lector es algo importante en este libro y, a pesar de que lo último tuyo que leí fue El paso de los gansos, me parece que esta familiaridad es algo nuevo en tu narrativa.*

—Sí, porque el punto de vista que se usa en *Una especie de memoria* es el de un testigo presencial, sólo que este testigo presencial se está refiriendo a un pasado que convierte en presente y es que yo creo que esa es la manera más efectiva de conseguir la atención devota del lector.

—*¿Y esta fórmula la habías experimentado antes?*

—Había experimentado antes con la evocación de tipo anecdótico, recuerda el ejemplo de Hemingway cuando dice que la manera más efectiva de contar una cosa es la que usa un individuo en un bar, por ejemplo, cuando de pronto se vuelve hacia su vecino, que está también en silencio bebiendo, y le dice: escuche, esto es lo que me pasó a mí, y en ese momento todos los demás que están en el bar vuelven la cara y escuchan, aunque después pierdan la atención. Lo

Oswaldo Rodríguez es poeta y escritor (y músico), autor de *Diario del doble exilio* (poemas) y de *Cantores que reflexionan. Notas para una historia personal de la canción chilena*. Vive en Volterra, Italia.

* *Una especie de memoria*, editado en México por Editorial Nueva Imagen.

que hice ahora no fue exactamente eso, el procedimiento es el mismo, pero el objetivo es trabajar con una memoria creadora. No una memoria que repite, sino una memoria que inventa.

—*Una cosa que me llamó la atención, a propósito de creatividad es que tú te permites poner en boca de algunos personajes frases que esos personajes habrían dicho y luego das un salto de humor y dices, bueno, la verdad es que Rojas Jiménez jamás dijo esto, pero a mí me hubiese gustado que lo dijese... ¿Es una licencia del narrador?*

—Esto quiere decir que no estoy trabajando con la memoria, sino con el olvido. El olvido creador. Porque se le va dando la oportunidad al lector de crear un pasado con el narrador, sobre la base de una memoria que se transforma en un olvido creador. Para mí es muy importante esta diferencia entre “una especie de memoria” y un libro de memorias. No son memorias las que aparecen aquí, sino que son olvidos. Y estos olvidos aparecen recreados dentro de una realidad ficticia, nueva, por eso es posible que el personaje central esté narrando en un momento determinado un episodio de su propia vida y sin ninguna transición se convierta en otro personaje.

—*Eso nos explica un poco una técnica de narración, pero veamos ahora otra cosa. A mí me parece que de todas maneras hay en el libro la voluntad de narrar una generación, es decir memoria, es decir cosas que acontecieron y que tú observaste. Algo como una voluntad de definición de una generación a la cual tú perteneces. Una búsqueda de coincidencias, por ejemplo, tú dices que todos llegaban de alguna parte y luego se iban: Neruda llegó desde Temuco, De Rokha desde Chillán, Rojas Jiménez desde Quillota. Y luego todos se iban, Rojas Jiménez a Europa, Neruda a la India..., tú, también te fuiste. Entonces, a propósito de las coincidencias, ¿cómo fue ese ejercicio de memoria?*

—Primero las coincidencias. Las coincidencias son temas que se usan como leit motiv, “todos se iban” o “todos llegaban a Santiago”. Esas coincidencias contribuyen a definir a la generación a la que me estoy refiriendo, ahora, ¿cómo es posible que haya tantas precisiones? Se trata de una precisión en la imprecisión. Luis Enrique Délano me decía: lo que me gusta de este libro es que parece que todo estuviese pasando ahora, pero, me decía, tú dices ahí que Neruda y yo pasábamos por la calle Ahumada envueltos en unos grandes abrigos de pelo de camello que nunca tuvimos y que yo llevaba un borsalino... ¡Nooo!, me decía, si los borsalinos salieron mucho después... o mucho antes, ahora no recuerdo. Lo que pasa es que hay una imprecisión que me ayuda a mí en el proceso de crear una imagen, en este caso, una metáfora. No es que esté haciendo una reproducción objetiva. La precisión está en el hecho de que hago una metáfora de esa imprecisión y eso me permite escaparme por muchos lados.

—*He notado que a lo largo del relato hay cosas que suceden y luego se interrumpen, frases que se quedan como en el aire y no se completan luego.)*

—Es un mecanismo creador del olvido, es la pausa. En la experiencia poética creadora se trabaja, como tú sabes, con una emisión de frases que pueden tener medida, ritmo, o no tenerlo; sin embargo, es tan importante la pausa como esa misión de la voz, porque en la pausa se produce una pluralidad de significados que el lector capta. Equivale a una persona que está contando algo y dice, por ejemplo, “la escena fue de una violencia, pero también de un heroísmo... de un heroísmo.... ¿ah?”, sin completar la frase, pero el lector o el auditor comprende que él debe proporcionar la definición de ese heroísmo.

—*¿Esa organización de prosa tiene que ver con tu pasado y con tu presente de poeta?*

—Es el resultado de muchos años de trabajo, no es deliberado, es algo que ya forma parte de mi manera de respirar, que es mi manera de escribir. Creo que tiene que ver con algo que también se nota a través del relato, una especie de equilibrio que no se ve en mis textos anteriores. El narrador se da más tiempo, no se precipita; no se apresura jamás, sino que deja que el texto fluya en forma natural y ese fluir lleva un ritmo determinado.

—*Hay escritores que empiezan un párrafo de cualquier manera, para terminarlo en forma más o menos orquestal. ¿verdad? Pero yo quiero volver atrás e insistir con las cosas que dejas en el aire y siento que es como si la trampa estuviese puesta al revés. Comienzas un capítulo de esta manera: “Dice Virginia Woolf que una de las dificultades más grandes en la tarea de quien escribe memorias es revelar la verdadera índole del individuo a quien le suceden los acontecimientos narrados. Embebido en la descripción de anécdotas y manejando el complejo y peligroso ardor de revivir a personajes ya esfumados en una neblina de irrealidad, el memorialista no tiene ojos para sí mismo...”, etc. ¿No es una trampa todo esto?*

—La referencia a Virginia Woolf es por un hecho muy sencillo. Ella, como tú sabes, vivió en una época de grandes memorialistas, a quienes recordaba para hacer una biografía o una autobiografía en el sentido tradicional de la palabra. Entonces ella responde, en ciertos recuerdos autobiográficos que hace, con un episodio, dice, por ejemplo: voy a hablar de mi madre; pero resulta que en todo el capítulo no habla de ella, sino que habla de un vestido que llevaba puesto su madre cuando ella era una niña de tres o cuatro años e iba sentada en la falda de su madre, en el vagón de un tren en viaje a Londres y lo único que recuerda la niña son las flores del vestido, toda su atención está centrada en las flores, pero también en el ruido del tren, en el ambiente, etc. Lo que ella quiere decir es que está recordando a su madre y las circunstancias en que se produjo ese episodio, pero quien recuerda eso recuerda lo que vivió y lo que vivió ella fue la sensación de una niña ante el vestido de su madre, el calor, el olor, eso es lo fundamental. Para mí los recuerdos ya no son recuerdos, sino recreaciones, como dije, de un pasado. Tienen importancia no en el hecho cir-

cunstancial mismo, sino en lo que dejaron en mí. Lo que dejaron profundamente impactado en mí, porque al fin y al cabo, lo que uno está haciendo en este tipo de memoria es definirse a uno mismo.

—*Tu respuesta me produce dos cosas: tu intención de llevar al lector por un tiempo tuyo, empleando una forma de narrar que se sirve de una endiablada simpatía, a través de quiebres y sorpresas que resultan sorprendivas. Pero también juegas con el tiempo y con ciertas situaciones dramáticas. Cuando hablas de Ramona Parra, por ejemplo, dices que allí quedó muerta, a pocos metros de donde iba a morir Víctor Jara. Es decir, yo veo allí un tiempo condensado. Una reactivación del recuerdo a través de una síntesis que también es licencia del narrador.*

—Y hay un tercer punto de vista, porque si recuerdas bien cuando estoy hablando de Ramona Parra estoy hablando de Pablo Neruda y su llegada a Santiago, lo que equivale hablar de los años veinte; el relato se traslada sin transición a la época de las protestas en que muere Ramona Parra y en seguida en la referencia a Víctor Jara hay un significado distinto que hace que el lector recorra bruscamente una parte importante de la Historia de Chile.

—*Dices, de tí mismo: "Hoy, perdiendo las plumas, más viejo yo, pero aún saltón...". O bien otra frase: "las compañeritas de boina se sacaban los calzones de lana, en Santiago el invierno frío...", etc. Cuéntame algo de este humor un poco desfachatado.*

—Hay algo que me interesó desde el comienzo al narrar esto: a los chilenos nos tratan de inculcar un sentido riguroso, "sobrio", dicen en Chile, de la historia. Debería decirse "muerto", que es la verdad de las cosas. El chileno siempre tiene la tentación de corregir las cosas con falta de respeto, como dices tú: con desfachatez. Ese es el origen de las anécdotas sobre Arturo Prat, sobre el caballo de O'Higgins, sobre la estatua de Pedro de Valdivia en la Plaza de Armas que se lo pasa cambiando de lugares, etc. Siempre se está viendo un lado grotesco de esa historia oficial hecha de puros monumentos: porque la verdadera historia que andamos buscando nosotros es otra.

—*Veo que te has vuelto jugueteón, recordando detalles como éste: que en las concentraciones, es decir, en las manifestaciones, había pacos de civil que actuaban de provocadores y a los cuales se les reconocía porque al irse de espaldas se les veían los calcetines verdes.*

—Es que ésa era una talla que se repetía mucho en los tiempos de represión que yo viví en Chile. Y es estrictamente verdadero; esos provocadores comenzaban a armar una reyerta y eso terminaba a golpes y a balazos y en más de una oportunidad el baleado resultó aquel señor que al irse de espaldas mostraba los calcetines verdes.

—*En el libro hay un rescate de una cierta picaresca chilena a través de algunos personajes. Por ejemplo, cuando cuentas que Pablo de Rokha dejó como rehén a Ruben Azócar en un hotel por no pagar la cuenta, pero lo dejó sin pantalones y sin zapatos, para que no pudiera huir, o cuando cuentas que Rojas Jiménez estuvo a punto de lanzarse desde un balcón de la Intendencia de Valparaíso si no le completaban el dinero de*

un pasaje para irse a Europa. Dime, ¿es ésa una característica de una generación o una característica del chileno?

—Yo creo que es del chileno; hay una picaresca chilena, como hay una mexicana o de cualquier país latinoamericano o España. Pero en el humor del chileno hay algo bien peculiar. Siempre se ha considerado histriónico y no estoy de acuerdo con eso; el chileno no es un ser naturalmente histriónico, sino que depende mucho más del humor verbal, de la talla, del chiste, el cuento corto. Y muchas de las anécdotas que aparecen allí en el libro son cómicas por la situación y por la frase que describe la situación y que encierra lo inesperado.

—*Tú dices por allí ciertas cosas sorprendentes. Estás hablando de Arturo Alessandri y cuentas lo que habría heredado de su abuelo, que era director de compañías teatrales: "De él sacó tal vez la magia ilusionista de sus dedos y la iluminada dulzura de sus ojos de acordeonista". Yo veo aquí un juego.*

—La alusión allí es una solución: Alessandri italiano, su abuelo empresario de teatro, El León y el circo, el domador, el orador brillante que domaba así a las multitudes con sus palabras y sus discursos líricos *en los que no se decía nada*, sino que se cantaban. De ahí a imaginármelo con un acordeón en las manos, un acordeón de buen italiano lírico, no hay más que un paso. Esa es la razón. Ahora, todo eso tiene que concentrarse en una sola frase y no comentarla, sino que dejarla así, tal cual, en el aire, para que produzca el efecto que debe producir.

—*En otra parte evocas a Luis Enrique Délano, escritor, diplomático. autor de tal y tal obra, y "cejas de gato colorado..."*, etc.

—Claro, hay también frases sobre Lucho Oyarzún, Jorge Millas, Volodia, que son así: características rápidas.

—*O la "lealtad con chaleco de Homero Arce", ¿por qué, me preguntas?, ¿es que se puede ser leal sin chaleco?*

—Para mí hay varias cosas juntas, porque Homero Arce fue siempre la persona correctísima en el vestir, siempre de cuello duro, su chaleco y su cadena y sentadito así, frente a la máquina y Neruda paseándose y dictándole, y esa es la imagen que tengo de Homero con esa lealtad total suya hacia Neruda.

—*¿Y hay el rescate de algunos personajes perdidos como Rojas Jiménez o Carlos de Rokha, por ejemplo?*

—Sí, de Lafferte, de Rojas Jiménez y del coronel Grove, por ejemplo. Hay un intento serio de rescatar a Carlos de Rokha, porque él es un poeta olvidado para la historia de la poesía chilena. Con la excepción de que poetas grandes se acuerdan de él y lo proyectan así en sus significaciones. Carlos de Rokha fue un gran poeta maldito. Estoy pensando ahora en las evocaciones que de él hace Enrique Lihn.

—*En el libro hablas de la unidad Neruda-Vallejo-Mariátegui e incluyes un poema nerudiano muy poco conocido. ¿De dónde lo sacaste? ¿Y quisieras decirme algo más sobre esa unidad?*

—El poema de Neruda que cito apareció en *Claridad*, reproducido por Wilberto Cantón en su libro *Posiciones*, México, 1950, página 122. La conjunción a que aludo es significativa porque Mariátegui, a través de su revista *Amauta*, comienza a darle fundamento al frenesí revolucionario de los jóvenes poetas chilenos que publicaban *Claridad*. La crítica —por lo general— quisiera ver un “cambio” repentino —un salto a lo Mao— en la poesía de Neruda a partir de la *Segunda Residencia*. Lo que no toman en consideración son las semillas de un humanismo socialista que están presentes en la temprana poesía de Neruda, así como en los versos del maestro primario que fue Vallejo en esos años. Neruda evolucionó hacia una ideología marxista y una militancia revolucionaria. La teoría de las “épocas” nerudianas no se justifica. El movimiento de su poesía fue constante, rítmico y dialéctico, como el movimiento del mar.

—*Detengámonos un instante en un párrafo de la página 81. Te estás refiriendo a los oligarcas dueños de Chile contra quienes escribe Neruda. Leo: “A todos les dio Neruda su merecido en el Canto General. Los nombró con pelos y señales, los calificó sin piedad marcándolos en la frente para que no sean olvidados”. Y agregas: “Y serán olvidados. No puede ser de otro modo. Neruda echó a correr nombres en vano”.*

—Sí, creo que Neruda, en su madurez y ya tranquilo, se dio cuenta de que González Videla, por ejemplo, no merecía ser parte, aunque mala, del *Canto General*. ¿Qué decir de los otros, almas de suches, si tenían alma, a quienes el mismo Neruda les disfraza el nombre por piedad? La polilla de la política, que es la ocupación de los diputados termales chilenos, siempre echó a correr nombres en vano. No Neruda, quien cuando nombraba, quemaba. Los chilenos olvidamos porque no queremos aprender de las derrotas. Nos gusta condenarnos a repetir el pasado. Porque, como sugiere Santayana, hay gente a quien la historia la seduce como un vacío donde se transforman las desilusiones y se convierten en “happenings” patrióticos.

—*Veamos otro párrafo: “De las noches de Independencia, del viento y la lluvia en las bocacalles oscuras, de una pequeña orquesta que toca tangos sobre la plataforma de un bar, no queda más que esa pieza, como en un espejo, de un color que no recuerdo, aunque el olor me persigue...” Todo el párrafo me da la impresión de que el libro resume un tremendo olvido; es como leer cosas metidas en la neblina. —¿Tiene que ver esto con el exilio? ¿Cómo es rescatar memorias de la juventud, sentado en tu bello escritorio, rodeado de recuerdos chilenos, pero a dieciséis mil kilómetros?*

—Tienes razón, es un tremendo olvido que insiste en ser memoria. Quien recuerda en estas páginas se aferra a un mundo que va cerrándose: personajes y cosas, fechas, lugares se revisitan para insistir en su realidad primera. Tarea inútil, por supuesto, porque todo eso lo inventamos nosotros hace muchos años, y ahora que lo inventamos de nuevo, no lo reconocemos y nos duele. Por eso la pena y, también, la ironía. En este ambiente de California es fácil inventar un rincón

chileno, especialmente si uno se rodea de matas de ruda, romero, yerbabuena, y se abanica con cedrón cuando se acalora comiendo las cholgas de Halfmoon Bay. Por las mañanas la neblina es la misma y el sol, a media mañana, es el mismo que se amarra a los espinos y aromos chilenos. De repente, ladra Reagan y comienza la entropía.

—*El libro termina prácticamente en el 38. ¿Se trata entonces de un primer tomo?*

—Es un primer tomo, el segundo va en camino y trata en particular de mi larga experiencia centroamericana.

—*Nos vamos con la última: echo de menos un capítulo con la fotografía aquella en que estás con sombrero junto al gigante Manuel Rojas, a Neruda, el doctor San Martín y Gonzalo Rojas. ¿O no merecía un capítulo?*

—Estaré con sombrero junto al gigante Manuel Rojas, a Neruda, al doctor San Martín y Gonzalo Rojas, otra vez en el tercer tomo, y no me olvidaré del caballero rojo que fue Orlando Letelier, y del caballero más rojo aún que fue el presidente Salvador Allende.

A DIOS ROGANDO...

“Podemos comprender algunas de las dificultades que encuentra Vuestra Excelencia en la transición que dirige a su gran nación hacia una democracia libre... Rogamos a Dios Todopoderoso y a la Virgen del Carmen para que guíen a vuestra Excelencia.”

(General Roberto Schweitzer, presidente de la Junta Internacional de Defensa, en visita realizado a Pinochet, 23-X-85.)



Fragmentos de un diario

AUGUSTO MONTERROSO

Augusto Monterroso, escritor guatemalteco que ama los textos minúsculos, y que es él mismo un hombre de pequeña estatura, hace ya tiempo que entró por la puerta grande de la literatura latinoamericana para instalarse al lado de los meros grandes. El adora las situaciones paradójicas y las cultiva no sólo cuando escribe: lo conocí en Santiago (1953: él buscaba refugio, caído Arbenz, en el país donde yo a mi vez lo había encontrado, diez años antes, cuando Guatemala era todavía gobernada por Jorge Ubico), donde lo evoco en la calle San Antonio, camino de la librería Nascimento, o cruzando Ricardo Santa Cruz para entrar a la Editorial Universitaria, andando, en uno u otro caso, con los dos únicos gigantes que por entonces teníamos en la literatura chilena: Joaquín Gutiérrez y Manuel Rojas.

(Claro, tengo muchos otros recuerdos suyos: junto a Lola, todavía; la pieza donde vivían en la calle París; nuestras reuniones políticas imposibles; mi asombro ante su ingenio inagotable, y el montón de libros que le ofrecí como única silla la primera vez que fue a almorzar a mi casa en el el barrio de la Pila del Ganso. Pero esas son historias para ser contadas en otra ocasión.)

A Tito lo vi viviendo la emoción de empezar a sentirse, públicamente, escritor, cuando mostraba, alborozado, el suplemento dominical del diario *El Siglo* donde acababan de publicarle su cuento "Mister Taylor". Desde entonces, aquel relato pasó a ser más o menos clásico y a figurar en todas las antologías, y él empezó después a mostrar su garra de maestro, publicando libros muy breves y muy distanciados entre sí, en el tiempo: *Obras Completas (y otros cuentos)*, *La oveja negra (y demás fábulas)*, *Movimiento perpetuo*, *Lo demás es silencio* y otro título más que se me escapa. Libros todos que denuncian al escritor que vive, con el frenesí silencioso del ajedrecista, la

pasión por su propio oficio. Ahora último parece que descubrió que tenía todavía mucho que decir (aunque también puede ser que se haya sentido acicateado por el ejemplo de B., cuentista espléndida que, si él se descuida, tal vez pronto tenga una bibliografía más extensa que la suya) y se puso a escribir sus *Fragmentos de un diario*, sometiéndose a la dura prueba de la entrega escrita semanal. Sin interrupción, estos "fragmentos" han venido publicándose desde hace ya casi dos años en el suplemento de los sábados del diario mexicano *Unomásuno*. El centenar de textos ya aparecidos se editará el año próximo en un volumen, pero mientras tanto, a modo de primicia, anticipamos la selección que viene a continuación (y de la cual, en tanto tal, sólo nosotros somos responsables).

Tito Monterroso no nos lo dijo, pero está claro que cuando nos entregó sus páginas de diario, estaba patentizando el afecto (expresado sólo con guiños secretos, como todo lo suyo, por un país que —digámoslo con franqueza y pena— creo que no le dio mucho más que pobreza, sinsabores y desencuentros.

Carlos Orellana

1984

19 de enero
Aprender a escribir

El 15 de noviembre pasado me encontré con Manuel Scorza. B. y yo fuimos a verlo en su departamento, 15, rue Larrey, en París. Comenzamos a hablar, como siempre, de México, de amigos comunes, para desembocar, como siempre, en la literatura. Noté que Scorza tenía una nueva manía. Cada poco tiempo sacaba una especie de libretita y un lápiz y anotaba cualquier broma de las que decíamos, cualquier ocurrencia, mientras declaraba: "Los pondré en mi próxima novela", y guardaba su papelito para volver a sacarlo cinco minutos después. Entonces yo le recordé que Joyce practicaba también esa costumbre y que hubo una época en que en las reuniones ya nadie quería decir nada delante de él porque todos sabían que sus frases (generalmente de lo que se hace una conversación entre escritores, sólo que la mayoría las deja escapar, o las desperdicia sin preocuparse, o cuando mucho espera a llegar a su casa para anotarlas) irían a dar a sus novelas; pero Manuel dijo a mí no me importa y eso también lo voy a anotar; y así seguimos un buen rato hasta que en un momento dado se levanta y dice riéndose: "¿Saben una cosa? Por fin ya aprendí a escribir, ya no me interesan los adjetivos ni las comas ni nada de ese tipo, ya descubrí el humor, ya hago lo que quiero, sin preocuparme

neuróticamente por la forma o la perfección o esas vanidades; ¿les leo las primeras páginas de mi nueva novela?” Cuando le dijimos que sí, la trajo y comenzó a leer. Mientras lee yo alcanzo a ver las páginas escritas a máquina y según él ya en limpio, en las que observo tachaduras en una línea y en otra, y cambios producto quizá de la relectura preocupada de esa misma mañana, o del último insomnio. Scorza, que comenzó leyendo con cierto brío y distintamente, va perdiendo poco a poco el aplomo y acaba por decir que mejor hasta ahí, que nos está aburriendo, pero que más adelante la obra mejora, que en todo caso le falta todavía mucha investigación que hacer en la Biblioteca Nacional porque hay cosas que tienen que estar bien documentadas, qué fastidio, dice, ahora que ya aprendí a escribir. Y prefiere contarnos los problemas que tuvo para cobrar sus derechos de autor a no sé qué editorial, y cómo casi lo logró cuando hace algunos años, durante un Congreso de escritores en una capital sudamericana, ante las cámaras de televisión y un auditorio nacional, el Presidente de la República dijo señalándolo:

Presidente: Es un honor para nosotros tener aquí al gran novelista peruano Manuel Scorza. ¿Qué mensaje nos trae, señor Scorza?

Scorza: Señor Presidente: yo no traigo mensaje; traigo una factura.

Fue cuando yo saqué mi libreta, anoté su dicho, y nos reímos.

7 de abril *El Caimán Barbudo*

Copio partes de un cuestionario (con mis respuestas) que me envía Víctor Rodríguez Núñez, de la revista cubana *El Caimán Barbudo*:

Pregunta: De ti he recibido testimonios encontrados. Mientras Norberto Fuentes afirma que eres un tipo peligroso, al que hay que acercarse “tomando todas las precauciones”, José Luis Balcárcel sostiene que eres tímido, al punto de no sobrevivir a una lectura en público de tus cuentos.

Respuesta: Me gusta la idea de que Norberto Fuentes tenga razón y estoy seguro de que Balcárcel la tiene.

Pregunta: Te propuse la anterior interrogante porque ahora quiero darte una noticia, que desearía me comentaras: eres uno de los narradores latinoamericanos de hoy más leído y admirado por los jóvenes escritores cubanos.

Respuesta: Es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo, y me alegra de veras por venir de donde viene, pues cuando he estado allá en algún congreso y me he perdido en las calles de La Habana Vieja o lo que ha sido más frecuentemente, entre los demás congresistas, siempre he pensado que en algún periódico podría publicarse un aviso que dijera:

Perdido y encontrado

Escritor desconocido extraviado.
Se gratificará a quien logre identificarlo.

15 de junio

Una vez resuelto el problema económico (sin hablar de los otros), la lucha para escribir se convierte en la gran batalla contra la facilidad, el demasiado tiempo, la comodidad y el ocio con que uno esperaba contar algún día, y que ahora, una vez obtenidos, prefiere dedicar a la lectura, al chismorreo, a la contemplación de obras de arte; en pocas palabras, a seguir preparándose para una tarea de escritor que siempre postergó, como cuando el niño pospone cosas para “cuando sea grande”.

Desde que comencé con esto, escribir ha sido para mí algo realizado en circunstancias adversas o incómodas, dentro de tiempos restringidos, de horarios asignados a trabajos ineludibles de subsistencia.

El demasiado tiempo es, sobre todo, eso: demasiado.

Recuerdo que de niño oía decir que los pobres comen más a gusto que los ricos porque cualquier cosa “les sabe”; y que los obreros duermen mejor, claro, por estar tan cansados. Hoy me doy cuenta de que esos axiomas eran una conseja reaccionaria; pero como tengo hábitos de pobreza adquiridos en la infancia, hábitos de familia acomodada venida a menos, a veces diez minutos, veinte minutos robados a algún patrón o a la burocracia, me han “sabido más” y han sido más productivos que la mejor mesa puesta y que dieciséis horas diarias para “hacer lo que quiera”.

Tristemente, el demasiado tiempo se reduce por sí solo; con el paso de los años un mes se parece cada vez más a una semana y una semana a un día, pero uno sigue diciendo, como el poeta y en favor del amor, que el libro espere y que la pluma aguarde.

Por fin, lo que uno iba a hacer cuando fuera grande ya ha sido hecho, pero por otros.

18 de junio

El elogio dudoso

El único elogio que satisfaría plenamente a un escritor sería “Usted es el mejor escritor de todos los tiempos”. Cualquier otra cosa que no sea esto comienza a tener, según el escritor, cierta dosis de mezquindad de parte del mundo y de la crítica. Vienen después algunas gradaciones, todas inaceptables cuando no francamente deprimentes: “Es usted el mejor poeta de su país”; “Está usted entre los mejores ensayistas de su generación”; “Usted, Fulano y Zutano encabezan la nueva hornada (cuando ya se sabe que Fulano y Zutano son un par

de imbéciles) de cuentistas.” “Es usted el más leído”, puede ser ambiguo, pues los gustos cambian; “El más vendido”, peor; en el fondo el autor, con poco que sea inteligente, aunque no siempre lo es cuando se trata de sí mismo, sabe que la publicidad y la promoción hacen milagros.

Puedo imaginar entonces lo que Rubén Darío pensó y sintió cuando leyó en una carta de Juan Ramón Jiménez: “Pero usted no esté triste; ya sabe que no pasa ni su obra ni su corazón. Usted —ya lo dije— es el mejor poeta que ha escrito en castellano desde la muerte de Zorrilla.”

25 de junio

Comida con Juan Rulfo en casa de Vicente y Alba Rojo. Preocupaciones de Juan, problemas que lo agobian a estas alturas en que debería tener todo resuelto. Acostumbrado a tratar con fantasmas, los seres de la vida real son para él menos manejables que los que tan admirablemente ha puesto en su lugar en la ficción, y a través de la ficción en la mente de tantos lectores suyos en el mundo, que por su parte han hecho de él una fantasía, un ser inasible y lejano en un México igualmente remoto. Pero la realidad es más dura; en ella las puertas no se atraviesan a voluntad sin abrirlas y, cuando se abren, los problemas están allí, irrespetuosos, indiferentes a la fama y el prestigio literarios. ¿Cómo es Juan Rulfo?, me preguntan a veces esos lectores suyos lejanos, y yo trato de describirlo como el ser humano natural y de carne y hueso que ha conocido siempre; pero ellos se empeñan en no creerlo y entonces prefiero hablar de su obra o contar alguna anécdota a fin de calmarlos, ya que no de conmovellos.

En abril de 1980 María Esther Ibarra me hizo las siguientes preguntas para un semanario mexicano: “¿Qué revela la obra de Juan Rulfo y cómo debe ubicarse, un cuarto de siglo después de su creación? ¿Qué influencias han ejercido *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* en la producción de los escritores de habla española?” Mi respuesta:

No creo que en cuanto a mí pueda hablarse de influencia de libro a libro. Es obvio que lo que Rulfo escribe es muy diferente de lo que yo hago. Pero sí puede hablarse de influencia en muchos otros órdenes o, tal vez mejor, de coincidencias respecto a la apreciación de la literatura, del oficio. La medida de Rulfo, que *debería* ser una influencia general, la falta de prisa de sus primeros años y su reacción negativa posterior a publicar libros que no considera a su propia altura, son un gesto heroico de quien, en un mundo ávido de sus obras, se respeta a sí mismo y respeta, y quizá teme, a los demás. Hasta donde pude, traté de recibir su influencia y de imitarlo en esto. Pero la carne es débil.

Rulfo es un caso único. Se puede detectar una escuela o una corriente kafkiana o borgiana; pero no la rulfiana, porque no tiene imitadores buenos. Supongo que éstos no han comprendido muy bien en dónde reside el valor de su maestro. ¿Cómo imitar algo tan sutil y evasivo sin caer en la burda repetición del lenguaje o las situaciones que presentan *El llano en llamas* o *Pedro Páramo*? Los imitadores no constituyen necesariamente una escuela.

Pero volviendo al propio Rulfo, una de sus grandes hazañas consiste en haber demostrado hace veinticinco años que en México aún se podía escribir sobre los campesinos. Entonces se pensaba con razón que éste era un tema demasiado exprimido y, al mismo tiempo, que el objetivo del escritor debía ser la ciudad, la gente de la ciudad y sus problemas. O Joyce o nada. O Kafka o nada. O Borges o nada. Cuando todos estábamos efectivamente a punto de olvidar que la literatura no se hace con asfalto o con terrones, sino con seres humanos, Rulfo resistió la tentación del rascacielo y se puso tercamente (tercamente es la palabra, me consta) a escribir sobre fantasmas del campo; pero tan bien, con tanta verdad literaria que puede decirse que eran los hombres del campo los que escribían a Rulfo.

En ese tiempo se creyó equivocadamente que Rulfo era realista cuando en realidad era fantástico. En un momento dado Kafka y Rulfo se estrechaban la mano sin que nosotros, perdidos en otros laberintos, nos diéramos cuenta. Ni nosotros ni nuestra buena crítica, que creía que lo fantástico estaba únicamente en las vueltas de tuerca de Henry James. Pero los fantasmas de Rulfo están vivos siendo fantasmas y, algo más asombroso aún, sus hombres están vivos siendo hombres. ¿Cómo puede haber escuelas rulfianas a la altura de Rulfo?

25 de agosto
En Managua

Esos días en que B. y yo estuvimos en Managua se llenaron sin remedio del recuerdo, allí, de Julio Cortázar y su mujer Carol, Carol Dunlop, novelista (*Mélanie dans le miroir*, por aparecer en México en la editorial Nueva Imagen traducido por Fabienne Bradú) y fotógrafa. Era lo normal. Allí, dos años antes habíamos recorrido las mismas calles, encontrado a los mismos amigos y discutido, o simplemente hablado, de los mismos problemas, lejanos o cercanos. Allí compartimos durante varios días la hospitalidad de esos cordiales amigos, Josefina y Tomás Borge, con su desarmante sencillez, Tomás, a quien me acerco siempre con respeto que a él le molesta pero que yo no puedo evitar conociendo su historia, y más bien me parece un tanto irreal estar ahora aquí con él y nuestras esposas inter-

cambiando bromas; pero como no soy político y él sí es hombre de libros encontramos siempre el camino (o naturalmente vamos a dar ahí) para hablar de literatura, de los poetas de aquí y de allá, casi uno por uno, pues a mí me parecería ridículo tratar con él de cosas que no sé, de la historia de estos días que entiendo a medias o de bulto como para hablar de ellas con uno de sus protagonistas, y entonces, como me sucede en estos casos, siento que digo demasiadas cosas banales de las que luego me arrepiento y me invade una gran sensación de mi propia tontería. Y allí nos despedimos de Carol, sin saberlo para siempre, en casa de los Flakoll, admirando juntos las fotografías originales de lo que más tarde sería su libro *Llenos de niños los árboles* (con texto también suyo), que Cortázar nos mostró más tarde en su casa, en París, ya Carol muerta y Julio llamado a morir menos de dos meses después. pero en esta presencia-absencia había también la parte alegre, como esa tarde calurosa en que en la calle le dijimos, o B. le dijo: “Tío, cómpranos helado”, y él nos lo compró con su caballerosidad, ceremoniosa a pesar de todo.

El signo ominoso

En una charla cualquiera uno escucha de pronto cierta frase reveladora, soltada así, al pasar, casi sin que se note, entre otras dichas igualmente sin mayor intención:

—Fulano de Tal te quiere mucho; en las conversaciones siempre te defiende.

13 de octubre

Mi mundo

Leo el libro de José Ferrater Mora *El mundo del escritor* con la vaga o secreta esperanza de descubrir el mío, o con el deseo de ver si el mío encaja en alguno de sus esquemas. “Los escritores aquí elegidos a guisa de ejemplos”, dice, y se trata de Valle Inclán, Azorín, Baroja y Calderón, “tienen un mundo en el más amplio y alto sentido y es un mundo muy coherente, esto es, uno en donde cada elemento y forma de discurso está al servicio de una estructura unificada”.

Me pregunto: ¿Mi mundo estará al servicio de una estructura unificada?

Dice: “El mundo de un escritor puede significar tres cosas: el mundo en el cual un escritor vive; el mundo que vive; y el mundo que su obra presenta”. Y más adelante: “El mundo titulado ‘real’ puede ser considerado como un mundo ‘exterior’, en el cual los seres humanos —aunque son una parte de este mundo— se topan y en el cual viven”.

Bien. De ese mundo, de la realidad externa, me ha interesado siempre y sobre todo, ahora lo advierto, la literatura, la vida a través de la literatura, y dentro de ésta, el escritor, los escritores, sus vidas muchas veces más que sus mismas obras; sus problemas como espejo de los míos; es decir, el mundo, que es una ilusión, visto a través de una ilusión de segundo grado, y a veces hasta de tercero y cuarto, como cuando leemos a un escritor que comenta a otro, y éste a otro, y así hasta el infinito.

Existen los que dicen no haber vivido, sino la vida de los libros. Yo no: he vivido, odiado y amado, gozado y sufrido por mí mismo; y he sido y mi vida ha sido eso; pero a medida que pasa el tiempo me doy cuenta de que siempre lo he hecho como si todo —incluso en las ocasiones de mayor sufrimiento y en el momento mismo de ocurrir— fuera el material de un cuento, de una frase o de una línea. Ignoro si esto es bueno o malo, si me gusta o no.

14 de octubre

Visita a la tumba de Julio Cortázar en el cementerio de Montparnasse.

Después del sinnúmero de veces que se lo habrán preguntado, el encargado de guardia sabe muy bien de quién se trata y nos indica el camino en el plano que los visitantes pueden estudiar en la pared, al lado de la puerta de entrada; y así, marchamos por la avenida principal en busca de la Allée Lenoir tratando de llegar a la 3.^a División, 2.^a Sección, 3 Norte, 17 Oeste; pero en este primer intento uno se pierde en el laberinto de pequeños mausoleos y tumbas, y después de breves homenajes ante las de Baudelaire y Sartre vuelve a la oficina de la entrada en Edgar Quinet sólo para confirmar que la información estaba bien pero que no había tomado la Allée Lenoir y regresa para ahora sí encontrar la que busca; y así esta, blanca, plana, dividida en dos partes iguales y con los nombres de Carol Dunlop arriba y Julio Cortázar abajo, más fechas.

Durante unos minutos recuerdo la última vez que vi a Carol, en Managua, mostrándonos sonriente sus fotografías de niños nicaragüenses; y a Cortázar aquí, en este departamento en que por azares dignos de él escribo estas líneas, 4 rue Martel. C., 4.^o derecha, cuando con B. y Aurora Bernárdez, en diciembre de 1983, acabado de regresar de las Naciones Unidas en Nueva York, a donde había ido a dar una de sus últimas batallas en favor del régimen sandinista, hablamos tanto de literatura, de traducciones, de poesía, particularmente del autor de *La ciudad sin Laura*, Francisco Luis Bernárdez (“tan unidas están nuestras cabezas / y tan atados nuestros corazones”), hermano de Aurora a quien casi le digo de memoria todo el

soneto que tanta influencia tuvo en nuestra generación de aprendices de escritor guatemaltecos:

Si el mar que por el mundo de derrama
tuviera tanto amor como agua fría
se llamaría por amor María
y no tan sólo mar como se llama;

y de Italo Calvino y de la vez que cenamos juntos en esta ciudad en casa de Víctor Flores Olea hace tres años, y yo no hallaba de qué hablarle y él, en las mismas, se animó por fin a decirme que conocía Guatemala y de ahí no pasamos.

Me despidió en silencio y otra vez sobre la alameda Lenoir y la avenida regreso y cuento cincuenta y cinco pasos desde ésta al lugar en que se halla la tumba, en un acto de signo absurdo pero así fue. De salida, el guardia nos hace adiós con un gesto satisfecho de inteligencia y complicidad que significa que era donde él decía.

Diez minutos después, sobre la avenida Montparnasse, en el arroyo, muchos cuentan también sus pasos y vemos a decenas, cientos, miles de hombres y mujeres sudorosos, jóvenes y viejos, rubios, morenos, negros, vestidos de pantalón corto y camiseta y con números visibles sobre el pecho, que han pasado, pasan y vienen corriendo con los rostros angustiados de quien huye de algo o, me entero, van tras algo: el final de una carrera de maratón, final que para algunos, a su pasar, está llegando antes de lo previsto. Por la noche, en la televisión, todo ese esfuerzo ocupa en la pantalla cinco segundos y veinte palabras, casi un epitafio. *Sic transit.*

20 de octubre

Manuscrito encontrado junto a un cráneo en la afueras de San Blas, S.B., durante las excavaciones realizadas en los años setenta en busca del llamado Cofre o Filón.

Algunas noches, agitado, sueño la pesadilla de que Cervantes es mejor escritor que yo; pero llega la mañana, y despierto.

Hay que someterse a una causa; pero no a las exigencias de otros amigos de esa causa.

Mis alumnos de la Universidad, *in illo tempore*:

—¿Podemos tratarlo de tú, maestro?

Yo:

—Sí, pero sólo durante la clase.

Un escritor no es nunca él mismo hasta que comienza a imitar libremente a otros. Esta libertad lo afirma y ya no le importa si lo suyo se

parecerá a lo de éste o a lo de aquél. Claro que ser él mismo no lo hace mejor que otros.

3 de noviembre
Y afuera, el reino de este mundo

En los periódicos, artículos firmados, editoriales anónimos, comentarios de discursos, trozos de discursos, en la televisión, todo contra Nicaragua, contra los sandinistas, convertidos de pronto, a los ojos de los europeos de clase e inteligencia media, en los enemigos del capitalismo, es decir, de las buenas maneras, del mundo libre, de la Humanidad, que representan, por su parte, la administración Reagan y Estados Unidos. ¡Duro, duro con ellos, enemigos de la democracia, de las elecciones, de la libre expresión!, parece ser la consigna, una consigna espontánea, que nadie ha dictado. Hay excepciones. Que no cuentan. Es un hecho: la mayoría de los intelectuales han tomado el partido de Estados Unidos, y ven el sandinismo como una proyección de Cuba proyección de la Unión Soviética proyección del Mal. Uno se pregunta, ¿qué puede hacerse? Y la respuesta es: nada. Estos escritores europeos han dejado de estar con las causas perdidas (que fueron buenas causas, o por lo menos provocativas para los románticos, para un Andrea Chenier o un Víctor Hugo o un Larra) en nombre de un curioso neorrealismo, de un nuevo realismo de clase media volcado a lo práctico, a la comodidad, a lo que puede hacerse en *jeans* o pantalones vaqueros y “sale bien” en la televisión; y hablan —como dijo Borges— con el aplomo del que ignora la duda. En México, en donde vemos el fenómeno nicaragüense de cerca y por razones históricas tenemos una visión más clara y entrañable del asunto, hace apenas unas semanas un amigo querido y bien intencionado me dijo: “Te estás ocupando demasiado de cuestiones políticas; me gusta más lo tuyo cuanto no te sales de lo literario”. Es cierto que otro me dijo: “Sólo te ocupas de lo literario.” Y otro más: “Sólo hablas de tí”.

6 de noviembre

Dentro de unos minutos iré a ver en el Grand Palais una exposición casi completa del Aduanero Rousseau.

¿Me atreveré a anotar aquí lo que me pareció cuando sé que lo que me va a parecer es lo normal y que no dejaré de hacer, a medida que contemple sus grandes cuadros maravillosos, las mismas reflexiones sobre sus falsos tigres y ávidas panteras, su clásica figura de pintor de domingo rechazado por las autoridades competentes, su posible o fabulado viaje a México que le inspiraría la flora exuberante y fantástica de esos cuadros; su descubrimiento, adopción y homenaje por parte de los surrealistas?

Y allá voy, con la ilusión del niño que se dirige a una fiesta de la mano de un familiar.

Ahí mismo, si lo hay, no recuerdo, comeré en el restaurante una comida internacional, sin nada de color local, sencilla, barata, fresca y abundante para, una media hora después, volver a Rousseau como a un viejo tío bueno, aceptado y entronizado, ahora sí, por el mundo oficial, que es naturalmente el de la gran burguesía, con otro nombre y un nuevo disfraz más o menos socialista.

Pero será otro día. Frente a la puerta, el aviso de que el museo cierra los martes.

8 de diciembre

Vuelta al cementerio Montparnasse, entre otras razones porque se halla a un costado del hotel en que ahora vivo.

Mañana fresca y clara.

Las familias riegan las flores recién traídas y limpian y arreglan las tumbas de sus deudos. B. y yo buscamos la de César Vallejo, en la que las flores resultarán ser tres diminutas macetas de plástico (de veras diminutas: unos cuatro centímetros de altura para dos o tres hojas pequeñísimas en cada una, dejadas aquí ¿hace una semana, un mes, por quién?) al pie.

Un guardia nos lleva allí, contento:

—¿“Vallelo”? Sí, por aquí.

Y Vallejo, que casi nunca los tuvo le produce diez alegres francos.

CESAR VALLEJO

Qui souhaita reposer

dans ce cimetière

J'ai tant neige

pour que tu dormes

Georgette

1892

1938

1985

12 de enero

Único propósito nuevo de Año Nuevo

Perdonar a mis colegas ser mejores escritores que yo.

9 de febrero

El escritor

No hay otra: tengo un sentimiento de inferioridad.

El mundo me queda grande, el mundo de la literatura; y cuantos escriben hoy, o se han adelantado a escribir antes, son mejores

escritores que yo, por malos que puedan parecer. Ven más, son más listos, perciben cosas que yo no alcanzo a detectar ni a mi alrededor ni en los libros.

Esto me hace envidioso: envidia que estén ahí, en el periódico de esta mañana, en la revista que hojeo, ocupando el lugar en que debería estar yo, en vivo o comentando. Después de todo, lo que dicen yo lo he pensado antes, lo dije hace mucho y hasta debería haberlo escrito. Y sin embargo, durante un instante, aunque se trate de esa basura, siento el impulso de imitarlos. Por fortuna, el tiempo pasa con su borrador y me olvido; pero los intervalos son demasiado breves y ya estoy leyendo a otro.

Si afirmo algo, o lo niego —¿quién me ha dado ese derecho?—, la duda me persigue durante días, mientras me vuelvo a animar. En ese momento quisiera estar lejos, desaparecer.

Para ocultar esta inseguridad que a lo largo de mi vida ha sido tomada por modestia, caigo con frecuencia en la ironía, y lo que estaba a punto de ser una virtud se convierte en ese vicio mental, ese virus de la comunicación que los críticos alaban y han terminado por encontrar en cuanto digo o escribo.

Los elogios me dan miedo, y no puedo dejar de pensar que quien me elogia se engaña, no ha entendido, es ignorante, tonto, o simplemente cortés, resumen de todo eso; entonces me avergüenzo y como puedo cambio de conversación, pero dejo que el elogio resuene internamente, largamente en mis oídos, como una música.

16 de marzo

Sueños realizados

Oído personalmente a Fidel Castro en La Habana:

“Hemos llegado a una situación en que podemos hacer nuevos planes para los próximos diez, quince, veinte años. Y los estamos haciendo. El cumplimiento de nuestros sueños ha multiplicado nuestros sueños.”

4 de mayo

Transparencias

—En todo lo que escribo oculto más de lo que revelo.

—Eso crees.

18 de mayo

Las bellas artes al poder

—¿Qué tiene de malo que Reagan sea actor? Hitler era pintor.

25 de mayo

Así es la cosa

Comprender es perdonar. Como no comprendo tu libro, no te lo perdono.

La tierra baldía

Los últimos días, llenos del ruido que el presidente de Estados Unidos ha hecho, antes en su país y después en Europa, contra el gobierno de Nicaragua, contra Nicaragua, concretado ahora en un embargo comercial. El país más poderoso de América una vez más (esto es ya muy viejo) contra uno de los más débiles, sólo que paradójicamente más fuertes si las cosas se miden por el lado de la verdad y la justicia (y es lo que me causa más temor).

Pobre gran país del Norte; pobres presidentes de Estados Unidos; pobre Teodoro, loco, y su garrote; pobre Franklin y su Somoza, suyo, suyo; pobre Harry; pobre Jack, John F.; pobre Lyndon; pobre Richard; pobre Jimmy; pobre Ronnie; pobres diablos todos, con sus canales; sus planos y su bomba; sus bahías y sus asaltos; sus barrigas con heridas en forma de Vietnam; sus cacahuets y sus rehenes; sus plomeros y sus quisinguers humillándolos; sus maquillajes, sus cementerios y sus fabricantes de chistes de mala muerte; pobres quienes los siguen y los reverencian sinceramente, en nuestros países y en Francia y en España; los que temen que se enojen porque si se enojan no habrá más créditos, más préstamos; más negocios hechos en nombre de la patria, de la libertad y hasta del pueblo; pobres todos, pobres todos.

El lugar de cada quien

El mundo conoce poco la historia de Centroamérica y apenas intuye su lugar en el mapa. (Guatemala ocupa 100 mil kilómetros cuadrados de este planeta, repartido entre siete millones y medio de habitantes. Poco espacio; pocos habitantes.)

Sin embargo, en la era moderna Centroamérica ha producido, para citar sólo dos casos, a un gran libertador del idioma, Rubén Darío, y a un gran libertador de pueblos, Augusto César Sandino. (Antes, Guatemala produjo el *Popol Vuh*; el conquistador Bernal Díaz del Castillo escribió ahí su *Historia verdadera*; y hace quince años un guatemalteco conquistó un Premio Nobel de Literatura. Muchos desean hoy ese premio.)

Descendientes de estos hombres son los jóvenes que en este momento libran, en la ciudades y en las montañas, la gran batalla por la libertad centroamericana. Ellos no quieren premios. Ellos son nuestro premio y nos premian poniendo a Guatemala en el mapa y en la imaginación de la gente. Guatemala es muy pequeña; pero, como El Salvador, cada vez se ve más en el mapa, en tanto que un país enorme, enorme, Estados Unidos, como que se empequeñece.

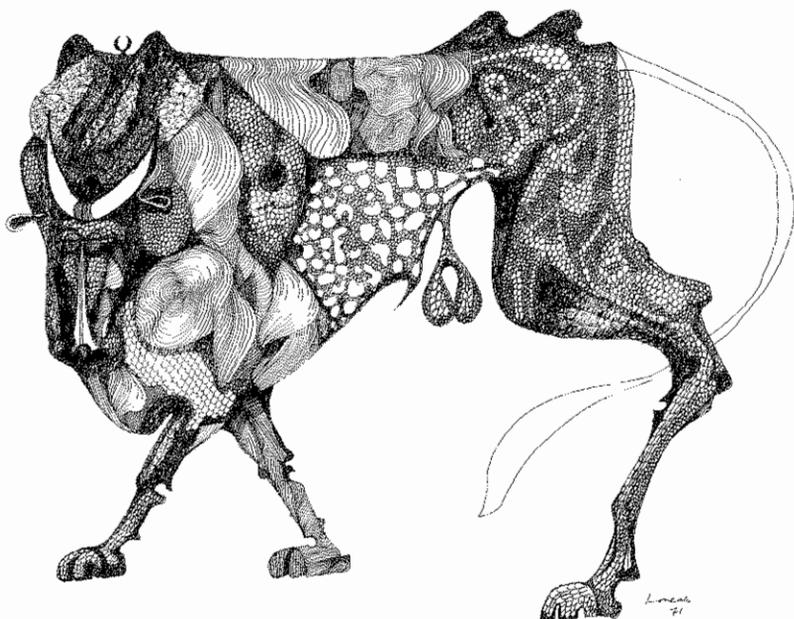
Consciente de que en este momento esos jóvenes están dando su vida por una causa justa, como escritor guatemalteco y desde mi

humilde puesto de no combatiente con las armas, hago un llamado a todos mis compañeros para que en sus países, desde sus oficios, a través de cualquier medio a su alcance, manifiesten su apoyo, o simplemente recuerden a quienes hoy protagonizan en América Latina la etapa de lucha más dura, la lucha armada, contra las oligarquías nacionales, contra el imperialismo; y por poner a cada país, por pequeño que sea, en el mapa, en el lugar que le corresponde.

[24 de abril de 1982.]

10 de junio
Nulla dies sine linea

—Envejeczo mal —dijo; y se murió.



El niño de Robben Island

HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

Este poema se basa en un episodio auténtico. La segregación racial (apartheid) en Sudáfrica impide la convivencia entre negros y blancos, y significa, para los niños negros, crecer, si sobreviven, en la angustia, la enfermedad, la miseria y la abyección. Reverencio, especialmente, a los niños negros masacrados en Soweto. Robben Island es una prisión política, lóbrega, con túneles subterráneos y fortificaciones. Desde hace siglos allí se tortura y asesina a seres humanos que sólo reclaman dignidad y justicia. Expreso mi confianza en que la conciencia de la humanidad se remezca y pese para que el apartheid, uno de los crímenes más grandes de nuestra época, sea eliminado desde sus raíces. Soy un poeta chileno, miembro, hace años, del Grupo de Seis Expertos Mundiales de las Naciones Unidas que estudia los efectos del apartheid en Africa Austral. Hemos recorrido todo el continente, excepto el país del apartheid en donde se nos niega el acceso. Dolorosa ha sido mi experiencia, pero el testimonio vivo de tan horrendo drama, ha fortalecido mi fe en la emancipación del hombre.

**Hermano
te vuelvo tu humanidad restaurada
en mi perdón.**

Obispo Winter de Namibia

Un niño blanco con un niño negro saltan de rama en rama
tras un globo ígneo
chispas de globo ígneo caen sobre las resbalosas
ardillas

Humberto Díaz Casanueva es premio Nacional de Literatura.

Rayo encadenado... corazón vidente
pero ciego
es la vehemencia de un extraño destino
es el trémulo ardor que me santifica

¿Acaso sea imaginado lo que contempla la mirada
atónita?
tal vez me atemorice.....el corazón se anuda
en un instante sin principio ni fin

Un niño blanco con un niño negro zambúllense en
la nube
hacen trizas el remoto silencio con sus voces de
júbilo

¡eh eh oh oh
aaaah!

El eco es un imprevisto coro.....salvaje y
puro

Nada saben.....nada absolutamente de lo
p r o h i b i d o
en la plenitud de la fuerza
pienso: el diseño de la vida es un sueño súbito
equilibrase la forma en la unidad de la gracia

El niño blanco y el niño negro....sacan cristales
de las aguas en que estalla el magnánimo
sol
crios del caballo alado.....sólo inmaturos hallan
la bienaventuranza

Con mi cara de águila acecho la exhalación
de una fugitiva lámpara...
dentro de la lámpara.....háganme quemar

¡Columpiarse en los árboles.....coger nidos
repletos de copos de nieve.....asustar a los cuervos!
percibo criaturas esenciales en la identidad de lo
Uno

Cáusame estupor lo lúcido lo inteligible de una
presencia embrujada
nada es semejante a dos niños del linaje del Hombre

Cada uno sosteniendo un pie del arco iris que
ampara fantasmales seres.....nadie se demanda la
razón de ser

Sí
a veces pulso lo magnético de algo que me
parecía inexistente
me abismo.....diciendo una verdad deliciosa
de la cual había prescindido

Los miro fijamente
uno es motudo y tiene la nariz ancha y le brillan
los traslúcidos dientes
el otro parece recién lavado.....agitase su pelo
como pelo de antorcha

Están sumidos uno dentro del otro.....pronunciándose.....
¡Dipheko!
¡Jimmy!

Como patronos del mundo bajan a la tierra
y corren....corren....revolotean en un lugar
desconocido.....sin mirar hacia atrás
¡oh nunca!.....el verdadero origen está allí delante
en la visión de padecidos signos

Los persigue un ciervo.....punzado por azoradas
mariposas

Tomados de la mano.....deslízanse en el sueño de
una mayor esperanza
el universo es un remolino de oro
yo les soplo niebla

Un niño blanco con un niño negro
desaprensivos
guiados por una fe absorta.....la que se presente
cuando una mano inmensa nos acuna

No saben cómo.....entran despaciosamente
en la gran ciudad
van entre jardines....mansiones....
templos.....tumbas que doran con esmero

Voluptuosas figuras y van y vienen
niños vestidos de
azucena
perros ensortijados aúllan con fruición

Y de pronto ¡zas!
una gruesa hacha de bronce parte al mundo en
d o s

El policía separa al niño blanco del niño
negro
abofetea al niño negro y le pone esposas
lo zamarrea.....lo obliga a acuclillarse
lo hace sangrar

Sangre de lágrimas de sangre.....rocío de sangre
que vomita un pajarillo
sangre inmemorial ordeñada por hermosos asesinos
implacables

Piedad por el niño pascual.....piedad por nosotros
quemados hasta el fondo

No hay costra que mitigue esta sangre sedienta de
sí misma.....en lo entrañablemente humano
charco de sangre de donde el niño blanco
arroja una taza de leche
¿nunca nunca nos daremos la mano?

Zapata el tigre la tierna carne cruda y nadie
implora
a lo lejos....un crujido de dientes
el niño es vejado....le dicen bastardo
hijo de puta

El niño aureolado.....el niño terrorista.....
el que osó macular la raza excelsa

A la prisión de Robben Island es conducido

Allí lo arrojan al estercolero
las moscas se abalanzan y beben las gotitas de
sangre

Tal vez me haya equivocado.....tenía que ser así
¿por qué tenía que ser de otro modo?
entonces.....sobre mi rostro
grandes aletazos de un gallo escarlata

Clavos penetran en el madero que sube y sube

Otros niños negros se paran en torno
p é t r e o s
ninguno se atreve a musitar palabra
aunque se conduelen con encarnizada furia
una campana pregonadora vísperas horribles

Cada cabeza lagrimeando es un globo igneo
sobre la criatura sutil que tiembla
apenas
guiñapo de una sombra hundida

Todo es sombra.....la luz es una desnuda sombra

Corazón mío....cava cava....
desmembra al lobo adentro que parecía frenado

Catorce niños negros de ocho a diez años
agonizan
¿y qué más?.....¿qué más da?
comen mendrugos.....beben su propia orina
culatazos

El látigo zumba sobre espaldas ateridas
se aprietan unos contra otros.....tiritando.....
dan alaridos.....se retuercen
golpea el mar sulfúreo con colas y con dientes

En la noche.....un millar de ratones
marineros muertos que nunca fueron enterrados
caminan a grandes pasos
el alba sonrío como una hiena

Al pie del muro.....madres chillan desesperadamente
enarbolan saquitos de harina y azúcar
pero no las dejan
rasgan sus ropas....entierran las uñas en sus pechos

Se yerguen frías y desnudas.....las agujerea un viento
calcinado

¡Dipheko!

¿Por qué te has desplomado y te sale un hipo
y tus ojos son dos hornillos que apagan
manantiales de otro mundo?

¡dios de la ira!.....¿dónde tus ascuas.....
tu trueno apretado entre tus dientes?

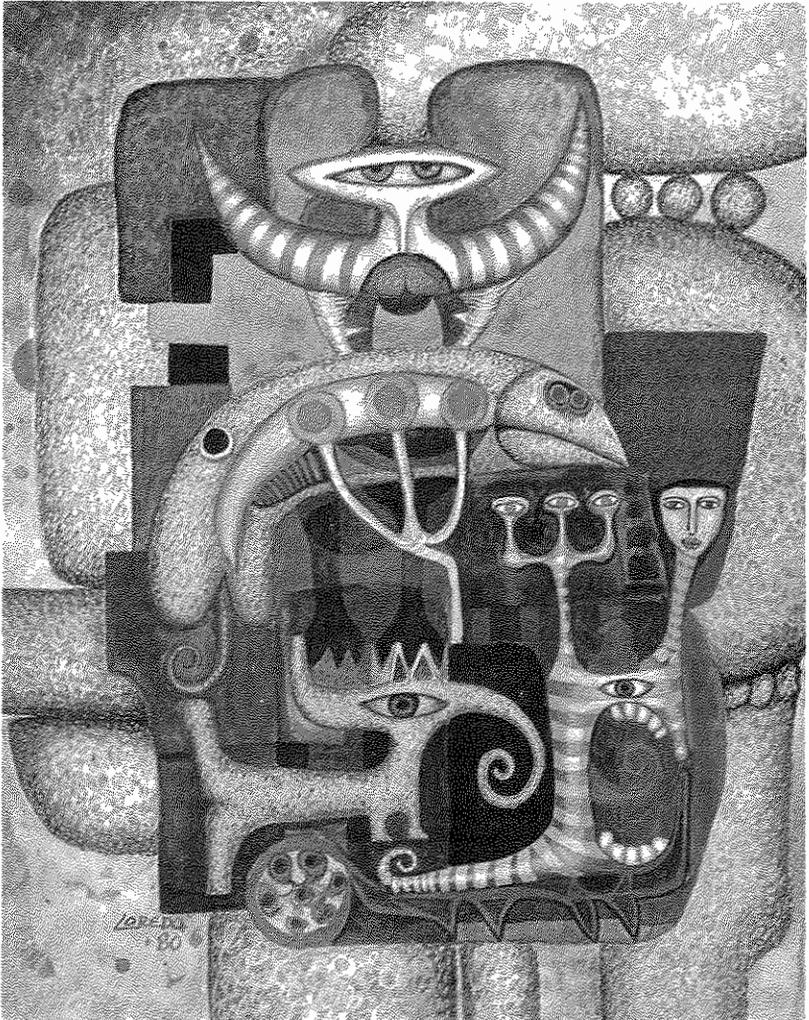
Cesó el tormento.....al primogénito barren
hacia los portones del Abismo
nunca pudiste de allí salir del todo
¡ay!
no has muerto de vida, sino de muerte muerte

De la prisión de Robben Island sale un niño negro
dentro de un ataúd blanco

dentro de un ataúd blanco
un ataúd blanco hecho astillas vuela
sobre todos uosotros

Vuela.....llega hasta el plenilunio en el
bosque sagrado
donde el niño negro es.....*consentido*
aparece un pesebre que lo mee

Hurgan manos crispadas la ceniza del
Gran Encendimiento



Miguel Otero Silva

1

Virginia Vidal COMPROMISO Y ALEGRÍA

Miguel Otero Silva se sintió mal en la madrugada del 28 de agosto y de inmediato llamó a su amigo el médico poeta Eduardo Gallegos Mancera. Antes de morir alcanzó a decirle: "Eduardo, sálvame". Pero un aneurisma de aorta abdominal puso fin a esa existencia tan intensa y gozosamente vivida.

El periodista y escritor venezolano nació el 26 de octubre de 1908 en Barcelona, ciudad del oriente venezolano. A los veinte años abandonó los estudios de ingeniería para luchar contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Integrante de esa brillante parvada universitaria de 1928, se metió de lleno en un audaz proyecto que lo llevó a participar al año siguiente en una invasión armada contra el dictador. Al fracasar el movimiento salió al destierro. Pasó diez años en el exilio. Su primer libro de poemas, *Agua y cauce*, vería la luz en México.

Durante la dictadura de Pérez Jiménez estuvo tres veces preso y en otra ocasión fue expulsado del país.

Fue uno de los fundadores del Partido Comunista de Venezuela, donde militó quince años. Diputado y senador, en 1973 denunció los crímenes de Pinochet en el parlamento de su país. A su oportuna gestión los chilenos le deben el haber salvado el manuscrito de *Confieso que he vivido*, de Neruda, y su inmediata edición, de la cual él se ocupó personalmente, junto con Matilde Urrutia.

Escribió su última columna periodística el 3 de abril: *El llanto de María*:

abrazo solidario a María Maluenda por su hijo degollado. lo cual constituye, a juicio de su colega Roberto Giusti: "un hermoso gesto de dignidad política. Una profunda arrechera contra la dictadura pinochetista".

Otero Silva dijo una vez: "Nunca he diferenciado mi profesión de periodista y mi profesión de escritor. Cuando estoy escribiendo como periodista trato de no olvidar que soy escritor y cuando estoy escribiendo como escritor jamás me olvido que soy periodista". Es el periodista venezolano más importante de este siglo, en un país que nació a la época contemporánea sólo a la muerte de Gómez. Reportero, cronista deportivo, editorialista, manchetistas (la mancheta es una palabra o frase en recuadro, cuya elocuencia equivale a un editorial), articulista, polemista, diagramador, corrector de pruebas. Empezó a ejercer esta vocación en el liceo, la profundizó durante su combate contra la dictadura y la dejó ver en apogeo al fundar el semanario satírico *El morrocoy azul* y en el diario *El Nacional*, fundado en 1943.

Pablo Neruda estampó para siempre la esencia de la personalidad de este venezolano ilustre en su *Canto General*, con la "Carta a Miguel Otero Silva en Caracas":

*"Qué alegre eres, Miguel, qué alegres somos!
Ya no queda en un mundo de úlceras
[estucadas
sino nosotros, indefinidamente
]alegres.*

Virginia Vidal es periodista y escritora. Vive en Caracas.

*Veo pasar el cuervo y no me puede
[hacer daño.
Tu observas el escorpión y limpias tu
[guitarra."*

Luego el poeta afirma:
*"Qué azul es la vida, Miguel, cuando
[hemos puesto en ella
amor y lucha, palabras que son el pan
[y el vino,
palabras que ellos no pueden des-
[honrar todavía,
porque nosotros salimos a la calle
[con escopeta y cantos.
Están perdidos con nosotros, Mi-
[guel."*

La obra literaria de Miguel Otero está inscrita dentro de la poderosa influencia del realismo socialista. Su amabilidad y gracia se someten a la tesis de imponer los valores positivos, lo cual no siempre redundaba en beneficio de personajes que prometían mayor dramatismo ni de la estructura que queda al margen del vigoroso proceso innovador de los escritores latinoamericanos. Entre sus poemas sobresalen la "Elegía coral a Andrés Eloy Blanco"; poemas y teatro satírico, las "Sinfonías tontas" y las irreverentes "Celestiales", cuya primera edición causó verdadero escándalo en las mentes pacatas. Sus novelas son:

Fiebre (1939): a través de un personaje muestra la trayectoria de la generación del 28 y el horror de las cárceles gomecistas.

Casas muertas (1954): metáfora de un tiempo negro desarrollada mediante la historia de un pueblo que desaparece, atacado por el paludismo.

Oficina N° 1 (1961): trata de un pueblo de los llanos orientales que nace por efecto de la explotación petrolera.

La muerte de Honorio (1963): es la historia de cinco presos políticos, prototipos de diversos estamentos sociales, víctimas de la dictadura de Pérez Jiménez. En la elaboración de

esta obra se deja ver más que lo vivencial el trabajo de reportaje hecho por el autor.

Cuando quiero llorar no lloro (1970): refleja a la sociedad venezolana contemporánea caracterizando a su juventud envuelta en la violencia. También el autor informa del devenir de los sobrevivientes de la generación del 28, al margen de la novela.

Lope de Aguirre, príncipe de la libertad (1979): una mayor elaboración del material literario y madurez de oficio sirven para recrear la figura del controvertido tirano Aguirre, quien desafió a Carlos V en una carta que Bolívar iba a considerar 250 años más tarde como "el acta primera de independencia de América".

La piedra que era Cristo (1984): título tomado de un verso de San Juan de la Cruz en una novela donde se percibe la complacencia sensual en el uso del lenguaje para dar una versión dinámica de la historia de Cristo y poner de relieve el compromiso con los oprimidos. Miguel Otero Silva recibió en 1980 el Premio Lenin de la Paz y lo destinó a levantar en Caracas un monumento a Sandino. En mayo de 1985 fue condecorado por el comandante Fidel Castro con la Orden "Félix Varela", máxima distinción cultural que otorga el gobierno cubano.

Su muerte ha sido lamentada por todos los sectores de la vida venezolana. Acaso sea Arturo Uslar Pietri quien ha hecho su mejor semblanza: "Era fundamentalmente un hombre de bien, de la más generosa condición de ánimo, atento al bien de todos y de una justicia que era más de la sensibilidad que del razonamiento. Tenía la condición fundamental de indignarse ante la injusticia y de conmoverse ante la desgracia. Nunca sacó mezquinas cuentas de su provecho o de su ventaja, sino que se entregó a las causas que hizo suyas, sin cálculo y sin fatiga".

2

Luis Rubilar Solís OTERO SILVA Y NERUDA

"Miguel Otero Orinoco", así consignó para siempre en su poesía Neruda el no menos inmortal nombre de su insigne y entrañable amigo Miguel Otero Silva. Amistad incoada y mantenida incólume en el tiempo, cuya profunda y proyectiva significación queremos destacar hoy, cuando el venezolano se reúne con su compañero chileno en el sobrio patrimonio común a ambos países, precedidos por Andrés Bello, Simón Rodríguez, Mariano Picón Salas.

Latinoamericanistas, contemporáneos, poetas y escritores, laureados en sus países y en el mundo, fundadores de Cultura, Otero Silva y Neruda, perpetúan sus mancomunados nombres como piedras que ya eran en el dificultoso proceso de conformación sociocultural e histórica del colectivo indoamericano.

Allá por la década de los 40 inicia Neruda una serie de colaboraciones en el diario *El Nacional*, de Caracas, por invitación de su Director-Fundador Miguel Otero Silva. Allí publica —entre otros— el sabroso odre de Odas que configuran sus posteriores *Odas Elementales* (1954). Allí aparece su crucial artículo "La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente" (27 de noviembre de 1947), denunciando al traidor Gabriel González Videla, desatando con ello su desafuero como Senador popular, la proscripción (1948) y el exilio, período durante el cual elabora su obra cimera: *Canto General* (México, 1950). Y en tan magna Crónica Poética, además de resonar Venezuela con sus ancestrales nombres, fulgura

el de su émulo Miguel Otero Silva (XI—"Los ríos del Canto"):

*"Un amigo me trajo tu carta escrita
con palabras invisibles, sobre su tra-*

*[je, en sus ojos,
¡Qué alegres eres, Miguel, qué ale-
gres somos!...*

*Y yo pensé no sólo en tí, sino en tu
[Venezuela amarga,*

*Por eso cantas, por eso, para que
[América deshonrada y herida
haga temblar sus mariposas y recoja
[sus esmeraldas...*

*Yo comprendí qué alegre estabas,
[cerca del Orinoco cantando
ocupando tu puesto en la lucha y en
[la alegría..."*

Y en 1959, cuando Venezuela alborozada recién estrenaba su naciente democracia, el anfitrión principal de la histórica estancia de cinco meses del poeta chileno fue, por supuesto, Miguel Otero Silva. Tal breve residencia motiva bellas creaciones poéticas nerudianas; y, a su vez, gesta un expresivo Homenaje de sus pares venezolanos: *Fuego de Hermanos* (Arte, Caracas, 1966) con el enjundioso decir de Miguel Otero Silva a su amigo: "Contándolo todo". Recordando el atucinante y postergado viaje a su extraviada Venezuela, y a raíz de prologar las ediciones checas de las novelas *Oficina Nº1* y *Casas Muertas* de Miguel Otero Silva, Neruda cuenta:

*"Pasé por Ortiz en un día abrasador
El sol Venezolano pegaba duro sobre
la tierra... cuyas vidas y muertas nos
relata Miguel Otero Silva... Porque
este libro (Oficina Nº 1, L.R.) contie-*

Luis Rubilar es profesor de filosofía de la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.

ne, en su desolación y en su vitalidad, la realidad caótica del continente latinoamericano. Y, naturalmente, es una fotografía desgarradora y poética del alma de Venezuela... Lo que no dice Miguel Otero Silva es que él pasó por esas calles y atravesó aquel silencio maligno con cadenas en los tobillos hacia las prisiones de Gómez. Entonces tenía 15 ó 16 años..."

(*Para nacer he nacido*, p. 123.)

Lo que no podía saber el chileno era que lo mismo acontecería luego en su Patria y que lo De Sombra que dice Isabel Allende, lo llevaría a él, poeta de lo De Amor, a la muerte acelerada, un día de septiembre de aquel fatídico año 1973.

Múltiples, coloquiales y familiares fueron los encuentros de ambos amigos por el mundo y en la vida. Con ocasión de la obtención del Premio Nobel anota el poeta en sus Memorias: "Finalmente, me dieron el Premio Nobel... Estaba en París, en 1971... Llegaron los amigos a comer conmigo esa noche: ...García Márquez de Barcelona, Siqueiros de Brasil, Miguel Otero Silva de Caracas... Debo señalar que entre mis acompañantes a Estocolmo estaba el venezolano Miguel Otero Silva, gran escritor y poeta chispeante, que es para mí no solamente una gran conciencia americana, sino también un incomparable compañero..."

En la última y más exhaustiva biografía acerca del poeta sureño (V. Teitelboim, *Neruda*, Ed. Michay, Madrid, 1984), aparecen otros datos inéditos y/o complementarios, los cuales evidencian la inextricable camaradería de estos colosos de Nuestra América contemporánea. En 1965 Miguel Otero Silva acompaña a Neruda en una emocionante visita a su ciudad natal, Parral, "de las uvas y de los vientos", allá en los bellistas "valles de Chile afortunado". En 1949, ambos habían

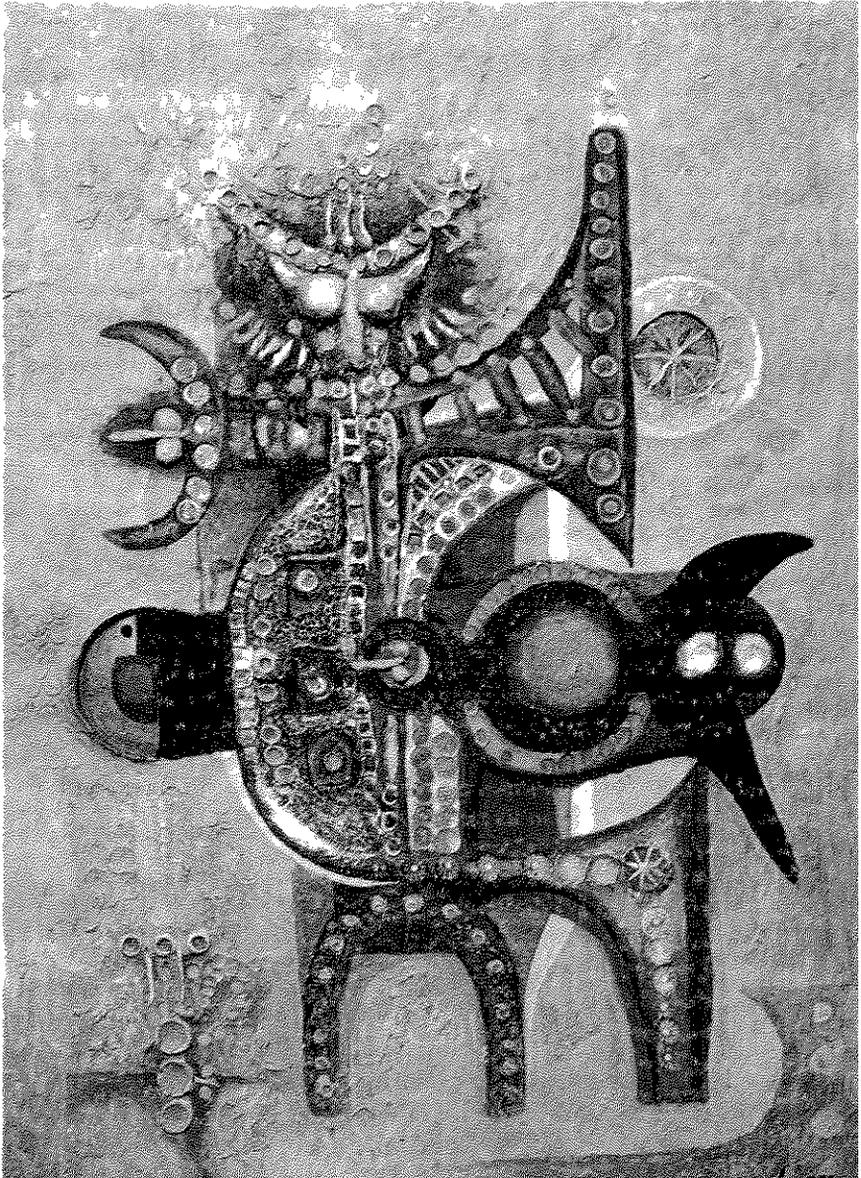
coincido en dos relevantes foros: uno en París, en abril, el Congreso Mundial de la Paz; el otro, en México, en septiembre, cuando el Congreso Continental Americano para la Paz. Con razón Neruda fue Jurado permanente, y Miguel Otero Silva, uno de los más justos galardonados, por el *Premio Lenin de la Paz*. (Como también lo fuera el común amigo de ambos Salvador Allende G., en 1973) En septiembre de 1960 vuelven a reencontrarse los amigos en París. Pero el último y trascendental coloquio y convivio sucedió allá en Valparaíso, junto al Pacífico, en "La Sebastiana", en donde reciben junto a otros amigos el Año Nuevo (1º de enero de 1973), el postrero vivido por el poeta en su "largo pétalo, de mar y vino y nieve"

Después de entonces Miguel Otero Silva, no sólo ayudó a los coterráneos de su compañero, desterrado, sino, además, trabajó arduamente junto a Matilde Urrutia, la luchadora viuda del poeta, ya ida donde su capitán, para organizar las publicaciones póstumas de Pablo Neruda.

Hemos recolectado estos insuficientes hitos de tal enaltecedora y simbólica amistad entre estos dos nombres nuestros, motivados tal-vez por aquella admonición que el propio Miguel Otero Silva, pronunciara en el sepelio de su homólogo, menos afortunado por los tiempos, Mariano Picón Salas, hace una exacta década:

"Así se cumplirá una vez más la amarga ley según la cual en Venezuela sólo se nace verdaderamente cuando se muere..."

Mientras el húmedo Pablo espera aún que lo dejen reposar en su Isla Negra del Mar, Mariano y Miguel venezolanos se quedan vigilando desde el Cementerio del Sur caraqueño su inapreciable Tierra-Firme y el destino de su sufrido bravo pueblo.



Violeta Parra: Testimonio de un patrimonio mayor

1

RUTH GONZALEZ VERGARA

El libro* está precedido por un epígrafe de Omar Khayam y dedicado a Régine Mellac. El prólogo lo firma Víctor Casaus, escritor y poeta del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica de La Habana. El volumen tiene una estructura formada por diez apartados que contienen testimonios directos e indirectos de la vida y obra de Violeta Parra. Otros apartados que se incluyen son: Canciones, treinta y cuatro en total, dos de ellas en francés; Cronologías, de su vida y obra, que se inicia en 1917, 4 de octubre, en la provincia de Ñuble, al sur de Chile y que culmina el 5 de febrero de 1967; de sus canciones, creadas a partir de 1948 hasta 1965 (llegan, en total, a ciento diez); y de Exposiciones de tapices y pinturas desde 1959 a 1977, en museos de Río de Janeiro, Buenos Aires, Casa de la Cultura de Finlandia en Helsinki, Galería de Arte de Berlín, R.D.A., Universidad de Ginebra, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, Museo de Artes Decorativas de París, Feria de Artes Plásticas de Santiago, Chile, etc. Se cierra el libro con un anexo que comprende: Discografía, Bibliografía y Filmografía, preparadas por Juan Armando Epple, todo lo cual resulta ser uno de los intentos más serios e integrales de estudios y recopilaciones bibliográficos de la obra de Violeta Parra. Culmina el libro con un epílogo. Sin duda, la validez de la obra radica no sólo en el carácter testimonial sino, además, en el acopio de cartas y fotografías, inéditas la mayoría, una cincuentena de fotografías en blanco y negro que representan pasajes de la vida de Violeta, de sus hijos y personajes interesantes con quienes alternó.

Isabel Parra. *El Libro Mayor de Violeta Parra.* Madrid, Ediciones Michay (Colección del Meridión), 1985.

Ruth González es escritora y profesora de literatura. Vive en Madrid.

El libro mayor de Violeta Parra constituye un nuevo aporte en torno de la vida y obra de esta mujer chilena y una de las más altas figuras de la creación latinoamericana. El libro está escrito en tono de gran proximidad, con un estilo coloquial, sustentado en los artilugios lingüísticos del habla chilena. Otros personajes que testimonian la valía y trascendencia de VP son su hijo Angel, Ricardo García, fundador del Sello de discos Alerce, Eve Griliquez, productora teatral de la época de trabajo de Violeta en el Théâtre de Plaisance, en París, Víctor Jara, inmolado por la dictadura chilena. Sin embargo, el mejor testimonio y revelación del perfil creativo y vital de VP es el que ella misma ofrece mediante sus cartas, hasta hoy inéditas, la colección de fotografías, valioso soporte visual de interés iconográfico y extractos de entrevistas realizadas en vida que se unen armoniosamente con la letra de sus canciones y poemas. Resulta interesante y sustantivo las revelaciones que hace la propia VP en las cartas dirigidas a su amante, el músico suizo Gilbert Favre que vino buscándola desde Bolivia, donde estaba realizando experiencias musicales (está catalogado como uno de los mejores quenistas actuales). El sustrato de verismo se logra, además, con la versión de expresiones, pensamientos, reflexiones de Violeta, en entrevistas o en sus propias canciones:

“Mi padre era un profesor primario, era el mejor folklorista de la región y lo invitaban mucho a todas las fiestas. Mi madre cantaba las hermosas canciones campesinas, mientras trabajaba en su máquina de coser”.

Así lo patentiza en una décima:

*“Mi taita fue muy letrado
pa profesor estudió
y a las escuelas llegó
a enseñar su diccionario.
Mi mamá como canario
nació en un campo florío,
como zorzal entumío
creció entre las candelillas;
conoce lo qu'es la trilla
la molienda y l'amasijo.”*

VP constituye un caso singular y excepcional de autodidactismo y propulsora de la cultura. A los siete años, revela, robó la guitarra de su padre, quien la guardaba en un armario. Imitando las posturas que éste hacía cantaba canciones “que escuchaba a los grandes”, hecho que a su propia madre le parecería increíble.

*“Semana sobre semana
transcurre mi edad primera
mejor ni hablar de la escuela*

*la odié con todas mis ganas.
del libro hasta la campana,
del lápiz al pizarrón,
del banco hast'el profesor
y empiezo a'mar la guitarra
y adonde siento una farra
allí aprendo una canción."*

Esta irrupción suigéneris en la expresión musical, de modo tan artesanal, quedará con patente huella en sus décimas, canciones escritas, cantadas, grabadas por VP, con sus hermanos e hijos. Desde ese momento, qué duda cabe, se estaba larvando la necesidad de búsqueda de la matriz vernacular, el modo de ser chileno, la identidad de lo latinoamericano, que quedará prendido en toda su concepción de vida, en su poética y quehacer artístico y creativo:

"Yo creo que todo artista debe aspirar a tener como meta el fundir su trabajo en el contacto directo con el público. Estoy muy contenta de haber llegado a un punto de mi trabajo en que ya no quiero ni siquiera hacer tapicería, ni pintura, ni poesía, así, snelta. Me conformo con mantener la carpa y trabajar esta vez con elementos vivos, con el público cerquita de mí, el cual yo puedo sentir, tocar, hablar o incorporar a mi alma".

Estas son expresiones logradas en una entrevista de 1966. Similares reflexiones hacía otro gran exponente de la creación poética y de la dramaturgia española, antes de ser asesinado en 1936, durante la Guerra Civil, Federico García Lorca:

"ningún hombre verdadero cree en esa zarandaja del arte puro, arte por arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas. Particularmente yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. Por eso llamé a las puertas del teatro y al teatro consagro toda mi sensibilidad".

VP hurgó por todos los rincones del país en búsqueda de raíces y de la auténtica expresión artística, de manera artesanal, como una juglar contemporánea ("recorría Chile de arriba p'abajo, desenterrando folklore"). Suya también es la expresión: "Chile es el mejor libro de folklore que se haya escrito". Allí han quedado prendido en sus versos la savia de las canciones antiguas, los dichos y refranes, sentencias y adivinanzas, usos y costumbres ancestrales, la expresión de una existencia vital, la cultura viva de Chile, normalmente avasallada, negada, relegada, represaliada por la cultura oficial, que es impuesta y extranjerizante. En la expresión: "y el canto de todos es mi propio canto", se involucra la concepción de vida de VP, la aspiración de un mundo mejor, de una mejor calidad de vida, con una gran comunión.

A esta faceta de esta mujer es menester agregar otra búsqueda en su vida, en la geografía humana: el amor, leit motiv que genera buena parte de su producción; el amor pasional, tormentoso, a veces proceloso (“El Albertío”), la ausencia (“Run, run se fue p’al Norte”), efímero, conflictivo, agri dulce, dialéctico. La realidad del entorno sociopolítico queda de manifiesto en coplas satíricas, canciones de protesta, de crítica de la realidad descarnada y ominosa, en la que subyacen dos mundos confrontados en la apetencia de poder y gloria por un lado; de otro, la necesidad de contar con elementos esenciales del pobre para sobrevivir, la lucha por la conquista de libertad y justicia, valores consustanciales del hombre y negados sistemáticamente por regímenes oprobiosos, las dictaduras, o bien, disfrazados de una legalidad y democracia encubierta pero con plena vigencia de los aparatos represores en contra de todo signo contestatario o ecológico. VP asume en estos contextos la postura de una cronista de “lo visto y lo vivido”, coetánea y coterránea de un pueblo entero que aspira a un reconocimiento y vigencia de los elementales derechos de autodeterminación y de igualdad, cruda realidad social que sobrepasa las fronteras, en la constatación de la existencia de una realidad social colonialista y de dependencia oprobiosa a nivel supracontinental. En sus versos queda expuesta la realidad vigente donde se confrontan el dolor, el exilio, el abuso, la violencia, el hambre, la miseria; ejemplo, “La carta”:

*“me viene a decir la carta
que en mi patria no hay justicia;
los hambrientos piden pan
plomo les da la milicia”.*

O “Arriba quemando el sol”, o “Me gustan los estudiantes”. La revalorización de la historia y de los cultores de la creación queda de manifiesto en los versos dedicados a Manuel Rodríguez o Gabriela Mistral, o la alusión a los mapuches que combatieron tres siglos a los españoles por defender su tierra y sus tradiciones y luego lucharon contra los propios criollos. Con todo, VP no pierde de vista el valor estético en sus composiciones, aunque algunas sean contestatarias, prospectivas. «Creo que las canciones más lindas, las más maduras (perdónenme que les diga canciones lindas habiéndolas hecho yo), pero qué quieren ustedes, soy huasa y digo las cosas sencillamente, como las siento), las canciones más enteras que he compuesto son: “Gracias a la vida”, “Volver a los 17” y “Run, run se fue p’al Norte”. Se puede apreciar un facsímil parcial del texto manuscrito de “Gracias a la vida”.»

Las cartas a Favre constituyen sin duda valiosos elementos de juicio para conocer más sobre su faceta amorosa. El uso de connotación afectiva en los vocativos utilizados para llamar al amante

refrendan la calidez y gracia del pueblo chileno a la hora de expresar su afecto mediante diminutivos y chilenismos: “chinito”, “mi chino”, “mon chino”, “petit Gilbert”, “querido Gilbert”, “Gilbert mañoso”, “chino”, “petit Gilberto”, “Gilbert gringo”, “Gilbertito”, “querido Nica”, “querido Cuto”, etc. Se desvelan muchas incógnitas acerca de su paso por Europa en los dos viajes que realizó al viejo continente, su modo de pensar, de sentir, de angustiarse por Chile; aparecen anécdotas ya divertidas, ya tristes; sus enfrentamientos con el idioma extranjero; sus relaciones, sus nuevas amistades, los adversarios y malignos, etc. Algunas curiosidades que sin duda interesarán al lector avisado y curioso, como el hecho siguiente: VP tenía un dedo, el meñique de la mano derecha, con un tendón accidentado hecho reflejado en unos versos:

*“Me beberé tus lágrimas secretas
arrancadas de tu alma callejera
las juntaré en cántaro que hiciera
con los nueve deditos que me quedan
cantores y escribanos de las décimas
del canto a lo divino y a lo pueta
nueve dedos que rigen la simpleza
que ha de tener mi próxima arpillera
nueve dedos pintores nueve yemas
nueve soldados rasos en las cuerdas
de una guitarra bruja de anticuecas
o de un lienzo estirado en la madera...”*

Las cartas y poemas escritos en francés revelan aceptable conocimiento del nuevo idioma de esta mujer de oído privilegiado, aunque españoliza ciertas construcciones gramaticales y algunas palabras “tres interesante”, “et m’a parlée”, etc.

El libro mayor de Violeta Parra, constituye un nuevo enfoque, una nueva dimensión para intentar comprender su genio creador y validar su obra humanística, patrimonial. No en balde Neruda, el otro genio cósmico de Chile, la ha llamado “santa de greda pura” y en su poesía expresa la conciencia de la perdurabilidad de su acción: “Qué manera de

2

PIA RAJEVIC

Aunque la creación y la vida de Violeta han sido objeto de múltiples estudios, la producción y la historia de esta mujer tan grande es todavía hoy un baúl con sorpresas: siempre habrá motivos para dedicarse

Pia Rajavic es periodista. Vive en Madrid.

a ella. Se cuenta —esto no puedo documentarlo pero lo afirmo— que no hace mucho tiempo un inglés estuvo dedicado a investigar una estadía de Violeta Parra en Inglaterra. Su trabajo reconstruía un corto pasaje de la artista por esa tierra y entre sus elementos de estudio contaba con algunas cartas enviadas por Violeta a quienes la albergaron en ese país. Gracias a las referencias de estas cartas se enteró de que ella incluso había grabado un disco en Inglaterra, pero la grabación no figura en ningún catálogo, de modo que no ha sido posible establecer su paradero.

Ahora se trata de *El libro Mayor de Violeta Parra*, realizado por su hija Isabel, obra que cuenta con un material de inestimable valor reunido en algunos de sus capítulos centrales: cartas inéditas escritas por Violeta en su mayoría a Gilvert Favre, su gran amor, y también otras destinadas a sus hijos, a su hermano el poeta Nicanor Parra y a algunos de sus amigos. A lo largo de diez breves capítulos Isabel Parra ha preparado un hermoso *collage* con los textos de dos entrevistas hechas a su madre —una de ellas de un filme—, ambas realizadas en Suiza, con extractos de los programas radiales que Violeta hizo en Chile durante 1953, con algunos de sus preciosos versos autobiográficos, más extractos de testimonios de su hijo Angel o amigos como Ricardo García, unido todo esto con un relato conductor de la propia Isabel. El libro comprende, además, abundantes fotografías, textos de muchas de sus canciones y un interesante material anexo dispuesto en dos partes: “Cronologías” y “Discografía, bibliografía y filmografía”. El conjunto está delicadamente organizado, ordenado en un desorden que entrama la historia de Violeta desde su nacimiento hasta ese fatídico día de febrero de 1967 que nos robó para siempre a esta mujer tan extraordinariamente dotada.

La intensidad de la artista, su incansable labor de hormiga persiguiendo, reconstruyendo, atesorando en un acto de amor inmenso las tradiciones y las costumbres de nuestro pueblo rescatadas de la memoria popular, del subsuelo de nuestra tierra; el trabajo que floreció de sus manos; los pormenores de una vida apasionada que conoció el dolor y la soledad, la alegría y la plenitud artística, en un ir y venir constante; todo ello cobra vida en este *Libro Mayor*. Su lectura se transforma en el acto mágico de transitar junto a Violeta su propia vida. Su ternura infinita se descubre en las escenas de su vida cotidiana que las páginas de esta obra recogen, así como la euforia junto a la compañía deseada, a la soledad más despiadada en las ausencias del amante, de los hijos, del país. Otras veces es la penuria del trabajo no reconocido o desdeñado, o su inmensa energía para mostrar; para ofrecer su producción, que no era sino enseñar la pequeña historia de nuestro país en un estallido de sensaciones sabiamente reflejadas.

Quizás sean sus cartas, especialmente las escritas al amante, las

que nos ofrecen con mayor nitidez no sólo la imagen de su personalidad inagotable y sorprendente, sino también la fisonomía perdida de Violeta, esa que a través de sus canciones, de sus poemas, casi adivinábamos: una entraña aún más humana que su canto. La caligrafía de la Violeta amante descifra la distancia precisa entre trabajo y amor, un debate vehemente por conjugarlos al unísono.

Sus cartas son fiel testimonio de la mujer cotidiana, tan fuerte y tan débil a la vez, reflejo de esa “Violeta Volcánica” que tan bien describe su hermano Nicanor en el poema “Defensa de Violeta Parra”.

El trabajo de recopilación y selección de Isabel Parra para este *Libro Mayor* merece una mención especial, aunque su intervención directa visible aparezca precaria y su prosa demasiado austera. No sé cuál habrá sido su propósito, pero era acaso la ocasión para que Isabel, que tantas veces ha dado testimonio sobre su madre, nos ofreciera un relato propio menos contoneado, menos escueto. Falta también en este *Libro Mayor*, para ser mayor con mayúsculas, una muestra de la obra plástica de Violeta, ausencia explicada ya que en su “A modo de epílogo”, la autora anuncia la futura aparición de un libro especialmente dedicado a este aspecto de la producción de Violeta.

Los prólogos siempre se dejan —aunque no hay regla para ello— para el último párrafo de una reseña, cuando se los reseña. En esta ocasión no ha habido alternativa, aunque la fobia contra los prólogos que tantos sufrimos no tenga fundamento en este *Libro Mayor*, porque Víctor Casaus, poeta-personaje, escritor y cineasta cubano, ha hecho para esta obra un breve, pero valioso examen del trabajo y la vida de Violeta. La lectura de este análisis redescubre a la polifacética Violeta y propone a la vez una lectura profunda del libro que prologa. Víctor Casaus examina el valor de Violeta Parra, destaca su vocación, su genio creador comprometido, y la labor de cronista de su época desempeñada por esta mujer, que en su madurez artística hace de obra y vida una sola unidad. Sin este prólogo el *Libro Mayor* no sería el mismo.

Ejercicio del regreso

Luis Alberto Mansilla RETORNO Y MUERTE DE HECTOR CUEVAS

Hablaba en chileno con un uso frecuente y gracioso de las llamadas "malas palabras". Cuando por fin llegó al aeropuerto de Pudahuel después de dos medios años de insoponible exilio le dijo a los que le pidieron declaraciones: "Estoy más contento que la cresta".

Estuvo triste, furioso, impotente en esos años fuera de Chile. Deambuló por Río de Janeiro, Roma, Sofía, Berlín, Buenos Aires enfermo de muerte. Permaneció meses recluso en hospitales y sanatorios. De pronto lo sacudían unos dolores terribles. Le pedía a sus visitantes que se ausentaran por algunos minutos y cuando éstos volvían lo encontraban de nuevo alegre y garabatero: "No me voy a morir —decía—. No le daré ese gusto a Pinochet. Volveré a la lucha con mis viejos de la construcción al día siguiente de mi regreso".

Así fue. En los últimos días de un cáncer generalizado Hector Hugo Cuevas, Presidente de la Federación de la Construcción de Chile, reapareció en su gremio dispuesto a sumarse a la organización de las protestas contra la dictadura; a reclamar el fin del exilio que conoció en carne propia; a exigir la unidad y el entendimiento de los opositores sin exclusión de nadie. Quería ganarle la batalla hasta

a la muerte, que finalmente fue más poderosa que su apasionada voluntad de vivir. Murió un mes y medio después. En sus funerales hubo himnos y discursos interrumpidos por la policía, que apaleó a la multitud y detuvo a jóvenes pobladores, a obreros de la construcción cesantes que gritaban "Compañero Héctor Cuevas, Presente".

Fue difícil expulsarlo de Chile en diciembre de 1982. La operación requirió de la violencia y la fuerza de varios "roperos" de la CNI. Cuevas empleó los puños, los pies, las piernas, los dientes para defender su derecho a vivir en el país en que nació. Le llevaron arrastrándolo hasta un avión con destino a Río de Janeiro y lo arrojaron en su interior como un bulto golpeado. Y aún así quiso bajarse, con grilletes en las manos y los pies.

Era un obrero valiente, espontáneo, elocuente y claro. A muchos les parecía increíble que Cuevas y su gremio dijeran sin eufemismos la verdad de los trabajadores cuando el crimen, las desapariciones, los campos de concentración eran —y son— la moneda corriente de Pinochet. Fue elegido Secretario General de la Federación de la Construcción a comienzos de septiembre de 1973. Cuando vino el golpe decidió que ese local sindical no

Luis Alberto Mansilla es periodista y dirige el Boletín de la Central Única de Trabajadores (Comité Exterior). Vive en Berlín (R.D.A.).

cerraría sus puertas, que continuaría funcionando normalmente. Al comienzo no iba nadie. La policía hacía redadas en los sindicatos, asesinaba allí mismo a algunos obreros, los más eran detenidos, encerrados en el Estadio Nacional como primera estación antes de ser distribuidos en campos de concentración. De todas maneras Cuevas pidió una entrevista con el Subsecretario del Trabajo de la dictadura. Un periodista le preguntó en la antesala qué diablos hacía allí y Cuevas contestó: "Se vence el tarifado de la construcción y venimos a exigir otro". Naturalmente sabían que no iban a obtener tarifado ni nada pero era necesario demostrar que estaban ante una dictadura antiobrero ya que algunos gremios habían caído en la trampa de la desestabilización del gobierno de Allende y creían todavía que los militares golpistas estaban por encima de los intereses de las clases.

El gremio de la construcción resultó impenetrable para el régimen de Pinochet. Fue el primero que organizó una asamblea pública sindical en el Teatro Caupolicán en 1975. Allí Cuevas denunció los campos de concentración, las torturas y cómo centenares de trabajadores fueron fusilados en el carbón, en Tocopilla, en Antofagasta, en los cordones industriales de Santiago. Lo detuvieron y estuvo preso hasta fines de 1975 en "Tres Alamos" y "Puchuncaví". A quienes iban a verlo les decía: "Cuando salga de aquí me hago cargo de nuevo de la Presidencia de la Federación". Así lo hizo, sin pelos en la lengua, desafiante e incansable. Le decían "el loco Cuevas" ¿era acaso una locura disparar desde una barricada a todos los aparatos de terror y fuego de una implacable guerra interna contra el pueblo?

Su historia era parecida a la de todos los obreros chilenos. Era hijo de campesinos y nació en un latifundio de la provincia de Aconcagua el 24 de mayo de 1937. Casi no fue a la escuela. Aprendió a leer y escribir en sus dos únicos años escolares. Sus

primeros años transcurrieron en la ciudad de Quillota. A los 12 empezó a trabajar como repartidor de paquetes de un almacén del pueblo. Después fue obrero textil de "Rayón Saíd" la fábrica más grande de allí. Ingresó a las Juventudes Comunistas, donde "más bien nos dedicábamos a cantar y a bailar pero donde aprendí algo de marxismo y fue una buena experiencia". Lo despidieron de la fábrica textil y encontró un nuevo trabajo en la construcción del edificio de la Caja de Ahorros de Quillota. Fueron sus comienzos en un gremio que no abandonó hasta el fin. Se convirtió en un experto "maestro estucador". El oficio es agotador pero le gustaba. Siempre se negó a ser un burócrata sindical y siguió en sus labores. Pensaba que sólo se pueden entender los problemas de los trabajadores cuando se viven en carne propia.

Se fue al norte, a Tocopilla. Allí empezó a ser dirigente del gremio y lo eligieron, además, como encargado juvenil de la CUT. Conoció a Claudina García, "que le dedicaba la mayor parte de su tiempo a la lucha pero no era ninguna beata". La fue "tomando en serio de a poco". El primer hijo nació en Tocopilla y se habrían quedado allí para siempre si no se hubiera instalado el brazo mecánico para las faenas de embarque del salitre, que desencadenó una gran cesantía y obligó a la emigración a otros lugares a centenares de obreros.

Se fueron a Antofagasta donde todavía se construían casas y edificios. Durante diez años fue dirigente del gremio y al mismo tiempo secretario regional de la CUT. En 1969 sus responsabilidades sindicales lo obligaron a trasladarse a Santiago. Eran los comienzos de la campaña electoral de la Unidad Popular, de los grandes desfiles con Allende a la cabeza, de las canciones de Víctor Jara y Violeta Parra. Los dirigentes de la construcción fueron después a La Moneda y por primera vez hablaron mano a mano con un Presidente de la República. Era un signo de los nuevos

tiempos. La CUT era parte importante del proceso y apoyó —a pesar de algunos opositores— con entusiasmo al gobierno popular.

Cuevas tenía un estilo nuevo. Dialogaba de verdad con sus bases. Agitaba el dedo y se dirigía a los que no hablaban o a los que tenían fama de “jodidos”. ¿Y tú que opinas? —les preguntaba. Desataba las lenguas aunque éstas fueran disidentes porque así le parecía que tenía que ser la democracia sindical.

No tenía pretensiones de líder y algunos lo consideraban muy “desbocado” para hacer bien su papel aunque era peleador como nadie para defender las reivindicaciones de los asalariados de la construcción, siempre amenazados de cesantía porque los trabajos eran temporales y a los empresarios no les convenía tener operarios de planta con las regalías de la previsión y las leyes sociales.

Pero la dictadura asesinó o hizo desaparecer o envió al exilio a los viejos cuadros. Cuevas dijo que nadie lo movería de Chile. Y apareció a plena luz cuando las papas ardían. El primer

paro de larga duración lo realizaron en 1982 los obreros de la construcción de Colbún Machicura. Cuevas estuvo a la cabeza de ese movimiento que se prolongó durante meses y que terminó con toda la victoria que era posible bajo la dictadura. Había que sacarlo de en medio. Y el pretexto fue una convocatoria a un acto en la Plaza de Artesanos en diciembre de 1982. Fueron expulsados del país Cuevas, Manuel Bustos y también el rico agricultor triguero Carlos Podlech que era de derecha y amigo en otros tiempos del dictador. Podlech volvió casi de inmediato y Bustos fue autorizado a hacerlo algunos meses después. Cuevas demoró dos años y siete meses en obtener la autorización para regresar.

En la República Democrática Alemana los médicos descubrieron que sus frecuentes dolores internos eran el aviso de un cáncer irremediable. A pesar de los piadosos ocultamientos Cuevas adquirió cabal conciencia de su muerte a corto plazo. Pero nunca admitió eso públicamente. Lo importante era imponer su regreso por la lucha. Lo consiguió, y estamos seguros que murió sin congoja.

V. T.

“Las Mil y Una Horas” de Miguel

En junio pasado el tribunal de Perugia, aparte de imponer penas pecuniarias, suspendió por un mes del ejercicio de la profesión a Emanuel Macaluso, director de *l'Unità*, diario del Partido Comunista Italiano, y a su responsable Guido Dell'Aquila. La condena

provino de una querrela incoada por el exprocurador Jefe de la República Achilla Gallucci, quien se proclamó “ofendido” porque Macaluso ahondaba en uno de los más famosos escándalos del siglo, las temibles hazañas de la Loggia P2. No son los

únicos casos. Ya el mismo tribunal de Perugia había suspendido de la profesión a otros periodistas comunistas conocidos, entre ellos Piero Pratesi y Valentino Parlato.

La interpretación que se ha dado a la sentencia es que no se quiere que se hable más de la Logia encabezada por Licio Gelli, entre otras cosas porque ella continúa ocupando posiciones de poder. Forma parte de la "intocabilidad" de las mafias secretas que actúan en la trastienda del Estado. El que pretende destapar la olla podrida incurrirá en los "rigores de la justicia".

Como el capitalismo proclama la libertad y despliega esa bandera día y noche. ¿Habrán que concluir que ésta es una excepción rarísima? Estoy convencido que no.

Por vía de demostración quiero referirme a una sociedad europea, que conoció un fascismo aún más largo que el de Italia y ahora experimenta los avatares de la democracia burguesa en todas sus contradicciones. En Portugal mi amigo Manuel Urbano Rodrigues, director de *O'diário*, uno de los tabloides más influyentes, ha vivido una odisea peor que la de Emanuel Macaluso. En el periódico se escribía como si existieran condiciones reales para el ejercicio de la libertad de prensa y se practicaba el derecho de la crítica política, pensando que ambos son componentes esenciales de la democracia. Al fin y al cabo, la libertad de prensa ha sido teóricamente considerada en Occidente una coordenada de todas las libertades.

Miguel Urbano Rodrigues es uno de los más famosos periodistas que escriben en lengua portuguesa. Esto no lo saben sólo en su patria, de la cual tuvo que partir por culpa del fascismo salazariano para prolongados exilios, incluso en Chile, durante los años de gobierno de Allende. Pero su gran labor de periodista desterrado la hizo en órganos muy difundidos del Brasil.

Si el filudo Valle Inclán decía que "el sino de los intelectuales españo-

les es idéntico al de los gitanos: vivir perseguidos por la Guardia Civil", Miguel Urbano Rodrigues ha experimentado casi todas las persecuciones imaginables. Porque es algo más que un revoltoso, es un hombre libre, un revolucionario, un escritor valiente que critica con hechos y razones la política y el mundo de la burguesía. Se trata de un intelectual de primera agua, cuya conciencia personal está interpenetrada por una conciencia social vigilante.

El notabilísimo *O'diário* —una creación colectiva— es en buena parte su obra. Nació con la Revolución de los Claveles. Apenas vuelto del exilio Miguel podía realizar su sueño. Un periódico de su pueblo, para su país. Volcó toda su apasionada capacidad creadora a plenitud en esa que era una empresa política y también una obra de arte profesional y cultural. Un diario nuevo para mantener al pueblo realmente informado. En este sentido, junto a sus compañeros, es un rebelde, un forjador de conciencias. Había que superar los tabúes. Defender al obrero, al campesino, al intelectual avanzado. No sería un periodista de comportamiento estrambótico, sino un militante al servicio de su pueblo.

Como dijo su opinión a través del diario sin embages, con diáfana transparencia, irritó a aquellos que preferían que sus peculados y transgresiones, olvido de promesas y deslizamientos de la izquierda a la derecha pasaran en silencio. Contestaron con un verdadero diluvio de querellas

Así Miguel Urbano Rodrigues quebró un récord: ha pasado más de mil horas en los estrados judiciales, bajo una montaña de procesos minuciosamente orquestados por la batuta de un régimen que juró pulverizar a hombre tan incómodo. Querían obligarlo a retroceder. El acusado no cantó la palinodia, no se retractó ante esa selva de libelos acusatorios que en la actualidad reemplazan los especiosos interrogatorios a que se some-

tía en siglos pasados a los sospechosos de herejía. Contestó a pie firme, como un periodista revolucionario de veras. Replicó con un libro menos placentero que *Las Mil y Una Noches* sobre sus Mil y Una Horas en el banquillo de los acusados. No se limita en esas páginas a hacer la historia de las querellas, sino que explica sus orígenes, causas y fines; desnuda a quienes las deducen y lo que persiguen.

Miguel Urbano Rodrigues propinó nuevas réplicas que he leído como documentos representativos de nuestra época, "Respuesta a un Ministro de Corte vestido en maestro de moral comunista", tiene su sal y su gracia. El juez investigador no se limita a citar artículos de códigos estableciendo penas. Da lecciones éticas e imparte explicaciones *ex-catedra* sobre "marxismo bien entendido", a la manera burguesa. Pero a la vez, agregando nuevas perlas a la penalidad punitiva, convierte a Miguel Urbano Rodrigues en un periodista que no puede salir del país sin previa autorización del tribunal. Como tampoco ésta se concede automáticamente, hubo de cancelar viajes ya previstos y comprometidos. Tuvo que responder como Director de *O'diário* en más de un centenar de procesos. Lo grotesco reside en que el juez, afecto a dictar lecciones político-moralizantes, lo condenó no sólo como ciudadano, sino "también como mal comunista, pues si fuese bueno hubiera pedido honestamente que se le condenara". Extraña oración tribunalicia, "diferente a todo lo que en el género se conoce y consta desde los textos antiguos, desde la crónica del Rey don Fernando", comenta el afectado.

¿Preguntémosnos ahora cuál es su culpa real? Defender el Portugal de Abril.

Luego la persecución dio un paso ulterior. Se dictaminó que Miguel Urbano Rodrigues a partir del 28 de julio de 1985 está impedido para ser director de *O'diário* durante cinco años. Para ello se recurrió al expe-

diente de la acumulación de condenas. Esa medida es inconstitucional porque la Carta Fundamental de la República Portuguesa establece que "ninguna pena envuelve, como efecto necesario la pérdida de derechos civiles, profesionales o políticos".

Ese mismo día el periodista condenado publicó en *O'diário* un artículo a página entera, que vale por un documento representativo de nuestro tiempo. No es la primera persecución que sufre en su vida periodística. Ya en 1973 el líder fascista brasileño Carlos Lacerda prometió destruirlo por un artículo que Rodrigues publicó en el diario *La Opinión*, de Buenos Aires. La polémica sacó chispas. ¿Qué molestaba al furibundo reaccionario y apasionado panfletista? La crítica que Miguel Urbano Rodrigues hacía a la apología del colonialismo portugués que intentaba Lacerda y a la alabanza de la guerra en Guinea-Bissau. Lacerda quebraba en la materia todos los límites. El ejército de ocupación defendía —según sus palabras— la libertad del pueblo de Guinea y sugería que Brasil debía dar una ayuda a la fuerza aérea portuguesa. Sin gran originalidad "¡llamaba a defender la civilización Occidental y cristiana en aquella colonia". La clarificación pública hecha por un antifascista portugués exiliado lo sacó de quicio.

Como vemos, el director ahora suspendido tiene una larguísima experiencia en materia de cacería de brujas. Sabe que no es el único blanco contra el cual se dispara, que no se trata de un asunto puramente personal. Concluye que escribir honestamente resulta peligroso. "La situación del periódico que *desafía* el poder es cada vez más difícil. Genera hoy en Occidente situaciones marcadas no sólo por la violencia, sino también por la irracionalidad".

En 1961, en un encuentro deportivo en Brasil pidió a viva voz "¡Independencia para Angola!" Aquel match inocente, "organizado en beneficio de las víctimas de la guerra de Angola", se realizaba bajo el lema del dictador

Salazar: "Portugal, cantando y riendo, llora a sus muertos". La dictadura fascista le concedió entonces un extraño pasaporte, "Exclusivamente válido para viajar con destino a Portugal". O sea, para caer en las garras delicadas de la Policía Política.

Ahora tampoco puede salir de Portugal sin autorización previa de la Corte de Apelaciones de Lisboa. Un ministro dispuso que se trataba de un beneficio, por el cual el impedido debería mostrarse agradecido.

En muchas partes del mundo Occidental, comenzando por Estados Unidos se agudiza la campaña de intimidación de los periodistas. Chile de Pinochet es un ejemplo archiviolento y descarado.

Miguel Urbano Rodrigues ha hecho un recuerdo autobiográfico impres-

cindible: "Soy un periodista desde hace 36 años. Escribí en diarios de muchos países. Viví con intensidad la fraternidad cotidiana de redacciones localizadas en latitudes diferentes, en patrias que hice mías, en la lucha por ideas compartidas".

Los chilenos tenemos mucho que agradecer a este hombre que no ha olvidado nuestro país y comparte nuestra lucha que es la suya, como la suya es la nuestra. ¿Urge tal vez decir ante un hermano perseguido la necesaria y noble palabra "solidaridad"? Lo nuestro es eso y más que eso. Es toda la fraternidad hacia un hombre y hacia un pueblo que afronta tantos peligros por el delito de decir la verdad, que, como alguien dijo, puede ser muy antipática e insoportable para un sistema que necesita acallar sus escándalos.

Varia intención

RECUERDOS DE THIAGO DE MELO

Vínculos antiguos y profundos unen a Thiago de Melo con Chile. Fue agregado cultural de Brasil en nuestro país hasta el golpe militar brasileño de 1964. Pero no un "agregado" cultural cualquiera, porque él se insertó profundamente en la cultura chilena. Todos los que lo conocieron recuerdan su actividad de aquel entonces, tan extraordinaria y variada. Años después volvió, y fue otro golpe militar, ahora el chileno, el que lo obligó de nuevo a abandonar el país. Pero todo esto nos lo cuenta él mismo en un encuentro sostenido recientemente en La Habana.

«No guardo recuerdos de Chile así como uno los guarda de un lugar

donde ha estado algún tiempo. Chile... yo lo guardo dentro de mí. Mi vida se une a la vida misma de Chile en la cual participé, donde he aprendido mucho, donde conviví con su pueblo, donde enriquecí mucho mi vida con todo aquello que hace enriquecer la vida de un hombre: no sólo las alegrías, también los dolores, las aflicciones, toda esa sabiduría muy particular, hecha de idiosincrasias muy especiales. Cuatro años serví en la embajada de mi país y esos fueron años que me marcaron profundamente. Pero en verdad, yo he vivido dos períodos muy diferentes en Chile y ricos de distinta manera. Porque después de los cuatro años en que serví al gobierno democrático de Joao Goulart, y antes al de Juscelino Kubitschek, como agregado cultural, en una

labor de integración cultural, no sólo entre Chile y Brasil, sino de verdadera integración cultural latinoamericana, que tratábamos de realizar allá chilenos y brasileños del Centro Brasileiro de Cultura, que tuve la fortuna de fundar, yo tuve otro período de Chile. A fines de 1969, cinco años después de haber regresado a mi país para participar en la lucha de mi pueblo contra la dictadura militar, yo regresé a Chile con la ayuda de ese bello hermano, Salvador Allende. Viví tres años y medio en Chile, hasta que perdí mi segunda patria con el golpe del 73, que dio fin a aquella maravillosa experiencia de transformación de una sociedad humana...

»De esos siete años y medio de mi vida, yo conservo, vívida, luminosa, la presencia del pueblo chileno dentro de mí. Allí están en Chile amigos entrañables, y son chilenos también muchos queridos amigos que hoy día viven esparcidos en tantos lugares del mundo... y tantos otros amigos que se fueron, que ya no recorrerán más los caminos de la tierra humana.

»En Chile gané como una dádiva de la vida, la amistad de seres que ennoblecen la condición humana. No podría citarlos a todos. Pero, con decir que merecí la intimidad y la ternura de Pablo Neruda... solamente eso bastaría para justificar mi caminata de este mundo.

»Pero son muchos otros... A los escritores chilenos y a los amigos les digo que todos ellos siguen participando de mi vida. Y para ellos digo lo que tuve ocasión de decir en Rio de Janeiro al asumir Leonel Brizola el cargo de gobernador de esa ciudad. Una noche nos reunimos todos aquellos que fuimos exiliados y vivimos nuestro exilio en Chile, alrededor de Tencha Allende. Me tocó hablar en nombre de todos los compañeros, y yo le dije: "Tú volverás, Tencha y nosotros un día volveremos a nuestro Chile y el nombre de Salvador Allende no será solamente una bandera, ni será un cántico. ¡No! Su nombre será la luz que iluminará la lucha de su pueblo

en ese día en que la aurora bañará la tierra de nuestro amado Chile..."

»Durante mis nueve años de exilio escribí tres libros: uno en Chile y dos en Europa. El primero de Europa, "Poesía comprometida con mi vida y con la tuya". Más de la mitad son poemas sobre Chile, sobre lo que he vivido allá, lo que he sentido, lo que he sufrido durante esos años que terminaron con el golpe militar.

»Doy una noticia para los chilenos, que no es buena, que no es dulce, pero que se refiere a mi vida de escritor; yo escribí a lo largo de cinco o seis años un libro sobre la Isla de Pascua, donde estuve tres veces, la primera en 1961 con mi amada Ana María Vergara, con Gonzalo Figueroa, en fin... Ya tenía yo las pruebas de ese libro que se estaba imprimiendo en la Editorial Universitaria (300 páginas) en el mismo día en que mataron a Allende. Allanaron mi casa y lo destruyeron todo. Yo no estaba allá. Destruyeron obras originales de Portinari, el gran pintor brasileño, obras de Nemesio Antúnez... Esas pruebas se las llevaron, junto con tantos papeles. ¡Y es un libro que yo nunca más escribiré!

»Cuando yo volví al Brasil... Bueno, yo formaba parte en Europa de un movimiento por la amnistía, no solamente brasileña, sino para todos los presos políticos y exiliados latinoamericanos. Fui aprisionado al llegar, en el avión mismo, pero estuve detenido solamente veintiséis días, bajo interrogatorios.

»Después me dediqué, junto a un hermano muy querido, compositor, músico y poeta brasileño Sergio Ricardo, a hacer un "show" que lleva el título de un libro mío, *Faz oscuro mais yo canto* (Está oscuro pero canto) y recorrimos las diez principales capitales de Brasil durante ocho meses. Un "show" evidentemente político cuando empezaba no más el proceso de la apertura política. Y el centro de ese "show" era un poema que escribí especialmente para el movimiento por la amnistía en Brasil.

»Después, a partir de ahí, me fui a

vivir al Amazonas, el lugar donde nací, donde pasé un breve período de mi infancia, donde siempre regresé a lo largo de mi vida. Y ahora en Brasil hice la opción de compartir mi vida y mi esperanza con los "caboclos", mis hermanos de la selva, aquellos brasileños explotados, olvidados y sometidos por los terratenientes, los comerciantes de la región, la iglesia retrógrada y los políticos tradicionales. Allá vivo desde hace más de seis años, donde he escrito cuatro libros. El primero, sobre la vida de la floresta. El segundo, un libro de poemas cuyo título se podría traducir "Hace calor en la selva". Otro, sobre la ciudad de Manaus en el período de la gran estagnación económica, a consecuencia de la caída del caucho, después que los ingleses se robaron las semillas de las seringueiras del Amazonas, el árbol del caucho, y fueron a plantarlas en esa ciudad, plantada en el corazón de la selva, durante los años 30 y 40, mostrando que allí había un esbozo, un comienzo de una posible sociedad solidaria.

»Al final dediqué todo mi tiempo libre de los últimos dos años a una tarea que me da gran alegría de haberla realizado dando lo mejor de mí, que fue traducir la obra de un peruano genial ya traducido a todos los idiomas cultos del mundo y que por primera vez aparece en portugués: la obra completa de César Vallejo. Yo había traducido antes a Pablo Neruda al portugués. Y en este instante, acabo de hacer una selección para una gran antología de Nicolás Guillén. No hay ningún libro de Guillén en el Brasil.

»El trabajo de traducción lo repartí con la elaboración de un libro sobre la vida de los niños, las mujeres y los hombres que habitan en la selva. La floresta amazónica está peligrosamente amenazada, penetrada por los grandes intereses de las transnacionales que devastan la selva, incluso con herbicidas químicos utilizados en la guerra de Vietnam. Aplastan la selva, incendian la selva, para utilizar esos espacios abiertos en grandes

campos de pastos para la crianza de ganado. A pesar de que es la selva que "fornece" oxígeno para gran parte de la Humanidad, porque es una floresta que respira día y noche, la mayor floresta viva del planeta; y es también el lugar donde está la mayor reserva de agua dulce... En verdad, está siendo devastada la vida del hombre que habita esta floresta. Entonces, yo trato de escribir sobre esto. Es un libro con una técnica literaria a tres niveles distintos. Me acuerdo en este instante que estoy conversando contigo, que hace veinticinco años yo sugerí a Neruda y dos años después sugerí a Alejo Carpentier, porque eran dos grandes conversadores y en su conversación "hacían muchas ramas", que escribieran lo que yo llamaba "un libro conversado", ir contando una cosa, después otra, después vuelve a lo que estaba hablando antes, hace otra rama, un paréntesis... Entonces, el eje del libro es contar la vida que estamos viviendo en la floresta, la que vive el hombre cada día. Pero, a propósito de lo que está pasando allá, yo recuerdo episodios antiguos de mi vida, de mi infancia, del comienzo de mi juventud (¡mi juventud no se ha acabado!) Y cuento muchas cosas vividas en Chile. Recuerdo al inolvidable Jorge Sanhueza, a Neruda, a Manuel Solimano, a la belleza de la mujer chilena. Recuerdo las comidas, la lluvia de Temuco, los mineros de Lota, donde una vez di un recital de mis poemas. Y por otro lado, comento cosas que están pasando en la actualidad dentro del Brasil. En fin, yo, como poeta, como escritor, cuyo compromiso primero es con la poesía, desde luego, sin perder la calidad estética, trato con mi obra de servir a la vida, de servir a la transformación de la vida, de servir al amor.»

JOSE MIGUEL VARAS

EROTISMO AL PASO

«El siervo, un momento libre, es rey por algunas horas. Tiene muy poco

tiempo: el cielo cambia ya y las estrellas se desvanecen. Dentro de un momento la severa alba le traerá otra vez la servidumbre, lo pondrá de nuevo a vista de su enemigo, a la sombra del castillo..." Pero antes que el cotidiano bregar se reinstale, los asistentes han celebrado el ofertorio de la mujer, representada como altar y hostia. Es nuestro aquellarre criollo, menos embriagador y demoníaco que el original europeo, aunque quizá igualmente popular (la entrada vale \$200). Ambos, hijos del tiempo duro, resultados del abandono y, por lo mismo, refugios y redenciones parciales de lo negado, de la dicha quebrada; en particular, reivindicación de esa otra mujer que queremos: la que no es María y menos aún virgen. Nuestro café top-less levanta a su manera la mujer deseada, aquella refrenada por una escolástica hipócrita (cfr. Jules Michelet, *La Bruja*).

Se trata, sin embargo, de una revancha enajenada, también fingida, de lo sólo aparentemente prohibido por la "reserva moral". El ofertorio presenta un marcado carácter fetichista. Y a la exaltación parcial del "objeto" se une la no posesión real o solamente ilusoria del mismo. El fetichismo es reforzado por la complicidad teatral de aquella que lo estimula. El baile de máscaras, sin principio ni fin (el espectáculo comienza cuando usted llega), hace que los asistentes se sumerjan en un tiempo cíclico, a-histórico y evasivo, que se expresa en la no consumación o término y en la satisfacción imaginativa de las representaciones eróticas.

La posible réplica es desvirtuada. Este erotismo al paso, fascinador, que se consume en Chile tan rápidamente como un "completo", con mayonesa y chucrut, es, infelizmente, una contestación ilusa o falsa..., a lo falso. Desde otro ángulo, representa, inversamente, la reivindicación del otro sueño, del necesario, del eróticamente humano.

CARLOS OSSANDON B.

50 AÑOS DE TEATRO DE ANA GONZALEZ

Con la vitalidad, la gracia, el talento, la versatilidad de siempre la actriz Ana González ha cumplido medio siglo en los escenarios del teatro chileno. En su homenaje el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica —del que fue una de sus más grandes figuras— ha montado *Su lado flaco*, un sainete de René Hurtado Borne con el que la actriz debutó en un local sindical en 1935.

¿Quién no conoce a Ana González? Durante cinco décadas uno de sus personajes, "La Desideria", le ha alegrado la vida a los chilenos. Esa "asesora del hogar" entrometida, ocurrente, celosa de sus derechos, no sólo continúa haciendo reír, sino que es parte de la patria nostálgica. Ella sacó del rincón de la cocina de las casas ajenas a las más olvidadas y explotadas de las trabajadoras y le confirió chispa, ocurrencias amables, identidad chilena inconfundible.

Pero Ana González no sólo es ese pícaro personaje criollo, sino una de las grandes actrices del teatro chileno y una ciudadana valiente que no ha cesado en estos doce años de unir su voz a los que luchan por la democracia a pesar de todos los riesgos que hay que enfrentar en un régimen de terror.

Sin duda pudo emigrar con provecho a otros países donde hubiese sido una figura tanto o más importante. Prefirió quedarse y en pleno apogeo cultural, cuando la mayoría de sus colegas se sentían asediados y angustiados, encendió de nuevo las luces de su Teatro del Ángel. Y empezaron otra vez sus múltiples personajes. Era necesario hacer reír, pensar, emocionar. También era indispensable decir de cualquier modo la verdad, enfrentar a los censores, conquistar un espacio donde los autores chilenos o los grandes creadores del pasado o de ahora desplegaran su mundo. Es posible entrar en contacto hoy con ella en el teatro, la radio, el cine y la televi-

sión. Un día puede ser la Reina Isabel Tudor de Inglaterra y al otro La Desideria. Se la puede ver como lavandera, meretriz, vieja señora del siglo pasado, solterona, abuela o pergolera. Tiene mil rostros, en todos los géneros, en la comedia o en el drama. Después de cada función reaparece siempre Ana González —ahora con el cabello blanco— como una institución nacional. Es un “monstruo sagrado” del teatro chileno, aunque no le guste tal denominación.

¿Quién es ella? Nació en la calle San Diego de Santiago y fue parte de una familia de “medio pelo”. Ha recordado que cuando niña reunía dinero no para ir al cine a ver a Greta Garbo o Clark Gable, sino para subir a las galerías de los teatros donde actuaban los saineteros o zarzueleros de los años 30. Ella misma soñaba con interpretar algunos de esos papeles aunque era tímida y se sentía fea y sin gracia.

Un día asistió a una función de un teatro de aficionados en la Sociedad Mutualista “Artesanos de la Unión” en calle Riquelme. A los mutualistas les gustaba predicar contra el alcoholismo y propiciar virtudes cívicas haciendo caso omiso de la lucha de clases. Después de la función uno de los dirigentes la invitó a inscribirse en una Academia de Arte Dramático de la institución, Ana se entusiasmó y le pidió a su severa madre que la inscribiera. Las clases en realidad no eran tales, sino unos ensayos “muy al lote” para presentar skechts de brocha gorda en los sindicatos. Sin darse cuenta Ana González se vio desempañando los papeles principales de los sainetes *Su lado flaco* de Hurtado Borne y *En casa del herrero* de Gustavo Campaña. Luego fue llamada para integrar las compañías de los actores más famosos del momento, Rafael Frontaura y Alejandro Flores. Los pequeños papeles de empleada doméstica que le asignaban le hicieron perfeccionar un personaje que fue

el resultado de la observación de los modelos reales. Así nació La Desideria, con la que debutó en el Auditorium de Radio Del Pacífico en el programa “Intimididades de la familia Verdejo” que después se llamó “La Familia Chilena”. El programa fue durante muchos años un gran éxito radial. Era un espejo de la vida nacional. Todo se comentaba allí con humor: las elecciones, el costo de la vida, la guerra mundial, la moda, los malabares de los políticos, los sinsabores burocráticos, etc. La popularidad de La Desideria la hizo recorrer todo el país y ser una estrella donde quiera que apareciera. Nadie la veía en otro papel. Era la primera de las actrices cómicas. El personaje terminó por dejar en segundo plano a Ana González, que devoraba libros y soñaba con papeles dramáticos de mayor exigencia. En 1946 el Teatro de Ensayo de la UC la llamó para protagonizar una obra de O’Neil *Contigo en la Soledad*. Fueron los inicios de una talentosa actriz seria. Fueron inolvidables después sus interpretaciones de obras como *Pígalión* de Bernard Shaw o *La Loca de Chaillot* de Giradoux. En 1960 fue desde su estreno una de las protagonistas de *La Pérgola de las Flores*.

Hacia 1970 le entusiasmó el programa de la Unidad Popular. Participó en las más duras actividades que significaran defender el proceso. Así, mucha gente la vio participar hasta en los trabajos voluntarios. Después del golpe ayudó a los asediados por la dictadura, le dio ánimos a los que decidieron quedarse. Su Teatro del Angel se convirtió en un punto de referencia obligatorio del teatro chileno de este tiempo. Las obras de su repertorio fueron cada vez más críticas, con más claves para expresar lo que de verdad sienten los chilenos.

Al cumplir 50 años de teatro le expresamos nuestro admirado reconocimiento.

LUIS ALBERTO MANSILLA

BREVES

● Aparte del conjunto de más o menos media docena de magazines (semanales o quincenales) que han marcado con vigor singular el renacimiento del periodismo democrático en Chile, en los años de la dictadura se han publicado muchísimos boletines o modestas revistas, generalmente impresas a mimeógrafo o, a veces, reproducidas mediante el sistema de fotocopias, que han ido dejando, en múltiples campos de la vida chilena, el testimonio de un quehacer admirable e infatigable. Hemos citado, en números anteriores, publicaciones con esas características, particularmente literarias. Nos parece necesario destacar, ahora, el *Boletín* que edita el Comité pro Retorno de Exiliados, que viene publicándose desde hace ya un cierto tiempo, (se encarama ya en la veintena de números aparecidos) y que agrega, a la regularidad de su presencia, una preocupación notoria por mejorar cada vez más la calidad de su información y de su presentación gráfica.

Este *Boletín*, fuera de las noticias de orden general, se ocupa en particular de reseñar la nutrida actividad que lleva a cabo el Coporex, que, como se sabe, despliega en el interior de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, una labor específica dirigida a los exiliados y a los retornados. Entre sus muchas iniciativas, destaquemos la Feria Cultural del Exilio, que procura reunir todos los años una muestra de lo que hacen los chilenos de la diáspora en todos los campos de la creación cultural: libros, diarios, discos, pinturas, dibujos, revistas, etc.

El *Boletín* puede solicitarse al Comité pro Retorno, Huérfanos 1805, Santiago.

● *Compendio Noticioso Semanal* se llama una publicación editada en Santiago por el llamado Centro Integrador de Datos. Como otras similares que aparecen dentro y fuera del país, ésta intenta recoger una síntesis apretada, pero completa del acontecer chileno.

Se apoya en una treintena de fuentes nacionales e internacionales, de las cuales extrae una información cuidadosamente clasificada (actividades estudiantiles, sindicales, de la Iglesia, Derechos Humanos, Poder Judicial, etcétera). Comprende, además, un anexo en que se reproducen facsímiles de crónicas, artículos, entrevistas y otros materiales de interés extraídos de órganos de la prensa chilena. En su género es probablemente el boletín mejor hecho. Es útilísimo para quienes aspiran a mantenerse al día con lo que ocurre en nuestro país (Av. Pedro de Valdivia, 1.781, of. 141, casilla 16.779, correo 9, Providencia, Santiago).

● En la Unión Soviética, donde el interés por la cultura chilena data de muchas décadas, la preocupación por ella se ha redoblado en estos años de opresión fascista. En el campo de la literatura, por ejemplo, son muchísimos los títulos publicados esta década. El más reciente de ellos: una recopilación de prosa y poesía editada por la revista *Literatura Extranjera* en su "Biblioteca de Literatura Extranjera". Su título: *El viento desde el mar. Literatura chilena de la resistencia*. La obra tiene una Introducción de Volodia Teitelboim y comprende tres textos en prosa de Poli Délano, Fernando Alegría y Carlos Mellado y tres selecciones de poemas, de Omar Lara, Alfonso Alcalde y José María Memet. La traducción es de Pavel Gruchko. La portada reproduce un dibujo de Gracia Barrios publicado hace algunos años en *Araucaria*.

● *Diálogos de la vida de Comino y Pimienta*, se titula el libro para niños que acaba de publicar Julio Elqui en una pulcra edición hecha en Ginebra, Suiza, por Editions Poésie Vivante, e ilustrada por sus cuatro hijos. Algunos de estos cuentos (¿o minipiezas teatrales?) aparecieron en *Araucaria*, en un número que recopiló diversos textos dedicados a la infancia, y la obra fue distinguida con una mención por Casa de las Américas de

La Habana, en un certamen de literatura para niños.

El libro vale 25 francos suizos y quienes deseen adquirirlo, pueden resemejar esa suma (o su equivalente) a Poésie Vivante Geneve, B. P. 96-1.211 Geneve 7, C. C. P. Geneve 12-175, 79.

● Otra publicación, hecha ésta en Costa Rica. Nos llega con la sorpresa del reencuentro con Julio Escámez, el gran pintor, a quien *Araucaria* persigue desde hace años para ganarlo como ilustrador de uno de sus números. Xilografías suyas engalanan dos despleables en que se publica un texto antes completamente desconocido en español: el notable poema "Último discurso ante la corte" escrito por Bartolomeo Vanzetti como parte final de su último alegato en el juicio que lo llevaría a la silla eléctrica, en Chicago, el 23 de agosto de 1927.

Publicado en 1946 en una antología de la poesía moderna norteamericana preparada por el crítico Selden Rodman, fue rescatado para nuestra lengua por el escritor guatemalteco Augusto Monterroso, que hizo la traducción (en este mismo número publicamos de Monterroso algunos textos literarios) y recogido en esta plaqueta por el novelista costarricense Joaquín Gutiérrez, quien prologa el poema y recapitula el trágico ajusticiamiento —hoy un tanto olvidado entre los jóvenes— de Sacco y Vanzetti. El poema y los textos de presentación fueron enteramente escritos a mano por Escámez.

Tiene razón Gutiérrez cuando dice, a propósito del poema, que "nos cuesta pensar en otro en el que la simplicidad y la verdad sean más puras y la belleza más intensa y desgarradora". Estos son los versos finales:

*Yo podría haber gastado mi vida
hablando en las esquinas a gente burlona,
podría haber muerto inadvertido, ignorado, un fracaso.
Ahora no somos un fracaso,
ésta es nuestra carrera y nuestro triunfo.
Nunca
en toda nuestra vida pudimos esperar hacer tal trabajo
por la tolerancia, por la justicia, por la comprensión
del hombre por el hombre
como ahora lo hacemos por accidente.
Nuestras palabras, nuestras vidas,
nuestros dolores... ¡Nada!
Habernos arrebatado nuestras vidas
—vidas de un buen zapatero y un pobre
vendedor ambulante de pescado—
¡Todo! Ese último momento nos pertenece:
esa agonía es nuestro triunfo.*

notas de lectura

TESTIMONIO

Patricia Politzer

Miedo en Chile

Edics. Chile y América,
Santiago, 1985 .

Durante un año de trabajo, gracias a una beca de la Academia de Humanismo Cristiano, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y el World University Service, la periodista Patricia Politzer entrevistó a decenas de personas con el propósito, según nos informa en la Presentación, de "mostrar, más allá de las cifras o de los análisis políticos, la década de Pinochet a través de la experiencia de hombres y mujeres que la han vivido desde la más diversas realidades". De esas entrevistas salieron los catorce testimonios del libro, que conforman, entre lo publicado hasta hoy, uno de los cuadros más vivos e intensos de lo que ha sido la vida de los chilenos durante la dictadura.

Con el tiempo vendrán los historiadores y escribirán la historia de este período, y antes, políticos, sociólogos o simples ensayistas, aportarán sus reflexiones. De un modo u otro, todos ellos tendrán que apoyarse en los libros de testimonios, en las obras que recogen la visión de quienes han vivido la historia en el momento en que ésta se está produciendo. Protagonistas o no de ésta, su vivencia es igualmente significativa y esencial.

Uno de los rasgos interesantes de este libro es que, a diferencia de la mayoría de las obras testimoniales publicadas antes, el énfasis no está puesto aquí únicamente en los temas de la persecución, los desaparecidos, las cárceles, la tortura y la muerte. Estos aspectos están, naturalmente, y

siguen siendo —realidad obliga— componente esencial de la mayoría de los testimonios. Pero en ellos se trata de globalizar una visión del Chile postgolpe, incluyendo claves para la comprensión de lo que han sido en estos años la vida familiar, el trabajo y el desempleo, las luchas sindicales, el papel de la iglesia, el llamado "boom" económico, el consumismo y la extrema miseria; etc.

Otra novedad: al lado de lo que cuentan los adversarios del régimen, se recogen también testimonios de partidarios suyos: un militar, un "Chicago boy", una dueña de casa de clase alta y un estudiante "gremialista", o de personas que habiéndose "alegrado" cuando llegaron en 1973 los militares, debieron ir con los años corrigiendo su alborozada visión inicial ("Deterioro y frustración de un empleado de banco").

Hay capítulos en el libro que, aunque parecieran repetir historias ya escuchadas, sobrecogen al lector como si de los sufrimientos de que en ellos se habla tuviéramos noticias por primera vez. Lo cierto es que los dramas como éstos, con raíces obligatoriamente sociales, tienen sin embargo, en cada caso, nombre y apellidos propios y su connotación de universo individual herido no puede dejar de llegarnos sino como una tragedia singular e irrepetible. Algunos capítulos serán difícilmente olvidados por el lector: el de Blanca Ester Valderas, campesina, que llegó a ser, antes del golpe, alcaldesa de Entre Lagos, cerca de Osorno, y que fue fusilada el 18 de septiembre de 1973 en un puente del río Bueno, junto con su marido y tres compañeros más; ellos murieron, pero ella se salvó milagrosamente; el de Moy de Tohá, con el relato de la prisión y muerte de su marido; el de quien firma simplemente

te Raquel ("Militante ejemplar", según calificación de la periodista), quien concluye el recuento de su sobrecogedor peregrinaje (prisiones, torturas, exilio, miseria, quiebres familiares) con una frase que sintetiza con patética sencillez lo que ha sido para los chilenos su vida bajo el fascismo:

"No he tenido ni un sólo día de felicidad en estos diez años".

Esta alusión a la década transcurrida surge virtualmente en todos los testigos. La periodista se propuso un interrogatorio que produjera testimonios en lo posible totales, abarcadores del conjunto de lo que cada cual ha vivido en la década (el libro se preparó en 1983). El punto de partida es, por eso, común en la mayoría de ellos, y así lo muestran las palabras con que cada cual comienza su relato: "Supimos que había golpe cuando estábamos trabajando, eran como las nueve y media de la mañana"; "La noche del 10 mi compañero no llegó a la casa, y me había advertido que si no llegaba era porque algo pasaba"; "Al salir de la pensión para ir a la universidad nos encontramos con las calles llenas de militares y nos dieron la noticia del golpe de Estado"; "La niña estaba por irse al colegio cuando nos enteramos por las noticias de que iban a echar al Presidente"; "El 11 en la mañana llamaron por teléfono como a las siete y cuarto"; "Ese día me levanté atrasado y salí a tomar la micro sin siquiera prender la radio. Me extrañó que había mucho militar en la calle".

Esa recurrencia produce un efecto absolutamente alucinante. Aquí no hay un nudo que se desate, un *Fin*, como podría ocurrir en una novela. El ritornello nos habla de una historia interminable e inconclusa, un drama que está constantemente comenzando, una espiral doblemente angustiada porque lo que se nos cuenta no es ficción, ni estamos tampoco en condiciones de prever todavía el momento de su desenlace.

Los catorce testimonios configuran un repertorio representativo y elo-

cuente, tanto por la variedad de temas que en ellos se abordan, como por la diversidad de perfiles de los entrevistados (clase social, filiación ideológica, sexo, edad), y es indudable que su interés se redobla por la cuidadosa y eficaz elaboración del material: la selección y el montaje de la información, y el tratamiento del lenguaje. Nos merece, en cambio, ciertas reservas la explicación de motivos de la Presentación. ¿Qué significan exactamente esa afirmación de que "el miedo se apoderó de Chile y lo trastocó todo", y la idea de que todos los chilenos viven dominados por el miedo? ¿Es acaso la situación, por ejemplo, de los victimarios, jefes o ejecutores? ¿O de los simples partidarios de la dictadura? No parece que fuera así. Véanse, si no, en el mismo libro, los testimonios del coronel-alcalde de Quinta Normal, del economista o de la dueña de casa "momia"; en todos ellos, fuera de la tontería, la frivolidad y el cinismo, la tónica dominante es una casi jubilosa autosatisfacción. Elegir "el miedo", por otra parte, como rasgo definitorio del período, puede conducir a serios reduccionismos. Los propios testimonios prueban que la realidad humana, política y social que reflejan es bastante menos restrictiva que la simple exposición del sentimiento del miedo.

Digamos, por último, que la tentativa de establecer una suerte de continuidad entre el miedo que puedan haber sentido los adversarios de la Unidad Popular durante su gobierno y el miedo generado por la dictadura fascista de Pinochet, es —para decir lo menos— una falsificación histórica imposible de aceptar.

Expuesta las salvedades anteriores insistamos en que, de todos modos, el libro representa una contribución particularmente notable al acopio documental que muestra cómo han vivido y sufrido los chilenos los ya largos años de la dictadura.

CARLOS ORELLANA

NARRATIVA

Carlos Fuentes
Gringo Viejo

Fondo de Cultura Económica,
1985, 189 páginas.

Según el autor, comenzó la novela en un tren, entre Chihuahua y Zacatecas en 1964, y la terminó en Tepoztlán, Morelos, en 1984. Aunque veinte años no es nada, en la escritura representa un proceso de maduración, pensamientos nuevos que desplazan a los viejos, cambio del punto de vista exterior que afecta la narración interior, nuevos aproximamientos a los niveles de lectura del lector ficticio, etc. El asunto de la novela es interesante *per se*. En noviembre de 1913, el escritor norteamericano Ambrose Bierce, de setenta y un años, periodista de la cadena Hearst, cruza la frontera con México, y nunca más se sabe de él. Como dice Fuentes, "el resto es ficción". Basándose en este hecho histórico, el autor construye una armazón literaria, cuyos soportes son la Revolución, sus protagonistas, sus ideales y miserias.

La narración oscilante del presente al pasado, los recuerdos concéntricos exigen del lector toda su atención, para reconstruir la historia interior de los protagonistas, el "Gringo Viejo", Miss Harriet Winslow, el general Tomás Arroyo, Pancho Villa. El gringo viejo viene a México a morir, "él no le dijo que había venido aquí a morir, porque todo lo que amó, se murió antes que él" (43). El escoger México no es accidental, pues según sus palabras, en aquellos días, "ser un gringo en México, eso es eutanasia". Harriet ha cruzado su frontera, para escapar de sus fantasmas, uno de los cuales es el de su padre "perdido en combate en Cuba", según el parte oficial, pero la verdad es que aburrido de su esposa "se quedó a vivir con una negra" en la Isla. El general Tomás Arroyo, villista, ("con la cabeza llena de memorias de la injusticia") busca reencontrar y

vengarse de su pasado ominoso en la hacienda de los Miranda, lugar de unión de estos tres personajes. La oposición de los modos de vida, de ser y de morir, están latentes en los enfrentamientos de los protagonistas. *Gringo Viejo* presenta a nuestro entender, la tesis de nuestras diferencias políticas y sociales con el vecino del Norte. Tomás Arroyo pregunta a Harriet: "Gringuita, ¿tú ves mi muerte como parte de mi vida? No —opuso ella—, la vida es una cosa y la muerte es otra; son cosas opuestas, enemigas, y no debemos confundirlas" (129). El gringo viejo, más conecedor de la "otra cultura" y Arroyo, son los que tratan de educar a Harriet. Esta quiere implantar en la hacienda un "american way of life". Dice a Bierce, "Mírelos, lo que esta gente necesita es educación, no rifles. Una buena lavada seguida de unas cuantas lecciones sobre cómo hacemos las cosas en los Estados Unidos y se acabó este desorden..." (¿Una casera Alianza para el Progreso?) La respuesta de Ambrose no se hace esperar: "Usted no se va a quedar a educar a nadie. De repente la educan a usted primero, miss Winslow, y de una manera poco agradable" (45).

El tema de la Revolución reaparece en la novela, con la intensidad que Fuentes crea en sus obras anteriores. No hay en ella una evocación histórica, sino más bien una recreación que incluso se apropia en la escritura, intertextualmente, de un pasaje completo de *El Águila y la Serpiente*, de Guzmán, el cual es vital en la búsqueda muerte del gringo viejo, y que no por coincidencia se encuentra en la mitad de la narración, asegurándole así a *Gringo Viejo*, un enlace temporal con los mitos y realidad de la Revolución que hallamos en *El Águila y la Serpiente*.

Fuentes se permite jugar con los niveles de lectura. La contraposición cultural y política que permea *Gringo Viejo*, con una revolución condenada y amenazada por Estados Unidos en su momento, trae resonancias inevitables con la actualidad centroamericana. La visión y aceptación de ese México por Bierce y el rechazo por parte

de Harriet, sintetizan muy bien los siempre encontrados puntos de vista de los norteamericanos hacia América Latina, y en especial hacia el vecino tan próximo a ellos y a la vez tan distante.

De los hechos, que para este comentarista, llaman la atención en la novela, destaca la mención en una línea de las palabras de Villa, al ordenar el fusilamiento del gringo, "Que mister Walsh y su camarita se frieguen, esto no es para él" (166). El tal Walsh es nada menos que Raoul, el gran director de cine quien a riesgo de su vida, filmó, previa aceptación y pago de cinco mil dólares al líder, en 1913, *The Life of Villa*¹.

Esto nos trae a una última reflexión. No he podido evitar el leer la novela como un guión cinematográfico. Los personajes, situaciones, el estilo en sí mismo, el montaje de ciertos pasajes, los *close up* y *flashbacks*, Ambrose Bierce (que pareciera un retrato de Burt Lancaster), más un cowboy que un intelectual, otorgan a *Gringo Viejo* la calidad de un western, donde los protagonistas que llevan el sombrero albo, no son los blancos y anglosajones, sino los prietos y mestizos. El estilo de la novela nos sorprende un poco. No sabemos si por la estada en el país, el inglés ha contaminado nuestra lectura, pero nos parece observar una escritura anglosajona en español, en *Gringo Viejo*. Ciertos modismos, expresiones, tienen más resonancia inglesa que castellana. Será fácil para el traductor de ella transferir la fábula, que cumple a la perfección lo dicho por Aristóteles, en el sentido de que el historiador dice las cosas tal como pasaron y el poeta tal como ojalá hubiesen pasado.

PEDRO BRAVO ELIZONDO

¹ Ver Raoul Walsh, *Each Man in his Time*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1975. Especialmente el Capítulo 7, "Viva Villa", el encuentro de Walsh y su relación con el líder revolucionario, para filmar su vida y su avance hacia Ciudad de México, con el fin de atacar a Carranza (págs. 85-113).

Manolo Cuadra
Solo en la compañía
Ed. Nueva Nicaragua,
Managua, 1982

José Luis Perdomo
El tren no viene
Ed. Nueva Nicaragua,
Managua, 1984

Dos obras muy distintas son éstas, aunque con nexos comunes que nacen no sólo de la editorial que los publica, sino además en que se relacionan estrechamente con el periodismo. Manolo Cuadra, nicaragüense (1907-1957), fue poeta, narrador, periodista, boxeador, peón, comerciante, hotelero, telegrafista, soldado, agitador, andarín exiliado y admirador incondicional de otros poetas aventureros: Arthur Rimbaud y Rubén Darío. José Luis Perdomo, guatemalteco, es joven, vive exiliado en México y ésta es su primera novela.

"Por primera vez —confiesa espontáneamente Manolo Cuadra en su diario de la vida en la isla-penal, *Little Corn Island*— siento una íntima satisfacción: he llenado la parte que me correspondía de humilde comparsa en un teatro noble y eterno: la lucha. El resto no importa nada. Posiblemente mi *marathon* termina... y a los 29 años. Pero sabré hundirme en el desconocido mar tenebroso de pie y verticalmente, como los barcos torpedeados a popa."

Antología de las obras más importantes escritas por Manolo Cuadra durante su agitada vida, *Solo en la compañía* compendia fragmentos importantes de "Itinerario de Little Corn Island", "Contra Sandino en la Montaña", "Almidón", "Santo y Señá" (artículos periodísticos), "De la América o de las Antípodas... ¿y a la poesía, qué?" (reflexión estilística sobre Rubén Darío), "Tragedia literaria de Jean Arthur Rimbaud", y "Días de Hospital" (carta a su amigo Rolando Steiner).

De estilo tan atormentado y voluble como su propia vida, las obras reseña-

das de Manolo Cuadra resultan no sólo vivaces y apasionantes de leer a casi treinta años de su muerte, sino que despliegan una pintura mural singularmente nítida de la vida nicaragüense y centroamericana entre los años 40 y 57. El humor es la clave de su crítica social. Pese a que el prologuista Lizandro Chávez Alfaro se encarga de acentuar que "Almidón" es por propia confesión de Cuadra la más débil de sus obras, ésta resulta ser una pequeña pieza maestra comparable a los relatos satíricos de Quevedo o, más cercano en el tiempo, a los cuentos leningradenses de Chejov.

Burla sin tregua de las instituciones del estado, los partidos políticos, los espiritistas, las damas caritativas, la política internacional, y todo lo que cae libremente bajo su pluma, "Almidón" mantiene al lector con una sonrisa permanente en los labios.

Otro estilo, no menos burlesco e irónico, pero matizado por un irrefrenable sentimiento de ternura y nostalgia, es el de "Itinerario de Little Corn Island". Escrito en 1937, como resultado de un largo período de reclusión sufrido por Cuadra en la pequeñísima isla caribeña de Little Corn, bajo la acusación de comunista y víctima de la persecución al pensamiento desatada entonces por el primero de los Somoza, Manolo Cuadra va repasando en un presunto diario de vida la solidaridad generosa de los isleños, los permanentes conflictos, que jamás superarán a la fraternidad indestructible con sus compañeros de relegación, los pequeños actos de rebeldía contra la autoridad carcelaria, y la nostalgia por la vida dejada allá en Managua o en la dulce Malacatoya, el pueblito de la provincia de Granada donde nació, de Masaya, donde vivió su infancia de niño pobre.

Tres narraciones de la lucha antisubversiva, desde el punto de vista del soldado-pueblo, el campesino con uniforme que va a la guerra contra los revolucionarios, en concreto contra Sandino y sus huestes, muestran la fuerza que Manolo Cuadra es capaz de imprimir al relato breve. Género literario cultivado preferentemente en

América Latina, el cuento de Cuadra tendría que figurar obligatoriamente en cualquier antología de los mejores narradores del continente.

La última parte del libro recoge algunas de sus prosas periodísticas. Desafiando a la dictadura, la valentía de su pluma asombra. No es extraño que haya sufrido la prisión por largos meses en tres ocasiones diferentes, además de otras tantas relegaciones y reiteradas expulsiones del país o exilios más o menos involuntarios en Costa Rica, Nueva York o San Salvador.

* * *

José Luis Perdomo es sin duda un escritor sabio. No tenemos más datos de él que los escasísimos que aporta la contraportada del pequeño libro editado en Nicaragua con el título *El tren no viene*: joven escritor guatemalteco que vive exiliado en México. Esta es —también lo dice la contraportada— su primera novela.

Si hubiera que buscar un símil, no hay duda que es obligatorio pensar en la prosa descarnada de Juan Rufo o en el escenario mitológico de la realidad creado por Roa Bastos. Pero José Luis Perdomo probablemente acaba de empezar. Situado en la perspectiva del habitante ignorado de la atmósfera irrespirable del subdesarrollo centroamericano, se enfrenta a los medios de comunicación, instrumentos que de tanto convivir con nosotros, ha pasado ya a ser para la mayoría, algo inseparable.

En un mundo que supera a velocidades vertiginosas la tecnología del video, el satélite y la reproducción instantánea de las imágenes en colores a través de los océanos, los personajes de Perdomo reaccionan con odio al abismo que la vida moderna amenaza abrir en sus rutinarias vidas.

La soledad interminable de los pueblos habitados únicamente por viejos se recrea en la imagen de quienes viven "pegados al radio. De repente, y por ahí, se cuela algún saludo para nosotros". Los niños acostumbrados a jugar en medio de la polvareda del pueblo miserable, descubren por su

parte la televisión que trae el cura. "Una caja... así, mirá, así de este tamaño. Y adentro de la caja, un cine chiquito, chiquiti-ti-to. Y a cada rato, unas mujercitas que te ofrecen de todo... De todo, cosas que aquí no hemos visto ni en pintura. ¿Timagínas?". El cine traído por los misioneros norteamericanos provoca también al comienzo el asombro incomparable de los campesinos. Pero la rutina se impuso, y los gringos "se fueron como llegaron, oliendo a leche rancia y sonriendo de dientes pafuera. Aunque, en realidad, esos nunca se van, son como los zancudos".

Desconcertante es el humor de Perdomo al describir la redacción del primer periódico hecho por un grupo de estudiantes, y la brutal reacción del padre. Y varios de estos relatos acaban con la descripción sumaria del porvenir de los personajes, para los cuales siempre la guerrilla —como expresión de violencia— es una alternativa.

Ojalá Perdomo siga escribiendo. Ojalá nos lleguen sus obras.

LEONARDO CACERES

ENSAYO

José Aldunate, Fernando Castillo L. y Joaquín Silva

Los Derechos Humanos y la Iglesia Chilena

ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago, 1984 (374 páginas)

Los autores ofrecen en este libro los resultados de un interesante trabajo de investigación sobre un tema muy candente en Chile y fuera de Chile, especialmente a partir de 1973, relativo a los Derechos Humanos y la Iglesia chilena.

Dividido en tres partes, la primera, titulada "Los Derechos Humanos en el

Magisterio de la Iglesia", preparado por José Aldunate, se refiere, a modo de introducción, a la temática de los Derechos Humanos a la luz del pensamiento católico, sobre todo a partir del Vaticano II. A continuación, aborda las perspectivas pastoral-doctrinales que ofrece la Conferencia de Medellín (1968) en relación con nuestro tema, deteniéndose en particular en los documentos "Mensaje a los pueblos", "Justicia" y "Paz". Después, teniendo como trasfondo el Magisterio Pastoral de Vaticano II, se ocupa de la Conferencia de Puebla (1979), donde las referencias al tema son más abundantes que en Medellín*. En Puebla, como se sabe, se hizo un diagnóstico del mundo latinoamericano, poniendo énfasis en la violación de los derechos humanos en el Continente, y se formularon juicios —quizás un poco esencialistas— sobre la "dignidad del ser humano", que luego tienen consecuencias prácticas en la evangelización y en la doctrina social de la Iglesia. Al final de esta primera parte, se da una visión de conjunto de Medellín y Puebla, señalando como esta última fue mucho más a fondo en el problema de los Derechos Humanos. Esta mayor preocupación tiene que ver con el incremento de la violación de estos derechos, a partir de la década del 70, en el Cono Sur y en Centroamérica, y el análisis de estos hechos sirve, en el libro, para empalmar con la segunda parte, "Los Derechos Humanos en los documentos de los obispos chilenos", a cargo de Joaquín Silva.

En esta parte se aborda, en primer lugar, el período 1967-70, y las líneas generales del marco sociopolítico que respira la Iglesia en Chile durante Medellín (fines del gobierno de Frei), constatando que "esta segunda fase del gobierno democristiano está marcada por un claro debilitamiento de la voluntad de reformas que lo había llevado al poder" (p. 72). Las preocupaciones de

* El libro tiene como subtítulo: *La doctrina de la Iglesia Católica de Chile sobre los Derechos Humanos, desde Medellín a Puebla.*

la Iglesia están asociadas a dos perspectivas: los procesos de participación, democratización y desarrollo del país, y el problema de la violencia. Los planteamientos episcopales respecto a los Derechos Humanos se ponen de manifiesto en torno a cuestiones como la búsqueda de cambios transformadores por parte del campesinado, de los jóvenes y obreros. Los obispos observan situaciones de injusticia, marginalidad y opresión en el país, indicando que esta situación debe cambiar.

En el período 1971-73, segundo momento de esta parte del libro, se subraya la confianza que el episcopado muestra en los inicios del proceso de la Unidad Popular, aunque éste anticipa un conflicto social grave en el país. La voz de la Iglesia en favor de los Derechos Humanos adquiere un sentido genérico, intentado consolidar la necesidad de concordia y paz en Chile. La jerarquía observa con interés el anhelo de transformación existente en las grandes mayorías del país, pero, por otra parte, denuncia críticamente el movimiento Cristianos por el Socialismo y el proyecto educacional de la ENU.

El período 1973-1980 —tercer momento— es el período estudiado en que la postura de los obispos chilenos frente a los Derechos Humanos ofrece un más acusado carácter político y social. Una vez derrocado el gobierno de Salvador Allende, la Iglesia, que en un primer momento legitimó "la acción violenta y represivas de las Fuerzas Armadas" (p. 178) se enfrenta a dos graves problemas nacionales: "atropellos a los Derechos Humanos por la represión y atropellos a los Derechos Humanos colectivos por la política económica" (p. 155). La defensa de los DD HH. es precisada en diversos documentos de la jerarquía, en los que se examina la situación del campesino, de los obreros y de los estudiantes, precisando que la palabra de la Iglesia es diferente a la de los economistas, los sociólogos o los políticos. La jerarquía considera que, al de-

fender los Derechos Humanos, está respondiendo a un mandato evangélico irrenunciable, coherente con la tradición cristiana. En diversos documentos investigados por Silva se sigue la palabra de los obispos sobre un conjunto de derechos individuales y colectivos, sobre el llamado "derecho a la vida" y acerca de su constatación de las profundas situaciones de cambio regresivo sufridas por la sociedad chilena en torno a cuestiones como la represión de los medios de comunicación, el exilio, los desaparecidos, el papel de los servicios de seguridad, la tortura, etc.

Por último, Silva compara en esta parte la fundamentación y los criterios eclesiales, cristológicos y políticos existentes en documentos del episcopado de este período en relación con los anteriores (67 al 70 y 71 al 73), perfilando las opciones y las contradicciones entre unos y otros.

En la última parte, "Conclusiones y nuevas perspectivas", Fernando Castillo y José Aldunate desarrollan las perspectivas ético-político-teológicas relativas a los Derechos Humanos a partir del Magisterio del episcopado chileno, recogiendo lo que se ha planteado en las partes anteriores de la investigación. Se diseña el carácter que adquiere hoy en la Iglesia la comprensión del valor y la defensa de los DD. HH. en Chile a partir del golpe de 1973, perfilando la inteligencia teológica las características de una Iglesia "profética" y en abierta "opción por los pobres". Son sugerentes las reflexiones finales del capítulo "La Iglesia de los Derechos Humanos y la solidaridad con los que sufren".

Aun cuando el libro tiene la limitación —advertida por los autores en la introducción— de exponer el tema apoyándose únicamente en el análisis de los documentos episcopales, representa un importante aporte al estudio de la formulación de los Derechos Humanos defendidos por la Iglesia católica chilena.

MARIO BOERO

Claudio Giaconi

**El Derrumbe de Occidente
(Poemas y Contrapoemas)**

Libros de Maitén, Santiago de Chile, 1985

El Derrumbe de Occidente es una nueva sorpresa que nos ha deparado Claudio Giaconi, el que fuera el más representativo cuentista de la "Generación del 50" y que, sin embargo, tras el éxito crítico de su *Difícil Juventud* (1954), desapareció de Chile y también de la literatura¹.

Ahora, treinta años después, reaparece Giaconi con un inquietante poemario. Si su intencionado título nos remite compulsivamente al difundido ensayo *La Decadencia de Occidente* de Spengler, el subtítulo (Poemas y Contrapoemas) evoca a su vez al libro clave de Nicanor Parra, *Poemas y Antipoemas*. Advertimos, para evitar suspicacias, que la personalidad literaria de Giaconi tiene ribetes muy definidos y personales. Por ello, título y subtítulo, que han sido colocados con lucidez, aluden más bien a vínculos, a convergencias ideológicas y estéticas.

El libro, que se abre con un "Ofertorio" al tiempo, en el cual leemos "lo que pasará mañana / ya es memoria / de lo que pasó ayer", traza un amplio circuito de vivencias desplegadas en una cincuentena de poemas que tienen una tonalidad común predominante, la que se podría ajemplificar con versos como "la vida se escurre y e pasa de largo" o "un día minado de acechanzas agobiantes / en que el mundo se viene abajo sin remedio". Advirtamos que el libro se cierra con un desenfadado poema en el que el libro se cierra con un desenfadado mismísimo Dios nos increpa y ad-

vierte: "Está bueno que ya se las arreglen solitos / y se dejen de invocar Mi Nombre en vano. / Basta de andar bendiciendo en Mi Nombre / buques nucleares y otras sandeces! / Yo no tengo velas en este entierro. / Olvídense que existo. / Rásquense con sus propias uñas. / Idolátrense entre ustedes mismos..." Así las cosas, señalamos que poco antes, otro poema de funesta premonición empieza así: "El miércoles me despierta la Gran Explosión / y veo que por error se acabó el mundo" (p. 62).

Releemos estos poemas un poco con mirada retrospectiva y concluimos que *El Derrumbe de Occidente* corresponde a una continuidad perfecta en el proceso de maduración literaria y de la visión de mundo de Claudio Giaconi. Lo que hace este poemario es acentuar y definir con mayor claridad la visión crítica y el escepticismo del escritor maduro frente a las instituciones y al orden burgués, rasgos estos que constituían —creemos— la base ideológica fundamental de su *Difícil Juventud*. Así, el sin sentido y la angustia que en 1954 aparecían revestidos de velos metafísicos, reaparecen en 1985, más directos y descarnados, y referidos al mundo en que vivimos y mostrando las pústulas y sus raíces. Al respecto, conviene destacar también que en la parte final del libro, las alusiones de orden político, y de política inmediata, contingente, son singularmente elocuentes. Por allí aparece la efigie de los dictadores como la raza de Caín, "contratistas chupamedias del Pentágono" o el candidato que promete —como si fuera un partido de fútbol— "defensa fuerte y más cohetes"; por allí aparecen "hombres amables" como Kissinger y Mengele y también las imperiosas ganas de gritar en el medio de Nueva York: Muera Reagan. Viva Sandinol... A propósito, el grupo de poemas dedicados a la ciudad de Nueva York traza sarcásticos, desolados cuadros del absurdo, del "caldo de tedio", mientras "hago la cola para el cobro de la cesantía" en la fría metrópoli.

¹ No olvidamos el ensayo *Gogol, un Hombre en la Trampa*, que publicó Giaconi en 1960, y el relato *El sueño de Amadeo*.

La visión de este mundo adulterado, de tedio y absurdo encuentra su compensación en el lenguaje, en la tendencia a la especulación, a la ironía y al juego intelectual y verbal. Como un prestidigitador, el poeta juega con convenciones y conceptos: "El desconcierto del concierto / es el concierto del desconcierto. / La desilusión del amor / es la ilusión del desamor? / Es la ilusión de la desmesura / la desilusión de la mesura?" Varios poemas contruidos a base de reiteraciones, de estribillos, de anáforas o retruécanos², con un manejo también original del lenguaje coloquial y la frase hecha, revelan una reflexión intelectual que corre con agilidad y gracia dentro del juego de palabras, dentro del juego fónico y, especialmente, dentro del juego semántico. Sí, la preocupación por el lenguaje es una vertiente fundamental de esta poesía. Uno de los poemas inolvidables en este libro de derrumbe se titula "Dónde están las cazuelas de antaño?", que es una evocación de tenue nostalgia acerca de la caducidad del lenguaje y de costumbres ya olvidadas. Con el esquema del tópico del "ubi sunt" y desde un ya demasiado largo exilio, el poeta se pregunta dónde están palabras como mentecato, gahnápiro o badulaque...

La parte final del libro —repetimos— concentra el tono crítico y, muy especialmente, una actitud desmixtificadora frente a seudos valores, personajes e instituciones. A ella pertenecen poemas que nos parecen ejemplares en esa fusión de la ironía y la crítica con un manejo liberal y lúdico del lenguaje. Tal es el caso de un poema en que el yo lírico asume la postura de un orador callejero para cuestionar con razonamientos implacables

² "La televisión es el opio del pueblo / el pueblo es la élite de la religión / la religión es el opio de la élite / el opio es la religión del pueblo / la religión es el pueblo de la televisión / el fútbol es la élite del opio / el opio es la televisión de la élite / el pueblo es la élite de la televisión / la televisión es la élite del pueblo" (p. 72).

la hipocresía y la manipulación ideológica en la hora actual: "Ensalzan la libertad para suprimir la libertad / Proponen la paz para liquidar la paz / Condenan la esclavitud para imponer la esclavitud / Promueven la democracia para sepultar la democracia / Predican la virtud para enlodar la virtud / Siembran el odio para destituir el odio / Imponen la dictadura para prevenir la dictadura / Hacen la guerra para evitar la guerra... // Damas y caballeros, / este es el mundo en que estamos viviendo..."

Crítico y lúdico, desmixtificador y escéptico, este libro de Claudio Giacconi es un buen aporte a la poesía chilena actual.

GUILLERMO QUIÑONES

Raúl Barrientos

Pie del efímero

Libros del Maitén, Santiago, Chile, 1985

Radomiro Spotorno

Jaula de papel

Ediciones Grillom, Joinville-Le-Pont, Francia, 1984

De la profusa producción poética del exilio chileno, corresponde destacar, aunque sea en el reducido espacio de una reseña, dos textos de reciente publicación.

Lo primero que llama la atención en la lectura de *Pie del Efímero* de Raúl Barrientos —éste es su tercer libro de poesía—, es su ímpetu creador y la vivacidad sorprendente, desafiante de sus imágenes. Atendamos a un breve ejemplo: "Dada la bestia y su bestialidad / construya la tangente de la una a la otra, / corte el queso dada la secante, / su radio infinito girando en la locura" ... (p. 15).

Rara vez el poeta pone riendas a su imaginación desbocada, alucinada a veces, pero regida siempre por un intuitivo rigor interno. Sí, antes que nada intuitiva, esta poesía se afianza en las

profundidades veladas del espíritu, en zonas en que el mundo exterior se aparece entre tinieblas y se refleja oblicua, distorsionadamente, en planos diversos y contrastantes (emotivos, temporales, espaciales).

En tal sentido, es notable cómo el lirismo de Barrientos construye y sostiene con pertinacia y fidelidad densos climas líricos. El mecanismo del contraste¹ juega un rol preeminente en esta poesía en la que lo onírico, las ensoñaciones y obsesiones prevalecen sobre esquemas racionales. Juegos de contrarios, de luz y sombra, de negación-afirmación, de caídas y ascensiones, de vida y muerte, revelan la raigambre dialéctica de este imaginar apasionado, desorbitado: ...“Porque la tierra está en todas partes, / esperando con ramos embellecedores y envilecidos, / frutos de la gracia y el desamor, / esa toalla del bañista que predicaría / su propia pobreza, su prodigio / si nadara con la cadena, su ancla en el corazón” ...“Porque uno puede estar solo / tanto en el cielo como en la tierra, / aquí al lado miserable del paraíso / y creerse el dios —inmutable como el suicidio—... (p. 70).

Pese a su tendencia al hermetismo y a estar dirigida a un público de conocedores, de iniciados, percibimos, sin embargo, en la poesía de Barrientos un persistente rumor del mundo. Escrito en un tiempo en que “el arcoiris brilla por su ausencia”, *Pie del Efímero* desliza de soslayo el exilio, emigrantes, perseguidos, los desaparecidos, los que “recuentan sus muertos”... también tijerales, piures, apancoras, algún tango y, en su último verso, este libro perfila una tierna mirada “hacia el sur”.

* * *

En una grata edición artesanal publica su primer libro el poeta de la “generación diaspórica” Radoširo Spotorno,

¹ Con mayor espacio, habría que aludir a los elementos de procedencia teatral en este libro, como asimismo a una suerte de mitologización que recorre el texto entero.

quien en un breve prólogo, expresa sus anhelos de comunicación, de “provocar siquiera alguna de las emociones que suscita la buena poesía”.

En una hora rápida leemos su libro casi sin tropiezos, casi como siguiendo el correr de la pluma y concluimos que de esta *Jaula de Papel* se escapa una poesía grácil, que se deja leer con naturalidad y agrado.

Presentimos en la poesía de Spotorno algo así como un saber innato, una suerte de equilibrio natural que le permite estructurar su poesía entre la mesura y la audacia. Quizás el secreto de esta alianza resida en una imaginación que indaga, crea y se recrea en el mundo concreto, en nuestra realidad cotidiana, en buses interprovinciales, en “las sábanas que no tuvimos”, en la imagen del amigo que es “como un agua profunda”, en la hora “cuando la ventana se mancha de amanecer”, en la indecible catedral de Vallenar, en un coito, en un Fiat 600 o en esa tierna imagen de “mi feísima Santiago”.

“Nadie hace nada que no brote del pozo del alma” nos advierte uno de estos poemas, y esta poesía, nacida en lucha “contra la muerte” —como dijeran Paul Eluard, Jacques Prévert o Gonzalo Rojas—, brota igualmente de una tibia ternura y de una vitalidad genuina, terrenal. Veamos un solo ejemplo: ...“ser el agua de tu café con leche matinal / del pescado del almuerzo / Ser el agua / de los mares que miras / de los ríos que descienden entre tus dedos / Ser el agua misteriosa / de tus espejos / ser el agua iracunda / que lava tus genitales manchados / Ser el agua / de tu saliva / de tus vísceras / de tus pupilas”...

G. Q.

Libros recibidos

Sergio Macías: *La comunión del Dic-tador*. Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1983.

Daniilo González: *Huacas*. Artimpres, Santiago de Chile, 1984.

- Ricardo Rojas Behm: *Análisis Preliminar*. Analogía Ediciones, Santiago de Chile, 1984.
- Ricardo García de la Rosa: *Aquel Día en la Sombra*. Ediciones Oficotensa, Caracas, 1984.
- Juan Pablo Riveros: *Nimia* (Poemas en prosa). Alfabetá Impresores, Santiago de Chile, 1980.
- Manuel Latorre: *Mi Forma de Protestar*. Sin pie de imprenta.
- Ricardo Cuadros: *Navegar el Silencio*. Ediciones Llueva o Truene, Rotterdam, 1984.
- Alejandro Guevara: *Sensaciones*. Ediciones Llueva o Truene, Rotterdam, 1984.
- Juan Heinsohn Huala: *Holanda*. Ediciones Llueva o Truene, Rotterdam, 1984.
- Mario Maturana: *La Noche del Enano*. Ediciones Llueva o Truene, Rotterdam, 1984.
- Eduardo Llanos Melussa: *Contradicionario*. Ediciones Tragaluz, Santiago de Chile, 1983.
- Jaime Giordano: *Marzo*. Editorial Nascimento, Santiago, 1984.
- Enrique Giordano: *El Mapa de Amsterdam*. Libros del Maitén, Santiago de Chile, 1985.
- Miguel Elías: *Poesía Expulsada*. Ediciones Zalar, S. A.
- Guillermo Trejo: *La Casa del Descalzado*. Alfabetá Impresores, Santiago de Chile, 1981.
- Guillermo Trejo: *Huésped del Gusano*. Santiago de Chile, S. A.
- Tito Alvarado: *Ausencias*. Ediciones El Siglo, Winnipeg, 1984.
- Carlos Hermosilla Alvarez: *Dígame la Voz*. Impresores Niki, Valparaíso, 1984.
- Ramón Riquelme: *Los Castigos*. Libros del Maitén, Santiago de Chile, 1984.
- Jorge Cancino: *Juglarío*. Ediciones Omelic, Montreal, Québec, Canadá, 1984.
- Nelly Davis Vallejos: *La Forastera*. Montreal, Canadá, 1983; *Anfora*. Editions d'Orphée, Montreal, s/f; *Ballade*. Montreal, 1984.
- Roger Toumson: *Trois Calibans*. Ediciones Casa, La Habana, 1985.
- Vincent Placolý: *Dessalines ou la passion de l'indépendance*. Ediciones Casa, La Habana, 1985.





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 1999 -2010 